

ROS MARVAL

a un minuto de



medianoche

FORELSKET #1

Illustración: Ros Marval

A un minuto de medianoche

Ros Marval

Título original: «A un minuto de medianoche».

© 2020 Ros Marval.

Obra inscrita en el Registro de Propiedad Intelectual.

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diseño de portada: Ros Marval.

Imágenes tomadas de [Freepik.com](https://www.freepik.com) y [Pixabay.com](https://www.pixabay.com).

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Epílogo](#)

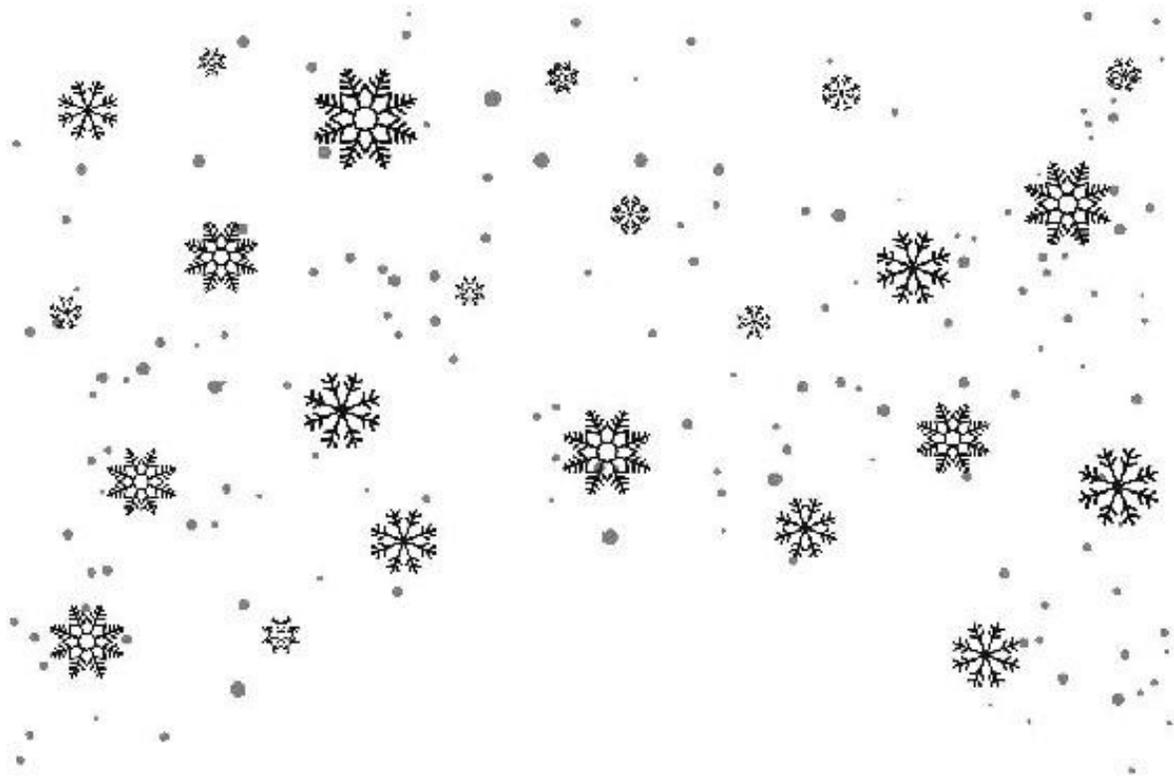
[AGRADECIMIENTOS](#)

[LA AUTORA](#)

Para Jesús.
Este y todos. Siempre.

«Nuestro destino nunca es un lugar, sino una nueva forma de ver las cosas».

Henry Miller.



Capítulo 1

Wes

Yo solía ser de esos que no creen en el karma.

Normalmente me reía de quien lo hacía para luego seguir actuando por impulso, sin pararme a pensar en las consecuencias. Después de todo, ¿por qué iba a hacerlo? Tenía un trabajo maravilloso como redactor junior en el New York Post, una novia preciosa que además era mi jefa y vivía en un apartamento amplio y soleado en Brooklyn. Era joven, tenía dinero y la vida me sonreía. Nada podía ir mal...

Salvo que sí que podía. Lo comprobé el día que llegué antes del trabajo y me encontré las maletas en la puerta.

Intenté usar mi llave, pero Sophie había cambiado la cerradura. Pensé una y otra vez en qué podía haber hecho para que ella me hubiera echado de casa, y casi me río a carcajadas. Había mil cosas que podían explicar aquella reacción. No, esa no era la pregunta correcta. «¿De qué se habría enterado Sophie?», esa era. Opté por aporrear la puerta repetidamente, hasta que conseguí que ella la abriera unos centímetros, justo los que le permitía la cadena de seguridad.

—¿Qué pasa, Soph? —pregunté, y cuando lo hice me percaté de que tenía los ojos rojos, como si hubiera estado llorando.

—Vete de aquí, Wes. No quiero escándalos.

—¿A qué te refieres? Vamos, ábreme y hablemos.

—No hay nada que hablar —me aseguró ella con ojos acuosos—. Esto se acabó.

—¿Cómo que se acabó? Sophie, ¡ábreme la puerta, joder! —Lo dije más alto de lo que pretendía y la reacción que mi tono tuvo en ella hizo que me arrepintiera al instante—. Lo siento, cariño, no quería gritarte... ¡Es que no entiendo qué ocurre!

Ella se quedó mirándome unos instantes con la cabeza ladeada mientras se sonaba la nariz con un pañuelo de papel arrugado.

—De verdad no lo sabes —dijo, y cerró la puerta para quitar la cadena y dejarme entrar.

Cuando lo hice, analicé la estancia, buscando alguna pista que pudiera permitirme adivinar lo que ocurría, pero no encontré nada. Todo seguía igual: las paredes amarillas, el sofá blanco y la mesa de café repleta de artículos de periódico que solíamos dejarnos el uno al otro para leer. Me giré hacia Sophie y la encontré de pie, abrazándose a sí misma, ataviada con un largo cárdigan marrón y un pantalón negro de los que solía ponerse para hacer yoga. Incluso así, con el pelo rojizo recogido torpemente en un moño alto del que sobresalían varios mechones sin dirección alguna y sin una gota de maquillaje, estaba preciosa. Di un paso hacia ella y me sorprendió ver cómo reculó, dispuesta a poner la mayor distancia posible entre su cuerpo y el mío.

—Explícame qué pasa, por favor —le rogué, consciente de que la cosa no pintaba nada bien—. No entiendo nada.

—La que no entiende nada soy yo —replicó. Se dirigió a la estantería que había junto a la tele, abrió la caja de madera en la que solíamos meter dinero suelto y sacó lo que parecía un sujetador de encaje blanco. Mi cara debió de ser un poema, porque ella adoptó una mueca de decepción y balanceó la prenda entre sus dedos—. Veo que lo reconoces.

Claro que lo reconocía, y no estaba orgulloso.

Aquel sujetador pertenecía a Lisa, becaria de la redacción. Sucedió cuando Sophie y yo nos tomamos un descanso y ella se marchó a casa de sus padres en Long Island. Tuvimos una fuerte pelea y, como siempre, opté por hacer lo primero que me vino a la mente, a pesar de que sabía que no era lo correcto. Tomé un par de copas en casa y luego me fui a un bar, donde me encontré a Lisa. Nos emborrachamos. Una cosa llevó a la otra y yo la llevé a mi apartamento. A la mañana siguiente nos volvimos locos buscando su sujetador, pero no lo encontramos. Pensé que, si yo no lo hice, Sophie tampoco lo encontraría, y me conformé. Después de todo, solía creer que era el rey del mundo y que nada ni nadie podía desbancarme de ese puesto. Aunque ahora, ante el rostro apenado de Sophie, me sentía la persona más miserable y rastrera de la historia.

Rey del mundo mis cojones.

—Lo siento, cariño —me disculpé, y de verdad esperaba que mi cara reflejara que era cierto, porque lo era—. Fue una estupidez, bebí demasiado... No sabía lo que hacía. Pero te juro que no significó nada. ¡Te lo prometo! Por favor...

—Para —me pidió, y al ver que sus ojos volvían a llenarse de lágrimas, lo hice—. No hay nada que pueda disculparte. ¡Nada! nEstoy harta de tus desmanes, de tu manera de vivir la vida como si fueras un niño de fraternidad... ¿Y ahora esto? —Movié el sujetador frenéticamente—. No. No estoy dispuesta a seguir cuidando de ti como si fuera tu madre, o tu niñera, y que encima me faltes al respeto de esta forma. En mi casa, ¡en mi cama! —Negó con la cabeza—. Ya no más. Se acabó. Para siempre.

Se dirigió hacia la puerta principal de nuevo y la abrió, instándome a salir. Sin embargo, yo me quedé anclado donde estaba, justo en la misma losa. No quería irme de allí porque, si lo hacía, sabía que Sophie llevaría razón: se habría acabado para siempre. La miré suplicante y quise encontrar esas palabras mágicas que, combinadas, hicieran que me perdonara. Necesitaba que lo hiciera, la necesitaba a ella, y en aquel momento lo supe con claridad.

—Por favor —volví a rogarle—. Te necesito.

—Ése es el problema —respondió ella con una repentina rabia en los ojos que me pilló desprevenido e hizo que se me cayera el alma a los pies—. Tú me necesitas, pero no me quieres.

—¿Qué diferencia hay? —resoplé—. ¡Te quiero porque te necesito!

—¿En serio no te das cuenta? —rió amargamente—. Wes, a pesar de todo, de verdad te deseo que algún día encuentres a alguien que te haga ver lo triste que es lo que acabas de decir. —Se hizo a un lado para despejarme el camino hacia el descansillo, donde me esperaba mi equipaje—. Pero esa persona no seré yo.

Caminé con paso lento hacia la puerta y me paré justo delante de ella, esforzándome por mirarla a los ojos aun a pesar de que la culpa que sentía me pedía que desviara la vista. Alcé la mano y le rocé la mejilla con los nudillos suavemente. Ella se dejó; quizás porque permitió que me despidiera, o tal vez porque en el fondo no quería que me fuera, a pesar de que sabía que era lo mejor para ella.

—Gracias —murmuré—. Por este tiempo. Aunque no me creas, ha sido el mejor de mi vida.

—Hay algo más que debo decirte. —Desvió la vista hacia la ventana y se mordió el interior de la mejilla—. Esta mañana tuve que comunicar a la dirección las personas que deben abandonar la redacción por el recorte de personal. —Observé cómo tragaba saliva—. Les he dado tu nombre.

Por supuesto. ¿Qué había creído? Sophie podía actuar de forma serena y no gritarme que era un infiel rastrero y miserable, pero seguía dolida. Y una persona, cuando está herida tan profundamente, saca el instinto de supervivencia a flote. Mi despido era un salvavidas para ella; una forma de asegurarse de que ese corte, aunque ahora fuera sangrante, se convertiría en cicatriz algún día porque yo no estaría a su alrededor para abrir la herida cada dos por tres con mi

presencia.

—Lo entiendo —acepté y di un paso más hacia la salida—. Sé feliz, Sophie.

—Eso pretendo, pero no sé por dónde empezar —admitió, y la forma en que le tembló el labio inferior hizo que se me rompiera el corazón en mil trozos.

—Mi despido ha sido un buen comienzo. Ahora asegúrate de encontrar a alguien que sea totalmente opuesto a mí y todo debería ir sobre ruedas.

—¿Sabes? A pesar de ser un cabrón vanidoso, no eres tan malo —replicó ella. Estuve a punto de reírme, pero la seriedad de su cara me frenó—. Te lo digo de verdad.

—Ojalá fuera cierto —deseé—, pero mírate. Alguien que hace que una persona tan increíble como tú sufra de esa forma no puede ser bueno.

Salí de la casa por última vez, y lo hice sin volver la vista atrás. Al dejarla, había notado cómo se me empañaba la mirada y no estaba seguro de poder mantener la compostura si me permitía perderme en sus ojos una última vez. Me dirigí hacia las escaleras, y ya había bajado cinco escalones cuando oí la puerta de la que hasta entonces había sido mi casa cerrarse definitivamente.

Fue entonces cuando me senté, derrotado. Hacía años que no me sentía tan perdido, y en gran parte había sido gracias a aquella chica a la que había roto el corazón con mi comportamiento juvenil e irresponsable.

De repente fui consciente de que no tenía a dónde ir. Podía pasar un par de noches en un hotel, claro, pero no tenía ningún plan más allá de ese. Recordaba con claridad lo difícil que me había resultado conseguir el trabajo en el periódico, y el gran número de negativas que tuve que obtener hasta que obtuve ese preciado «sí» por parte de Sophie. Además, algo en mi interior me pedía que me tomara un descanso para poder recalibrar mi vida y decidir qué hacer a continuación. Sin pensarlo dos veces, saqué el móvil del bolsillo trasero de los vaqueros y tecleé un mensaje.

Wes: Mamá, papá, voy de visita.

Mamá: ¡Ay hijo qué alegría! ¿Cuándo?

Wes: Voy en el próximo vuelo, aunque no sé cuándo llegaré. Ya os iré avisando.

Papá: ¿Vienes con Sophie?

Wes: Voy solo.

Mamá: Te esperamos con los brazos abiertos, cariño.

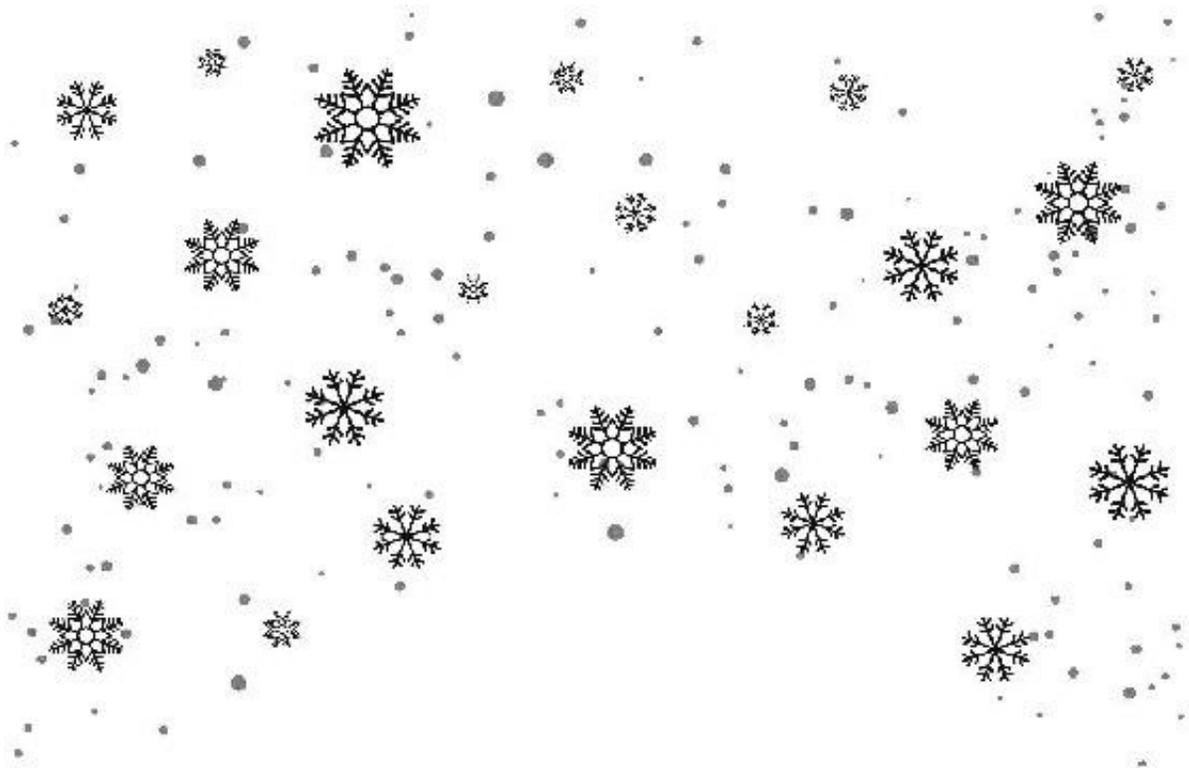
Papá: ¡Acuérdate de traerme un imán de nevera!

Resoplé y me froté la cara desesperado. Lo último que me apetecía era visitar ese frío y

recóndito lugar al que mis padres decidieron mudarse cuando mi padre se jubiló, pero tenía entendido que cuando uno se pierde, necesita ir al lugar en el que comenzó todo; y si bien la casa de Ohio donde crecí no era una opción, estar con mis padres en la suya era lo más parecido. Después de todo, en cuanto a comienzos se refiere, ellos eran el mío.

Salí a la calle cargado con mis maletas y me dirigí hacia la boca de metro más cercana. Justo antes de llegar, una señora con demasiadas prisas se chocó contra mi hombro e hizo que me diera de bruces contra un hombre que venía de frente, cuyo café acabó por decorar mi jersey de ciento cincuenta dólares. Al notar el calor de la bebida, pegué un grito y solté el equipaje, momento que un chico aprovechó para coger una de mis bolsas, la más pequeña, y salir corriendo calle abajo con ella.

Sí, el karma existía. Y era una auténtica mierda.



Capítulo 2

Emily

Llegaba tarde al trabajo. Como siempre.

Había intentado llegar a tiempo aquella tarde, y lo habría conseguido de no ser por la llamada de teléfono que recibí, y que hizo que tuviera que desviarme para ir al instituto a recoger a Hunter. Otra vez.

Aparqué el coche y me bajé con prisa, avanzando por aquellos pasillos que tan bien recordaba hasta llegar al despacho del director Jensen. Llamé suavemente a la puerta y la abrí sin ni siquiera esperar a que me diera permiso para entrar. Hunter estaba repantingado en la silla, jugueteando con sus dedos, y cuando me vio, dibujó una de sus típicas sonrisas.

—¿Qué has hecho ahora? —le pregunté enfadada.

—¿Cómo sabes que he hecho algo? —rebatí, poniendo cara de inocente.

—Porque conozco esa sonrisa, Hunter. Es la misma que ponías cuando tenías cinco años y pintabas las paredes de casa con ceras, o cuando colabas petardos por las ventanas de los vecinos, ¡o cuando me escondías las bragas en la caseta del perro!

—Siéntese, señorita Evans —oí que decía el director a mi lado.

—Lo siento, señor Jensen —me disculpé avergonzada—. Este niño me saca de mis casillas. Disculpe.

—No se preocupe —sonrió con simpatía y volví a sorprenderme de lo joven que era—. Su hermano ha tenido un pequeño percance hoy durante la clase de Educación Física. ¿No es cierto, Hunter?

Mi hermano se limitó a mirarle con la cabeza ladeada, como solía hacer nuestro perro de la infancia cuando no entendía lo que le decíamos. Le di una patada, procurando que el director no se diera cuenta, y él me lanzó una mirada furibunda.

—Hunter ha empujado a uno de sus compañeros —explicó el director, al ver que su alumno no colaboraba—, lo que ha provocado que éste se diera de cara contra el suelo y dos de sus dientes se... desprendieran.

Hunter soltó una risita y lo miré con fuego en los ojos. Se embutió en su sudadera gris y volvió a jugar, esta vez con los cordones de la capucha.

—Confío en que, como su tutora legal, usted entienda que me veo en la obligación de expulsar a su hermano durante una semana.

—¿Va a expulsarlo? —pregunté preocupada—. ¿Por qué?

—Acabo de decírselo, señorita Evans. Su hermano ha dejado desdentado a uno de nuestros alumnos.

—Sí, eso lo he oído. —Hunter volvió a reírse por lo bajo y alargué la mano para tirarle un pellizco—. Pero lo que no he oído es que haya sido algo deliberado. Después de todo, usted me ha dicho que ha empujado a ese chico, pero lo de los dientes ha sido un accidente, ¿no cree? No creo que esa fuera su intención...

—Señorita Evans, con todos mis respetos —se removió en su asiento—, pero su hermano cuenta con cierto historial y creo que a estas alturas podríamos afirmar que las posibilidades de que el altercado fuera accidental son pocas.

La cosa pintaba fea. Hunter no era un estudiante modelo precisamente, pero nunca había estado expulsado. Siempre había escapado con alguna bronca, o con tener que quedarse en el aula de castigo tras las clases, pero nada más. Lo miré por el rabillo del ojo y, por su expresión, supe que el señor Jensen tenía razón: aquello apestaba a intencionado por todas partes. Aun así, decidí meterme en mi rol de mamá osa durante unos minutos; los suficientes como para librar a mi hermano de aquello.

—A ver si lo he entendido —comencé a decir, recogiendo mi pelo rubio con una mano y posándolo sobre el hombro izquierdo. Me incliné hacia la mesa del director con una pose que esperaba que fuera interpretada como defensiva—. Usted me está diciendo que va a expulsar a mi hermano por sus errores pasados, aunque no tenga pruebas de que, este caso en concreto, no haya sido un accidente. ¿Es eso?

—Señorita Evans...

—Pero eso... ¡Eso es indignante! —exclamé. Hunter se irguió, repentinamente interesado en la situación—. Soy consciente de que mi hermano no es un santo, señor Jensen, pero no puede castigarle por algo que no sabe a ciencia cierta. ¡Y expulsarlo, nada menos!

—Hunter tiene un largo historial, señorita Evans —insistió de nuevo—, y debemos hacer algo para evitar que esto vaya a mayores. Hay que aplicarle un correctivo, y si usted no es capaz...

—¿Me está diciendo que no sé educar a mi hermano? —El tono de mi voz se volvió igual de gélido que las aguas del St. Croix en invierno—. ¿Está usted llamándome inútil, señor Jensen?

—Ni mucho menos —se apresuró a decir, con las palmas de las manos hacia arriba—. Solo lo decía porque...

—Llevo dos años cuidando de los chicos, director. Tengo dos trabajos, saco adelante la casa y además me aseguro de que hagan los deberes y acudan a clase diariamente. Lo hago lo mejor que sé, y creo que es suficiente. Así que, si llega a ser capaz de demostrarme con pruebas que mi hermano ha empujado a ese chico a posta, yo misma vendré a recogerlo para que comience su periodo de expulsión. Hasta entonces —me levanté de la silla—, buenas tardes. Vámonos, Hunter.

Mi hermano miró al director con las cejas alzadas y salió del despacho dando zancadas. Cerré la puerta y me aseguré de que nadie podía oírnos antes de volverme hacia él y darle un manotazo en el brazo.

—¡Ay! —se quejó—. ¿A qué viene esto?

—Viene a que sé perfectamente que eres culpable. ¿Qué diablos haces, Hunter? ¡Me prometiste que no te meterías en más líos!

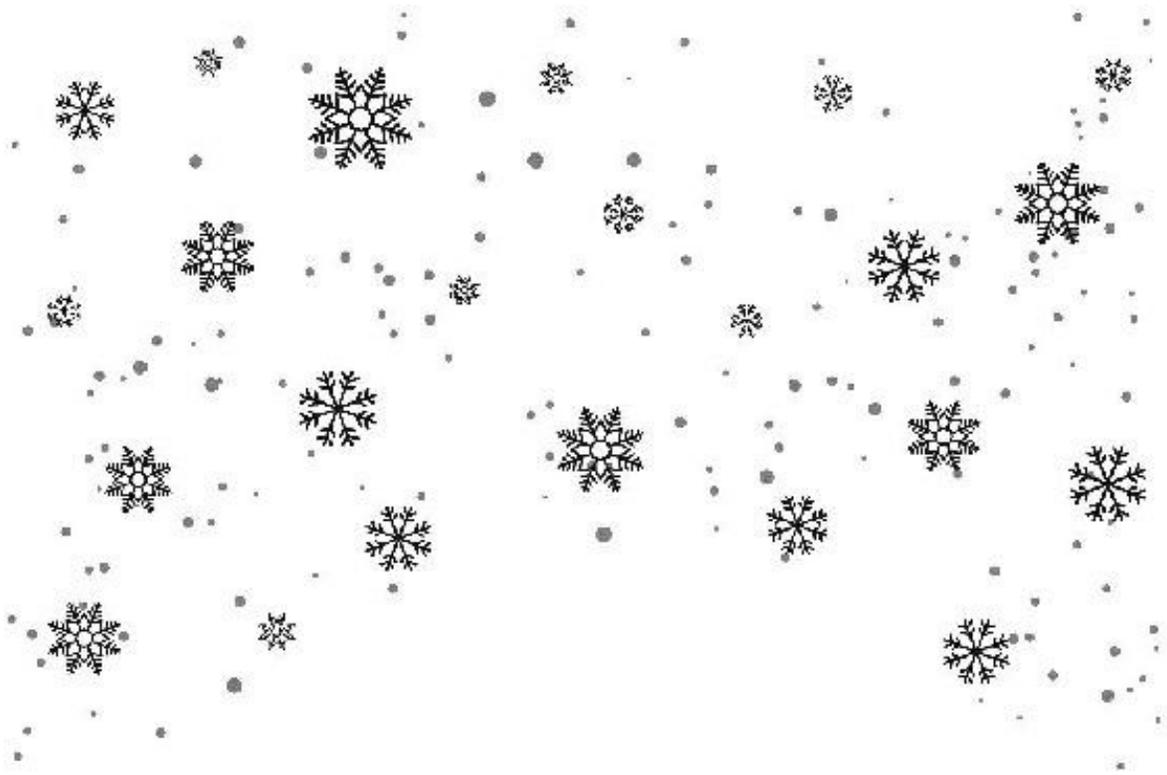
—¡Y lo estaba cumpliendo! Hasta que ese imbécil de Trent se vino arriba y comenzó a insultar a Logan. ¡Son las reglas, Emily! Si insultas al hermano de alguien y éste te oye, tiene derecho a partirte los dientes. En concreto, dos —levantó los dedos índice y corazón—. Además, ¿dónde ha quedado esa hermana sobreprotectora que había ahí dentro?

—Tú lo has dicho, ahí dentro. Ah, por cierto —le rodeé los hombros con el brazo y bajé la voz—, si vemos a ese Trent por el pueblo, avísame. Me gustaría pedirle algo.

—¿El qué? —frunció el ceño.

—Disculpas en tu nombre —respondí con seriedad—. O quizá te obligue a que lo hagas tú.

—¿Sabes? Me gustaba más la Emily del despacho del director —bufó mientras nos dirigíamos al aparcamiento—. Mucho más.



Capítulo 3

Wes

Llegar a Taylors Falls, Minnesota, fue una odisea. Lo inesperado del viaje hizo que tuviera que esperar durante horas en el aeropuerto, cargado con mi equipaje, hasta que por fin pude embarcar. A pesar de que el vuelo desde Nueva York a Minneapolis duró tres horas, estuvo lleno de turbulencias y, para colmo, me tocó sentarme al lado de un chico con pánico a volar que me dejó el brazo destrozado de tanto agarrarse a él.

Mi padre no podía conducir de noche, por lo que cuando bajé del avión, tuve que coger un taxi hasta el dichoso pueblo; casi una hora de trayecto metido en un coche con un señor que no tenía otro tema de conversación que no fuera el baloncesto, y en concreto, el equipo local de los Timberwolves. Asentí de manera ausente mientras él narraba punto por punto la gran gesta del equipo al meterse en los play-offs de la temporada 2003-2004. Yo nunca había sido muy fan del baloncesto, pero, al ser de Ohio, siempre había animado a los Cavaliers. Cuando se lo dije, el taxista se puso muy serio y me miró por el retrovisor. Creí que había metido la pata hasta el fondo, y estaba a punto de retirarlo cuando dijo:

—Bueno, ¡al menos no eres fan de los Bucks de Milwaukee! —Comenzó a reírse como si aquello tuviera que significar algo para mí—. Y dime, chico, ¿qué se te ha perdido en ese pueblo si puede saberse?

—Mis padres viven allí.

—Es un sitio precioso. Mi abuela era de la zona. ¿Ya has visto las cataratas? ¡Impresionante!

—La verdad es que es la primera vez que voy.

—Pues te recomiendo que las veas. No es un sitio muy grande, así que no te llevará mucho tiempo, pero merece la pena. —Puso el intermitente y adelantó al coche que teníamos delante. Le tocó el claxon cuando pasó por su lado, y el otro conductor le dedicó un gesto obsceno que hizo que él soltara una carcajada—. ¿Sabes? Taylors Falls tiene una tienda de artículos navideños que está abierta todo el año.

—¿En serio? —resoplé—. ¿Qué clase de persona regentaría algo así en un sitio tan pequeño?

—No tengo ni idea, pero ha hecho un negocio estable de algo que ocurre una vez al año, así que o es una mente privilegiada para el marketing...

—O un friki de Papá Noel con mucho dinero —terminé la frase y él asintió.

—Sea como fuere, he de reconocer que tiene mérito mantener algo así a flote en un sitio tan pequeño y remoto.

—Sí. Supongo que sí.

Durante el resto del trayecto pensé en aquella tienda navideña. Estuve tentado de llamar a Sophie para contárselo (sabía que a ella le haría mucha gracia la idea de poder comprar un Santa Claus bailarín en pleno agosto en un pueblo remoto de Minnesota) pero me contuve. Por muchas ganas que tuviera de hablar con ella, tenía que ser capaz de refrenarme. Después de todo, se merecía poder superar todo esto sin más trabas de las necesarias. Guardé el móvil en el bolsillo de la chaqueta y suspiré, pegando la frente contra la ventanilla. El taxista volvió a observarme por el espejo y paró de entablar conversación; simplemente siguió conduciendo a través de la oscura carretera, dejando que me sumiera de nuevo en la culpa y en la tristeza que me producía el

recuerdo de sus redondos ojos verdes.

No sabía cuándo me había quedado dormido, pero al despertar ya casi habíamos llegado. Al ver el cartel que nos daba la bienvenida, solté un suspiro de alivio y me obligué a mantener los ojos abiertos, a pesar de lo cansado que estaba. La casa de mis padres apareció al final de la calle y, tras pagarle a Lou (así se llamaba el taxista) y sacar mis cosas del maletero, eché a andar por el estrecho camino que separaba el césped en dos mitades y desembocaba en el porche delantero. No me dio tiempo a subir los escalones y llamar al timbre, porque mi madre abrió la puerta en cuanto oyó el más mínimo ruido y se abalanzó sobre mí.

—¡Harrison! —gritó demasiado cerca de mi oído—. ¡El niño está aquí!

Mi padre apareció y me abrazó brevemente, inclinándose enseguida para ayudarme con las maletas. Intenté que no lo hiciera, pero él me ignoró y continuó cargando con una de ellas. Cuando entré en la casa, el aroma a galletas de chocolate me azotó el rostro y no pude reprimir el rugido que lanzó mi estómago cuando las olió.

—He hecho tus favoritas —sonrió mi madre y sus ojos marrones se enterraron entre arrugas—. ¡Y también hay pavo!

—No es Acción de Gracias, mamá.

—Ya lo sé, pero llevas sin poder venir dos años, así que pensé que, ya que te iba a tener aquí unos días, podía preparártelo.

—El pavo está bien, pero el plato estrella es sin duda la salsa de arándanos —intervino mi padre desde el salón.

—Dile que estás deseando probarla —me pidió mi madre en voz baja—. A ver si así deja de dar la lata.

—¡Estoy deseando probarla, papá! —grité y sonreí a mi madre—. Oye, ¿podría coger una de esas galletas ahora?

—Claro que sí, cariño —me pellizcó el cachete y evité poner cara de fastidio—. Lo que mi niño quiera.

Cuando nos sentamos a cenar y mi padre me preguntó por Sophie, supe que tenía que contarles las novedades. Si no lo hacía y simplemente evitaba hablar de ella, sabrían que algo había pasado y, para evitar hacerme sentir mal, pasarían a hablar del trabajo, cosa que no mejoraría mi estado de ánimo. Dejé ambos cubiertos apoyados en el plato y entrelacé los dedos.

—Tengo que contaros algo y lo mejor será que lo haga cuanto antes —dije y noté sus miradas en mí—. Sophie y yo lo hemos dejado. Bueno, eso no es del todo cierto... Ella me ha dejado a mí. Y también me ha despedido.

—Oh, Dios mío —suspiró mi padre—. ¿Por qué?

—¿Por qué me ha despedido o por qué me ha dejado?

—Ambas.

—Me ha despedido porque lo hemos dejado. Y lo hemos dejado porque... —Exhalé—. Porque le puse los cuernos.

—¡Wesley! —chilló mi madre—. ¿Cómo has podido?

—No lo sé, mamá. —Me pasé los dedos por el pelo y resoplé—. Supongo que tu hijo es un cabrón.

—¡No digas eso! —me pidió ella, escandalizada—. Tú no eres así.

—Me parece que sí lo soy.

—No puede despedirte por eso —intervino mi padre—. ¡Es personal! Si se lo dijeras al director del periódico, te daría la razón.

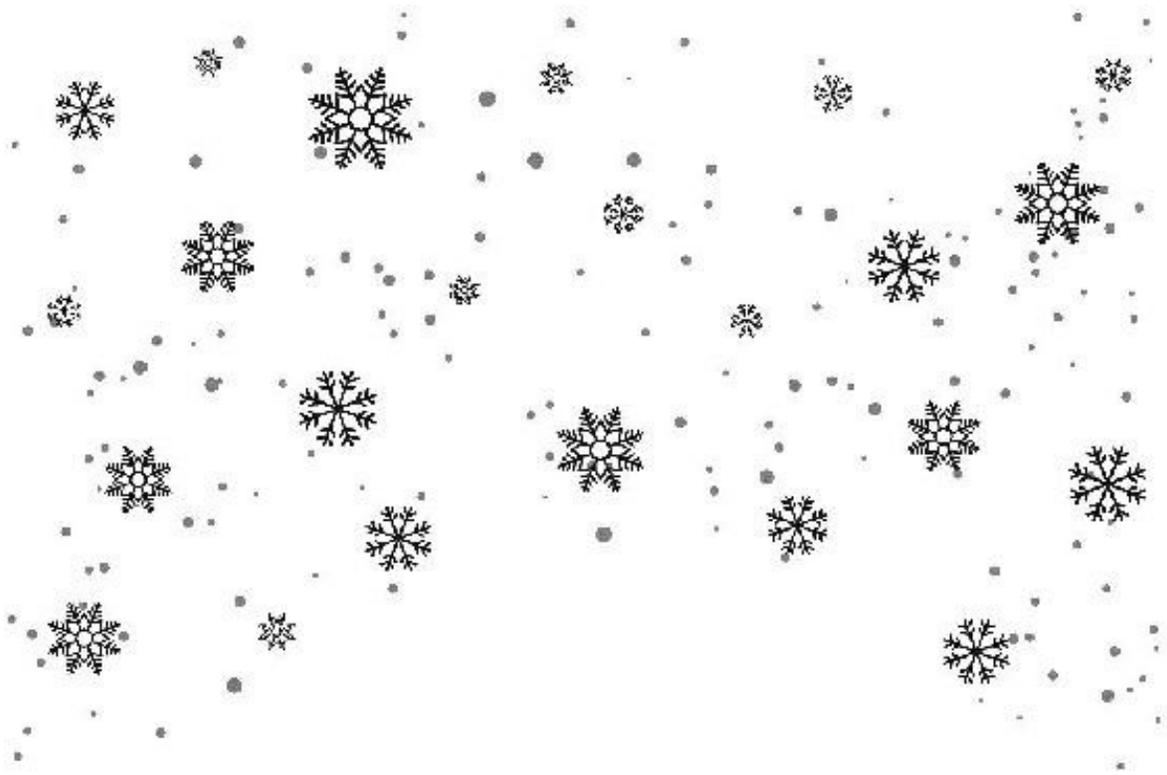
—Me acosté con una becaria en nuestra cama, papá. Creo que al menos le debo el no dejarla como una exnovia histérica y despechada ante nuestros jefes. Además, iba a haber recortes de personal de todas formas, y yo era uno de los más nuevos... Tenía todas las papeletas.

Mis padres se miraron en silencio, sopesando qué hacer o decir a continuación. Al final, se limitaron a darme ánimos y a asegurarme que encontraría otro trabajo pronto.

—¿Puedo quedarme aquí hasta que eso pase? —les pregunté, a sabiendas de que la respuesta era afirmativa.

—Por supuesto, hijo —me aseguró mi padre—. Puedes quedarte aquí el tiempo que quieras.

—Esta siempre será tu casa, cariño —dijo mi madre y tomó mi mano entre las suyas—. Y ahora cómete el pavo, que se enfría.



Capítulo 4

Emily

El bar estaba hasta arriba aquella noche.

Mi jefe había promocionado el dos por uno de los jueves con bastante ahínco, a juzgar por el número de clientes deseosos de tomar una copa después del trabajo. Estaba sirviendo dos jarras de cerveza cuando Abel, mi compañero y uno de mis mejores amigos desde la infancia, me dio un golpecito en el hombro.

—Tu hermano está esperándote dentro. —Tuvo que decirlo a escasa distancia de mi oído para que me enterara entre el murmullo de la gente.

—¿Cuál de los dos?

—El bueno.

—Los dos son buenos, Abel —respondí, asesinándolo con la mirada.

—Ya, ya... —reculó—. Quería decir Logan.

Le pedí que me cubriera un momento y me escabullí hacia la oficina, donde Logan, sentado en la silla de escritorio, se entretenía ordenando una pequeña caja de clips. Me acerqué a él y le di un beso en la frente.

—Hunter no tiene la culpa de lo que pasó hoy —dijo enseguida, como si hubiera estado aguantándolo durante demasiado tiempo—. No dejes que le castiguen, Em. ¡No es su culpa!

A pesar de ser gemelos, Hunter y Logan no podían ser más diferentes. Mientras que el primero siempre había sido un niño rebelde y travieso, con una facilidad innata para idear maldades, Logan era más tranquilo y pausado. Disfrutaba haciendo puzles o quedándose hasta las tantas viendo documentales sobre un tipo de abeja que estaba en peligro de extinción, y siempre sacaba buenas notas. Él quería ser médico; Hunter, jugador de fútbol. Las diferencias entre ambos siempre habían hecho que las comparaciones favorecieran a Logan, pero lejos de dejar que les afectara, eso los unía aún más. Se protegían, cuidaban el uno del otro, y yo me sentía muy orgullosa de ser su hermana mayor. La de ambos.

Me senté frente a él y le cogí la mano.

—No tienes que explicarme nada. Hunter ya me contó lo que pasó.

—Ese chico... Trent... —Cerró los ojos con fuerza—. Le odio, Emily. Hace de mi vida un infierno. Me grita que soy un marica, que le miro en los vestuarios, y lo hace delante de todos, para que se enteren. Hunter estaba presente hoy cuando lo ha hecho, y ya sabes cómo es. Intenté que no lo hiciera, pero... ¡Es culpa mía!

—Eh, mírame. —Le así la barbilla con la mano y tiré de ella hacia arriba—. Si yo hubiera estado ahí, le habría partido cinco dientes, no dos. —Logan sonrió débilmente y sacudió la cabeza—. No voy a castigar a Hunter, cariño. Pero tienes que aprender a no dejar que ese tipo de comentarios te afecten, ¿vale?

—Es fácil decirlo, pero... Tú no sabes lo que es, Em. Día tras día...

—Cuando tenía vuestra edad, un chico llamado Dylan me gritó que era una zorra delante de todo el instituto. Lo hizo porque, días antes, intentó acostarse conmigo en una fiesta y le di una bofetada tan fuerte que vi cómo la forma rojiza de mis dedos quedaba impresa en su mejilla. Pensó que no me atrevería a volver a hacerlo si había testigos delante y por eso se envalentonó

tanto como para insultarme.

—Oh, no. Creo que sé cómo va a acabar la historia...

—Creo que sí —sonreí—. Fui hacia él y volví a abofetearle, esta vez en la otra mejilla. Tuve que pasarme una semana haciendo trabajo extra, pero mereció la pena, porque nunca volvieron a insultarme.

—¿Me estás diciendo que pegue a Trent? ¿Tú, mi guardiana y tutora legal?

—No, por supuesto que no —negué—. Te estoy diciendo que te defiendas. Hunter y yo tenemos las manos más largas, pero tú tienes algo mejor. —Le toqué la cabeza con el dedo índice—. Tienes inteligencia suficiente como para que se te ocurra algo mucho más efectivo y satisfactorio que una bofetada.

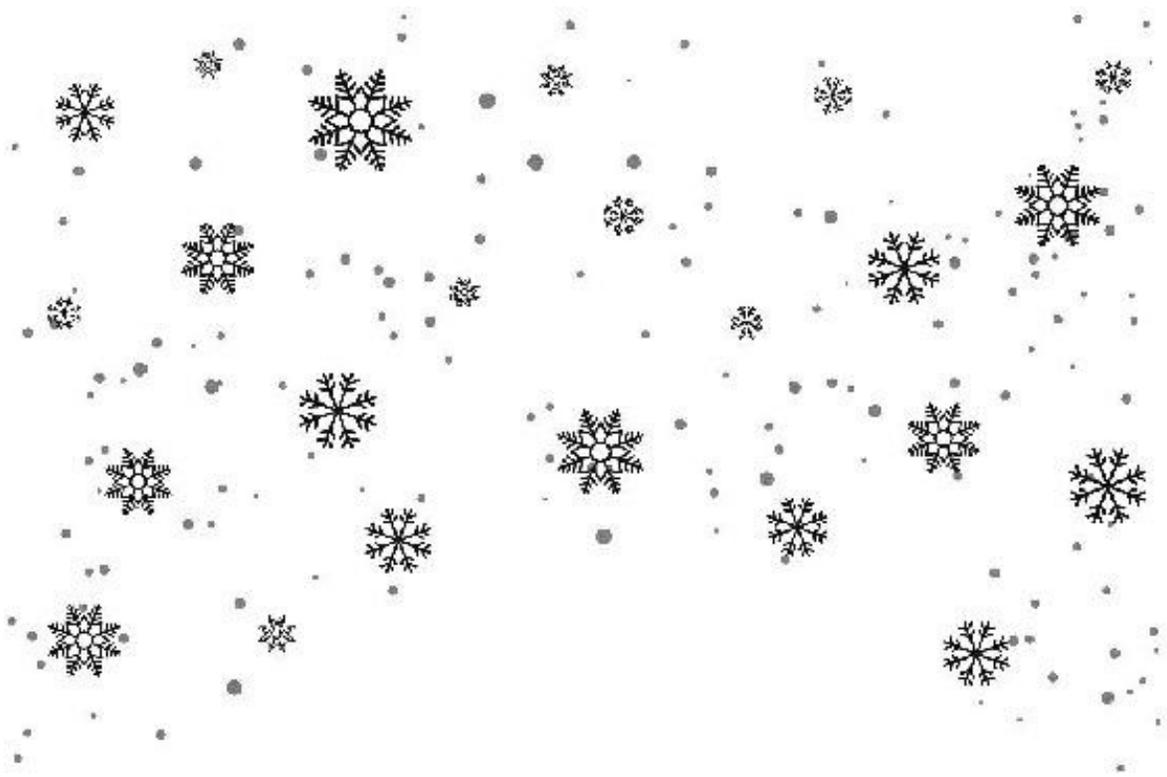
Vi cómo pensaba en ello durante unos instantes y la chispa que se le encendió en los ojos cuando volvió a sonreír.

—Tienes razón. —Se levantó de la silla—. Ya va siendo hora de que deje de esconderme tras las faldas de mis hermanos y haga algo al respecto. Gracias, Em —me plantó un beso en el cachete—. Eres la mejor.

—Eso dicen —reí—. Vuelve a casa, anda. La señora Parker me ha dicho que os ha guardado algo de cena, así que acuérdate de recogerla, ¿de acuerdo? Y ve con cuidado.

Volví al trabajo justo a tiempo para servir más cerveza. Intenté concentrarme mientras abría el grifo y trataba de conseguir el espesor ideal de espuma en la jarra, pero Logan se colaba por mi mente. Sufría mucho al ver cómo le trataban, y a pesar de que estaba segura de que finalmente le iría bien en la vida, no podía evitar sentir miedo, y también rabia. No había oído ni una palabra sobre el acoso a mi hermano de boca del señor Jensen, pero sin embargo siempre le faltaba tiempo para comunicarme cada trastada que hacía Hunter. Anoté mentalmente el reprochárselo en cuanto tuviera la oportunidad, y cuando miré hacia la puerta y le vi entrar, lo taché de inmediato.

Parecía que iba a poder decírselo aquella misma noche.



Capítulo 5

Wes

Mi padre estaba viendo un documental sobre insectos. Yo estaba sentado en el sofá, a su lado, mientras miraba en el móvil fotos de Sophie. Había intentado prestar atención a la historia de los escarabajos, pero enseguida me aburrí y opté por castigarme un rato. Mientras, mi madre iba y venía de un lado para otro buscando las gafas, y sonreí al comprobar que, por mucho que pasaran los años, había cosas que no cambiaban nunca. Al final las encontró en el cajón de verduras del frigorífico, y estaba contándomelo con lágrimas de risa en los ojos cuando llamaron al timbre.

Un adolescente rubio y alto entró en el salón para saludar a mi padre con excesiva familiaridad. Tenía la nariz salpicada de pecas y los ojos de un azul cobalto que llamaba la atención. Cuando me vio, esbozó una sonrisa tímida y miró a mi madre, esperando a que nos presentara.

—Este es Wes, mi hijo —dijo ella finalmente—. Cariño, este es Logan. Vive en la casa de enfrente.

—Encantado de conocerle. —Se acercó a mí y extendió la mano—. He oído hablar de usted.

—El placer es mío, Logan —la estreché—. Pero deja de hablarme de usted, que solo soy un poco mayor que tú. —Él alzó una ceja—. Vale, quizás un poco bastante.

—¿Qué tal por Nueva York? —preguntó, de nuevo con una sonrisa tímida en los labios—. Yo nunca he estado, pero mi hermana dice que es increíble. ¿Puedes pedir comida china de madrugada y te la traen! ¿Te lo puedes creer?

—La verdad es que tiene sus encantos —admití, no sin algo de nostalgia.

—Wes va a tomarse un respiro de esa ciudad —intervino mi madre—, así que le verás por aquí durante un tiempo.

—¡Genial! —exclamó él—. Al principio compararás este pueblo con Nueva York y te parecerá una mierda, pero luego le verás el lado bueno. A mi hermana le costó adaptarse de nuevo cuando volvió, pero ahora lo lleva bastante bien, ¿verdad, Pam?

—Muy bien —corroboró mi madre—, aunque la pobre casi ni tiene tiempo para respirar con tanto trabajo. Deberíamos hacer una cena para que os conozcáis. Emily tiene tu edad y te vendría bien tener amigos por aquí.

—Mamá —le advertí—. No empieces.

—¿Qué? —preguntó con una cara de inocencia que no engañó a nadie—. ¡No estoy haciendo nada!

—¡Eh, Logan, mira esto! —exclamó de pronto mi padre—. ¡Están hablando de los coleópteros!

—Uh, estupendo —dijo el chico y se sentó en el sofá sin despegar los ojos de la pantalla. Mientras, mi madre fue a la cocina y volvió de ella con una fiambra llena de pavo que le tendió—. Gracias, señora P.

—No hay de qué, cariño. —El chico se levantó, me dio la mano de nuevo, golpeó suavemente el hombro de mi padre y le dio un beso en la mejilla a mi madre—. Saluda a Hunter y Emily de mi parte.

—Lo haré. Encantado, Wes. ¡Hasta luego, señor P!

Tras acompañar al chico a la salida, mi madre reapareció en el salón y se sentó a mi lado para

hacer crucigramas. Conté mentalmente los segundos que pasaron hasta que abrió la boca para hablarme de la vecina.

—Pues Emily es muy agradable —comenzó a decir.

—Veinticinco. —Frunció el ceño, confusa—. Son los segundos has tardado en hablarme de ella.

—Déjate de bobadas, Wes. No estoy intentando emparejarte, y menos después de lo que le hiciste a Sophie. ¡Si le hicieras lo mismo a Emily no me lo perdonaría jamás! —Se subió las gafas que comenzaban a resbalársele por la nariz—. Bien sabe Dios que esa niña ya ha sufrido bastante... ¡Lo único que te pido es que la conozcas! Estaría bien que te relacionaras con gente de tu edad si vas a quedarte por aquí un tiempo.

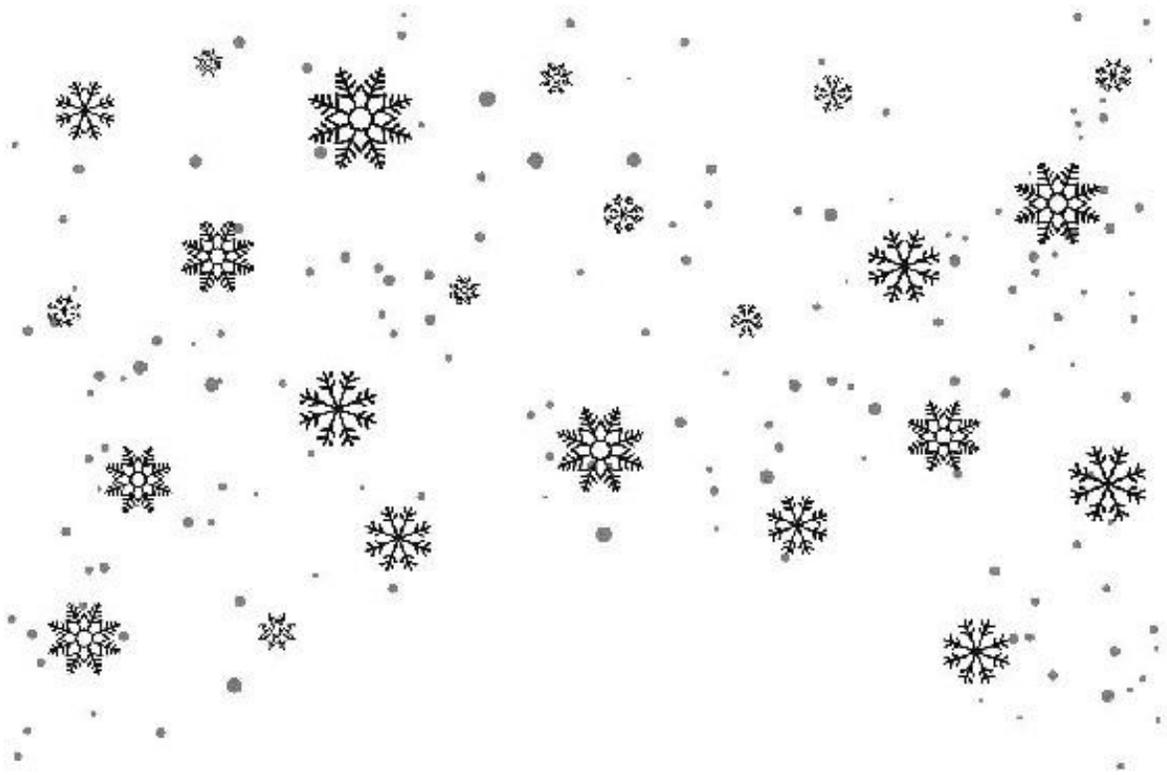
—Está bieeeeeen —claudiqué con un suspiro—. Haz una cena o lo que quieras y conoceré a tu querida Emily.

—¡Eso es lo que quería oír! —sonrió de oreja a oreja y me dio una palmadita en la rodilla—. ¿Tan difícil era?

—Lo difícil es decirte que no, madre.

Aquella misma noche llamé a Sophie. Fue algo estúpido por mi parte, porque sabía que no me iba a contestar, pero lo hice. A pesar de todo, sentí una punzada de decepción al comprobar que no iba a oír su voz aquella noche, pero pensé que me lo tenía merecido; eso y cualquier sentimiento negativo que llegara a experimentar en la vida. Después de todo, si las cosas habían salido mal había sido por mí.

Tiré el móvil a un lado y me tumbé en la cama, pero no pude dormir. Allí, en la oscuridad de la noche, pensé en sus labios y ese insomnio que me atrapaba, que me enjaulaba en mis remordimientos y mis pensamientos más tristes, se lo dediqué a ellos, a ella, a nosotros. A lo que pudimos ser y no fuimos. Por mi culpa.



Capítulo 6

Emily

El señor Jensen se sentó en el único taburete de la barra que quedaba libre, el cual resultó ser justo el más cercano al grifo de cerveza. Fingí que no me había dado cuenta de su presencia y seguí sirviendo jarras sin parar. Él esperó pacientemente y se limitó a repiquetear los dedos en la superficie de madera.

—¿Va a tomar algo o piensa quedarse ahí como un pasmarote toda la noche? —le dije y giró la cabeza hacia mí de inmediato.

—Buenas noches, señorita Evans. Una jarra, por favor.

—Eso está hecho. Y aquí soy Emily.

—Ah —sonrió—. Yo aquí soy Mark.

—Estupendo, Mark, pues aquí tiene. —Puse la jarra en la barra—. Que la disfrute.

—¡Emily! —me llamó cuando vio que hice el amago de marcharme—. ¿Podría hablar con usted un segundo?

Puse los brazos en jarra y solté un suspiro.

—Si es sobre mi hermano, yo también tengo cosas que decirle...

—No, no. Bueno, en parte. —Bajó la mirada—. Quería pedirle disculpas por lo de antes. Lleva razón, no debería asumir que Hunter es culpable si no tengo pruebas.

—Pues no, no debería —repuse, aunque me sentí un poco culpable al saber que en realidad estaba en lo cierto—. Pero gracias.

Me di la vuelta y salí de la barra para atender un par de mesas más. Mark se quedó donde estaba, observándome con detenimiento cuando pensaba que no me daba cuenta. Artie, uno de los clientes más asiduos, incluso me avisó de que había un perverso en la barra que no me quitaba los ojos de encima. Dejé que Abel se encargara del grifo y yo terminé de recoger los vasos vacíos que iban dejando los que se marchaban, que eran bastantes. Cuando alcé la vista de nuevo, me alegró comprobar que apenas quedaba gente. Respiré con alivio.

—¿Podría decirle algo más antes de irme? —preguntó Mark cuando volví de nuevo a la barra. Asentí mientras le retiraba la jarra vacía que tenía entre las manos—. ¿Le gustaría salir a cenar algún día?

No me imaginaba que Mark Jensen fuera capaz de reunir el valor para pedirme una cita. Gracias a la rebeldía de Hunter nos habíamos visto bastantes veces a lo largo de los últimos meses, y habría estado ciega si no me hubiera dado cuenta de cómo me miraba, pero jamás pensé que se decidiría a hacer algo al respecto. Si era sincera, en más de una ocasión había pensado en él. No era precisamente el hombre más guapo de la faz de la tierra, pero tenía algo que encandilaba. Tal vez fuera la bondad que se adivinaba en sus ojos marrones, o tal vez la forma en la que solía sonreír; ampliamente, como si fuera la persona más feliz del universo.

Pero, a pesar de todo, seguía siendo el director del instituto al que acudían mis hermanos pequeños, y bastante tenían ellos como para que encima corrieran rumores de una relación entre nosotros.

—No creo que sea lo más adecuado —contesté finalmente mientras pasaba un paño húmedo por la madera—. Después de todo, soy tutora legal de dos de sus alumnos. ¿Qué pensaría la gente

si nos vieran?

—Ah, sí, ya... Lleva razón —admitió con decepción—. Ha sido una tontería por mi parte, lo siento.

—No se disculpe, Mark —le sonreí—. Es el único motivo que se me ocurre para decirle que no.

Aquello pareció contentarle. Pagó su consumición y se despidió con un torpe gesto de la mano y los labios curvados hacia arriba. Abel se materializó a mi lado y se quedó mirando cómo se marchaba.

—Tiene buen culo —observó—, aunque viste como mi abuelo y eso le resta puntos.

—¿Se puede saber desde cuándo te gustan a ti los chicos modernos? —arrugué la nariz—. Siempre has sido más de tíos con gustos clásicos a la hora de vestir.

—Clásico es una cosa y las chaquetas de tweed con coderas son otra, Emily. —Me dio un golpe en el hombro—. ¿Te lo vas a tirar?

—¡No digas bobadas! —me escandalicé—. ¡Es el director del instituto!

—Em, cariño, ¿cuándo fue la última vez que tuviste sexo con un tío?

—Pues tampoco hace tanto. Fue hace... —Pensé, pero no pude recordarlo. Me llevé las manos a la boca—. Joder. Pues sí que hace tiempo.

—¿Lo ves? ¡Tienes que darle una alegría al cuerpo de vez en cuando!

—No tengo tiempo para alegrías, Abel.

—Pues es una pena —se lamentó mientras secaba los vasos—, porque algo me dice que bajo esa camisa de cuadros tipo mantel de picnic se esconde todo un cuerpazo.

Le di con el trapo en la cara y seguí limpiando la barra.

Logan y Hunter se habían quedado dormidos en el sofá. La Xbox estaba encendida, había platos sucios sobre la mesa y envoltorios de helado esparcidos por la alfombra. Eran casi las doce de la noche y estaba agotada de tanto trabajar, pero hice un último esfuerzo y recogí un poco. Sabía que tendría que haberles despertado y haber hecho que lo recogieran ellos, pero me daba pena. A pesar de que ya eran dos adolescentes a punto de cumplir los dieciséis, cuando dormían aún conservaban ese rostro angelical que tenían desde que eran pequeños. Era lo único que les quedaba de esos niños que un día fueron.

Mi móvil comenzó a sonar y ambos abrieron los ojos, asustados. Cuando se dieron cuenta de que estaba mirándolos mientras dormían, soltaron dos gruñidos y se levantaron del sofá.

—Prometiste que no ibas a hacer eso nunca más —se quejó Logan.

—Es un poco de asesina en serie, Em —añadió Hunter.

—Lo siento, es que estáis tan guapos... —Les pellizqué los cachetes—. Anda, id a dormir mientras yo termino de recoger la pocilga que habéis montado aquí.

Murmuraron un «buenas noches» y arrastraron los pies escaleras arriba. Cuando por fin miré el móvil, vi que tenía una llamada perdida de la señora Parker y se la devolví.

—Emily, cariño, ¿te pilló en mal momento?

—Para nada, Pam. Siempre tengo un minuto para ti, ya lo sabes.

—Eres un encanto, pero solo te robaré un segundo de ese minuto. Mi hijo Wes ha venido de visita y me gustaría preparar una cena para que le conozcáis, así que necesito que me digas qué día tienes libre.

—Pues déjame ver... —Sujeté el teléfono con el hombro mientras miraba el calendario que

tenía colgado en la puerta de la nevera—. Mañana tengo que trabajar en la tienda por la mañana, pero la noche la tengo libre. ¿Te viene bien?

—¡Estupendamente, cielo! Mañana a las ocho.

—De acuerdo. ¿Llevo algo?

—No, no, tu presencia es suficiente. Y ahora descansa, niña, que es tarde. Nos vemos mañana.

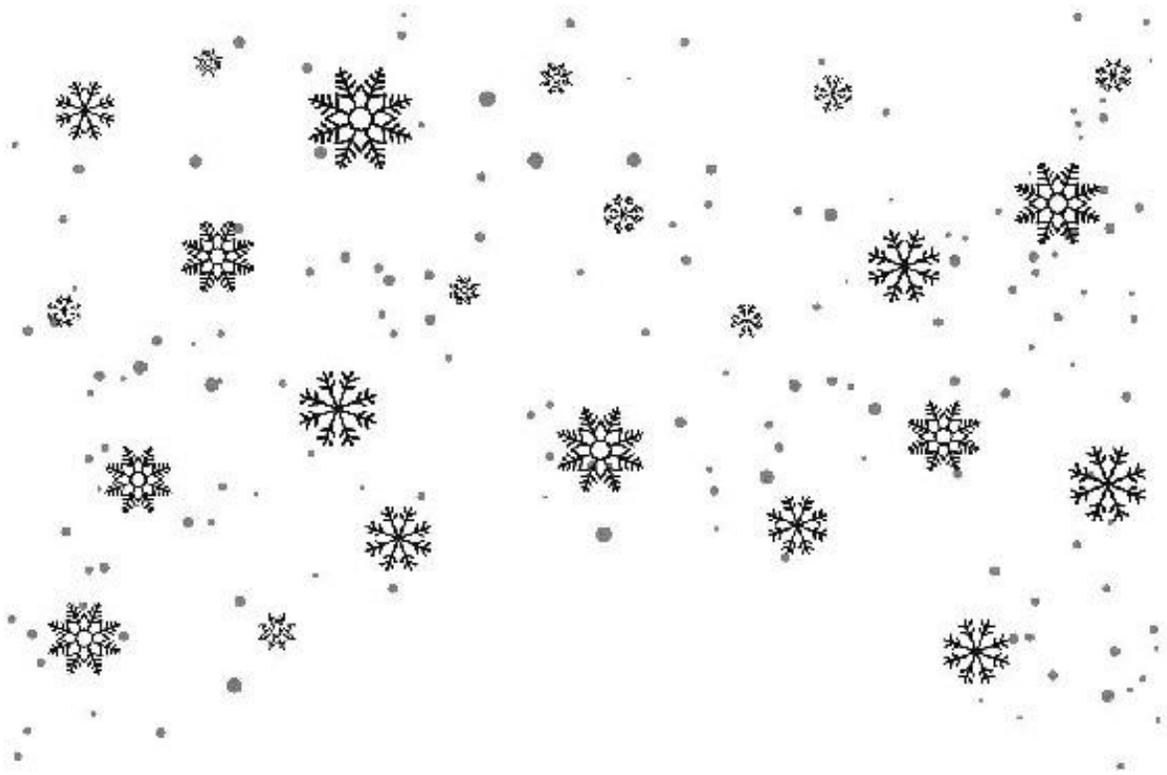
Colgué y me senté en la mesa de la cocina a comer el poco pavo que mis hermanos habían guardado para mí. El señor Parker me había contado que su hijo era periodista y vivía en Nueva York, pero poco más. Nunca había visto una foto suya ni había oído que viniera por el pueblo de visita.

Cerré los ojos e imaginé cómo sería. En mi mente, no sabía por qué, tenía el pelo oscuro y los ojos verdes, como los de su padre. También era alto, muy alto, y bastante atractivo. Sonreí y, cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, negué con la cabeza.

—Hora de dormir, Emily —dije en voz alta mientras dejaba el plato en el fregadero—. Estás empezando a delirar.

Me metí en la cama sin ni siquiera cambiarme de ropa y caí rendida al sueño en cuestión de segundos.

Aquella noche, como de costumbre, tampoco soñé nada. Hacía tiempo que mi mente sabía que no tenía sentido hacerlo; mi realidad era la que era, y no cambiaría por mucho que quisiera.



Capítulo 7

Wes

El aroma del redondo de ternera que mi madre estaba cocinando se colaba por la rendija de mi puerta. Estaba tumbado en la cama con el iPad entre las manos, buscando alguna oferta de trabajo que se adecuara a mis cualidades. Al principio busqué solo por la zona de Nueva York, pero más tarde me di cuenta de que en realidad no importaba. No tenía nada que me atase a aquel lugar, salvo el profundo amor que sentía por la ciudad. Podía irme a cualquier parte del país, incluso del mundo, y comenzar de cero.

Por alguna razón, aquello me asustaba.

Por primera vez en mi vida, sentía que tenía completa libertad y el carecer de restricciones era algo demasiado nuevo para mí. Las opciones eran infinitas y mi indecisión también.

Mi padre aporreó la puerta a las siete y media para avisarme de que se acercaba la hora de la cena y yo resoplé lo más fuerte que pude. Dijera lo que dijera mi madre, sabía que hacía aquello para intentar que me olvidara de Sophie y me fijara en otra chica. Aún no había visto a la tal Emily, pero las exhaustivas descripciones que mis padres habían hecho de ella daban a entender que era una especie de ángel de *Victoria's Secret* con la personalidad de la Madre Teresa. Estuve a punto de decirles que a mí me iban más otro tipo de mujeres, con carácter y malas pulgas, pero me contuve.

Quería salir de aquel aprieto cuanto antes, por lo que me aseé un poco, me vestí con unos vaqueros y una camiseta de mangas cortas blanca con el símbolo de Batman en el pecho y salí pitando escaleras abajo.

Cuando entré en la cocina y la vi, me quedé paralizado.

El pelo rubio le caía sobre los hombros, ondulado, y llegaba justo hasta debajo de su pecho. Al igual que la de Logan, tenía la nariz salpicada de pecas y sus ojos estaban enmarcados por unas largas y gruesas pestañas. No era muy alta y estaba algo delgada, pero, a pesar de que solo llevaba una camiseta gris un poco holgada y unos vaqueros, me pareció preciosa.

—No la mires así —dijo alguien a mi espalda y cuando me volví, me encontré con un clon de Logan, aunque con el pelo algo más corto.

—¿Y tú quién eres?

—Hunter. —Hice el intento de estrechar su mano para presentarme, pero el chico me miró como si fuera su enemigo—. No me gusta que mires así a mi hermana.

—¿Así cómo? —pregunté, confuso.

—Con lujuria —explicó él y yo solté una carcajada—. Adelante, ríete, pero he visto a muchos mirarla de esa forma, y todos buscaban lo mismo. Entonces no pude evitarlo porque aún era pequeño, pero ahora sí que puedo, así que yo que tú me andarías con ojo.

—¿Me estás amenazando? Porque la última vez que dejé que un quinceañero me amenazara aún estaba en el instituto.

—Apuesto a que hace siglos de eso —se burló y metió las manos en los bolsillos de la sudadera negra que llevaba—. Tú tómatelo a broma si quieres, Batman, pero yo ya te he advertido.

Pasó por mi lado y sonrió de forma angelical. Me quedé mirándole, entre asustado y fascinado,

mientras veía cómo se acercaba a su hermana y le daba un beso en la mejilla, seguramente para que yo lo viera.

Fue entonces cuando ella volvió la cara hacia mí y noté un pequeño pellizco en el estómago. Estiró sus gruesos labios hasta formar una preciosa sonrisa repleta de dientes blancos y relucientes, y sin saber muy bien cómo o por qué, eché a andar hacia ella.

—Cariño, esta es Emily —nos presentó mi madre—. Emily, este es Wes, mi hijo.

—Encantada de conocerte por fin —dijo ella con una preciosa y dulce voz que encajaba perfectamente con su rostro.

—El gusto es mío —contesté e intenté sonreírle, pero me salió una mueca extraña en la que solo elevé la comisura derecha—. Mis padres hablan maravillas de ti.

—Eso es porque me ven con buenos ojos —alegó, y me quedé mirándola como un idiota cuando se atusó el pelo—. ¿Qué tal por Nueva York?

—Bueno... Podría ir mejor. Logan me dijo que solías vivir por allí, ¿no?

—Trabajé durante un tiempo en una agencia de publicidad en Manhattan, sí. Aún echo de menos la pizza del *Rubirosa*.

—He oído hablar de ella, pero nunca la he probado.

—¿En serio? —se sorprendió—. ¡Eso es imperdonable! Después de dos años, si cierro los ojos, aún puedo saborearla...

Se pasó la lengua por los labios en un gesto totalmente inocente y enseguida noté un familiar cosquilleo en la base del estómago que me dejó sin habla. Ella seguía mirándome y busqué frenéticamente algo que decir, lo que fuera, para que no se diera cuenta de los pensamientos tan poco apropiados que estaba teniendo.

—Iré cuando vuelva —dije finalmente con voz ronca—. Si recuerdas su sabor después de tanto tiempo, tiene que ser buena.

—La mejor —me aseguró y sonrió de oreja a oreja—. Daría lo que fuera por un trozo ahora mismo.

—Pues vas a tener que conformarte con lo que se está cocinando en el horno —intervino mi madre.

No me había percatado de que estaba en tensión hasta que noté cómo se me relajó el cuerpo cuando ella desvió sus preciosos ojos azules de mi cara.

La tuve sentada enfrente durante la cena. No podía explicar por qué, pero aquella chica había conseguido intrigarme. Era preciosa y muy dulce, sí, pero había algo más; algo que no supe señalar hasta que la sorprendí mirándome de forma intensa. Pensé que iba a desviar la mirada, avergonzada, pero en vez de eso la aguantó, desafiante. Aquello provocó que los pensamientos indecorosos volvieran a ocupar mi mente, y esta vez decidí ir un poco más allá. Esperé a que volviera a lanzarme una mirada furtiva y, cuando lo hizo, mi mejor gesto seductor estaba ahí para recibirla. Ella se sonrojó un poco y remitió un mechón de pelo tras su oreja. Sonreí ante aquel gesto y tuve que respirar hondo para calmar el calor que comenzaba a extenderse por mi cuerpo.

Alguien me dio una patada por debajo de la mesa y no tuve que mirar para saber que había sido Hunter. Me observaba con atención y fruncía el ceño cada vez que nuestros ojos se cruzaban. Había intentado sonreírle en un par de ocasiones, pero en todas me había dado de bruces contra un gesto de enfado. Al final, opté por ignorarle.

—¿Ya has visto el pueblo, Wes? —preguntó Logan mientras cortaba un trozo de ternera.

—Aún no, aunque espero hacerlo pronto. Me han dicho que es precioso.

—Lo es —asintió mi madre—. Quizás Emily podría enseñártelo un día de estos.

—Mi hermana está muy ocupada —intervino Hunter con voz fría. Emily lo miró con reprobación—. Pero yo estoy disponible.

Esbozó una sonrisa inocente que en realidad no era tal.

—Gracias por el ofrecimiento —sonreí de vuelta—. Puede que te tome la palabra.

—¿Qué te interesa ver? —prosiguió Logan—. ¿Las cataratas, el bosque...?

—Todo, supongo —me encogí de hombros—. Ah, y también quiero visitar esa tienda de Navidad que dicen que abre todo el año.

—Buena elección —sonrió Logan y todos rieron, aunque no supe por qué.

—En serio, ¿qué clase de persona abre un negocio así? La única persona que se me ocurre es un niño de cinco años, porque un adulto al que le entusiasme tanto Santa Claus debe de ser un poco patético.

Se hizo el silencio en la mesa. Por el rabillo del ojo vi cómo mi madre me hacía señas con las manos, pero no la entendía. Oí el sonido de una silla al arrastrarse y me di cuenta de que Emily se había puesto de pie.

—Tengo que irme —anunció y tiró la servilleta sobre la mesa.

—¿Por qué? —pregunté, confuso. Logan se miraba las manos y Hunter se había recostado en la silla con una expresión de suficiencia en el rostro. Mi madre, por su parte, seguía haciendo gestos.

—Lo que tu madre está intentando decirte —comenzó a decir Emily— es que te calles la boca, pero es demasiado tarde. —Eché a andar hacia la salida, pero se arrepintió y volvió sobre sus pasos—. ¿Sabes qué? Esto, la superioridad y la altivez, es lo que odio de Nueva York. Si la tienda estuviera en el Upper East Side, dirías que es especial, pero como está en un pueblo perdido de Minnesota te sientes con derecho a juzgar a sus dueños y a su clientela. Pues que te quede clara una cosa, Wes. —Me señaló con el dedo—. Esa tienda lleva tres años abierta y con un notable margen de beneficios, así que no será tan patética. Tal vez tú y tu culo neoyorquino os creáis demasiado buenos para la Navidad, para este pueblo e incluso para este estado, pero déjame decirte algo: no lo eres. —Agarró su chaqueta de la silla donde la había dejado y salió disparada hacia la puerta—. Me voy a casa, chicos. Gracias por la cena, Pam. Harrison, un placer como siempre.

Me quedé atónito mientras Hunter se levantaba y seguía los pasos de su hermana. Mi padre enterró la cara en las manos y mi madre, enfadada, comenzó a recoger los platos.

—Mi familia regenta esa tienda —explicó Logan, quien seguía sentado a mi lado—. A mis padres les encantaba la Navidad y siempre habían tenido el sueño de abrir una tienda dedicada a ella. Emplearon todos sus ahorros... —Tragó saliva—. Murieron hace dos años. Emily pensó en deshacerse del negocio, pero ellos habían puesto su alma en él y no pudo hacerlo. Así que ahora, además de hacerse cargo de dos adolescentes, trabaja en la tienda por las mañanas y en un bar por la noche. —Bajé la vista hacia mis manos, consciente de que había vuelto a meter la pata hasta el fondo. Oí cómo Logan se levantaba de la silla—. No creo que seas mal tío, Wes, pero quizás deberías de pensar las cosas dos veces antes de decirlas. Y por Emily no te preocupes, se le pasará. Es buena chica.

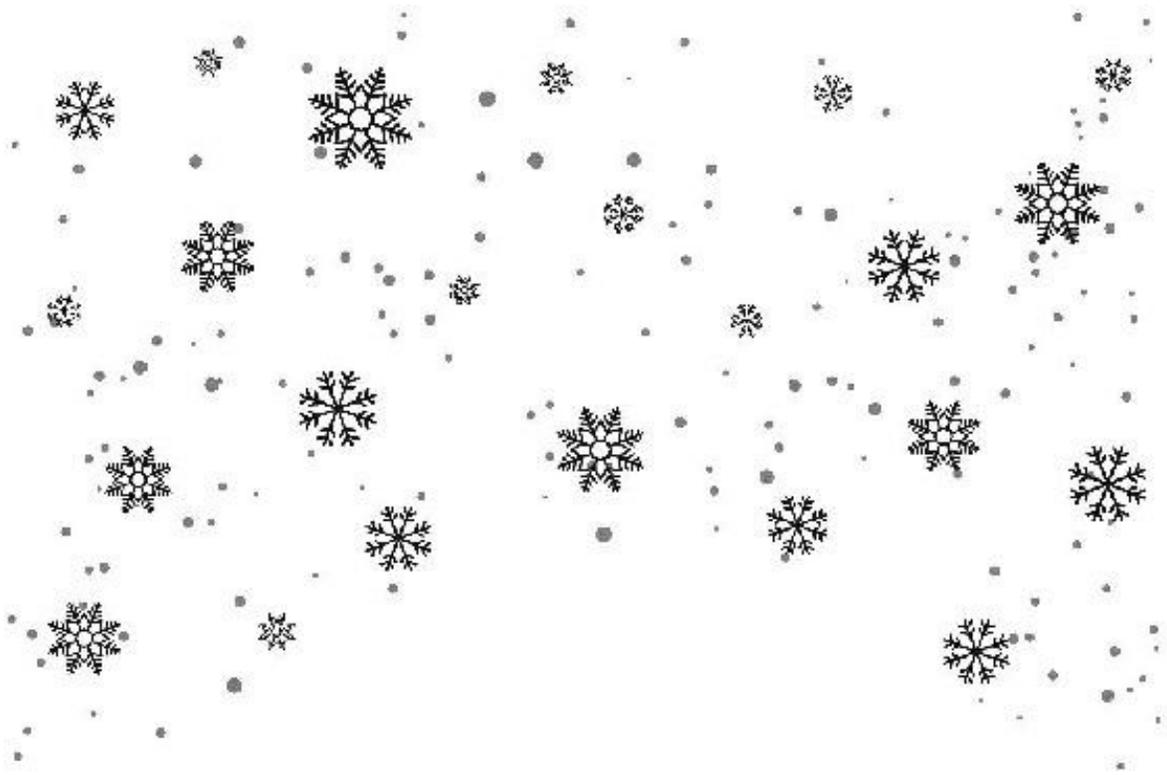
Logan también se marchó y yo me quedé sentado donde estaba, inmóvil y tremendamente avergonzado. Mi padre suspiró y me dio un golpe en el dorso de la mano, requiriendo mi atención. Alcé la vista y me encontré con sus ojos verdes.

—Ayuda a tu madre y, cuando termines, ve a la casa de enfrente y discúlpate. —Su tono no era de petición, sino de exigencia—. Esa chica es importante para nosotros y no voy a permitir que la

ofendas a la primera de cambio, ¿me has entendido? —Se puso en pie y me miró con reprobación —. Si vas a quedarte en este pueblo, tienes que desechar esa actitud, Wes. Esto no es Nueva York. Aquí tenemos modales.

Salió del comedor y yo comencé a recoger los vasos mientras rememoraba el rostro airado de Emily. Sabía que había hecho mal, que debía sentirme culpable por ello, y lo hacía, de verdad que sí. Pero cuando visualizaba su cara, en todo lo que podía pensar era en lo guapa que estaba incluso enfadada.

Realmente era un gilipollas.



Capítulo 8

Emily

¿Qué se creía ese Wes? Porque era un imbécil, eso es lo que era. Un esnob típico de esa ciudad a la que yo amaba y odiaba a partes iguales.

Cuando le vi, ataviado con esa camiseta de Batman, y tropecé con sus intensos ojos oscuros, sentí algo que no había experimentado nunca. Abel me habría dicho que era deseo y, a decir verdad, creo que habría llevado razón. Era alto, casi como lo había imaginado, y de piel ligeramente morena, sin duda heredada de su padre. La zona de su mandíbula estaba decorada por una oscura barba de tres días que le confería un aspecto desaliñado, cosa que no hacía sino acrecentar su atractivo. Y sus brazos...

Tuve que tragar saliva al recordar el cosquilleo que noté en la barriga al percatarme de la forma en la que las mangas cortas se le clavaban en ellos.

Me había atrevido a mirarle durante la cena. Normalmente no habría sido tan descarada, pero había algo en él que me incitaba a pegar mis ojos a su piel y no moverlos de ahí, como si él fuera una lluvia de estrellas y yo estuviera necesitada de deseos. Cuando se dio cuenta y decidió devolverme la osadía con ese gesto seductor, tuve que desviar la mirada para no delatar la atracción animal que sentí en aquel instante.

Pero luego comenzó a hablar y las palabras que salieron de su boca eliminaron su encanto de un plumazo.

Me obligué a dejar de pensar en él y decidí aprovechar lo que me quedaba de noche libre. Cogí una tarrina de helado de fresa y me acurruqué en el sofá con una manta, dispuesta a ver alguna comedia romántica. Era consciente de que no era el mejor plan de viernes noche para una chica de veintiséis años como yo, pero apenas pasaba tiempo en casa y me apetecía estar tranquila, aunque solo fueran unas horas.

Aproximadamente media hora más tarde alguien llamó al timbre. Fui descalza hacia la puerta, con cuidado de no hacer ruido, y cuando vi su cara por la mirilla, resoplé y abrí.

—¿Qué quieres? —bramé.

—He venido a disculparme —dijo Wes con voz suave—. He sido un idiota y lo siento.

—Vale. —Apoyé la cadera en el marco de la puerta. Él se miró la punta de los pies—. ¿Algo más?

—Emily... —suspiró, y me amonesté mentalmente por el hormigueo que sentí al oírle decir mi nombre—, lo siento de verdad. A veces no sé cómo dejar de ser un imbécil. Lo intento, de verdad, pero no me sale. —Me miró y sonrió de medio lado—. Me gustaría que fuéramos amigos.

Crucé los brazos sobre el pecho y lo analicé. Él se quedó esperando una respuesta con cara de cordero degollado y las manos enfundadas en los bolsillos de su chaqueta. Mirarle volvió a provocar esa sensación calurosa que se extendía por mis extremidades, y sabía que no debía hacerlo, pero terminé por abrir la puerta del todo y hacerme a un lado para dejarle pasar. Él aceptó la invitación y entró en casa con las cejas enarcadas y una sonrisa en la cara.

—*Love Actually* —dijo mirando la tele, al tiempo que se quitaba la chaqueta y la posaba sobre el sillón orejero color mostaza—. Nunca terminé de verla.

—¿En serio? Es una de mis favoritas. —Volví a acurruarme bajo la manta—. ¿Te apetece

verla?

—Está bien.

Pensé que iba a sentarse en la butaca, pero en vez de eso, retiró mis piernas del sofá y se sentó a mi lado. Iba a encogerlas cuando volvió a levantarlas y las posó en su regazo. No pude evitar sonrojarme. Acabábamos de conocernos, ¿qué demonios estaba haciendo?

—Puedo sentarme en el sillón si quieres —dijo al darse cuenta de lo tensa que me había puesto.

—Si no te importa, lo preferiría.

Él alzó una ceja, divertido, y se cambió de sitio. Cogió la tarrina de helado de la mesa y se metió una cucharada demasiado grande en la boca. Cuando se percató de que le estaba mirando, comenzó a lamer la cuchara de forma sensual.

—Para —le ordené, consciente de que mis mejillas comenzaban a tintarse de un rojo todavía más intenso—. Deja de hacer marranadas.

—¿Te refieres a esto? —Dio un lametazo pausado al metal—. El helado está muy rico y lo estoy saboreando. ¿Qué tiene de malo?

—Eres como un niño pequeño —bufé—. No parece que tengas treinta años.

—Eso es porque tengo veintisiete —replicó visiblemente molesto y yo aguanté la risa—. ¿En serio creías que tenía treinta? Indignante.

—Te quedan tres años, ¡qué más da!

—Mucho. Me quedan tres años para aclarar mis ideas, encontrar un trabajo estable y al amor de mi vida.

—¿Y tienes que hacer todo eso antes de cumplir los treinta? —pregunté asombrada—. Porque vas un poco justo de tiempo.

—Lo tengo todo bajo control —respondió, aunque sospechaba que era mentira. Me miró de reojo—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Tú hazla. Ya veré si te contesto o no.

—Me parece justo. —Se removió en el asiento, inquieto—. ¿Sales con alguien? —Negué con la cabeza sin darme cuenta—. ¿Por qué no?

—Porque... —Estaba a punto de darle una larga explicación sobre mi vida cuando me di cuenta de que no tenía por qué hacerlo—. ¿A ti qué te importa?

—Vale, vale —alzó las palmas de las manos—, tranquila. Lo preguntaba porque es raro que una chica como tú pase la noche viendo comedias románticas sola en casa.

—¿«Como yo»? —pregunté a la defensiva—. ¿Qué se supone que significa eso?

—Bueno, ya sabes... Joven y guapa.

—Ah. Bueno... Los chicos han salido un rato con unos amigos —dije, intentando no darle importancia al hecho de que Wes pensaba que era guapa—, y nunca tengo la casa para mí. Tenía que aprovechar.

—Oh... ¿Quieres que me vaya? —Volvió a comerse una cucharada de helado.

—Haz lo que quieras —me encogí de hombros—. No eres una molestia.

—Bueno, dame un margen de tiempo para cambiar tu opinión antes de juzgarme, ¿no? —bromeó y yo solté una carcajada—. Oye, ¿puedo pedirte un favor?

—Estás haciendo muchas preguntas, Wes.

—Soy periodista, es mi trabajo. Pero en realidad, este favor solo me lo puedes hacer tú.

—¿De qué se trata? —pregunté. Me había puesto nerviosa.

—¿Podrías llevarme contigo a la tienda mañana?

Aquello me sorprendió. Después de la forma en la que había hablado del negocio, no pensaba

que fuera a interesarle una visita a *Holly Jolly's*. Fruncí el ceño.

—Si es para burlarte de nuevo...

—No, no, nada de eso —interrumpió y soltó un suspiro—. Quiero entender el encanto de poder comprar adornos navideños en cualquier época del año. Soy consciente de que a veces tiendo a juzgar las cosas sin tomarme el tiempo suficiente para conocerlas, y como antes he sido tan gilipollas... —Me miró fijamente a los ojos—. Lo de que quiero que seamos amigos iba en serio, Emily. No sé por qué, pero tengo un buen presentimiento contigo.

—¿A qué te refieres? —inquirí, y me esforcé por ocultar la sonrisa tonta que amenazaba con curvarme los labios.

—Pues a que, aunque hace una hora escasa que te conozco, me da la sensación de que podemos congeniar.

—No te ofendas, Wes, pero en esta hora que hace que nos conocemos me has dado la impresión de ser un poco arrogante y pagado de ti mismo.

—Y tú pareces una chica humilde y agradable. ¿Ves? ¡Los opuestos se atraen! —sonrió de forma infecciosa—. ¿Entonces vas a llevarme contigo?

Sabía que debía decirle que no, pero no quería hacerlo. Sus ojos oscuros volvieron a posarse en mí y me permití perderme en ellos durante unos instantes. Después de mirarlos durante ese tiempo, aún no sabía si eran marrones o negros.

—Está bien —claudiqué—. Pero debes saber que, aunque la tienda abre a las nueve, a mí me gusta estar allí un par de horas antes.

—Madrugar no es problema. —Miró el reloj de su muñeca—. Pero supongo que debería irme ya si quiero dormir mis ocho horas.

Cogió su chaqueta y se levantó de la butaca. Caminé hacia la salida tras él, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija en mis pies. Wes se paró en seco justo antes de abrir la puerta y casi me choco contra su espalda.

—Tienes algo... —comenzó a decir, y estiró los dedos hacia mi pelo. Lo acarició suavemente—. Una pelusa de la manta.

—Oh —me sonrojé—. Gracias.

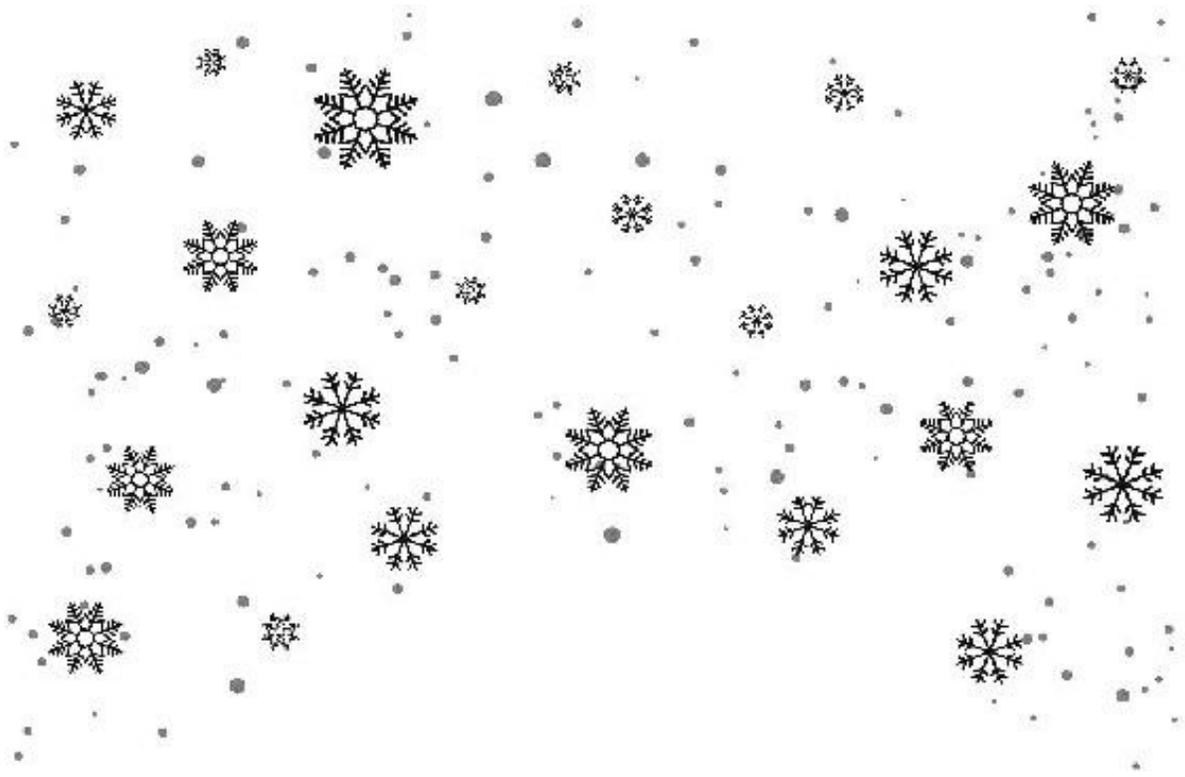
—No hay de qué. —Abrió la puerta y salió al porche—. ¿Nos vemos mañana a las seis y media aquí mismo?

—Me parece bien —sonreí—. Hasta mañana, Wes.

—Buenas noches, Emily.

Cerré la puerta y me dirigí hacia la ventana más cercana para verle marchar sin que él lo supiera. Analicé con detenimiento su figura, la curvatura de sus hombros y su espalda, incluso la forma en la que andaba, con garbo y algo de chulería. Cuando llegó a la altura de su puerta, y antes de abrirla, miró hacia atrás. Di un brinco y me alejé del cristal.

Aunque no podía estar segura desde aquella distancia, juraría que le vi sonreír antes de entrar en su casa y cerrar la puerta tras él.



Capítulo 9

Wes

El despertador de mi móvil sonó a las seis y cuarto y quise estamparlo contra la pared. Me froté los ojos con fuerza, desubicado durante unos minutos, hasta que recordé con quién había quedado y me levanté de un salto.

A pesar de que aún era septiembre, ya refrescaba en aquel lugar, de modo que opté por ponerme una sudadera de capucha gris de la Universidad de Ohio, unos vaqueros y mis deportivas blancas. Saqué las manos de los bolsillos lo justo para aporrear suavemente la puerta de Emily y volví a meterlas enseguida. Hacía un frío de cojones.

Ella me invitó a pasar con un gesto de la mano y se llevó un dedo a los labios para que guardara silencio.

—Los chicos aún están dormidos —explicó en voz baja—. Ven a la cocina.

Aquella cocina era preciosa. Los muebles eran de color gris claro, lo que contrastaba muy bien con el blanco de los azulejos y la encimera. Había una isleta en el centro, rodeada por cuatro taburetes, y sobre ella descansaban dos tazas de café; verdes, como todo el menaje y los utensilios que había a la vista. Emily me tendió una de las tazas y me obligué a sacar las manos de los bolsillos para pegarlas contra la porcelana, intentando entrar en calor.

Mientras ella iba y venía de un lado para otro, yo me senté en uno de los taburetes y la observé. Llevaba el pelo recogido en una trenza que le caía sobre un hombro. Se había puesto una camiseta blanca de mangas cortas con la cara de Papá Noel dibujada en el pecho en color rojo y, bajo ella, las palabras *Holly Jolly's* en verde. También había optado por vaqueros y deportivas, aunque le quedaban infinitamente mejor que a mí. Se había maquillado un poco, no mucho; lo justo para que sus ojos llamaran aún más la atención y sus labios rosados lo fueran todavía más.

—¿Cómo puedes tener tanta energía a estas horas? —le pregunté, dando sorbitos a mi café.

—No me queda más remedio. Y también voy puesta de cafeína. —Sacó dos fiambreras vacías de uno de los muebles y las puso en la isleta para llenarlas de arroz con pollo—. Tengo que dejarles la comida lista a los chicos porque si no, se van a comer fuera y se ponen hasta las cejas de porquerías.

—Tienen quince años, Emily. ¿No crees que podrían hacerse ellos algo?

—¡Sí, claro! Serían capaces de quemarme la casa. Quita, quita. Prefiero hacerlo yo.

—Si no les das responsabilidades nunca van a aprender.

—Lo sé —suspiró—, pero los chicos de quince años no se ocupan de estas cosas, Wes. Sus padres suelen dejarles la comida hecha, darles la paga semanal, limpiar la casa... —Se echó la trenza hacia atrás con un rápido movimiento—. Quiero que noten la ausencia de nuestros padres lo mínimo posible. —Tapó ambas fiambreras y las metió en el frigorífico, el cual cerró con un golpe de cadera—. Ya tendrán tiempo de aprender.

—Parecen buenos chicos. Creo que, si les pidieras que echaran una mano, no se negarían... Pero como tú quieras. Por cierto, Logan me contó lo de tus padres. Lo siento mucho.

—Gracias —sonrió débilmente y cogió su bolso de la encimera—. Vamos, tómate que el café, que nos vamos.

Emily conducía un Volkswagen Beetle rojo que, a juzgar por su aspecto, parecía del siglo

diecinueve. Lo arrancó al quinto intento y con una compleja secuencia de movimientos que denotaba que no era la primera vez que lo hacía. Cuando el motor rugió y nos pusimos en marcha, ella accionó la radio y los primeros acordes de *Thinking Out Loud* de Ed Sheeran comenzaron a sonar.

—Me encanta esta canción —dijo entre la música—. Si algún día me caso, esta va a ser la canción con la que abra el baile.

—Es bonita —asentí—. El chico canta bien.

—¿Bien? ¡Es el puto amo! —exclamó y aquello me pilló tan desprevenido que comencé a reír a carcajadas—. ¡En serio! Algún día iré a uno de sus conciertos y lloraré.

—Está bien tener metas tan claras en la vida. ¿Y si tu futuro marido odia su música?

—Entonces no sería mi futuro marido —replicó ella automáticamente—. De hecho, es uno de los requisitos indispensables para ser mi pareja. No tiene que ser admirador de Ed, pero al menos debe tener la capacidad de escucharle en bucle durante horas.

—¿Horas? Vaya... —Alcé las cejas—. Buena suerte con la búsqueda. —Ella rio y yo la miré de soslayo—. ¿Y qué más tiene que tener este futuro marido tuyo?

—Pues a ver... —Se quedó mirando la carretera, pensativa—. Tiene que ser alto. Y cariñoso... Y, basándome en mis experiencias pasadas, tiene que aceptar que tengo dos hermanos pequeños de los que ocuparme.

—¿Has tenido problemas por eso? —me sorprendí.

—Aunque no lo creas, Wes, no hay muchos chicos de mi edad a los que les agrade la idea de tener dos adolescentes a su cargo. Por no hablar de que Hunter espanta a cualquiera que se acerque un poco a mí. —Giró en una calle y aparcó unos metros más adelante—. Ya hemos llegado.

Bajé del coche y el frío me mordió la cara. Emily, sin embargo, echó a andar hacia la tienda sin ni siquiera ponerse algo de abrigo, denotando esa tolerancia a las bajas temperaturas que, al parecer, te venía de serie si eras de aquel lugar. Mientras se peleaba con la cerradura de la pesada puerta roja que daba entrada a la tienda, yo me quedé mirando la fachada con detenimiento. Había dos cristaleras enormes a cada lado de la puerta y en ellas se podían ver los diferentes tipos de figuras que vendían, así como dos de esos trenes que se ponen debajo del árbol. A pesar de que no estaban encendidas, podía ver los miles de bombillitas que estaban esparcidas cuidadosamente entre los adornos. La puerta tenía una corona navideña en el centro, y cuando al fin la abrió y entré en la estancia, un suave aroma a jengibre se coló por mi nariz. Emily fue encendiendo luces a su paso, hasta que la tienda quedó totalmente iluminada por las guirnaldas que había colgadas. Las estanterías estaban colmadas de una variedad impresionante de adornos, luces, y demás artículos navideños. Tenían postales, felpudos, bolas de nieve de diferentes tamaños, incluso abetos artificiales para lo más concienciados con el medioambiente. Observé cómo Emily se ponía tras el robusto mostrador de madera y, tras ella, pude ver otras cuatro estanterías que llegaban hasta el techo, repletas de accesorios de repostería, tipos de té y otros artículos alimentarios propios de Navidad. Sin duda, aquel negocio había sido pensado concienzudamente, porque no les faltaba ni un detalle.

Me quedé pasmado mirándolo todo. Emily salió de detrás del mostrador y se acercó a mí lo suficiente como para rozarme el brazo sin querer.

—¿Qué te parece? —preguntó con voz suave.

—Es preciosa —admití, y me giré hacia ella—. ¿La has decorado tú?

—Mis padres siempre decían que tenía un don para la decoración de interiores —sonrió con añoranza—. Después de que ellos murieran, la tienda no pasó por un buen momento. Intenté

sacarla a flote de diferentes maneras, pero no funcionaron. La última opción fue recurrir a uno de esos «rebrandings» que tanto había visto cuando trabajaba en la agencia, y esto fue lo que se me ocurrió. Ya sabes, renovarse o morir. —Suspiró y se puso a jugar con su trenza—. Me sentí fatal al hacerlo. Ellos tenían una idea en mente y yo la cambié por completo.

—Eh —le di un golpe en el brazo con el mío al ver que la tristeza se abría paso entre sus facciones—. Estoy seguro de que a ellos les habría encantado.

Ella me miró y esbozó una pequeña sonrisa.

—Eso espero.

Me pasé toda la mañana ayudando a sacar cosas del almacén, cuadrar cuentas y organizar el género. Hubo varias personas que se pasaron por allí para comprar algún adorno especial para regalar, pero gracias a la simpatía y don de gentes de Emily, habían acabado por llevarse mucho más que eso. Acababa de cobrar al que sería el último cliente del día cuando cerró la puerta y colocó el cartel de «cerrado».

—Eres una vendedora nata —admiré al tiempo que rodeaba el mostrador para llegar hasta ella—. Serías capaz de venderle hielo a un esquimal.

—A veces la gente no es consciente de que necesita un elfo bailarín en su vida hasta que se lo enseñas.

—Ahora que lo dices... —Cogí uno de la estantería—. Me parece que necesito este.

—Puedes llevártelo. Considéralo tu pago por el día de hoy.

—Vaya, entonces es verdad lo que dicen: sí que estamos en crisis —me burlé. Ella me dio un golpe en el brazo.

—Pues llévatelo para tu novia entonces.

Emily se quedó mirándome a la espera de una reacción por mi parte. Supuse que mi madre le habría comentado algo sobre Sophie en una de sus cenas y aquello parecía una sutil forma de tantear el terreno.

—Antes tendré que encontrarla —dije finalmente.

—Oh. —Tragó saliva y desvió la mirada—. Tu madre me dijo una vez que salías con una periodista y bueno, asumí que... Lo siento, no quiero inmiscuirme.

—No lo haces —le aseguré—. Sophie me dejó hace unos días.

—Lo siento mucho, Wes.

—No lo sientas, fue culpa mía. También perdí el trabajo. Por eso estoy aquí.

—Vaya, dos golpes duros en poco tiempo —observó—. ¿Estás bien?

—He estado mejor —admití—, pero se me pasará. Oye, ¿te apetece ir a comer? Yo invito.

—Pues... —Miró la hora y la observé calcular mentalmente—. Si nos damos un poco de prisa, tendré el tiempo suficiente para poder comer tranquila y mantener una conversación contigo.

—¿Siempre vas a contrarreloj? —pregunté mientras volvía a ordenar lo que los clientes habían cambiado de lugar.

—Por desgracia, sí. —Comenzó a barrer el suelo—. Esto será Minnesota, pero mi cuerpo sigue con el estrés de Nueva York.

Con la energía que al parecer la caracterizaba, comenzó a recoger y, en cuestión de minutos, ya habíamos dejado todo listo y nos encontrábamos en la calle camino hacia el coche. El día estaba nublado y amenazaba con llover de un momento a otro. Estaba a punto de decirle a Emily que nos diéramos prisa cuando un tío se colocó delante de nosotros y nos cortó el paso. Vestía un pantalón beige y un jersey gris con coderas azul marino. El pelo oscuro lo llevaba engominado hacia un

lado, lo que le confería un aspecto de empollón de película. Nos sonreía de oreja a oreja, o más bien le sonreía a ella. No le quitó los ojos de encima ni un segundo, ni siquiera para mirarme a mí.

—Señorita Evans —la saludó—. ¡Qué casualidad verla por aquí!

—Bueno, yo trabajo aquí —le recordó ella, sin perder la sonrisa—. ¿Qué hace usted por la zona?

—He salido a dar un paseo. —Se rascó la oreja, nervioso, y yo fruncí el ceño—. En realidad, quería verla. Quería asegurarme de que el otro día en el bar no me propasé.

Al oír esa palabra, me puse en tensión. No sabía qué era propasarse para ese tío, pero sí sabía lo que significaba para mí, y si mi definición resultaba ser la correcta en ese caso, iba a tener que hacer algo al respecto. Emily pareció darse cuenta de mi reacción porque enseguida posó su mano en mi antebrazo para tranquilizarme. Lo que ella no sabía era que el sentir cómo me tocaba había conseguido ponerme aún más nervioso.

—Solo me invitó a cenar, señor Jensen. No hay nada de malo en ello.

—Ah, qué alivio —suspiró él, con la mano en el pecho—. Lo último que quiero es hacer algo que estropee la posibilidad de verla fuera del instituto. —Se giró y al fin pareció darse cuenta de mi presencia. Alargó el brazo—. Perdona, soy un maleducado. Mark Jensen.

—Wesley Parker —me presenté y estreché su mano.

—¿Parker? ¿Como Harrison?

—Es mi padre, sí.

—Oh, ¡qué bien! —exclamó y yo refrené la urgencia de poner los ojos en blanco—. Su padre y yo jugamos a las cartas a veces. Un buen hombre.

—Sí que lo es. Lástima que yo no haya heredado esa faceta suya —le sonreí. Él frunció el ceño—. Emily, vamos a contrarreloj, ¿recuerdas?

—¡Ay, sí, claro! —Eché a andar hacia el coche de nuevo y yo la seguí—. ¡Un placer volver a verle, señor Jensen!

El tal Mark se quedó parado unos instantes y luego echó a andar calle abajo. Llevaba las manos metidas en los bolsillos y curvaba la espalda, como si llevara una pesada mochila a cuestas. Nada en su postura denotaba seguridad en sí mismo.

—¿Quién es ese tío? —pregunté cuando entramos en el coche.

—El director del instituto. Lo veo a menudo, ya que Hunter parece tener la misión de batir el récord de castigos en un mismo curso. El otro día me invitó a cenar.

—Y si tanto lo ves y hasta se ha atrevido a invitarte a salir, ¿por qué os habláis con tanta formalidad?

—La verdad es que no lo sé. La otra noche en el bar le dije que me llamara por mi nombre y, aunque lo hizo, siguió tratándome de usted.

—Oh, qué romántico —ironicé—. Como en una novela de Jane Austen.

—No seas malo —me riñó, aunque la sonrisa en sus labios delataba que el comentario le había hecho gracia—. El chico es tímido.

—Imagino que si te ha preguntado si se propasó es porque le dijiste que no a lo de la cena, ¿me equivoco?

—Así es —asintió—. Aunque lo hice por los chicos. No quiero que tengan que oír comentarios de ningún tipo sobre mí.

—O sea, que si no fuera por Hunter y Logan...

—Saldría con él, sí —terminó la frase.

—¿Con el tío de las coderas? —Alcé las cejas—. ¿Con el que lleva el pelo como si una vaca le hubiera dado un lametazo?

—¡Wes! —me regañó, aunque reprimiendo la risa—. Mark no está mal. Es mono.

—Ah, mono. Odio cuando me llaman así.

—¿Y qué prefieres que te llamen? —preguntó mientras frenaba en una señal de stop.

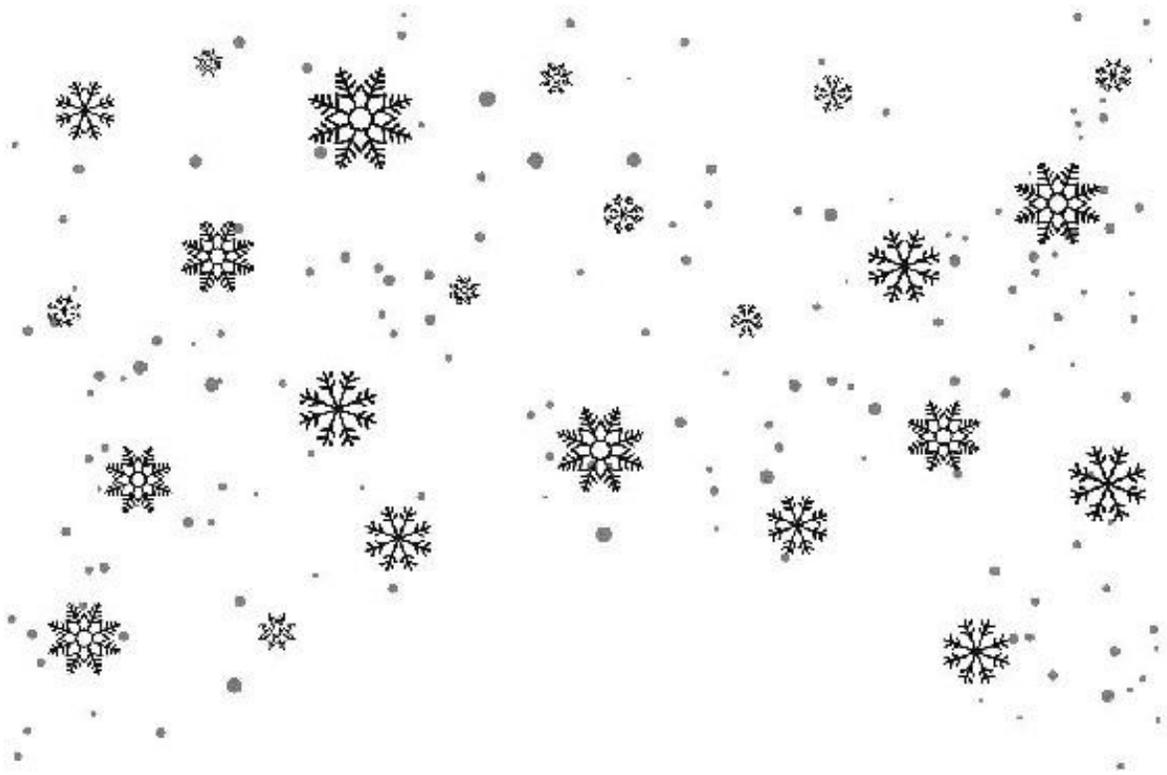
—Semental, potro, macizo... Tal vez buenorro. Oh, y mi favorita de todas... —Me giré hacia ella con media sonrisa en la cara—. Follable.

—Madre mía —soltó una carcajada y puso los ojos en blanco, aunque me gustó ver que se había ruborizado un poco—. Eres increíble, Wes.

—Increíble también está bien —observé, volviendo a sentarme derecho—. No llega al nivel de follable, pero no me importa que me lo digan.

Emily paró el coche delante de un edificio celeste y morado, me dijo que habíamos llegado al lugar donde íbamos a almorzar y se bajó del coche con rapidez. De perfil, pude ver cómo aún tenía las mejillas tintadas de un suave color rojo, y el saber que aquello se lo había provocado mi comentario me hizo pensar en cómo reaccionaría ante otro tipo de comportamiento más... atrevido.

Me sorprendí a mí mismo mirándole el culo mientras subía las escaleras que llevaban al bar y pensé en que quizás ser solo su amigo iba a resultar más complicado de lo que había creído en un principio.



Capítulo 10

Emily

Romayne's estaba bastante vacío para ser sábado. Wes quería sentarse en las mesas de fuera, pero justo empezó a chispear y tuvimos que ocupar una en el interior. Se leyó la carta de arriba abajo mientras yo lo miraba con la barbilla apoyada en las manos. Al final, y tras mucho dudar, optó por pedirse lo mismo que iba a pedir yo y que era la especialidad de la casa: la hamburguesa al carbón.

—Esto está de muerte —dijo con la boca llena—. En serio, podría morirme ahora mismo y lo haría feliz.

—Te lo dije. —Mordí un trozo demasiado grande y tuve que darle un buen sorbo al refresco para bajarlo—. Oye, ¿y hasta cuándo piensas quedarte por aquí?

—No tengo ni idea. Tal vez me vaya mañana o tal vez dentro de un año. Aunque me apetece tomarme un descanso y desconectar un poco... Quizá me quede hasta Navidad. Así podré darle uso a ese elfo tan feo con el que me has pagado hoy. ¡Ni siquiera baila bien!

—Apuesto a que ese elfo se mueve mejor que tú —bromeé.

—No apuestes tanto. Yo me muevo que da gusto verme.

—¿En serio? —arrugué la nariz—. ¿Sabes bailar? No te pega, no sé por qué.

—En realidad —comenzó a decir con los ojos clavados en los míos y bajó la voz para que solo yo pudiera oírle—, mis mejores movimientos de cadera no son en la pista de baile precisamente.

Me guiñó un ojo y el rubor volvió a mis mejillas. Odiaba ponerme colorada, y algo me decía que, si iba a tratar con Wes, tenía que aprender a controlarlo. Era eso o dejar que supiera cada vez que me ponía nerviosa con sus comentarios.

—Eres un perverso, ¿lo sabías? —le reproché y di un sorbo a la bebida para tener algo que hacer con las manos.

—La perversa eres tú, que te has imaginado lo que no es. —Puso una fingida cara de inocente—. Estaba hablando de mis movimientos en el campo de fútbol.

—Oh. No sabía que jugaras.

—Lo hice durante un tiempo. No era el mejor, pero tampoco se me daba mal.

—Hunter juega en el equipo del instituto. El entrenador me ha dicho que es muy bueno y que, si se esfuerza, quizás consiga una beca para la universidad. —Crucé los dedos—. ¡Ojalá!

—Creo que te preocupas demasiado por Hunter —dijo, limpiándose la boca con una servilleta—. El chico es algo inquieto y tiene un carácter un poco complicado, sí, pero le irá bien.

—¿Tú crees? —Me retorcí la trenza entre los dedos—. A veces me preocupa que no se encarrile y siga causando problemas toda su vida.

—Yo era como él cuando tenía su edad. Mis padres no sabían qué hacer conmigo, pero al final encontré mi camino. Así que no te preocupes, porque algún día Hunter tendrá veintitantos y volverá a tu casa durante un tiempo indefinido tras haber metido la pata con su novia y haber perdido el trabajo. —Esbozó una amplia sonrisa y alzó su vaso—. ¡Todo mejor!

Aún estaba riéndome de su comentario cuando noté una mano en el hombro y vi a Abel a mi lado. Me levanté para darle un beso en la mejilla y un abrazo, como siempre. Él me correspondió

el saludo y luego se quedó mirando a Wes como si fuera la octava maravilla.

—Wes, este es Abel Williams. Abel, este es Wes Parker.

—¡Ah, un Parker! —exclamó Abel. Ambos chocaron la mano de forma informal—. Encantado.

—Igualmente —sonrió Wes—. ¿Sabes? Creo que he oído a mis padres hablar de tu familia...

—Teniendo en cuenta que somos la única familia negra del pueblo, estoy seguro de que oirás mucho sobre nosotros en este lugar —replicó mi amigo con una sonrisa burlona y luego me miró a mí—. ¿Estoy interrumpiendo una cita?

—No —dije yo, a la vez que Wes dijo que sí, y Abel rompió a reír.

—Vale, veo que no hay consenso, así que voy a marcharme por donde he venido. Pero antes, ¿podría hablar contigo un minuto en privado, Em? —Asentí y él se despidió de Wes con otro choque de manos. Me apartó lo suficiente como para que habláramos sin que él se enterara—. Solo quería decirte que está buenísimo y que, como no te lo tires, voy a lanzarte cacahuetes a la cabeza durante los turnos que tengamos juntos en los próximos cien años.

—Espero no ser camarera durante tanto tiempo —bufé—. Y no, no voy a tirármelo. Somos amigos, nada más. Y ni siquiera estoy segura de eso.

—Emily... —Abel suspiró y se frotó la cara con la mano—. Eres joven y guapa. El chico está para mojar pan y se ve que se siente más que atraído por ti, así que lánzate. ¿Qué tienes que perder? Además, hace unos días ni lo conocías, ¿no es así? —Negué con la cabeza—. ¡Pues más a mi favor! Si te acuestas con él y la cosa no funciona, tu vida será la misma de siempre. —Puso la mano en mi hombro—. Piénsalo, ¿vale? Y, sobre todo, si lo haces... cuéntame todos los detalles.

Le di un golpe en el hombro y me despedí de él con otro abrazo. Cuando volví a la mesa, Wes tenía una ceja alzada y un gesto burlón.

—¿Qué pasa? —pregunté, cogiendo una patata frita de su plato. Él seguía mirándome divertido—. ¿Tienes algo que decir?

—Sí, aunque supongo que es un detalle que debería haberte comentado antes... —Apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia delante para estar más cerca—. Sé leer los labios.

Estaba segura de que esta vez el rubor me había llegado al dedo gordo del pie. Casi me atraganto con la patata y tuve que beber refresco a toda prisa para intentar aliviar la repentina carraspera que me entró. Wes se reclinó en su asiento y me miró con un deje felino en los ojos, como si estuviera jugando con su presa, divirtiéndose. Cuando hube recuperado la compostura, me puse recta en el asiento e intenté mantener su mirada, a pesar de que me costó la misma vida hacerlo.

—¿De verdad sabes leer los labios? —quise saber. La voz algo temblorosa.

Él volvió a inclinarse hacia mí, aunque esta vez se pegó más todavía. Desde aquella distancia, por fin pude comprobar que sus ojos eran marrones, aunque muy oscuros. Contemplé con cierta fascinación cómo se frotaba la incipiente barba y sonreía de medio lado, cosa que al parecer siempre hacía.

—En realidad no tengo ni idea —confesó en voz baja—, pero he visto cómo has reaccionado y solo se me ocurre una razón por la que te pondrías así de roja. Ah, y para que lo sepas... —Se mordió el labio brevemente y noté un foco de calor en la parte baja del estómago—. No me opondría a ello.

Necesitaba salir de allí. Aún me quedaba casi una hora para entrar a trabajar, pero iba a tener que mentirle para poner distancia entre nosotros. Porque si no lo hacía, si me quedaba allí, mirando el fuego que hacía que sus ojos brillasen y la forma en la que su diente se clavaba en el labio inferior... No iba a poder evitarlo. Iba a sucumbir a él, a lo que representaba: algo nuevo en mi tediosa y monótona vida. Una incertidumbre tan terriblemente tentadora que me haría pensar

que la seguridad estaba sobrevalorada.

Respiré hondo antes de hablar y miré el reloj de mi muñeca, dispuesta a poner en práctica mis mejores dotes de actriz.

—Wes, se me ha hecho tardísimo —mentí, aún azorada por sus palabras—. Tengo que entrar a trabajar en veinte minutos. —Me puse en pie y comencé a rebuscar en el bolso para encontrar el monedero—. ¿Cuánto es mi parte?

—No hace falta, dije que invitaría yo. —Dejó un billete en la mesa y se levantó—. Vamos.

Conduje hasta su casa con toda la rapidez que me era permitida. Apenas hablamos durante el trayecto; minutos de silencio que se me hicieron horas.

—¿Te he hecho sentir incómoda? —preguntó él antes de bajarse del coche. Había parado delante de su puerta y desde allí pude ver cómo la señora Parker nos espiaba por la ventana.

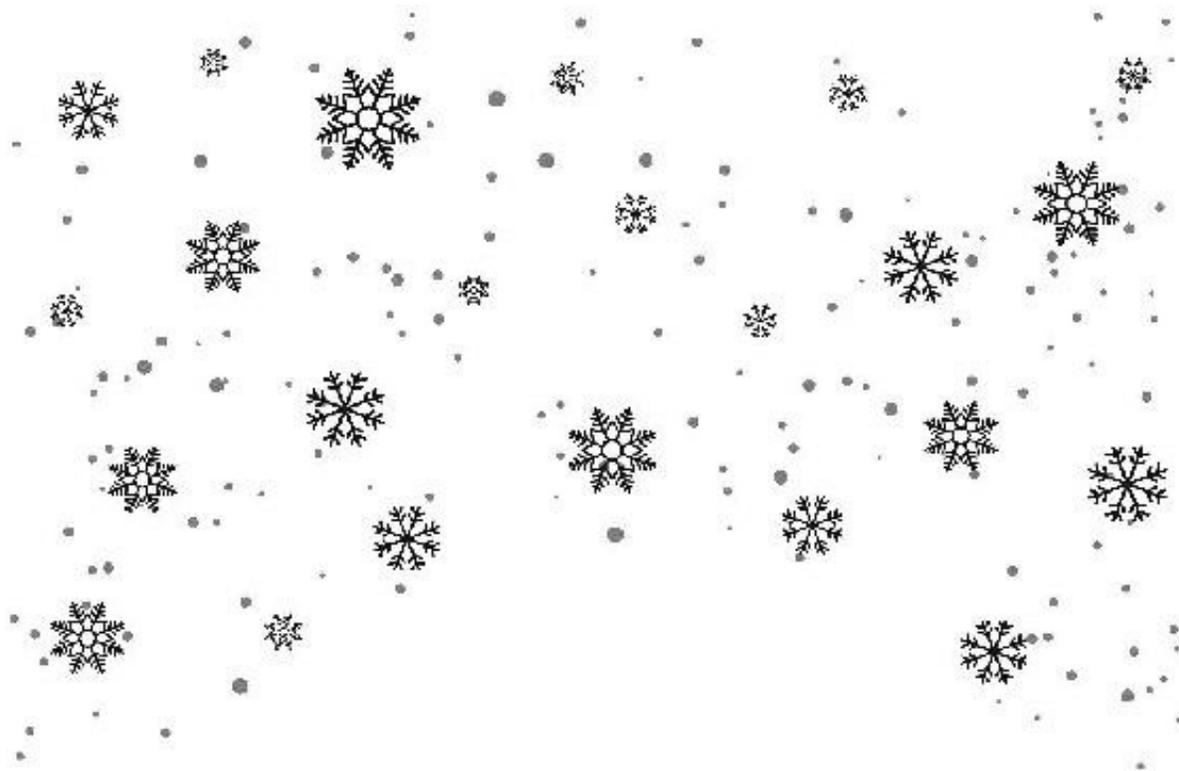
—¡No! —exclamé, más alto de lo que pretendía—. Es solo que... Wes, me gustaría que fuéramos amigos, ¿vale?

—Amigos y nada más, lo pillo. —Antes de que pudiera registrar lo que estaba pasando, él alargó la mano y la posó en el dorso de la mía—. Gracias por dejarme pasar el día contigo, *amiga*. —Guiñó un ojo y se bajó del coche sin mirar atrás.

Arranqué y conduje hasta el final de la calle, donde tuve que parar. La lluvia comenzó a apretar y yo me quedé allí sentada, mirando cómo las gotas caían en el cristal y resbalaban por él; preguntándome por qué aquel roce de sus dedos todavía me quemaba en la piel y por qué deseaba con tanta fuerza que volviera a tocarme.

—La hemos jodido, Emily —me dije a mi misma en voz alta.

Con un suspiro, volví a ponerme en marcha, dispuesta a enterrar la cabeza en trabajo durante las próximas horas para así dejar de lado la fantasía de sus tentadores labios posándose sobre los míos y el incomprensible nerviosismo que ese simple pensamiento me provocaba.



Capítulo 11

Wes

Tenía que reconocer que aquel pueblo estaba precioso en otoño. Los árboles se habían convertido en un degradado de diferentes tonos de marrón y las hojas que caían de ellos quedaban esparcidas por todos los rincones, lo que hacía que tus pasos crujieran a donde quiera que fueras. Estaba sentado en el porche de mis padres, disfrutando del atardecer con una taza de té caliente en la mano, mientras observaba con atención al chico alto y moreno que revoloteaba alrededor de la casa de Emily. No parecía tener más de dieciséis años, y llevaba una cazadora vaquera y unos pantalones negros que le quedaban un poco holgados. Tenía las manos metidas en los bolsillos, de donde de vez en cuando sacaba una de ellas para hundir los dedos en la maraña que tenía por pelo. Parecía nervioso, como si dudara entre recorrer el camino que le llevaba a la puerta principal o salir corriendo de allí.

Sea lo que fuere lo que iba a decidir, no tuvo tiempo. Hunter salió de la nada, y en un abrir y cerrar de ojos, estaba encima de él, agarrándole por el cuello. Solté la taza en la mesita auxiliar que mi madre había comprado en un mercadillo de segunda mano y fui corriendo hacia él para evitar que volviera a meterse en líos.

—¡Eh! —grité—. ¿Se puede saber qué pasa aquí?

—No te metas, Batman —me advirtió Hunter al tiempo que acercaba su frente a la del chico, que lo miraba impasible—. ¿Qué haces aquí, Trent?

—He venido a ver a Logan.

—¿Es que no tienes suficiente con hacerle la vida imposible en el instituto? —Hunter soltó una amarga carcajada y se encaró de nuevo con él, esta vez con fuego en la mirada—. Deja en paz a mi hermano o voy a terminar lo que empecé el otro día y vas a tener que usar dentadura postiza.

—He venido a disculparme —replicó Trent con tranquilidad. De un manotazo, se deshizo del agarre de Hunter—. No debería haberme comportado así y lo siento.

—A mí no me la das, tío. Lo que pretendes es hacerle creer que tienes conciencia y que te arrepientes para que baje la guardia y hacerle el mayor daño posible. ¿Y sabes qué? Que probablemente te funcionaría, porque mi hermano es buena persona. Pero yo no lo soy, así que aléjate de él antes de que te parta esa bonita cara de niño rico de papá que tienes.

Aquel comentario cambió la actitud de Trent. La mención al dinero de su padre pareció enfadarle y la tranquilidad de su rostro dio paso a una sonrisa provocadora.

—¿Es eso lo que te molesta, Hunter? ¿El dinero de mi padre? —Pronunció las palabras con un falso tono inocente que herviría la sangre de cualquiera—. O quizás te moleste que yo siga teniendo padre...

No pude evitar el primer puñetazo, pero sí los siguientes. Agarré a Hunter de brazo y me interpose entre ambos. Trent tenía la cara vuelta y cuando la giró de nuevo hacia nosotros, estaba sonriendo. Le vi una pequeña herida en el labio y los dientes manchados de sangre, pero a juzgar por su expresión, estaba contento con aquello.

—Ya tienes lo que querías. —dijo, tras limpiarse con el dorso de la mano—. Te has desahogado, ¿no? Pues ahora deja que hable con Logan.

—¡He dicho que te alejes de mi hermano! —gritó Hunter y se abalanzó hacia él de nuevo. Le

agarré por ambos hombros para evitar que volviera a pegarle—. ¿Es que no me has oído?

—Alto y claro —asintió Trent—, pero si no te importa prefiero que sea él quien me lo diga. Seréis gemelos, pero no sois la misma persona. No tienes derecho a decidir por él.

Sin más palabras, el chico se dio la vuelta y se marchó. Yo seguía conteniendo a Hunter, cuyo cuerpo aún estaba en tensión por lo sucedido. Cuando por fin perdimos a Trent de vista, se revolvió y se deshizo de mi yugo.

—Tendría que haberle dado más fuerte. —Pasó la mano por su pelo rubio y se giró hacia mí—. ¿Y tú qué coño hacías? Te dije que no te metieras.

—Perdona por evitar que te metieras en otro lío más. No sabía que estabas intentando ganar algún tipo de premio al peor adolescente del mundo.

—Ah... así que es eso. —Hunter sonrió de medio lado y sacó un paquete de tabaco del bolsillo de su sudadera—. Intentas impresionar a Emily salvando a su problemático hermano pequeño de una pelea. —Encendió un cigarro y le dio una profunda calada—. No te va a funcionar, Batman. No si yo puedo evitarlo.

Estaba empezando a cansarme de aquella actitud de rebelde sin causa que Hunter siempre llevaba a cuestras. Le quité el cigarro de la boca y lo tiré al suelo.

—Me cago en... —comenzó a decir, pero lo agarré del brazo y tiré de él hacia su casa—. ¿Qué cojones te crees que haces?

—Tenemos que hablar.

—Y una mierda. ¡Ni siquiera te conozco!

—Pues ya va siendo hora de que pasemos algo de tiempo juntos.

Cuando entramos en la casa, Hunter se sentó en el sofá con cara de pocos amigos. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y evitaba mirarme a la cara a toda costa. Yo opté por ocupar la butaca en la que me senté cuando estuve allí con Emily, aunque, a diferencia de esa vez, quien tenía delante no era tan agradable ni estaba por la labor de mantener una conversación.

—No puedo llegar a entender tus motivos para comportarte de esa forma —comencé a decir. Hunter se esforzaba por no prestarme atención, pero sabía que me estaba escuchando—. Pero lo que sí sé es que quieres a tu hermana. ¿Acaso crees que ella no sufre con tu actitud? Porque lo hace. Puedes seguir pretendiendo que eres un crío travieso que hace trastadas, pero esto va más allá, Hunter. Pegarle a un chico, partírle dos dientes... Eso es serio.

—Oh, ¿es que acaso pensabas que estaba de broma ahí fuera? Porque me lo estaba tomando muy en serio —repliqué él, sin poder contenerse por más tiempo.

—Mira, es muy noble que quieras defender a Logan. Aunque yo no tengo hermanos, imagino que duele verles sufrir. Pero tienes que controlarte, tío. —Apoyé los codos en la rodilla y me incliné hacia delante—. No vas a sacar nada bueno de este comportamiento. Créeme, sé de lo que hablo.

—Si vas a contarme que en tu juventud, allá por el pleistoceno, eras un tío chungo, puedes ahorrártelo. —Debí poner cara de pocos amigos porque Hunter esbozó esa sonrisa de angelito que tenía tan perfeccionada—. No necesito sermones.

—¿Se puede saber qué os pasa en esta familia con mi edad? ¿Pleistoceno? ¿En serio? ¡Tengo veintisiete, capullo! —repliqué mientras él se esforzaba por aguantar la risa—. Y no, no voy a darte sermones, porque no es lo que necesitas. Lo que necesitas es que alguien te recuerde que tu hermana trabaja hasta la extenuación cada día para que vosotros llevéis la mejor vida posible, que os quiere más que a nadie en el mundo y que, cada vez que la llama el mojigato ese del director y le cuenta lo problemático que eres, se le parte un poco el alma. —Hunter bajó la mirada a sus manos y comenzó a jugar con ellas—. Entiendo que muchos chicos se comporten así porque

piensan que no le importan a nadie, pero no es tu caso. Emily se preocupa, y mucho. Logan, incluso mis padres... Todos te quieren y quieren lo mejor para ti. Lo sabes, ¿no? —Tardó un poco en asentir con la cabeza, pero lo hizo—. Bien, pues empieza a pensar un poco en ellos antes de actuar.

Hunter se quedó callado durante unos instantes, observándome con los ojos entrecerrados. Tenía la misma expresión que su hermana cuando me analizaba, como si intentara ver a través de mí. Aquella similitud me hizo sonreír para mis adentros.

—¿Has llamado mojigato al director Jensen? —dijo finalmente, con una risita—. Veo que tú tampoco eres de su club de fans. —Lo miré con reprobación ante el intento de desviar el tema y él resopló—. Vale, ¿quieres que te lo diga? Pues lo haré, pero abre las orejas porque solo vas a oír esto una vez en tu vida. Tienes razón. ¿Contento?

—Sí, y lo estaré aún más cuando tu hermana vea un cambio en tu comportamiento —sonreí con satisfacción—. Y para contestar a tu pregunta... No, yo tampoco soy admirador del tal Mark. ¿Quién lleva prendas de pana hoy en día?

—No lo sé, pero si tengo que sentarme un día más en esa silla de su despacho mientras veo cómo se come con los ojos a mi hermana, voy a vomitar.

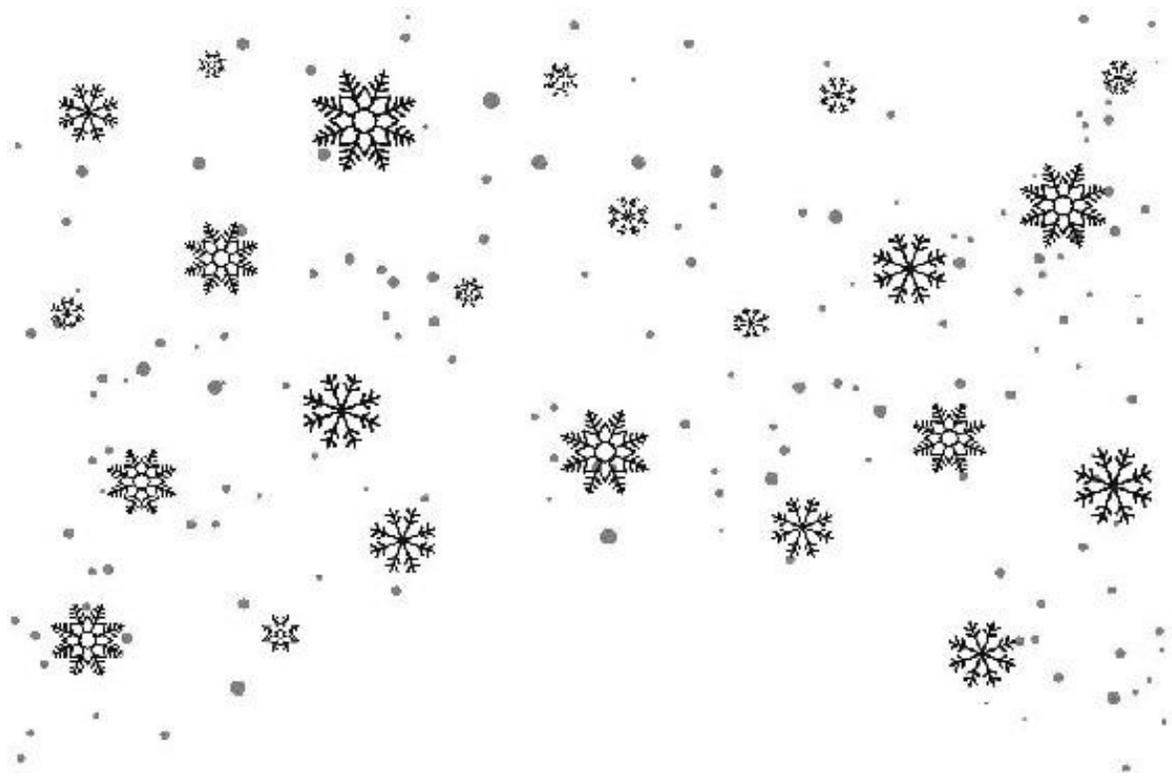
—Pues ahí tienes otra razón más para dejar de pegarte con todo el mundo —apunté y él sonrió, esta vez genuinamente.

Por el rabillo del ojo vi la piel marrón del balón de fútbol que estaba posado en una balda de la estantería y se me ocurrió la idea perfecta para que Hunter se desfogase y soltara toda esa energía que le había provocado su encuentro con Trent. Bajo su atenta mirada, cogí el balón y me lo pasé de una mano a otra.

—Emily dice que eres bueno jugando... —Me giré hacia él con desafío en la mirada—. ¿Qué te parece si me lo demuestras?

—No quieres humillarte de esa forma —replicó él, pero se levantó del sofá con demasiada rapidez como para negar que estaba deseando medirse contra mí—. En serio, Batman, no quieres.

—Oh, sí que quiero. —Le lancé la pelota con fuerza y él la cogió sin problemas—. Vamos, Hunter. Enséñame lo que sabes hacer.



Capítulo 12

Emily

Algo me ocurría. Me dolía la cabeza, y cuando fui a servir a una de las mesas de la esquina, descubrí que tenía mareos. El bar comenzó a dar vueltas a mi alrededor y tuve que sentarme en uno de los taburetes para no caerme.

—¿Estás bien, Em? —preguntó Abel desde detrás de la barra. Su voz sonaba amortiguada, como si estuviera a kilómetros de distancia—. No tienes buena cara.

—En realidad no, no me siento bien —admití, llevándome la mano a la frente—. Puede que tenga algo de fiebre.

—Espera aquí, que voy a por Jimmy.

Mi jefe, Jimmy, era un trozo de pan, y sabía que iba a decirme que me fuera antes a casa. No había muchos clientes y probablemente mi ausencia no les afectara demasiado, pero no podía dejarles a ellos mi trabajo además del suyo, así que me levanté e intenté limpiar la barra con un brío fingido que no engañó a nadie.

—Vete a casa ahora mismo —dijo Jimmy en cuanto me vio—. Es una orden.

—Estoy bien, Jim —mentí—. Ya me encuentro mejor.

—Te estoy viendo la cara. —Se acercó a mí y me quitó el paño de la mano—. Vamos, anda. ¿Necesitas que te lleve?

—No, no —me negué, mientras recogía mi bolso y mi chaqueta—. Estoy bien, puedo conducir.

—Mañana deberías quedarte en casa. Podría darle tu turno a Maggie...

—¡Ni hablar! —exclamé enseguida—. Mañana estaré perfecta, te lo aseguro. Solo necesito dormir un rato y estaré como nueva.

—Está bien, como quieras —claudicó con un suspiro—. Mejórate y descansa.

—Si necesitas algo, llámame —me pidió Abel, al tiempo que me ayudaba a meter el brazo en la manga de la chaqueta.

—No te preocupes. —Le di un beso en la mejilla—. Te veo mañana.

El camino se me hizo eterno. No vivía lejos (en aquel pueblo nada estaba lejos), pero las luces de los semáforos y las farolas danzaban ante mis ojos con tal brillo que hacían que me doliera la cabeza aún más. Conduje con más precaución que de costumbre, consciente de que no estaba en el mejor estado, y cuando vislumbré la fachada de mi casa suspiré de alivio. El estómago se me retorció y sentía una especie de vértigo que no había experimentado nunca.

Abrí la puerta del coche y me encontré con la imagen de Hunter y Wes revolcándose en la hierba. Ambos reían sonoramente y se peleaban por arrebatarle el antiguo balón de fútbol de mi padre, que ahora pertenecía a mi hermano. Avancé hacia ellos con lentitud y una sonrisa dibujada en la cara. Por alguna extraña razón me encantaba verles así, juntos y disfrutando de algo que tenían en común.

Wes fue el primero en percatarse de mi presencia. Se levantó del suelo y se sacudió las briznas de hierba que tenía pegadas a la ropa. Cuando estuve lo suficientemente cerca de él como para que me viera la cara, su expresión se tornó más seria.

—¿Estás bien? —preguntó y me tomó del brazo. Hunter vino tras él—. No tienes buena cara.

—Vaya, gracias por el piropo —sonreí, aunque apenas tenía energía—. Solo he cogido un poco

de frío, no es para tanto.

—Deberías meterte en la cama —dijo Hunter, que me había cogido del otro brazo y, junto con Wes, me llevaba casi en volandas hacia la casa—. Puedo ir a por algo de sopa, si quieres.

—No hace falta, cariño, pero gracias. Y dejad de tratarme como una inválida —dije, deshaciéndome de los dos—. Puedo andar yo solita.

Insistieron en que me tumbara en el sofá y, como no tenía fuerzas suficientes para rebatirles, lo hice. Wes me quitó los zapatos y me tapó con la manta más gruesa que encontró mientras Hunter llamaba a Logan para que comprara algo de cena de camino a casa.

—¿Qué síntomas tienes? —preguntó Wes. Puso la palma de su mano en mi frente—. Parece que tienes fiebre.

—Te lo he dicho, es solo un enfriamiento. Necesito una pastilla y dormir un buen rato, nada más.

—No sabía que tenías la carrera de medicina —se burló él.

—Emily se convierte en una experta en salud cuando le atañe a ella —intervino Hunter—. Si fuéramos alguno de nosotros los enfermos, ya nos habría llevado a urgencias.

Logan entró en casa como un rayo, buscándome. Cuando me vio tumbada en el sofá, se vino corriendo hacia mí y me atrapó entre sus brazos.

—¿Qué te ocurre? —Me dio un apretado beso en la mejilla—. No me gusta verte enferma, Em.

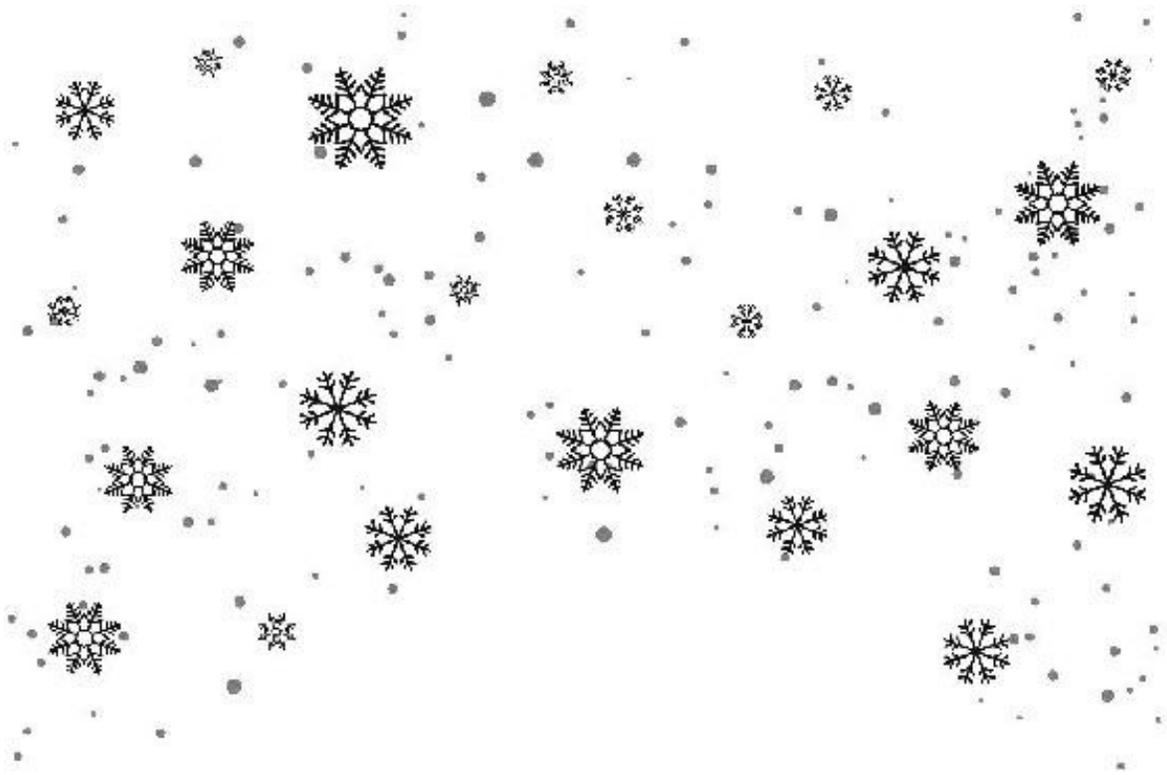
—Estáis hechos unas reinas del drama —puse los ojos en blanco—. ¡Estoy bien! Anda, dejad que prepare la cena.

—No es necesario, he traído algo de comida de Romaine's —intervino Logan—. Hamburguesas para nosotros y sopa para ti.

—Si pensáis que no voy a comerme una hamburguesa de Romaine's cuando tengo la oportunidad es que estáis locos. —Me levanté del sofá y tiré la manta a un lado—. Sentaos, que voy a por los platos. Vuelvo enseguida.

—Deja que lo haga yo —se ofreció Wes—. Tú siéntate.

Quise repetirle que estaba bien, pero un repentino zumbido en los oídos me lo impidió. Las cosas comenzaron a ir a cámara lenta y lo último que vi antes de perder el conocimiento fue la cara de preocupación de Wes y la forma en la que estiró los brazos para cogerme entre ellos.



Capítulo 13

Wes

No quería admitirlo delante de los chicos para no empeorar la situación, pero estaba preocupado. Cuando vi la cara de Emily, supe que estaba a punto de desplomarse y estiré los brazos justo a tiempo para evitar que se diera de bruces contra el suelo. Hunter y Logan corrieron hacia ella, frenéticos, y tuve que repetirles al menos cinco veces que se tranquilizaran.

—Eh, venga, Em —susurré mientras le daba golpes suaves en la mejilla—. Vamos, abre los ojos.

—Despierta, joder —dijo Hunter, arrodillado a su lado—. No nos hagas esto, por favor.

—Estará bien, Hunter —le aseguré, intentando parecer tranquilo, aunque por dentro estaba de los nervios—. Solo es un desmayo. Abrirá los ojos de un momento a otro, ya verás. Logan, dime la hora exacta.

—¿Para qué? —preguntó, mirando el reloj en su móvil.

—Para saber cuánto tiempo pasa hasta que recupere el conocimiento. Supongo que los médicos querrán saberlo.

—Pongo el cronómetro. —Logan se arrodilló junto a Hunter, que tenía la cara desencajada, y le rodeó los hombros con su brazo—. Tranquilo, no pasa nada.

Atraje a Emily hacia mí y la posé en mi regazo con cuidado, como si fuera un bebé. Le acaricié el pelo una y otra vez, nervioso. No sabía qué hacer, estaba completamente perdido, pero no quería empeorar la situación y asustar más a los chicos, así que intenté poner un semblante sereno.

Tres minutos y treintaiséis segundos más tarde, Emily abrió los ojos y me miró. Al ver ese azul que coloreaba su mirada solté un suspiro y relajé los hombros. Ella tardó un poco en darse cuenta de que estaba en el suelo, que ambos lo estábamos, y que su cabeza descansaba en mi pecho. Parpadeó una y otra vez, con lentitud, y volvió a mirarme con el ceño fruncido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con un hilo de voz.

Al oírla hablar, tanto Hunter como Logan corrieron hacia nosotros y se arrodillaron frente a su hermana. Logan le puso la mano en la frente para comprobar la temperatura y Hunter se limitó a cogerla de la mano y a mirarla en silencio.

—Te has desmayado —contesté con la voz tintada de dulzura, y hasta yo me sorprendí de ello—. Pero no te preocupes, vamos a llevarte al hospital ahora mismo.

—No... no... —negó con la cabeza e intentó incorporarse con demasiada brusquedad—. Nada de hospitales. Estoy bien. Me duele un poco la cabeza, pero se me pasará...

—Cuando alguien se desmaya es que no está bien, Emily —intervino Logan—, así que vas a ir a que te miren sí o sí. Si no lo haces por ti, hazlo por nosotros. ¡Mira la cara de susto que tiene el pobre Hunter!

—Me haría el duro como de costumbre, pero me has asustado de verdad —admitió él—. No seas cabezota y deja que te mire un médico, por favor.

Emily se quedó mirando a sus hermanos durante unos segundos. Finalmente, tragó saliva y volvió a dirigirse a mí.

—De acuerdo. Iré en mi coche.

—¿En la tartana? ¡Ni de coña! —exclamó Hunter.

—Te llevaré yo —resolví—. Logan, ¿podrías hacerme el favor de pedirle las llaves del coche a mi padre?

El chico salió como un rayo hacia la acera de enfrente. Yo ayudé a que Emily se pusiera en pie, cosa que le costó un poco de trabajo. Se dejó caer sobre mi pecho y se quedó allí durante unos segundos más de los necesarios.

—Debería preparar una bolsa con algo de ropa —dijo de repente—. Espero que no quieran dejarme allí a pasar la noche, pero por si acaso...

—¿Dónde está tu habitación? —pregunté.

—En la planta de arriba.

Con un rápido movimiento, la cogí en brazos. Se hizo un ovillo contra mí y noté cómo aspiró el aroma de mi camiseta. Subí las escaleras con ella a cuestas y, cuando entramos en su cuarto, la dejé caer sobre la cama con suavidad.

—Vale, ahora dime dónde tienes las cosas.

—Esa puerta que tienes delante es el armario. Ahí, justo abajo, tengo la bolsa de deporte.

—De acuerdo. —Abrí la cremallera y la puse sobre la cama, a su lado—. ¿Dónde tienes lo demás?

—Dentro de la bolsa ya hay un pequeño neceser con útiles de baño, cepillo de dientes y crema. —Alcé una ceja, sorprendido—. ¿Qué? Me gusta ser previsor. —Bajó las piernas y se sentó en el borde de la cama—. Lo demás ya lo cojo yo.

—No seas tonta, Em. Deja que lo haga yo.

—No, Wes, de verdad... —Se acercó al primer cajón de la cómoda.

—Emily, por favor. ¡Déjame a mí!

—¡No puedo! —exclamó, retirándose el pelo de la cara.

—¿Y eso por qué?

No le di tiempo a contestar. Abrí el cajón y me di cuenta de la razón por la que Emily no quería que siguiera ayudándola.

No pude evitar sonreír al ver la amplia colección de ropa interior, perfectamente colocada. Me giré hacia ella y fruncí los labios para evitar que mi sonrisa se ensanchara aún más. Emily me dio un manotazo en el brazo como solía hacer, aunque esta vez notablemente más flojo que los anteriores, y sacó un par de bragas rápidamente.

—Me gusta mucho tu colección —Hice el intento de sacar una minúscula prenda de encaje rojo que me había llamado la atención, pero ella cerró el cajón de golpe y casi me pilla los dedos—. ¡Eh!

—No metas las manos donde no debes —me regañó—. Mi pijama está bajo la almohada. Si he de quedarme allí, me niego a ponerme esa bata de hospital con la que se te ve el culo.

No dije nada, pero mi expresión debió de decirlo todo, porque ella puso los ojos en blanco y esbozó una sonrisilla muy a su pesar.

—Eres un perverso, Wesley Parker —dijo.

—Solo contigo, Emily Evans —repliqué y ella sonrió débilmente.

En su cara se notaba que no tenía apenas energía y tuvo que sentarse de nuevo en el borde de la cama para recuperar algo de resuello. Yo terminé de guardar las cosas en la bolsa y me senté a su lado, con mi hombro pegado al suyo.

—Vas a estar bien —dije para intentar tranquilizarla—. Habrá sido una bajada de tensión o algo así. No te preocupes.

—No, si no me preocupo —me aseguró, aunque sabía que mentía—. Es solo que... ¿Puedo pedirte un favor? —Asentí y ella, sin previo aviso, posó su mano sobre la mía y la apretó con

suavidad—. ¿Podrías quedarte conmigo en el hospital? Quiero decir... —Se aclaró la garganta—. No me gustan los hospitales. Desde que mis padres... —Sacudió la cabeza y tragó saliva—. ¿Podrías no separarte de mi lado hasta que salga de allí?

El hilo de voz con el que me pidió aquello hizo que se me encogiera el corazón. Me entraron ganas de atraerla hacia mí y enterrar un beso entre su pelo, y aunque intenté refrenarme, al final lo hice. Ella pareció sorprenderse al principio, pero noté cómo se relajó bajo mi tacto y cómo se apretó de nuevo contra mi pecho.

—Me quedaré contigo el tiempo que haga falta —aseguré.

Ella suspiró y se quedó pegada a mí durante unos minutos, justo hasta que la escandalosa voz de mi madre retumbó en la casa y ambos salimos de nuestro ensimismamiento.

Volví a cogerla en brazos para bajar las escaleras, cosa que Emily aceptó a regañadientes. Cuando llegamos al piso de abajo, mis padres se abalanzaron sobre nosotros y casi consiguen tirarnos de espaldas.

—Está bien, tranquilos —les dije—. ¿Las llaves del coche, papá?

—Aquí, toma —me las tendió y tuve que posar a Emily en el suelo antes de cogerlas—. Pero no cabemos todos.

—Y no hace falta, porque solo va a ir una persona con ella, y esa persona soy yo —sentenció.

Hunter y Logan comenzaron a protestar voz en vivo y mis padres intentaron convencerme de que, si nos apretábamos, había sitio para todos. Emily, por su parte, me miró con infinito agradecimiento.

—¡Dejad de hablar, por favor! —exclamé y me volví hacia los gemelos—. Sé que estáis preocupados, pero os guste o no tenéis quince años y aún sois unos niños. El hospital no es sitio para niños, así que os quedáis en casa. Además, Emily necesita relajarse y no va a poder hacerlo si sabe que estáis en la sala de espera volviéndoos locos de preocupación. Estoy seguro de que se sentiría mucho mejor si supiera que estáis aquí, con mis padres cuidando de vosotros. ¿No es así, Em?

—Es exactamente así —corroboró ella y se acercó a sus hermanos—. Estaré bien, chicos, de verdad. Habrá sido un vahído, seguramente porque no he comido lo suficiente o algo parecido. —Les cogió las manos—. Pero os prometo que os llamaré en cuanto pueda, ¿de acuerdo?

—Como quieras —resopló Hunter y retiró la mano de la de su hermana.

—Hunter —dije en un tono autoritario que no había usado jamás—, me parece que no es momento para desplantes.

—Wes tiene razón —dijo Logan, y besó la mejilla de su hermana—. Llama en cuanto puedas. Y tú —se giró hacia a mí—, manténnos informados si ella no puede hacerlo, por favor.

—Eso está hecho —sonreí, observando cómo Hunter entraba en razón y abrazaba a su hermana antes de que se marchara.

Abrí la puerta del copiloto, aguardé a que Emily se acomodara en el asiento y luego rodeé el coche para ponerme tras el volante. Una vez hube ajustado los retrovisores, y justo cuando el motor del coche comenzó a rugir, Emily posó la mano sobre mi antebrazo.

—Gracias —dijo, y lo hizo en un susurro que me erizó la piel.

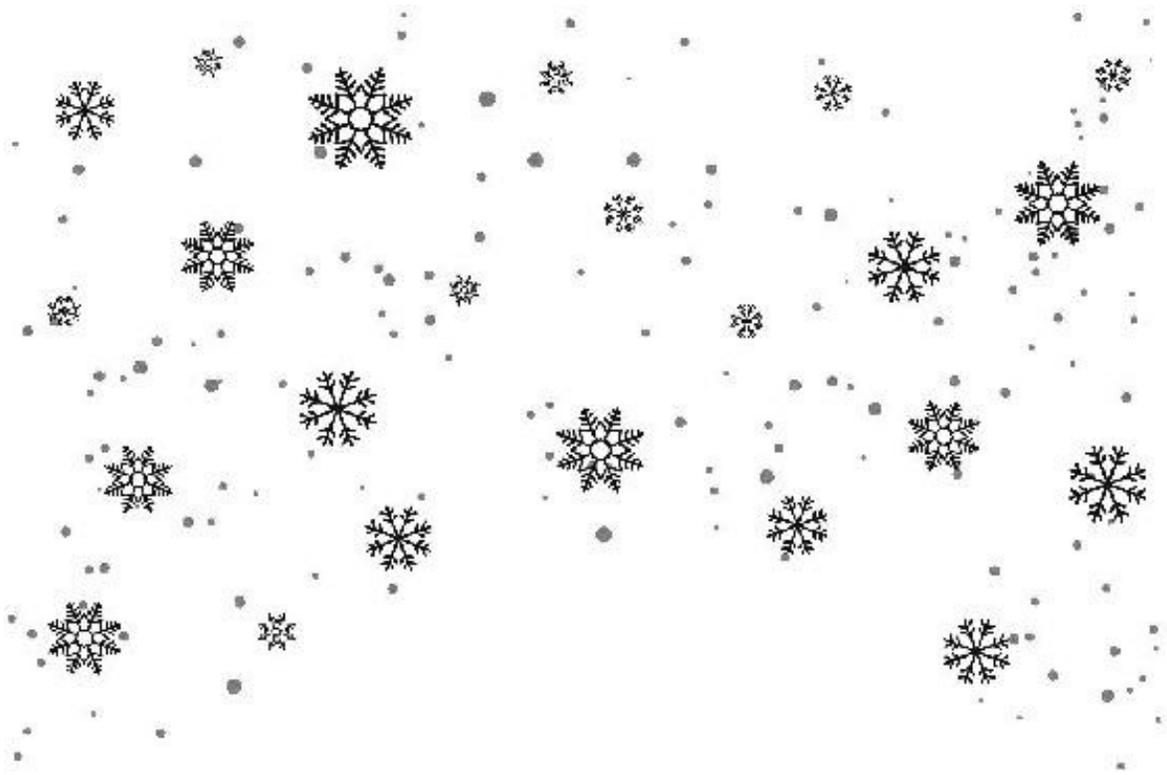
—¿Por qué?

—Por venir conmigo, por lo que has dicho ahí dentro... Por todo, en general.

Fue entonces cuando esbozó una amplia sonrisa, y la manera en la que le alcanzó los ojos y los hizo brillar provocó que me diera un vuelco el estómago y que mi corazón se saltara un latido.

Me quedé mirándola como un idiota, y cuando me percaté de ello, carraspeé y volví la vista al frente.

—No hay de qué —contesté finalmente en voz baja, y puse rumbo al hospital.



Capítulo 14

Emily

Después de esperar durante casi una hora para que me atendieran y de pasarme otra hora de un lado para otro para sacarme sangre, hacerme un electrocardiograma y demás pruebas, el doctor decidió que me quedara un rato más allí para evaluarme con más detenimiento. Yo lo consideraba innecesario, y así se lo hice saber, pero él insistió y acabé acostada en una cama sorprendentemente cómoda, ataviada con el camisón de hospital del que tanto había renegado y una pulsera alrededor de la muñeca.

—Estás muy guapa con eso puesto —dijo Wes.

Estaba sentado en el sillón de polipiel negro que había al lado de la cama, con los pies apoyados en el borde del colchón y los brazos detrás de la cabeza. Se le veía mucho más relajado desde que había hablado con el doctor y éste le había asegurado que seguramente la cosa no revestía más complicación que una bajada de tensión. Tras llamar a casa para tranquilizar a los chicos, había convertido en su misión el hacerme sentir lo más cómoda posible, de modo que se había pasado la primera media hora mullendo las almohadas y colocando bien las sábanas. Tuve que pedirle que parara porque me estaba poniendo nerviosa.

—Eres muy gracioso —contesté—. Esta porquería no le sienta bien a nadie.

—Pues a ti sí. Aunque me parece que lo difícil sería que te sentara mal algo...

—Déjate de halagos, Wes —dije, intentando fingir un desdén que no sentía—. ¿Cuánto tiempo ha pasado? El doctor tiene que estar al venir, ¿no?

Justo en ese momento, el doctor Whitman entró por la puerta con una sonrisa en los labios, lo cual siempre era buena señal. Hojeó los papeles de la carpeta de clip que llevaba en la mano y sacó un bolígrafo del bolsillo de su bata con el que garabateó algo antes de comenzar a hablar.

—Bien, señorita Evans...

—Emily —le corregí—. Por favor.

—De acuerdo, Emily —sonrió amablemente—. Todas las pruebas han salido correctamente. Junto con el análisis de sangre, le hemos realizado una prueba de embarazo... —Hizo una pausa para mirar los papeles y me puse nerviosa. Alcé las cejas y vi cómo Wes me miraba inquieto—. Ah, aquí esta... Sí, ha dado negativo. —Me relajé, aunque no tenía sentido estar en tensión. ¿Cómo iba a estar embarazada si ni siquiera tenía sexo con nadie? Era estúpido—. ¿Trabaja usted mucho, Emily? ¿Está sometida a mucho estrés?

Estuve a punto de decir que no porque era automático. Cada vez que alguien me decía que trabajaba demasiado y que debería cogerme de una vez esas vacaciones que acumulaba desde hace dos años, yo siempre decía que no hacía falta. Aunque me sintiera agotada cada noche, aunque no tuviera vida personal ni tiempo para respirar, siempre ponía una sonrisa falsa y negaba la mayor. Por eso tuve que pensar antes de contestar al doctor Whitman; no tenía sentido mentirle a él.

—Trabaja demasiado —intervino Wes antes de que yo pudiera decir nada—. Tiene dos empleos y no para quieta.

—No sé si saben que el estrés es muy peligroso —prosiguió el doctor Whitman—. Baja las defensas y eso te hace más propenso a cualquier enfermedad. Cuando el cuerpo nos avisa,

debemos parar. Tenemos que aprender a escucharle con atención y a obedecerle porque siempre lleva razón. Creo que el pequeño susto de hoy lo ha demostrado. —Tragué saliva y asentí—. En principio, lo que ha provocado el desmayo ha sido el agotamiento, así que lo que voy a recetarle son unas vitaminas y algo que no es nada químico. —Guardó el bolígrafo en el bolsillo de la bata—. Tómese unas vacaciones, Emily. Hable con su jefe y dígame que es mandato médico. No puede seguir con este ritmo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —asentí, aunque no del todo convencida.

El doctor Whitman nos dijo que en cualquier momento se pasaría la enfermera para anunciarnos que ya nos podíamos marchar y se despidió de nosotros con otra amplia sonrisa. Cuando salió por la puerta, Wes exhaló sonoramente y se giró hacia mí.

—¿Has oído al doctor? ¡Vacaciones! —exclamó mientras se sentaba a mi lado—. Seguramente esa palabra te suene a chino, pero a los demás mortales nos suena a gloria.

—No puedo cogerme vacaciones, Wes —resoplé mientras salía por fin de la cama y me ponía los pantalones—. Necesito el dinero.

—Necesitas la salud más que el dinero —rebatí—. Emily, esto no es un juego. Tienes que cuidarte.

—Lo que tengo es que pagar facturas. —Cogí mi jersey de la silla y le pedí que se girara con un movimiento del dedo, cosa que hizo a regañadientes—. No puedo permitirme el estar sentada sin hacer nada, ¿no lo entiendes?

—Lo que entiendo es que no te tomas en serio lo que ha pasado. —Se levantó y rodeó la cama hasta estar a escasos centímetros de mí. Tomó mis manos entre las suyas—. Habla con tu jefe y pídele las vacaciones que te debe. Son pagadas, ¿no?

—No puedo dejar colgado a Jimmy y pedirle encima que me pague por no ir. Tendría que llamar a Maggie para cubrirme, ¿sabes? Y eso es el doble de gasto.

—Habla con él —repitió—. Y en cuanto a la tienda... Podemos encargarnos los dos. Después de todo, yo no trabajo. Puedo echarle una mano. ¿Cuántos días de vacaciones te debe tu jefe?

—Pues... —Conté mentalmente—. Dos meses. Más los días libres que no me he tomado... Casi tres.

—¿Tres meses? —exclamó Wes, sorprendido—. ¿No has cogido vacaciones en dos años?

—¡Pues claro que no! —Me senté y comencé a ponerme las botas—. ¿Cómo crees que saco la casa adelante? Las propinas son gran parte de mi economía. No podríamos subsistir sin ese extra y...

Wes se arrodilló ante mí para que nuestros ojos estuvieran a la altura y me retiró el pelo de la cara con una inusitada ternura que cortó lo que fuera que iba a decir a continuación. Suspiró y dejó caer la mano con lentitud.

—¿Por qué no me dices la verdadera razón por la que has estado trabajando setecientos días seguidos sin descansar?

El que fuera capaz de ver a través de mis excusas me sorprendió. Fue mi turno de suspirar, y antes de sincerarme con él, desvié la vista de sus ojos. No quería que tuvieran un primer plano de los míos cuando se negaran de lágrimas.

—La verdadera razón es que el trabajo es lo único que me hace levantarme por la mañana. Tengo un horario de locos y no paro, sí, pero tampoco quiero hacerlo. Porque si lo hago, aunque solo sea un segundo, la sombra de toda la tristeza que llevo auestas me atrapa y no me deja salir. —Noté cómo me temblaba ligeramente la mano y la metí entre los muslos antes de que Wes se diera cuenta—. No sé si lo has notado, pero mi vida no es precisamente un carnaval, Wes. Tengo veintiséis años y llevo una vida de mierda. Adoro Taylors Falls y a mis hermanos, pero esto no es

lo que había imaginado para mí. Cuando pensaba en quién sería con esta edad, visualizaba a una chica de éxito que vivía en Nueva York, se dedicaba a la publicidad y cada fin de semana salía de copas con sus amigos. Me veía teniendo algún rollo con algún chico, o incluso con un novio serio, siendo feliz, regresando al pueblo cada Acción de Gracias o cada Navidad y sintiendo esa añoranza que te invade cuando pasas mucho tiempo lejos de tu familia... Pero en vez de eso mírame.

No me había dado cuenta de que estaba llorando. Me sequé las lágrimas con la manga del jersey y me encaré con Wes de nuevo.

—¡Joder! ¡Ni siquiera tengo unos padres a los que visitar en Nochebuena!

Comencé a llorar más fuerte y Wes me atrapó entre sus brazos. Dejó que me vaciara, que derramara todas mis lágrimas en su pecho, sin moverse ni un milímetro de donde estaba. Acarició mi pelo con delicadeza y, solo una vez se hubo asegurado de que me había calmado, me despegó de su cuerpo, aunque muy poco. Enmarcó mi cara con ambas manos y me miró intensamente.

No me dijo nada, pero no hizo falta. Sus ojos parecían aún más oscuros bajo la luz blanquecina proveniente de los halógenos del techo y me permití perderme en aquella oscuridad durante unos instantes. De repente se me ocurrió la disparatada idea de que quizás Wes quería besarme. Noté cómo se me anudaba el estómago ante aquel pensamiento porque yo quería que lo hiciera, y en aquel momento lo supe con claridad. No me importaba que nos acabáramos de conocer o que el sitio no fuera el más idóneo. Quería rozar sus labios, descubrir a qué sabían y averiguar cómo se compenetrarían nuestras lenguas.

Me incliné hacia delante, cosa que le sorprendió. Acarició mi labio con el pulgar de su mano derecha y justo cuando creía que iba a atreverse al fin a cubrir su boca con la mía, un carraspeo procedente de la puerta hizo que ambos diéramos un respingo.

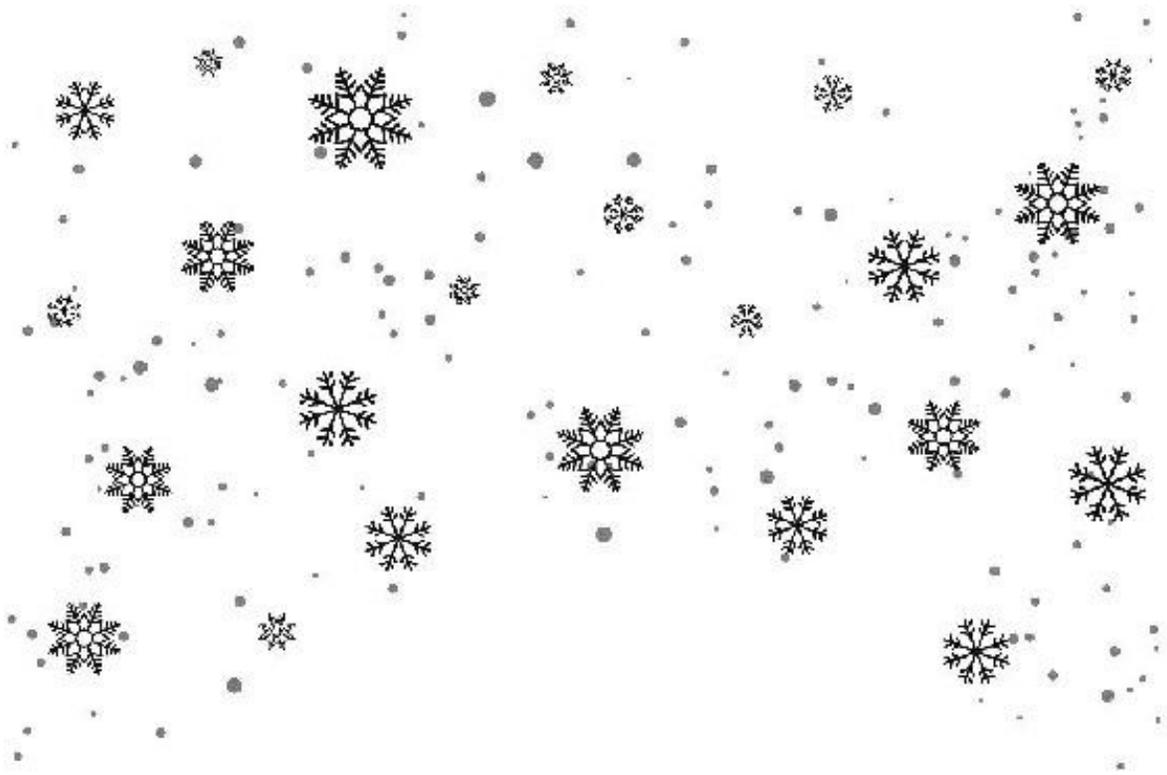
—Lo siento —se disculpó la enfermera con una sonrisa cómplice—. Solo venía a decirle que ya puede marcharse a casa.

—Oh... Gracias —sonreí torpemente y me puse en pie como un resorte.

Recogí la bolsa de deporte y me la eché al hombro, pero Wes me la arrebató enseguida. Mientras recorríamos los pasillos del hospital, me dio la sensación de que su actitud había cambiado radicalmente, aunque no entendía por qué. Lo notaba más distante, más pensativo, y con el claro objetivo de poner distancia entre nuestros cuerpos en todo momento.

Nos montamos en el coche sin intercambiar palabra. Hice el amago de entablar conversación, pero justo en ese momento él encendió la radio y capté el mensaje, así que opté por apoyar la frente en la ventanilla en silencio.

Los ojos de Wes fueron lo último en lo que pensé antes de que todo se difuminara y me rindiera al sueño sin oponer resistencia alguna.



Capítulo 15

Wes

Emily era un peso muerto. Estaba profundamente dormida, y por segunda vez en veinticuatro horas, tuve que cogerla en brazos y subirla a su habitación. Los gemelos me acompañaron escaleras arriba, destaparon la cama para que la posara sobre ella y la arroparon una vez lo hube hecho.

Insistieron en quedarse toda la noche para vigilarla, pero ambos estaban exhaustos. Tras mucho discutir, por fin conseguí que aceptaran irse a dormir, aunque con la promesa de que, si pasaba algo, los despertaría al momento.

Mis padres seguían allí cuando bajé a la cocina. Les expliqué lo que había dicho el doctor y ambos me corroboraron el hecho de que Emily nunca había cogido vacaciones. Al parecer, incluso había ido enferma a trabajar, cosa que me esperaba de ella.

También quisieron quedarse para cuidarla, pero les dije que se fueran a dormir, que yo me quedaría. Antes de salir por la puerta, mi madre me miró con una mezcla de ternura, orgullo y algo más que no supe decir, y me atrapó entre sus rechonchos brazos.

—Este eres tú, Wesley —me dijo en voz baja—. Nueva York te hizo ser alguien distinto y me alegra comprobar que Taylors Falls te está recordando quién eres de verdad.

—No sé de qué me hablas, mamá. Cambiar de lugar no me ha hecho una persona diferente.

—El chico tiene razón, Pam —intervino mi padre—. Eso no lo hace un *lugar*...

Hizo hincapié en la última palabra y me sonrió antes de echarle el brazo por encima a mi madre y cruzar la calle.

Era cierto. Un lugar por sí solo nunca te cambia. Son las personas que encuentras en él las que hacen que evoluciones, que encuentres tu mejor o peor versión, que decidas quién quieres ser y cómo llegar a serlo.

Visualicé la manera en la que Emily se había inclinado hacia mí, esperando no sabía muy bien qué. Rememoré la cálida sensación que me recorrió las venas y las ganas locas de besarla que sentí cuando sus labios se entreabrieron ligeramente.

Me froté la cara con las manos y solté un improperio en un tono más alto del que pretendía.

—Lo que te faltaba, Wesley —murmuré, y me dirigí a la cocina para hacerme un café bien cargado que me hiciera estar toda la noche en vela.

Las paredes de la habitación de Emily estaban pintadas de un color turquesa claro y de ellas colgaban todo tipo de recuerdos. Justo arriba del minúsculo escritorio que había frente a la cama tenía un corcho lleno de fotos y me dediqué a analizarlas una por una al tiempo que daba pequeños sorbos a mi café.

Con la ayuda de la luz proveniente de la farola de la calle, pude ver a una jovencísima Emily sentada al piano, con el rubio pelo apesado en dos trenzas que le caían hacia atrás. Los gemelos recién nacidos en sus brazos y ella esbozando una amplia sonrisa que denotaba lo contenta que estaba por convertirse en hermana mayor. En otra foto, una Emily adolescente posaba con dos

chicas más que, a juzgar por sus rasgos, parecían de su familia. Tenía varias fotos con una chica de pelo castaño y cara amable; en una daban un trago a unos botellines de cerveza, en otra se tomaban de la cintura mientras reían... Parecían conocerse desde hacía tiempo.

—Esa es Lauren.

El sonido de su voz adormilada a mi espalda me sobresaltó. Emily encendió la lámpara de su mesa de noche y una tenue luz amarillenta inundó la habitación.

—Eh, ¿qué tal estás? —pregunté, desviando la mirada del tablero—. Has dormido poco.

—Estoy bien —sonrió y dio un largo bostezo—. ¿Mirabas las fotos?

—Algunas.

—Descuelga el corcho y dámelo —me pidió. Cuando lo hice, me indicó que me sentara a su lado en la cama con un gesto de la mano—. Hace tiempo que no me paro a mirarlas... Madre mía, qué antigüedad.

Quitó todas las fotos que había y las apiló para ir viéndolas de una en una.

—Estas son mis primas, Harper y Skylar —dijo, y me enseñó la foto que había visto anteriormente—. Éramos inseparables.

—¿Y qué pasó?

—La distancia. —Sonrió al mirar la imagen de nuevo—. Vivimos lejos. Aun así, seguimos en contacto, y hablamos a menudo por teléfono o por mensajes, aunque no nos vemos desde... Bueno, desde el funeral de mis padres.

La tristeza le cruzó el rostro fugazmente y quise atraerla hacia mí para abrazarla de nuevo. No lo hice.

—Harper siempre fue la estudiosa. —Con el dedo, señaló a la chica de pelo rubio claro que sacaba la lengua a la cámara. Era la más alta de las tres—. Se graduó en Administración y Dirección de Empresas como número uno de su clase. Ahora se dedica a organizar bodas en Los Ángeles. Es muy buena y los clientes se la rifan. Y Sky... —suspiró, sonriendo, mientras sus ojos se posaban en la chica de pelo castaño que bizqueaba de forma graciosa—. Sky es un caso aparte. Siempre quiso ser cantante y, de hecho, se le da bastante bien, pero ha terminado deambulando de acá para allá, cambiando de trabajo. Lo último que sé de ella es que trabaja de camarera en un bar de Nashville, aunque probablemente ya lo habrá dejado. Ella es así, un espíritu libre y aventurero.

—Parece que las echas de menos.

—Así es. —Pasó la foto—. Y también echo de menos a Lauren, mi mejor amiga. Lo hacíamos todo juntas, incluso compartimos habitación en el campus de la universidad. Pero un día de nuestro último año, justo cuando faltaba una semana para graduarnos, Lauren conoció a Ryan y se enamoraron perdidamente. Así que cuando terminamos la universidad y llegó el momento de cumplir la promesa de irnos a Nueva York y compartir piso, Lauren decidió que prefería marcharse a Texas con Ryan y empezar allí una vida en común.

—Vaya... ¿No te enfadaste? —quise saber.

—En absoluto. Mentiría si dijera que no me fastidió al principio, pero tú no has visto cómo se miran Ryan y ella. No puedes oponerte a eso. Cuando estás con ellos puedes sentir que lo que tienen es lo más verdadero que hay, ¿y qué clase de amiga antepondría sus necesidades a los sentimientos de la otra persona? Ya te lo digo yo, una horrible. Así que me limité a sonreír y a decirle lo feliz que estaba de que hubiera encontrado al amor de su vida... Porque realmente lo estaba. —Me miró por primera vez en un buen rato y sonrió de oreja a oreja, lo que provocó que sintiera un breve pellizco en el estómago—. Se casan el año que viene y yo soy la dama de honor.

—¡Enhorabuena! Si necesitas consejo sobre la organización de la despedida de soltera, solo tienes que decírmelo. Hice un reportaje sobre ello.

—¿En serio?

—Oh, sí. No se publicó, pero me lo pasé genial haciendo trabajo de campo en Las Vegas. Ah, ¡lo que disfruté! Me harté de ver...

—No hace falta que termines la frase —me interrumpió, riendo—. Puedo imaginarme lo que te hartaste de ver en Las Vegas.

Mantuve la vista fija en su cara mientras ella pasaba a la siguiente foto, por lo que pude ver cómo su sonrisa moría lentamente. Bajé los ojos hacia la imagen.

—Robert y Holly Evans —dijo. Movié la foto para que la viera mejor—. Mis padres.

—Vaya. Te pareces mucho a ella —observé—. Aunque los ojos y la sonrisa...

—Son de mi padre, sí —terminó ella. Acarició con la yema del dedo la cara del hombre, repasando el contorno de su poblada barba rojiza, pero enseguida lo retiró, como si le hubiera dado calambre—. Es la última foto que se hicieron antes de... —Tragó saliva—. Aún no me creo que ya no estén.

—Lo siento mucho, Em —dije en voz baja—. Nadie debería irse tan pronto.

Emily asintió con la cabeza mientras se enjugaba algunas lágrimas furtivas que escapaban de sus ojos. Dejó las fotos apiladas en la mesita de noche y se recostó en la cama de nuevo, mirándome.

—No tienes por qué quedarte en vela vigilándome. Puedes dormir un poco.

—Estoy bien —sonreí, y levanté la taza que tenía en la mano—. Tengo gasolina. Además, no quiero irme lejos, por si me necesitas.

Me miró con dulzura y retiró el edredón un poco, dejando a la vista las sábanas grises. Dio un par de golpecitos con la mano sobre la superficie al descubierto y yo alcé una ceja.

—Vamos —insistió—. Me sentiría más cómoda si durmieras algo.

—Pero... ¿Contigo? —La voz me falló y carraspeé para disimularlo, aunque a juzgar por su sonrisa no lo hice muy bien—. No sé si debería...

—Wes, llevas toda la noche ahí sentado mirándome como si fueras un acosador. ¿Qué importa que duermas a mi lado?

Sí que importaba. Importaba porque desde el momento en el que la vi por primera vez no había podido controlar mis malditos pensamientos. Intentaba no hacerlo, pero mi mente siempre acababa elucubrando cómo sería besarla, tocarla, acariciarla... Y si me recostaba a su lado, a escasos centímetros de su cuerpo, sabía que no iba a ser capaz de conciliar el sueño porque mi cerebro iba a estar demasiado ocupado fantaseando con cosas con las que no debía fantasear.

Ella estaba atenta a mi expresión y, cuando vio que mi indecisión no se disipaba, volvió a colocar el edredón en su sitio con un suspiro.

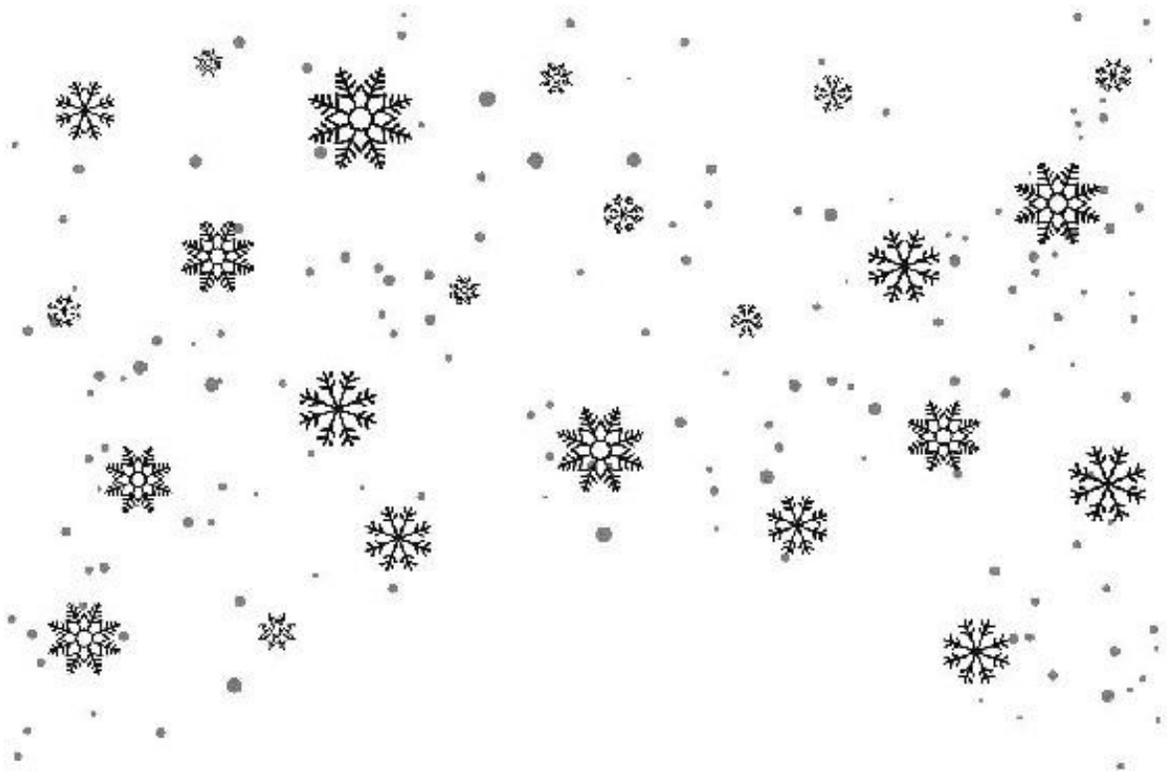
—Está bien, si no quieres no te tapes. Recuéstate sobre la colcha, ¿vale? —Estiró la mano para apagar la luz de la lámpara—. Buenas noches, Wes.

—Buenas noches —contesté con voz ronca.

Me deshice de los zapatos y me acosté a su lado, lo más rígido posible. No quería moverme ni un ápice para no rozarla involuntariamente. Me quedé bocarriba, escuchando cómo su respiración se volvía cada vez más pausada, mientras que mi corazón cada vez latía más deprisa. Cerré los ojos y me repetí una y otra vez que debía dormir un poco, solo un poco...

Pero entonces ella, ya dormida, se giró hacia mí, posó su brazo sobre mi pecho y mi cuerpo se relajó automáticamente. Fue algo extraño, porque la principal razón de mi tensión era precisamente el miedo a rozarla, a tocarla, a estar en contacto con su piel; y, sin embargo, fue justo eso lo que consiguió que por fin desechara cualquier distracción y me dejara llevar por esa sensación tan rara que me invadió...

La sensación de estar en casa sin estarlo.



Capítulo 16

Emily

Cuando me desperté, tenía a Wes a escasos centímetros de mi cara.

De primeras me sobresalté, pero luego respiré hondo y me atreví a quedarme un rato allí tumbada, mirándole. Tracé mentalmente el contorno de sus pómulos, de su nariz, y el arco de sus cejas. Imaginé cómo sería sentir el roce de su barba en la palma de mi mano y sonreí ante la idea de alzar el brazo y averiguarlo.

—Me estás mirando —dijo de repente, todavía con los ojos cerrados—. Es raro.

—¿Qué es raro?

—Mirar a la gente cuando duerme.

—A nosotros nos lo hace siempre —dijo una voz desde la puerta y ambos nos incorporamos de un salto.

Logan estaba apoyado en el marco de la puerta, observándonos con una sonrisa burlona, mientras que Hunter y su cara de pocos amigos nos taladraban con la mirada. Me tapé con la sábana de forma involuntaria, como si me hubieran descubierto en una situación comprometida, a pesar de que no habíamos hecho nada y llevaba ropa puesta. Wes se levantó de la cama, sonriente, y me dedicó una mirada traviesa antes de ponerse de pie y alzar los brazos sobre su cabeza para estirarse. La piel de su estómago quedó al descubierto y por alguna estúpida razón me sonrojé, lo que hizo que Logan ensanchara aún más su sonrisa y Hunter frunciera aún más el ceño.

—Veníamos a comprobar si habías pasado una buena noche, pero ya vemos que sí —dijo Logan con guasa—. Os esperamos en la cocina para desayunar.

Les oí bajar las escaleras y fue entonces cuando salí de la cama. Como cada mañana, me dirigí hacia la ventana para correr las cortinas y pude comprobar que sería otro día pasado por agua.

—Genial —suspiré—. Mi primer día sin hacer nada y va a caer el diluvio universal.

—¿Qué te apetece hacer? —preguntó Wes, que estaba sentado en el borde de la cama poniéndose los zapatos.

—No tengo ni idea. La verdad es que no estoy acostumbrada a tener tiempo para algo que no sea trabajar, así que no sé ni por dónde empezar a descansar o a divertirme.

—¡Hay mil cosas que podemos hacer!

—¿En Taylors Falls? Permíteme que lo dude.

—Vamos, pequeña Emily —dijo, acercándose a mí—, usa tu cabecita. Hay que echarle imaginación.

—¿Pequeña Emily? ¿En serio?

—Bueno, eres pequeña —contestó e hice un mohín de disgusto—. Pero al parecer no te gusta que te recuerden tu estatura, así que lo retiro.

Alzó las manos en señal de rendición y comenzó a andar de espaldas hacia detrás. Al hacerlo, se dio con la esquina del corcho que había descolgado por la noche, el cual descansaba sobre mi escritorio.

—Joder —murmuró, frotándose la pierna—. Será mejor que lo cuelgue de nuevo.

Volví a mirar por la ventana. Abrí una de las hojas, cerré los ojos y aspiré ese aroma tan característico que anunciaba la próxima llegada de la lluvia. Cada vez que lo olía, me activaba

una serie de recuerdos de mi infancia; los más felices, los que más dolía recordar. Por eso amaba y odiaba aquel aroma a partes iguales.

—¿Qué es esto? —oí que decía Wes a mi espalda—. «Lista de cosas por hacer de Emi...»

—¡No leas eso! —grité de repente, avergonzada, pero ya era tarde.

Había olvidado el papel doblado que tenía escondido en la parte trasera del tablero de corcho. Aquel trozo de papel amarillo contenía la lista de cosas pendientes de mi yo de quince años. Recordaba con nitidez el momento en el que lo escribí.

Clase de matemáticas, última hora del viernes. El señor Rutheford, nuestro profesor, estaba especialmente borracho aquel día y nos había dado la hora libre para que «trabajáramos en nuestros proyectos», sea lo que fuere lo que aquello significara. Algunos de mis compañeros aprovecharon para hacer los deberes, otros para tontear entre ellos... Y yo para plasmar en un trozo de papel todo aquello que me quedaba por vivir.

Y ahora, once años más tarde, Wes lo tenía entre sus manos. Y lo estaba leyendo.

—Es una tontería —dije, intentando quitarle importancia—. Lo hice cuando era adolescente. Es...

—No es una tontería —me interrumpió él, sonriendo—. ¿Por qué si no ibas a guardarlo?

—Porque es un recuerdo. Me gusta guardar ese tipo de cosas.

—Ajá... —asintió—. ¿Pues sabes lo que creo yo? Creo que lo guardas porque algunas de estas cosas siguen en tu lista de cosas por hacer.

—No digas tonterías, Wes —contesté, poniendo los ojos en blanco—. ¿En serio crees que aún no me he emborrachado? Porque era una de mis épicas metas —ironicé—. Como ves, tenía muy claras mis prioridades.

—No me refiero a esa, claro. Pero otras... —Se frotó la mandíbula, pensativo, y aquel gesto provocó que me ardieran las mejillas. Me maldije internamente.

—Vamos a dejar el tema, ¿vale? —dije, intentando zanjar la conversación—. Devuélveme el papel.

Di dos zancadas hacia él, dispuesta a arrebatárselo, pero en el último momento, él la alzó por encima de su cabeza.

—Me parece que no quiero hacerlo.

—¿Cómo que no? ¡Es mía! —repliqué, como si fuera una niña pequeña—. ¡Dámela!

—*Nop*. Tengo grandes planes en mente y todos pasan por guardar este trozo de papel como si fuera oro en paño.

Esbozó una sonrisa que consiguió iluminarle los ojos. Hice amago de replicarle de nuevo, pero sabía que iba a ser en vano, así que me limité a bufar y a marcharme escaleras abajo.

Logan y Hunter estaban sentados a cada lado de la isleta de la cocina, susurrando. Cuando entré por la puerta, ambos pararon de hablar automáticamente. Los miré, confusa.

—¿Qué pasa? —pregunté mientras me echaba café en la taza más grande que encontré—. ¿Me he perdido algo?

—No, no, para nada —se apresuró a contestar Logan—. Solo estábamos...

—Estábamos preguntándonos si te has acostado con Wes —dijo Hunter de pronto y casi se me cae el café al suelo de la sorpresa.

—¡Hunter! —le riñó Logan entre dientes—. Habíamos quedado en que no íbamos a preguntar nada.

—Tal vez tú no, pero yo sí. —Se giró hacia mí y me miró, expectante—. ¿Y bien?

Noté cómo el rubor se me extendía por la cara y el cuello. Sabía que aquella reacción solo les daba más motivos para pensar que Wes y yo habíamos hecho algo más que dormir juntos, pero

como siempre, no pude evitarlo.

Abrí la boca para contestar y luego volví a cerrarla, cual pez boqueando fuera del agua.

—Si te refieres a acostarnos juntos en la misma cama, la respuesta es sí —dijo Wes a mi espalda—. Si te refieres a que si hemos practicado sexo mientras vosotros estabais dormidos en la habitación de al lado...

Sonrió de oreja a oreja e hizo una pausa que provocó que Hunter soltara un taco por lo bajo. Logan nos miraba, entre perplejo y fascinado.

—La respuesta es no —sentencié, al tiempo que fulminaba a Wes con la mirada—. No ha habido nada. Simplemente hemos compartido colchón por motivos... humanitarios.

—Eso es. Yo no tenía cama y ella me ofreció la suya uy amablemente —bromeó Wes mientras se servía un café—. Soy su buena acción del día. O de la noche, mejor dicho.

—Muy gracioso, sí, ja, ja —intervino Hunter, cortante—. Pero si vuelve a quedarse a dormir, preferiría que lo hiciera en la habitación de invitados. —Miró a Wes fijamente—. En el piso de abajo. Lejos de mi hermana y de su cama.

—Hunter, no empieces —le advertí—. Wes es mi amigo y ayer me ayudó en un momento complicado. Deberíamos darle las gracias, ¿no crees?

—Está bien. Gracias por aprovechar que mi hermana no se encontraba bien para meterte en su cama. Eres todo un caballero, Batman.

—¡Hunter! —exclamé, pero él hizo caso omiso y se esfumó en un abrir y cerrar de ojos.

Cerró la puerta principal con un golpe seco para demostrarnos lo enfadado que estaba. Logan resopló y salió tras sus pasos murmurando «¡adolescentes!», lo que me hizo reír un poco. Me senté en el taburete que mi hermano había dejado libre y abracé la taza de café con las palmas de ambas manos ahuecadas.

—¿Quién es Tom Bradford? —preguntó Wes de repente y casi me atraganto.

—¿Y tú cómo sabes ese nombre? —dije cuando recuperé la capacidad de hablar. Él se limitó a enseñarme el trozo de papel amarillo que ahora balanceaba entre los dedos—. Ah, la maldita lista...

—En serio, ¿quién es? Porque según este papel, querías perder la virginidad y casarte con él. ¿Sigue eso en tu lista actual?

—Lo de la virginidad puedes tacharlo. Y lo otro... Veamos, ¿aún quiero casarme con mi primer novio, el cual me puso los cuernos con medio instituto? Deja que lo piense... Creo que no. —Di otro sorbo al café—. Además, ha crecido fatal. Ya no es ni la sombra de lo que fue.

—Guau, superficial —se burló—, pero vale. ¿Sabes? Apuesto a que no has cumplido ni la mitad de cosas de las que hay aquí. De hecho, vamos a actualizarla. —Volvió a abrir el papel lleno de dobles y lo estiró sobre la encimera—. Lo de emborracharse podemos quitarlo, y todo lo del tal Tom al parecer también... ¿Tienes un boli?

A regañadientes, abrí el primer cajón y le tendí un lápiz. Mientras observaba cómo tachaba esas tres cosas, intenté recordar qué más había en aquella lista del demonio, pero no conseguí acordarme de nada más. Por desgracia, Wes no iba a tardar mucho en recordármela punto por punto.

—¿Tienes algún tatuaje? —Negué y él hizo un pequeño círculo—. ¿Has corrido descalza por la nieve?

—Pues la verdad es que no. Y eso que es algo fácil de cumplir en Minnesota...

—Y por eso mismo voy a cambiar la palabra «descalza» por «desnuda». —Lo miré con reprobación y él me dedicó una mirada angelical que no engañaba a nadie—. La estamos actualizando, ¿recuerdas? Somos adultos. Podemos hacer una versión algo más madura.

—Dirás erótico-festiva.

—Por supuesto. Esa es exactamente mi definición de «cosa adulta» —bromeó—. Sigamos.

Estuvimos un buen rato sentados el uno frente al otro, riendo y diciendo absurdos que añadir a la lista. Wes insistía en proponer cosas demasiado atrevidas que sabía que jamás sería capaz de hacer; mis propuestas, sin embargo, se quedaban demasiado pueriles. Al final optamos por hacer una mezcla de ambas y, casi una hora más tarde, por fin habíamos conseguido darle forma.

—Está bien. Primero —comenzó a leer— es el tatuaje. Seguimos con correr desnuda por la nieve porque, no, no pienso ceder en esta —negó, y yo solté una carcajada—. Hacer la ruta en barco por el río St. Croix, un viaje por carretera, cantar en público... ¿Algo más?

—Ir a un concierto de Ed Sheeran. ¡Ah! Y escalar un árbol Nunca he podido hacerlo.

—¿Nunca has escalado un árbol? ¿En serio, Emily?

—¡Pues no! Siempre he sido pésima para la escalada. Vamos, escribe.

—Vale, vale. ¿Algo más?

Había algo más, pero no estaba segura de si sería capaz de cumplirlo. Todas las cosas que habíamos añadido eran fáciles, y también divertidas, pero la que tenía en mente no era ni lo uno ni lo otro. Wes aguardó en silencio a que aclarara mis ideas. Carraspeé y me miré las manos.

—Visitar la tumba de mis padres —dije finalmente, con un hilo de voz—. Nunca he sido capaz de hacerlo y... bueno, me gustaría... —Levanté la cabeza y lo miré—. Pero no sé si voy a poder. Lo he intentado en varias ocasiones y siempre acabo acobardándome.

—Esta vez será diferente —me aseguré.

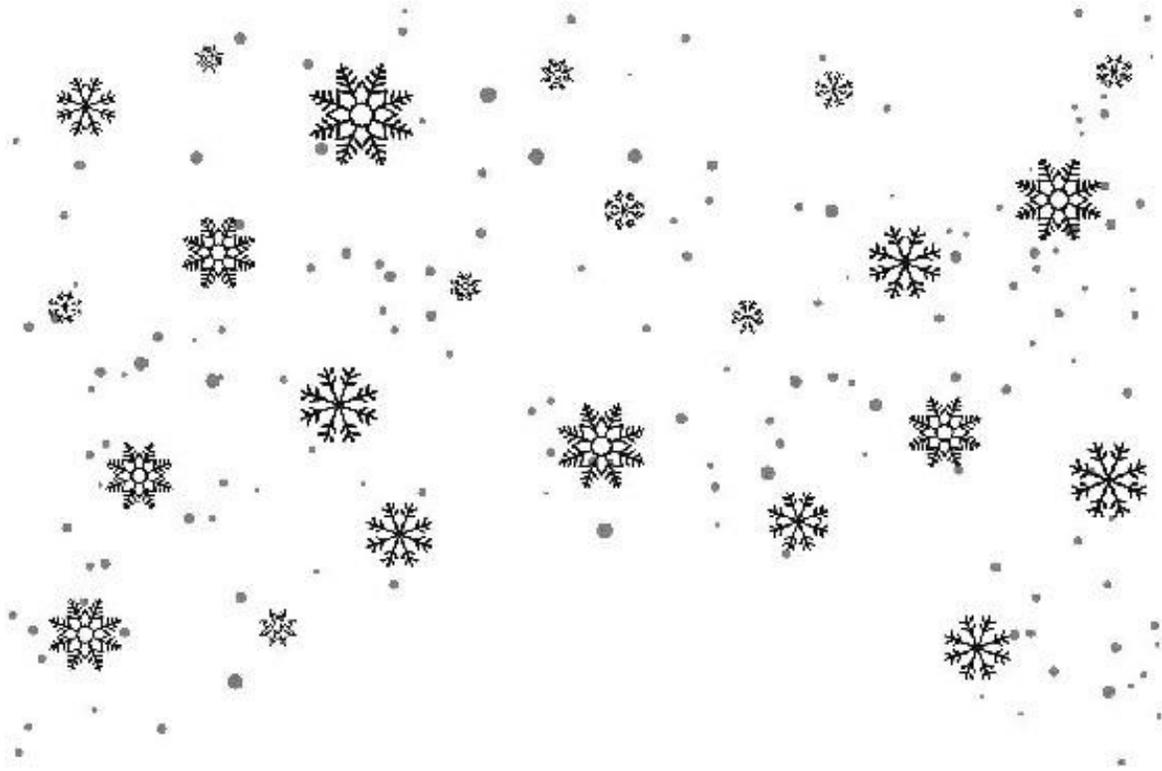
—¿Y eso por qué?

Estiró el brazo y posó su mano en la mía. Al principio se limitó a dejarla allí, como un peso muerto, pero luego entrelazó nuestros dedos y me miró fijamente a los ojos.

—Porque esta vez me tienes a mí para ir contigo.

Sonrió de medio lado, y a juzgar por la forma en la que mi corazón saltó cuando lo hizo, pensé que quizá tendría que añadir a la lista otra cosa que intentar cumplir...

No enamorarme de él bajo ningún concepto.



Capítulo 17

Wes

Octubre llegó sin avisar, y con él, las primeras nevadas. El frío alcanzó niveles demasiado extremos para mi intolerancia y me vi en la obligación de revestirme para sobrevivir a él. Emily siempre se mofaba de mí cuando veía las numerosas capas de ropa que llevaba puestas. «Como te caigas en un charco, vas a absorber toda el agua», solía decir mientras se carcajeaba. Repetía aquello cada día, y cada día se le saltaban las lágrimas de la risa. Ella, en cambio, parecía no tener frío en absoluto. Iba por ahí con un jersey fino o una camiseta de mangas largas y poco más. A veces, en los días en los que las temperaturas eran más bajas, se ponía una chaqueta, pero no era lo normal.

—Tampoco hace tanto frío, quejica —me contestó cuando le pregunté si no iba a ponerse un abrigo para salir—. No puedo esperar a ver tu cara de sufrimiento cuando llegue noviembre.

—Mi cara de muerto, querrás decir. Porque no creo que sobreviva.

—Debilucho —murmuró lo suficiente alto como para que me enterara y, con una sonrisilla, encendió la radio del coche de mi padre.

Íbamos camino a Woodbury, una ciudad a casi una hora de Taylors Falls donde, al parecer, se encontraba el centro comercial favorito de Emily. El baile de bienvenida del instituto de los gemelos estaba a la vuelta de la esquina y ella quería regalarles la ropa que llevarían esa noche. La indumentaria para el baile no solía ser tan formal como la del baile de graduación, así que un par de camisas y pantalones de pinzas bastarían. Me había ofrecido a prestarles algo de mi armario, pero Emily había insistido en que estrenaran modelito.

—Estoy preocupada por Logan —dijo de repente, tras bajar el volumen de una canción que no había oído en mi vida—. Me parece que va a ir solo al baile.

—¿Y qué más da? —respondí, quitándole importancia—. A veces es mejor así. Mirando hacia atrás, habría preferido ir solo al mío. Mi cita, Mindy Collins, resultó ser horrible.

—Mindy Collins... Suen a animadora.

—*Jefa* de animadoras —precisé—. Rubia, alta, esbelta... y jodidamente aburrida. No quería bailar, ni hablar, ni darse el lote... —Puse los ojos en blanco y fingí estremecerme—. Horrible. ¿Con quién fuiste tú? Espera, no me lo digas. Tom...

—... Bradford —completó, riendo.

—Suen a jugador del equipo de fútbol.

—*Capitán* del equipo de fútbol —precisé, imitándome—. Moreno, alto, musculoso... y jodidamente sexi. Y para que lo sepas, aquella fue la noche en la que taché uno de los dos puntos de la lista.

—¿Emborracharte? —pregunté—. O... Espera, espera un momento. —Me volví hacia ella, intrigado—. ¿Esa fue la noche en la que perdiste la virginidad? ¿En el baile de bienvenida?

—Ni confirmo ni desmiento —eludió la pregunta con una sonrisa pícara.

—Vaya... Tom Bradford tiene mi respeto.

Recorrimos el centro comercial de Woodbury Lakes en busca de las camisas perfectas. Tras mucho debatirse entre varias, Emily acabó eligiendo una gris para Logan y una celeste para Hunter. Cuando fuimos a elegir los pantalones, la dependienta se acercó con diligencia y una

amplia sonrisa para ofrecernos su ayuda. Después de asumir que éramos pareja, y al descubrir que en realidad solo éramos amigos, la chica procedió a desplegar sus encantos para flirtear conmigo. Yo no tenía el más mínimo interés en ella, pero Emily parecía estar celosa y aquello me resultó demasiado placentero como para que acabara tan pronto, de modo que saqué mi lado más encantador para picarla aún más.

Cuando salimos de la tienda, Emily se paró en un banco a repasar las bolsas para comprobar que lo teníamos todo antes de marcharnos.

—Vale, yo llevo las camisas, las corbatas y los zapatos. Y tú debes de haberte llevado los pantalones, los cinturones, y... ¿Has mirado bien tus bolsas? —preguntó, seria—. Porque quizás también has metido a la dependienta sin darte cuenta.

—Así que es cierto... ¡Estás celosa! —dije, sin poder evitar la absurda sonrisa de satisfacción que se me dibujó en la cara—. Lo sabía.

—¿Celosa, yo? —resopló—. Más quisieras. Lo que pasa es que me da rabia cuando la gente es tan poco profesional.

—¿Te refieres a cuando me ha dicho que los pantalones favorecerían mi bonito trasero?

Emily se volvió bruscamente hacia mí, con la boca abierta de sorpresa. Debido al rápido movimiento, algunos mechones rubios se le habían pegado al brillo de labios que llevaba puesto. Se los retiró torpemente sin dejar de mirarme.

—¿Eso te ha dicho? ¡Increíble! ¿Cómo se puede tener tan poca vergüenza?

—No lo sé —me encogí de hombros—, pero en su defensa diré que lleva razón. —Me giré para que me mirara el culo—. Mi trasero *es* bonito.

—Creído —refunfuñó y cogió las bolsas de donde las había posado—. Anda, vamos a tomar un café.

La oportunidad de devolvérmela se le presentó en forma de barista. El chico era moreno, alto, con facciones tradicionalmente consideradas atractivas. A decir verdad, se parecía un poco a mí. Cuando vio a Emily, los ojos le hicieron chiribitas y desplegó todo un repertorio de sonrisas para conquistarla. Los observé con seriedad mientras ella se atusaba el pelo de manera consciente y reía a carcajadas con cada cosa que él le decía. Cuando llegamos a la mesa y miré mi vaso, me percaté de que había escrito su número de teléfono en él.

—Qué chico más mono —dijo ella al sentarse—. Perdón, mono no... ¿Cómo era? Ah, sí, follable.

—Lo será, no te digo yo que no, pero no es muy bueno en eso de poner café. Ni en lo de ser sutil a la hora de ligar, por lo que veo. Me parece que... Tyler —leí— se ha equivocado de vaso al escribir su número.

Levanté el vaso hacia el chico, que nos observaba desde detrás de la barra.

—¡Eh, amigo! —grité para captar su atención, aunque no fue difícil porque aún seguía mirando a Emily—. Te agradezco el interés, pero no me van los tíos. Me siento halagado de todas formas.

Tyler palideció un instante para ponerse como un tomate al siguiente. Emily me dio una patada por debajo de la mesa y me instó a que bajara la voz.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó, y estaba seguro de que se estaba aguantando la risa.

—Me ha escrito su número en el vaso —dije, enseñándoselo—, así que me he visto en la obligación de rechazarle para que sus ilusiones no vayan más allá.

—El número era para mí y lo sabes.

—¿Quién es ahora la creída? —bromeé y ella me sacó la lengua—. Y para tu información, si intentabas ponerme celoso con mister *capuccino* aquí presente, te diré que lo único que has hecho ha sido reforzar mi teoría de que te gusto.

Emily casi escupió el sorbo que le había dado al café. Abrió los ojos de par en par mientras tosía y me miró, espantada y ruborizada.

—¿Qué teoría es esa? ¿Y en qué te basas exactamente?

—Bueno, es una teoría en la que estoy trabajando... Y me baso en que, para darme celos, has escogido al tío que más se parece a mí de todo el centro comercial.

—No intentaba darte celos. Y Tyler no se parece a ti.

—Míralo bien, Em. Alto, moreno, barba de tres días... Si me pusiera una gorra verde, un delantal y fuera pésimo ligando, podríamos ser gemelos.

Ella se limitó a hacer un gesto de desdén con la mano y dar un buen sorbo al café. Cuando al fin lo posó de nuevo sobre la mesa pude adivinar que su mente había vagado ya lejos de nuestra anterior conversación hacia otro tema que, sin duda, le preocupaba.

—Estás pensando de nuevo en Logan —afirmé.

—No puedo evitarlo —suspiró—. Quiero que su experiencia en el instituto sea lo más placentera posible y, hasta ahora, lo único que ha vivido han sido insultos y soledad. Apenas tiene amigos, siempre está encerrado en su cuarto... No sé qué hacer para que salga del cascarón. Lo he intentado, pero él me asegura que es feliz así.

—¿Te has parado a pensar en que realmente lo sea? Tal vez el chico no está interesado en los zoquetes de sus compañeros. Es listo, tiene otro tipo de intereses, pero eso no significa que su experiencia vaya a ser mejor o peor que la de cualquier otro. ¿No prefieres que sea fiel a sí mismo antes que fingir ser quien no es para encajar?

—Si me lo pones así... Claro que lo prefiero. Pero no estoy segura de que esté siendo él mismo al cien por cien.

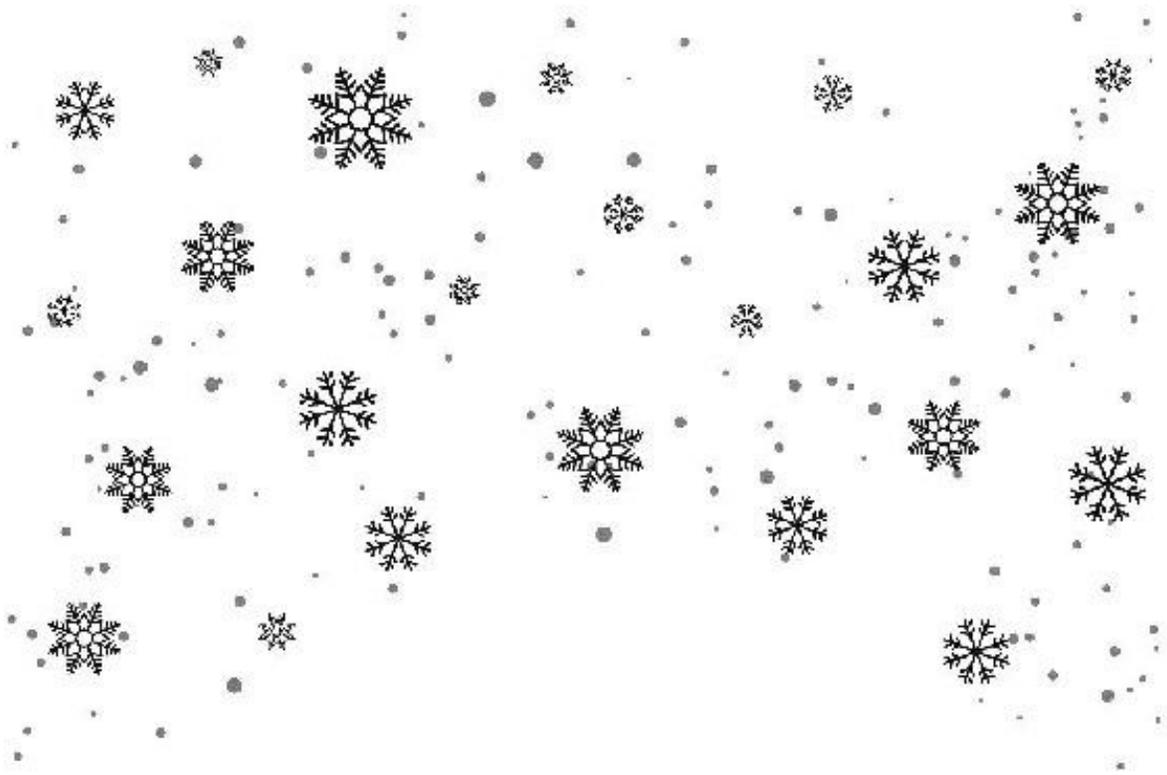
—¿A qué te refieres?

Emily se quedó callada unos instantes, pensativa, debatiéndose entre decirme algo o no hacerlo. Finalmente, optó por guardar silencio.

—¿Sabes qué? Sin que sirva de precedentes, voy a darte la razón —sonrió—. Le doy muchas vueltas a las cosas. Seguro que todo sale bien. —Miró a través de la gran cristalera al lado de la cual estábamos sentados—. Deberíamos irnos antes de que empiece a nevar de nuevo.

Sin esperar mi respuesta, apuró lo que le quedaba de café y se levantó rápidamente. Yo hice lo mismo y la seguí, abrochándome el chaquetón hasta arriba. De camino a la salida, pasamos por al lado de Tyler, quien recogía algunas tazas sucias de una mesa. Posé una mano en el hombro de Emily, que volvía a estar ausente, y sonreí ampliamente al chico. Él me miró, confuso y algo enfadado, y sacudió la cabeza mientras volvía a lo suyo.

A veces ser un capullo era una cruz, pero otras, era muy divertido.



Capítulo 18

Emily

Quedaba una semana para el baile de los chicos y aún no les había cogido el dobladillo a los pantalones. Aproveché que Logan estaba en casa para pedirle que se los probara y me dejara marcar la medida exacta para que no le arrastraran por el suelo.

—Por favor, no me pinches con los alfileres —dijo mientras intentaba quedarse tan quieto como una estatua—. Aún recuerdo la vez en la que intentaste ajustarnos el ancho de unas camisas.

—¿Es que nunca vais a olvidar eso? —me quejé mientras clavaba las agujas con cuidado—. ¡Solo fue un pinchacito de nada!

—¿Uno? ¡Prueba veinte! —rio.

—Ya será menos. Oye... ¿Tienes pareja para el baile?

Noté cómo Logan se tensaba aún más. No me contestó, y pensé que no iba a hacerlo, pero de repente soltó un sonoro suspiro y supe que estaba eligiendo las palabras correctas en su mente antes de hablar.

—No quiero hablar mucho de este tema, pero te conozco y sé que vas a insistir, así que te diré que sí, hay alguien con quien me gustaría ir, pero no, no se lo he pedido. —Abrí la boca para intervenir, pero él alzó un dedo para que no lo hiciera—. Y no, no se lo voy a pedir ni te voy a decir quién es.

—Está bien —claudiqué—, pero si no me vas a dejar decir nada, al menos déjame recordarte que puedes confiar en mí para lo que sea, da igual lo vergonzoso, horrible o tonto que parezca. Yo siempre estaré ahí, ¿de acuerdo?

Alcé la cabeza para mirarle a la cara y me sorprendió ver que tenía los ojos llenos de lágrimas. Me levanté rápidamente hasta que estuve a su altura y enjuagué una con mis dedos.

—Eh, cariño, ¿qué tienes?

—Nada, es solo que...

Tragó saliva y me miró de nuevo. Durante una milésima de segundo pude ver dolor en su mirada, como si ocultara una pena en lo más profundo de su ser, y algo en mi interior se rompió un poco. Esperé a que hablara, que dijera lo que fuera, pero cuando se sorbió la nariz y esbozó una sonrisa torpe, supe que aquel momento había terminado.

—Estoy bien —dijo, intentando componerse—. En serio, no pasa nada. Solo estoy un poco agobiado por el nuevo curso, pero se me pasará cuando me aclimate. —Bajó la cabeza para evitar mi mirada—. ¿Ya has acabado?

—Sí, claro. Ya puedes irte.

Se quitó los pantalones allí mismo y los dejó a mi lado, deseando salir corriendo escaleras arriba.

—¿Logan? —lo llamé, y él se paró en seco, con la espalda vuelta hacia mí—. No olvides nunca que te quiero y que nada en este mundo podría cambiar eso. Jamás.

Supe que estaba llorando por la repentina sacudida de sus hombros antes de perderse de vista.

Hunter volvió un par de horas más tarde del entrenamiento, y le obligué a que pasara por el mismo proceso de costura.

—Somos gemelos, Em. ¿En serio no te vale con las medidas de uno nada más? —se quejó.

Lo cierto era que sí me valía, pero el momento con Logan me había hecho darme cuenta de que era una buena oportunidad para acercarme un poco a ellos. Resoplando, se colocó los pantalones y se puso de pie delante de mí.

—¿Con quién vas al baile? —pregunté como si fuera algo sin importancia.

—Así que eso es lo que quieres... Información. —Frunció el ceño—. Pues si quieres que largue sobre mi vida, vas a tener que largar sobre la tuya.

Ahí estaba la diferencia entre un gemelo y otro. Sonreí y acepté el trato.

—Se llama Ashley. Está un curso por delante de mí.

—¿Vas a ir al baile con una chica mayor que tú? —Alcé las cejas—. Vaya.

—¿Qué puedo decir? Soy todo un seductor.

Puso morritos y le di un golpe en el brazo, riéndome. Él acabó por sonreír también, pero nada de esas sonrisas inocentes fingidas, sino una auténtica, de las que eran raras en él.

—Me toca. A ver... —Carraspeó—. ¿Te gusta Batman?

—Bueno, a decir verdad, soy más de Marvel, pero...

—Corta el rollo, listilla, que sabes de quién te hablo.

—Lo sé —suspiré y le miré fijamente—. Y sí, yo también creo que Christian Bale fue mejor Batman que Ben Affleck.

—¡Emily! —exclamó él, desesperado—. Si no vas a cumplir las reglas, no jugamos.

—*Vaaaale*. Si te refieres a Wes... Es complicado. —Elevó una ceja, escéptico—. Sí, me gusta. Pero no creo que pase nada, así que puedes estar tranquilo. ¿Por qué te cae tan mal, de todas formas?

—Porque, cuando le miro, me veo a mí en el futuro.

—Razón de más para que te caiga bien, ¿no?

—No te creas. Soy un poco capullo.

Solté una carcajada y le hice girarse un poco para seguir clavando alfileres. Tardé un poco en pensar otra pregunta que hacerle.

—Y esa chica, Ashley... ¿Cómo es?

—Pelo castaño, ojos grises, y unas tetas... —Hizo un gesto obsceno con ambas manos. Le lancé una mirada furiosa y él esbozó otra sonrisa, pero esta vez de las fingidas—. Ejem. Perdón. ¿Para qué quieres saberlo?

—Pura curiosidad, pero creo que me has dado más datos de los que necesitaba. —Tiré del pantalón con suavidad, y volví a hacerle girar un poco—. ¿Cuál es su apellido?

—Bradford.

Oh, Señor.

Mi hermano iba a ir al baile con la hermana pequeña del tío con el que fui yo años atrás. El chico que me hizo llorar a mares cuando se acostó con todo ser viviente que se le presentó en el camino durante el tiempo que estuvimos juntos.

—No me jodas —exclamé y Hunter puso cara de confusión—. ¿No había tías? ¿En serio? ¿Tienes que ir con Ashley Bradford?

—¡Es la más guapa del instituto! —se excusó—. Bueno, al menos está en el top cinco. ¿Y a ti que bicho te ha picado?

—Tom. Ese es el bicho que me picó en su día. —La confusión no se fue de su cara. Respiré hondo y me atusé el pelo una y otra vez—. Déjalo, da igual. Ya hemos terminado.

Recogí el costurero mientras Hunter se cambiaba de ropa. Hacía años que Tom y yo lo habíamos dejado, pero aún podía recordar con total claridad el daño que me hizo y cuánto me

dolió. Lloré durante meses, cada noche. Mi prima Skylar quiso vengarse de él haciéndole daño a lo que más quería: su coche deportivo. Todavía recuerdo el sonido de su risa al pasarle la llave de punta a punta, dejándole un bonito rayón a su paso. «Esto le enseñará a no hacerle daño a mi prima», dijo. Y ahí fue cuando comencé a recuperarme del daño emocional.

Pero, aun así, Tom fue mi primer novio, y dicen que el primer corte siempre es el más profundo. Por eso, a pesar de los años que habían pasado, seguía guardándole rencor por lo que hizo.

—Ah, oye, Em —dijo Hunter de repente y me sacó de mis pensamientos—. La noche del baile va a venir Ashley a casa en vez de ir yo a la suya, ¿vale?

—Sí, claro, sin problema.

—Y otra cosa, que se me olvidaba... También viene su hermano.

Oh, no. Oh, no, no, no.

—¿Su hermano? —repetí incrédula—. Pero... ¿Tú lo conoces?

—Sí —respondió, extrañado.

—Ajá... ¿Y él sabe tu nombre y tu apellido? Quiero decir, ¿él te conoce a ti?

—Sí, Emily, el conocimiento es recíproco. ¿Se puede saber qué te pasa? Estás rara de cojones.

—¡Esa boca! —le reñí—. No me pasa nada, es solo que... ¿Estás seguro de que su hermano sabe quién eres?

—De lo que no estoy seguro ahora mismo es de que mi hermana esté sobria.

—Lo siento. Llevas razón, estoy actuando de forma un poco rara. Perdona. —Fingí una sonrisa—. Estaré encantada de recibir a Ashley y a su hermano.

—Eso es estupendo, pero yo, por si acaso me voy a llevar esto.

Se dirigió hacia el mueble bar de mi padre y lo cerró con llave. Acto seguido, sacó la llave de la cerradura y se la echó al bolsillo.

—¡Que no he bebido!

—Eso dije yo aquella tarde en la que no paraba de reír, ¿te acuerdas? Estabais extrañados porque no paraba de contar chistes...

—¿¡Habías bebido!?! —pregunté con un chillido tan agudo que Hunter se tapó los oídos.

—Cálmate, ¿quieres? Estás alcanzando frecuencias que solo pueden oír los perros. Además, ¿cómo se te ocurre? ¿Beber? ¿Yo? ¡Qué osadía!

Salió del salón con una sonrisa maliciosa en los labios.

—¡Hunter! —volví a chillar antes de que terminara de subir las escaleras—. ¡Estás castigado hasta la noche del baile!

Me desplomé en el sofá. Cerré los ojos y me masajé las sienes, intentando mentalizarme de que Tom Bradford iba a pisar mi casa de nuevo la noche de un baile de instituto. De pronto, sentí la imperiosa necesidad de hacer que se arrepintiera de lo que me hizo. Dudaba que le importase lo más mínimo, pero por si acaso, quería ponerme maquillaje, unos taconazos y el conjunto de ropa que más me favoreciera.

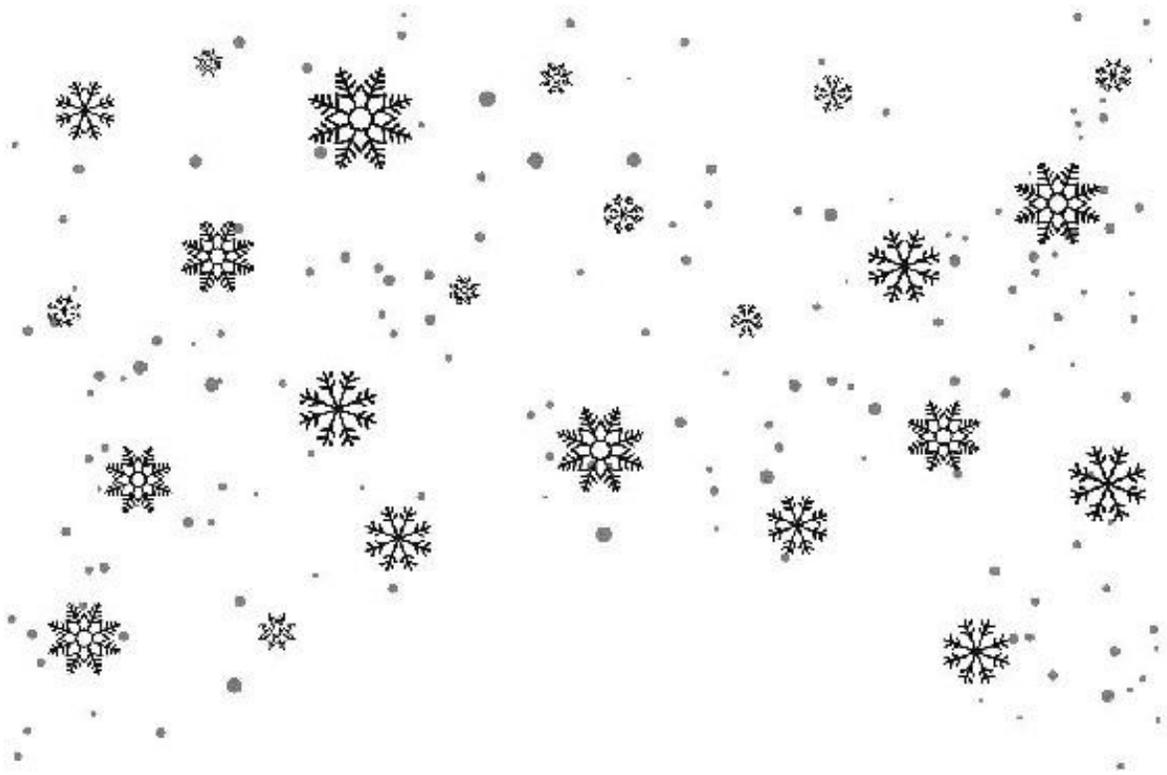
Aunque para terminar el disfraz que tenía en mente, necesitaba otro accesorio más, el único que no tenía: un novio.

Antes de que pudiera pensarlo dos veces, cogí el móvil de la mesita de café y comencé a teclear un mensaje para Wes.

Emily: SOS, código Tom Bradford. Pero tengo un plan. Cena y te lo cuento?

Cuando pulsé el botón de «enviar» me sentí ridícula porque no podía parar de sonreír ante la descabellada idea de darle celos a alguien con quien había roto hacía una década. De pronto me vino a la cabeza la idea de que tal vez Wes pensara que todo aquello era estúpido y que yo era una niñaata por pensar siquiera en ese plan, pero dos minutos más tarde mi móvil vibró y su respuesta dejó claro que ambos estábamos en la misma página en cuanto a madurez se refería.

Wes: Dame diez minutos y llevo pizza. Bradford no sabe la que se le viene encima.



Capítulo 19

Wes

Por fin había llegado la noche del baile de bienvenida. Los últimos días habían sido algo estresantes para Emily, quien se lo tomaba todo demasiado a pecho. Casi le dio un infarto cuando Hunter le mencionó que el vestido de su acompañante, Ashley, era violeta en vez de celeste.

—¿¡Cómo que violeta!?! —gritó, y su tono de voz se volvió tan agudo que tanto los gemelos como yo encogimos la cara debido al impacto que tuvo sobre nuestros tímpanos—. ¡Me dijiste que era celeste!

—Eso me dijo hace tiempo, pero al parecer le ha quedado pequeño porque le han crecido las tetas este verano. —Me miró de reojo—. Por suerte para mí.

No pude evitar reírme entre dientes ante aquel comentario, lo que hizo que me ganara un codazo en las costillas por parte de Emily. Acto seguido, comenzó a dar vueltas por la cocina.

—¡No es gracioso! ¿Acaso no os dais cuenta? ¡No van a combinar nada en las fotos!

—¿Qué más da? —dije yo—. Lo importante es que se lo pasen bien... —bajé la voz para que solo los chicos pudieran oírme—, y que tomen precauciones mientras lo hacen. ¿Tenéis?

—Mucho tiene que cambiar mi vida para que me haga falta protegerme —susurró Logan.

—Y Ashley toma la píldora —añadió Hunter también en voz baja.

—No solo se trata de prevenir embarazos, Hunter. —Saqué la cartera del bolsillo trasero y, con suma discreción, busqué un preservativo para pasárselo al chico—. Guárdalo antes de que tu hermana nos vea.

Para mi sorpresa, Hunter me sonrió de forma diferente a la habitual; levantó la comisura derecha durante unos instantes y luego murmuró un «gracias» que respondí con un movimiento de cabeza.

—¿Me estáis escuchando? —gritó Emily de repente, y los tres nos volvimos hacia ella, aguantando la risa.

Al final, la crisis se resolvió con un cambio de camisas. Logan le cedió la gris a su hermano, color que combinaba mejor con el violeta a la hora de hacerse fotos. Emily por fin se relajó y volvió a su tono de voz normal, para alivio de nuestros oídos.

Aquella noche, cuando llamé a la puerta, me abrió un Logan muy repeinado que olía demasiado a colonia.

—Menos mal que estás aquí —dijo con un suspiro y yo me eché a temblar.

—Oh, no. ¿Otra crisis?

—La de las corbatas. Por favor dime que sabes hacer el nudo, porque Emily está en modo supersónico y no creo que pueda ver un tutorial de Youtube más sin que me estalle la cabeza.

—Tranquilo, yo me ocupo.

—Gracias al cielo —respiró aliviado, y se hizo a un lado para dejarme pasar—. ¡Hunter! ¡Batman ha venido para salvar el día!

—Nunca pensé que diría esto —dijo el chico, que apareció proveniente de la cocina con la corbata negra sin anudar alrededor del cuello—, pero me alegro mucho de verte.

Acababa de terminar de anudar la corbata de Logan cuando oí el repiqueteo de unos tacones en el techo. A juzgar por el ruido, Emily iba de un lado a otro sin parar. Hunter, que estaba sentado en

el sofá, resopló al escucharlo y Logan se limitó a sonreír, resignado.

—El día que se case, me quito de en medio —bufó Hunter—. Bueno, quizás me quite de en medio tres semanas antes, por si las moscas.

—Lo que no logro entender es por qué se está arreglando tanto —intervino Logan, y me miró—. ¿Sabes algo? —Me encogí de hombros—. Tú, por el contrario, podrías haberte esmerado un poco.

Me miró de arriba abajo y Hunter sofocó una risita. Llevaba una camiseta negra de mangas cortas sobre la que me había puesto mi sempiterno chaquetón (que ahora colgaba del perchero de la entrada), unos vaqueros desgastados muy cómodos y unas botas negras. Tenía entendido que no íbamos a salir de casa, así que no vi motivo para arreglarme más.

—¿Qué tiene de malo lo que llevo puesto?

—Nada... si eres uno de los personajes de Hijos de la Anarquía —replicó Logan, y aquello hizo que la risilla de su hermano se convirtiera en una sonora carcajada.

Su móvil sonó de repente y, tras leer el mensaje, masculló algo ininteligible entre dientes y luego comenzó a gritar.

—¡Emily! ¡Ashley viene de camino!

El repiqueteo de los tacones se fue acercando cada vez más, hasta que Emily se materializó ante nosotros. Cuando me giré para mirarla, fui yo el que masculló un taco entre dientes.

No podía estar tan guapa. Era imposible.

Se había alisado el pelo completamente y le caía como una cascada dorada hasta casi llegar a la altura del ombligo. Los ojos resaltaban bajo la sombra oscura con la que había pintado sus párpados, y las pestañas, naturalmente largas, habían duplicado su extensión. El maquillaje había conseguido difuminar un poco las pecas de su nariz, pero aun así podían adivinarse tras él. Y sus labios... No sabía qué se había puesto en ellos, pero nunca había querido morder algo con tantas ganas en mi vida. Me alegró comprobar que también se había puesto una camiseta negra y unos vaqueros, como yo, aunque, a su lado, lo mío no tenía ni punto de comparación. La camiseta era simple, de tirantes, pegada a su torso. Los vaqueros se adherían a su cuerpo como un guante y dejaban ver las preciosas curvas que tenía. Para rematar de provocarme un infarto, se había colocado un par de zapatos de tacón de aguja que le otorgaban unos ocho centímetros más de altura y que realzaban aún más su figura.

Me quedé mirándola fijamente como un idiota durante demasiado tiempo. Logan tuvo que darme un golpecito en el hombro para hacerme salir del trance y conseguir que volviera a respirar.

—No sé qué pretendes conseguir con este modelito —oí que decía Hunter—, pero vas a tener que explicármelo mañana.

—¡No pretendo nada! —dijo ella con fingida inocencia—. Es solo que os he visto a vosotros y me han dado ganas de arreglarme a mí también.

—¿Y te pones esos tacones para estar por casa? —preguntó Logan, extrañado.

—¿Cuándo me los pongo si no? ¡Si no voy a ningún sitio!

El sonido del timbre interrumpió la conversación. Emily se alisó la camiseta y se miró en el espejo para asegurarse de que todo estaba en su sitio antes de abrir la puerta. En el último segundo, y para nuestra sorpresa, se recolocó los pechos antes de salir corriendo hacia la entrada.

—Oh, Dios mío —dijo Hunter, o eso creía, porque yo estaba demasiado concentrado en seguir respirando como para atender a nada más.

Desde donde estaba no podía ver al tal Tom aún, pero estaba seguro de que, si tenía sangre en las venas, se había quedado impactado. ¿Cómo no iba a hacerlo? La perfección en persona le había abierto la puerta.

Una chica de pelo castaño entró en el salón y Hunter fue corriendo a su encuentro. La abrazó y le susurró algo en el oído que, a juzgar por la reacción de ella, había sido subido de tono.

Se me había olvidado que Logan estaba a mi lado hasta que le oí suspirar.

—Supongo que debería irme ya —dijo con resignación.

—¿Vas andando?

—No tengo coche ni cita que me recoja, así que...

—Yo puedo llevarte —me ofrecí, aunque me arrepentí enseguida.

Llevar a Logan al instituto suponía dejar a Emily y a Tom solos en la casa. Sabía que era estúpido, porque no éramos una pareja de verdad y ella podía hacer lo que quisiera con quien quisiera, pero aun así...

Necesitaba ver al tal Tom. Tenía que comprobar si había deseo en su mirada antes de marcharme.

Le pedí a Logan que se esperara y eché a andar hacia la cocina. La ancha espalda de Tom me dio la bienvenida a la estancia y me paré en seco. Aquel tipo era grande, muy grande. Debía medir casi un metro noventa de estatura, o tal vez más. Tenía la cabeza rapada y un tatuaje tribal en la parte trasera del brazo.

Carraspeé y la figura de Emily apareció tras él. Al verme, esbozó una amplia sonrisa y Tom se giró para descubrir a quién dedicó tal gesto. Cuando me vio, me analizó durante unos instantes y luego me tendió la mano.

—Tom, éste es Wesley, mi novio —dijo ella, y Tom frunció el ceño. Pude ver la decepción en su cara y aquello me hizo muy feliz—. Wes, este es Tom Bradford. ¿Recuerdas que te hablé de él?

—Su primer novio —añadió él, muy sonriente. Quise estampar mi puño en su cara.

—Ah, sí, claro —le devolví la sonrisa—. Supongo que debería darte las gracias.

Rodeé su gigantesco cuerpo y me coloqué al lado de Emily, que me tendió su botellín de cerveza. Para darle realismo al asunto, la tomé por la cintura y la atraje hacia mí.

—¿Las gracias? ¿Por qué? —preguntó Tom, entre confuso y enfadado.

—Bueno, en realidad, tendría que dárselas al Tom de dieciséis años. —Di un trago a la cerveza y miré a Emily con ternura—. Gracias a que él fue tan gilipollas como para dejar escapar a una chica como ella, yo estoy aquí hoy. —Emily sonrió tímidamente y yo le di un beso en la mejilla—. ¿He interrumpido algo?

—Tom estaba pidiéndome una cita —me explicó Emily con semblante sereno, pero en sus ojos pude ver que estaba deseando soltar una carcajada—. ¿No es así, Tom?

—Eh, sí... Eso fue antes de saber que tenías... —titubeó—. Quiero decir, que por tu manera de hablar me pareció que tú...

—Espera, espera —dijo Emily, alzando las manos—. ¿Creías que seguía interesada en ti?

Fue justo en ese momento cuando soltó todo lo que se había estado guardando dentro y comenzó a reír descontroladamente. Tom parecía dolido ante su reacción y frunció aún más el ceño.

—¿Y qué querías que pensara? Te he visto así, tan... —La señaló de arriba abajo—. Joder... Y claro...

—Ten cuidado, Tom —intervine, sin perder la sonrisa en ningún momento—, o voy a pensar que eres tú el que ha venido aquí esta noche porque todavía sigues colgado de ella.

—¿Yo? ¡Qué va! —Dejó su botellín de cerveza sobre la isleta de la cocina y se pasó la mano por su cabeza rapada—. Supongo que debería marcharme. Me aseguraré de que Hunter esté en casa a las once.

—Eso estaría bien —dijo Emily al tiempo que le acompañaba a la salida—. Ah, y otra cosa,

¿podrías llevar a Logan?

—Iba a llevarlo yo —dije.

—¡No te preocupes! Mi buen amigo Tom puede hacerlo. ¿Verdad que sí?

—A decir verdad, iba a recoger a un par de amigos de camino, y no cabemos todos...

—Vamos, Bradford. ¡Por los viejos tiempos!

Él la miró con una mezcla de deseo y desesperación que me molestó demasiado. Finalmente aceptó y Logan se marchó con él.

Cuando los chicos cerraron la puerta tras ellos, solo hizo falta que nos miráramos para romper a reír.

—¡Tengo que llamar a Lauren para contárselo! —exclamó y corrió hacia el salón, donde tenía el portátil.

Mientras ponía al día a su amiga de todo lo acontecido, yo volví de nuevo a la cocina para terminarme la cerveza. Podía oír con nitidez las carcajadas de ambas chicas, y la dulce risa de Emily provocó que una sonrisa de imbécil se instalara en mi cara. Cuando me di cuenta, sacudí la cabeza e intenté borrarla, pero fui incapaz.

Aquella chica era increíble. Si alguien me hubiera preguntado qué tenía de especial en comparación con el resto de mujeres que había habido en mi vida, probablemente no habría podido explicarlo. Era preciosa, sí, pero no era eso lo que la convertía en alguien diferente. Tampoco su manera de ser, dulce y cariñosa, excepto cuando la hacían enfadar y se transformaba en una fiera. Había descubierto que cuando eso pasaba, fruncía el ceño de una forma diferente y se le formaba una pequeña arruga al hacerlo.

Pero no, no era nada de eso. Lo que la hacía especial, sin duda, era el hecho de que yo me hubiera fijado en esos detalles tan pequeños. Que la hubiera analizado tan detenidamente como para darme cuenta de todos ellos y me parecieran lo más adorable del mundo.

Ella era diferente por cómo me hacía sentir. Porque, cuando posaba sus ojos en mí y me dedicaba una de esas sonrisas en las que desviaba la mirada hacia un lado y se remetía el pelo tras la oreja, me sentía el hombre más afortunado del mundo. Y probablemente lo era.

Oí cómo me llamaba desde el salón y apuré lo que me quedaba de cerveza antes de ir a su encuentro. Estaba sentada en el sofá, mirando fijamente la pantalla del ordenador donde una chica con el pelo recogido en una cola que le caía sobre el hombro y dos argollas enormes en las orejas daba un sorbo a una lata de refresco.

—Lauren, este es Wes —nos presentó Emily, golpeando el asiento para que me sentara a su lado—. Es el hijo de Harrison y Pam.

—¡Hola, Wes! —exclamó Lauren con una enorme sonrisa—. Me encanta tu madre, ¡es tan adorable...! Y tu padre, perdona que te lo diga, está como un tren. Vale, ya sé que es mayor, pero tiene ese aire atractivo a lo George Clooney, ¿sabes? —Debí poner cara de disgusto porque comenzó a reírse a carcajadas—. ¡Oh, vamos! ¡No puedo ser la primera que te lo dice!

—Por desgracia, no lo eres —admití y ella volvió a reírse escandalosamente—. ¿Qué tal por Texas?

—¿Has estado alguna vez aquí? —Negué con la cabeza—. Pues te lo resumiré en una palabra: aburrimiento. Nunca pasa nada interesante... Excepto la semana pasada, cuando vino la policía a casa de mi vecina porque, al parecer, tenía un armadillo como mascota. ¿Te lo puedes creer? ¡Un armadillo! Tuvieron que llamar a Control de Animales. ¿Quién en su sano juicio querría un bicho de esos como mascota? Porque no creo que te traigan el periódico y las zapatillas precisamente...

Lauren siguió con su retahíla casi sin respirar. Miré a Emily, quien me observaba divertida. Cuando alcé las cejas, ella susurró «habla mucho» y comenzó a reír. Lauren, ajena a nuestra

conversación, seguía enumerando las desventajas de tener un armadillo en casa.

—La gente está loca —concluyó y giró la cabeza—. ¡Ah, ha llegado Ryan! Wes, espera un momento, que quiero que conozcas a mi prometido. ¡Cariño, ven a conocer al amigo de Emily!

La cara de Ryan apareció en la esquina superior izquierda de la pantalla. Desde ese ángulo solo podíamos verle la nariz, lo que nos otorgaba un desagradable primer plano del interior de sus fosas nasales. Lauren soltó un graznido ante lo que ella llamó «incapacidad tecnológica» de su chico y se echó a un lado para que él pudiera colocarse de frente a la cámara. Era un tipo grande, de piel rosada, con la cara redonda y el pelo cobrizo. Vestía una camisa azul añil que le quedaba demasiado ceñida a su grueso cuerpo y una corbata negra que no tardó en quitarse.

—¡Emily! —exclamó con una sonrisa de oreja a oreja—. Y... ¿Wes?

—Wesley, sí. Encantado de conocerte.

—Ryan, un placer. ¿Eres de Minnesota como estas dos chicas?

—En realidad, soy de Ohio. Mis padres se mudaron aquí hace unos años.

—¿De qué parte de Ohio?

—Oberlin. —Vi cómo abría los ojos de par en par—. ¿Lo conoces?

—¡Pues claro! ¡Yo soy de Youngstown!

—¡No me jodas! —exclamé, extrañamente contento por ese dato.

—¡OHIO...! —comenzó a cantar Ryan.

—¡... STATE! —terminé yo y ambos rompimos a reír.

—Me parece que estamos ante un serio caso de amor a primera vista —intervino Lauren.

—Un *bromance* puro y duro —apostilló Emily.

—Puede ser, puede ser —admitió Ryan—, pero todavía hay una pregunta a la que me tiene que contestar para saber si este amor será duradero. —Me miró con seriedad fingida y carraspeó—. Wesley de Oberlin —dijo con voz de presentador de concurso de la tele—, es hora de que contestes. ¿Cincinnati Bengals o Cleveland Browns?

—Esa es una pregunta interesante, Ryan —dijo con dramatismo—, y su respuesta es tan obvia que no voy a fingir que no la sé. Cleveland Browns siempre.

Las chicas se miraron entre ellas y alzaron las cejas para evidenciar que no tenían ni idea de lo que estaba pasando. Ryan, por su parte, se echó hacia atrás y cruzó los brazos sobre su enorme pecho mientras luchaba por mantener el semblante serio.

—Wesley —dijo finalmente—, declaro oficialmente el comienzo de nuestro *bromance*.

Ambos nos echamos a reír. Lauren puso los ojos en blanco y Emily nos miró con una sonrisa en los labios.

Estuvimos hablando durante un buen rato. Ryan y Lauren eran realmente agradables y me trataban como si me conocieran de toda la vida. La conversación fluía sin esfuerzo, y cada vez que miraba a Emily, podía ver lo feliz que eso la hacía. No pude evitar tener esa sensación de que estaba donde se suponía que debía estar. Hacía tiempo que no me sentía tan cómodo siendo yo mismo.

Tras una hora y media de conversación, y no sin antes hacerme prometer que los visitaría en Texas algún día, Lauren y Ryan cortaron la video llamada.

—Tus amigos son geniales —dije mientras me recostaba en el sofá.

—¿Verdad? Y aún te queda por conocer a mis primas —me recordó, señalándome el fondo de escritorio de su portátil.

Allí, tres chicas preciosas, cada una a su manera, sonreían a la cámara y señalaban las letras del cartel que colgaba sobre sus cabezas.

—Las chicas Sorensen —leí—. ¿Qué significa?

—Sorensen es el apellido de soltera de nuestras madres. Ya sabes, el vínculo que nos une. Nos gusta honorarlo.

—Suenan a noruego o algo así.

—Eso es porque lo es. Como muchos habitantes de Minnesota, nuestros abuelos maternos, Nils y Helga, vinieron desde Stavanger cuando tenían veinticinco años. Comenzaron una vida aquí y no volvieron a Noruega hasta que hace unos años decidieron que era hora de regresar y disfrutar allí del tiempo que les quedara. Por desgracia, mi abuela falleció al poco de mudarse, y mi abuelo lo hizo un par de años más tarde, pero me alegro de que al menos pudieran cumplir su deseo y morir en el lugar que los vio nacer.

—Noruega tiene que ser precioso. Me gustaría visitarlo un día.

—¿Tú? —preguntó ella con la ceja enarcada—. ¡Si no soportas el frío!

—Eso es porque este lugar es un puto congelador —me defendí.

—¿Y dónde te crees que está Noruega? ¿En el Caribe?

Le saqué la lengua para dar por terminada la conversación. Ella soltó una risita entre dientes y, sin previo aviso, me tomó de la mano. El gesto me sorprendió y me paralizó por completo, pero parecía que yo le estaba dando más importancia que ella, quien actuaba como si el que nuestras pieles estuvieran en contacto fuera lo más normal del mundo. Con una sonrisa, tiró de mí hasta que me levanté del sofá y nos dirigimos a la cocina, donde me soltó. Tuve que fingir que no sentí una pequeña punzada de decepción al notar mi mano caer y no sentir ya la suave piel de sus dedos contra mi palma.

Me senté en uno de los taburetes de la cocina mientras ella sacaba dos copas de la vitrina y las posaba sobre la isleta. Cogió una botella de vino del botellero y la descorchó con rapidez para comenzar a derramar el oscuro líquido en ambos vasos.

—Nunca bebo vino —dijo, relamiéndose los labios. Me obligué a apartar la vista para no parecer idiota—. Y no sé por qué, porque me encanta.

—Yo solo lo bebo en ocasiones especiales —intervine—. Para diario, prefiero la cerveza.

Se sentó a mi lado. Pude apreciar el afrutado perfume que llevaba y el olor a coco que desprendía su pelo. Nuestros hombros casi se rozaban. Durante unos minutos permanecimos en silencio, ambos mirando nuestras copas como si dentro de ellas estuviera la verdad del universo. Finalmente, Emily rompió el silencio con un leve suspiro, recolectó todo su pelo en una mano y se lo echó sobre un hombro. El lado de su cuello que daba a mí estaba totalmente expuesto y no pude evitar mirarlo de reojo. Mi mente empezó a vagar por sendas peligrosas y me encontré imaginando cómo sería posar mis labios sobre él; cómo sería lamer justo ese punto tan sensible bajo su oreja. Comencé a sentir un cosquilleo en el estómago a medida que fantaseaba con que iba descendiendo poco a poco para besar la totalidad de su piel, para luego su pulso bajo mi boca. Inventé el sonido del suave gemido que ella lanzaría y cómo echaría la cabeza hacia atrás, dándome acceso a aún más rincones de su cuerpo.

Tuve que cerrar los ojos con fuerza para intentar eliminar todos aquellos pensamientos. El pantalón comenzaba a quedarme más estrecho de lo normal en la zona de entrepierna y me moví torpemente en el taburete para adoptar una postura que me permitiera ocultarlo. Emily se percató de mi movimiento brusco y me miró confusa.

—¿Estás bien? —preguntó. Yo seguía con los ojos cerrados, y ella insistió—. ¿Te encuentras mal?

Abrí los ojos y la miré. Lo repentino del gesto hizo que retrocediera un poco, pero enseguida volvió a recuperar su posición anterior. Luego se acercó un poco más. Y más. El cambio en la distancia era casi imperceptible, pero mi cuerpo iba a entrar en combustión de un momento a otro.

y mi cerebro era extrañamente consciente de cada movimiento por su parte, como si lo hiciera a cámara lenta. Volvió a lamerse los labios en ese tentador gesto involuntario que siempre hacía y la sangre de mis venas comenzó a hervir. Me mordí el labio inferior con fuerza para que el dolor agudo me sacara de aquel trance y evitara que recortara la cada vez más escasa distancia que separaba su cara de la mía.

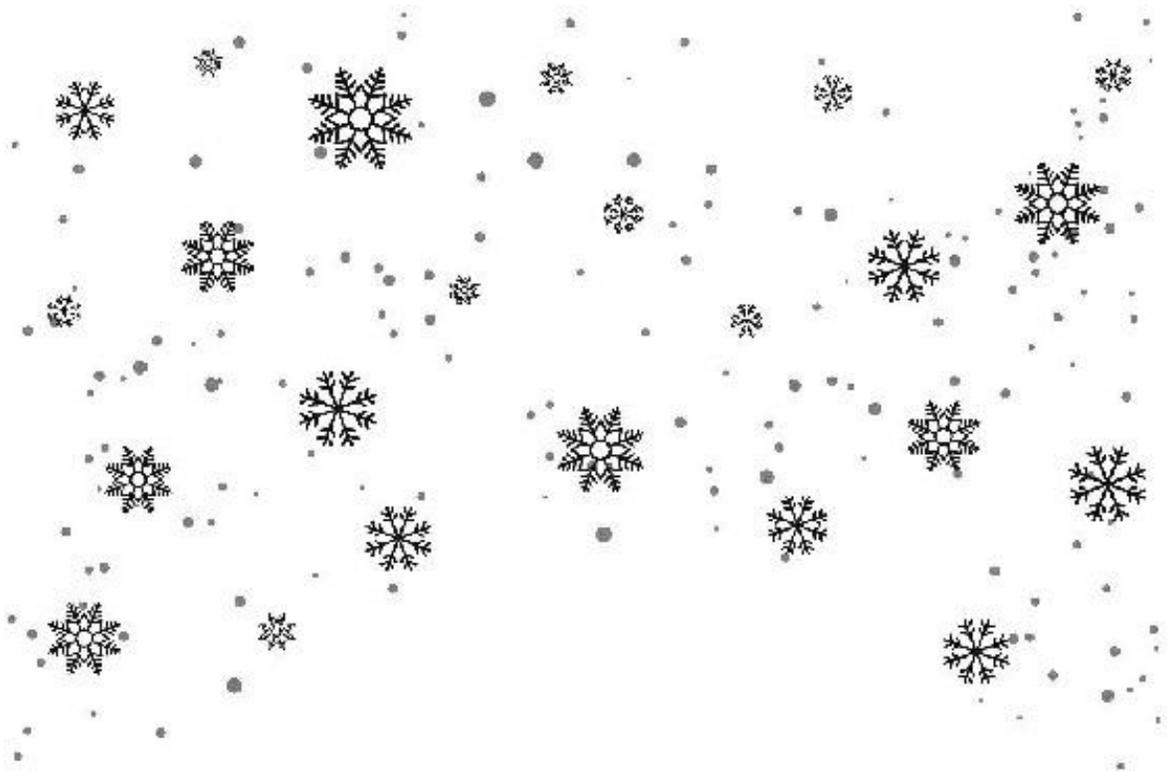
Fue inútil. Cometí el error de mirarla a los ojos una vez más y lo que vi en ellos era todo lo que necesitaba para tirar todas las barreras por la borda e invadir su boca con la mía. Ella no dijo ni una palabra, pero a juzgar por su expresión, estaba luchando su propia batalla interior para no ceder ante la innegable atracción que ambos sentíamos.

Bajé la vista a sus labios, que se despegaron para formar lo que parecía el comienzo de una palabra.

«Wes».

Susurró mi nombre como un secreto, como algo que era privado y escondía en lo más profundo de su ser. Mi cuerpo estaba a segundos de descolgarse de mi cerebro y hacer lo que en el fondo me moría por hacer.

Tragué saliva y me incliné hacia ella.



Capítulo 20

Emily

Wes estaba a punto de besarme.

Pude verlo en la manera en la que cambió su postura, en la forma que adoptó su boca, en el brillo de sus ojos. Fue como si el aire cambiara a nuestro alrededor y se tornara más caliente, más espeso, más difícil de respirar. El corazón me latía desbocado dentro del pecho y podía sentirlo retumbar hasta en el último rincón de mi anatomía.

Iba a cerrar los ojos y a dejarme llevar cuando la puerta de entrada a la casa se abrió con brusquedad y Logan irrumpió en la cocina con el labio ensangrentado.

—¡Logan! —chillé y, de un salto, me aparté de Wes.

Me levanté y fui hacia él con rapidez, sin levantar la vista de la sangre que le manaba de la herida. La camisa celeste estaba salpicada de rojo y, por un segundo, me sorprendí deseando que la sangre no fuera suya, sino del desgraciado que le había hecho aquello.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Wes con una frialdad en la voz que denotaba que estaba furioso—. ¿Quién cojones te ha hecho esto?

—Estoy bien —se limitó a decir mi hermano.

—¿Cómo vas a estar bien? ¡Mírate! —Le agarré la barbilla con suavidad y la levanté hacia la luz para verle mejor la herida—. Vamos a tener que llevarte a urgencias.

—Estoy bien —repetió, aunque tenía los ojos llenos de lágrimas—. Solo quiero irme a mi cuarto y descansar.

—Pero Logan...

—¡He dicho que estoy bien! —gritó de repente.

Logan nunca gritaba. Él nunca discutía, ni se enfadaba, ni montaba escenas como Hunter. Nunca perdía los papeles de esa forma.

Los brazos le caían a cada lado del cuerpo y tenía los puños tan apretados que sus nudillos eran del color de la luna. Parpadeó repetidamente para intentar hacer desaparecer las lágrimas que amenazaban con salir de sus ojos, aunque finalmente lo hicieron. Me acerqué a él para secárselas, pero dio un paso atrás.

—No quiero hablar del tema. No quiero hablar de nada. Solo... Déjame, ¿vale?

Se dio la vuelta y salió corriendo escaleras arriba. Yo me quedé donde estaba, inmóvil, mirando cómo se marchaba. Cuando oí el portazo que dio al entrar en su cuarto, me llevé la mano a la boca y comencé a llorar.

—Tranquila —susurró Wes y me atrajo hacia su pecho—. Dale un momento.

—¿Por qué le hacen esto? —pregunté entre sollozos y el sonido de mi voz quedó amortiguado en su pecho—. ¡Es un buen chico! No se mete con nadie...

—Los chicos de instituto son imbéciles, Em —me recordó—. No necesitan tener razón alguna para actuar como tal.

—¡Pero no es justo! ¡Que le dejen en paz!

No podía dejar de llorar. Cada vez que conseguía calmarme un poco, la imagen del dolor y la pena en la mirada de Logan lograba que volviera a hacerlo. Wes no dejó de abrazarme y de susurrar que todo iría bien mientras me acariciaba el pelo. Quise creerle, pero no lo hice. No

pude.

Hunter entró en casa en ese momento y nos vio. Durante una fracción de segundo pareció molesto, pero enseguida se percató de mi estado y corrió hacia mí. Separé mi cara del pecho de Wes y me sorbí la nariz antes de contárselo todo.

—¿Tú no has visto nada? —pregunté.

—No, joder. —Sacó el móvil de su bolsillo y empezó a teclear frenéticamente—. Pero alguien tiene que saber algo. Deja que pregunte.

—Está bien, pero prométeme que no vas a hacer nada, Hunter. —Se quedó callado—. ¡Prométemelo!

Alzó la vista y me miró. La furia comenzaba a abrirse paso entre sus facciones.

—¡No puedo! ¡No puedo prometerte nada porque cuando sepa quién es el bastardo que le ha partido la boca a mi hermano, voy a matarlo!

Hunter comenzó a temblar y, al verlo así, eché a llorar de nuevo.

Aquello era lo que había temido desde que mis padres murieron y me hice cargo de los gemelos: no poder protegerlos. Habían pasado por mucho y a muy corta edad, y no se merecían sufrir más. Cuando firmé los papeles que el abogado de mis padres me tendió y que me hacían oficialmente su tutora legal, hice la promesa silenciosa de blindarles de todo mal, de cualquier peligro o daño...

Pero, a juzgar por el gesto de profundo dolor en la mirada de ambos gemelos, no la había podido cumplir.

Aquello me enfureció. Logan y Hunter eran todo lo que tenía, todo lo que me quedaba, y las dos personas a las que amaba por encima de cualquier cosa. Noté cómo mi cuerpo cambiaba, incluso mi postura, a medida que el llanto iba cesando e iba siendo sustituido por la ira. Los ojos de Wes se clavaron en mí, pero no los miré. No podía permitirme ningún momento de debilidad.

Como una exhalación, eché a andar hacia la entrada y me coloqué mi abrigo. Ambos me miraron con extrañeza, pero ninguno se atrevió a decir nada. Finalmente, cogí las llaves del coche y salí sin decir palabra.

—¿Se puede saber a dónde vas? —gritó Hunter, que venía detrás de mí.

—A terminar con esto de una vez por todas. Ya estoy harta de verle sufrir.

En ese momento, el móvil de Hunter pitó y vi cómo la luz de la pantalla le iluminaba el rostro al leer el mensaje. Su expresión cambió y supe que le habían dado un nombre.

—¿Quién ha sido? —pregunté con hielo en la voz. Wes me miraba preocupado, pero tuvo el buen juicio de no decir nada—. Dame el nombre, Hunter.

—Emily, en serio, deja que sea yo quien...

—¡El nombre, Hunter! —repetí, elevando la voz—. Ahora.

Mi hermano se revolvió el pelo rubio, debatiéndose entre hacerme caso o guardarse la información para él. Volvió a mirarme una última vez antes de claudicar.

—Nadie me confirma nada al cien por cien, pero según los rumores... Ha sido Trent. Estaba con él cuando lo vieron sangrando.

—¿Otra vez él?

—Emily —intervino Wes finalmente—, no sé lo que piensas hacer, pero sería mejor que te calmases antes de ir a donde sea que vayas.

—No —contesté sin más, y me metí en el coche.

Por primera vez en mucho tiempo, arrancó a la primera, como si de algún modo hubiera sentido mi urgencia. Hunter hizo amago de abrir la puerta trasera para venir conmigo, pero justo antes de que lo hiciera, aceleré y me perdí calle abajo, dispuesta a poner fin a aquello de una forma u otra.

Ya apenas quedaban chicos en el gimnasio del instituto. Algunos rezagados seguían bailando, agarrados, a pesar de que no sonaba ya ningún tipo de música. Miré en derredor, buscando a alguien que me pudiera dar información, pero no encontré ninguna cara conocida. Salí de nuevo hacia el aparcamiento y me paseé entre los coches, donde siempre acababa la fiesta. Finalmente, tras un Jeep Cherokee con la pintura desgastada, di con Charlie, uno de los amigos de Hunter.

—Emily —saludó, sorprendido—. ¿Qué haces por aquí? Hunter se ha ido hace un rato...

—Lo sé. Estoy buscando a Trent. —Estaba oscuro, pero pude apreciar cómo mudaba su expresión ante aquel nombre—. No sé su apellido, pero a juzgar por tu cara sabes de quién te hablo.

—Sí, pero no lo he visto... —Miró a su acompañante, una chica pelirroja con el carmín corrido, y ella negó con la cabeza—. Lo siento.

—¿Puedes decirme al menos dónde vive?

—¿Vas a meterte en líos si te lo digo? —preguntó Charlie, más curioso que preocupado.

—Tú solo dime su dirección —insistí—. Es de lo único que tienes que preocuparte.

Eché a andar hacia el coche mientras repetía la calle y el número una y otra vez para que no se me olvidara. De pronto oí la voz de un hombre a lo lejos, pero no me paré. La voz se hizo más insistente, y más, hasta que, justo antes de abrir la puerta del coche, alguien me tomó del codo.

Di un respingo y me aparté, dispuesta a pegarle una patada a quien fuera que quisiera asaltarme. Cuando miré a mi atacante, me topé con el sorprendido rostro del director Jensen.

—Siento haberla asustado —se disculpó—. No era mi intención.

—Tal vez la próxima vez debería guardarse la mano para usted —le dije e hice ademán de entrar en el coche.

—¿Ha venido a recoger a sus hermanos? —preguntó él en un claro intento de no dar por finalizada la conversación.

—He venido a recoger información —aclaré, enfadada—. ¿Sabe? Es curioso que me llame cada dos por tres con cada niñería que hace Hunter, pero nunca me haya llamado para decirme que Logan está siendo acosado. —Vi cómo abría la boca para contestar, pero no le di opción—. Y es aún más curioso que a Logan le hayan pegado esta misma noche, en este mismo baile en el que usted estaba, y no se haya enterado. Dígame, señor Jensen, ¿acaso hay algún doble rasero del que no estoy enterada? ¿Acaso las trastadas de Hunter son más graves que partirle el labio a un chico?

A juzgar por el espanto en su cara, Jensen no estaba al tanto de lo que había pasado, pero me dio igual. Estaba furiosa con él, con el mundo, y no iba a poder liberarme de aquella rabia hasta que no diera con el maldito Trent.

Me metí en el coche y lo arranqué. Antes de cerrar la puerta, me volví hacia él una vez más.

—Hace poco me dijo que, si yo no podía educar a los chicos, iba a tener que hacerlo usted. Pues ahora soy yo quien le dice que, si usted no puede hacer que dejen de acosar a mi hermano, voy a tener que ser yo quien lo haga. —Cerré la puerta con furia y bajé la ventanilla—. Así que haga su trabajo, director.

Trent era un chico de dinero. Podía apreciarse en la majestuosidad de su casa, cuyo jardín era del mismo tamaño que la totalidad de la nuestra. El césped estaba cortado al milímetro

(seguramente obra de un jardinero) y justo donde terminaba había un Porsche Cayenne aparcado. Recordé la imagen de Skylar arañando el coche de Tom y tuve que refrenar el impulso de imitarla.

Llevaba cinco minutos aparcada delante de la casa, esperando. Las luces estaban apagadas, salvo por una del piso de arriba, que sospechaba que era la habitación de Trent. Pensé en llamar a la puerta, pero nada me garantizaba que fuera a abrirme, así que decidí aguardar un poco más.

Diez minutos más tarde, la puerta principal se abrió y por ella salió un chico moreno con el pelo alborotado y una bolsa de basura en la mano.

Salí del coche con rapidez. Él me vio enseguida pero no pareció importarle mi presencia. Siguió a lo suyo, andando hacia el contenedor.

—¿Trent? —pregunté con mi mejor voz amable—. Eres Trent, ¿verdad?

El chico me miró de arriba abajo y suspiró.

—Mira, si eres otra de las amigas de mi padre, te rogaría que te marchases. Él no está en casa y yo no tengo ganas de drama.

—¿En serio? —Me acerqué un poco más. Estaba oscuro y aún no podía verle la cara en su totalidad—. Porque tengo entendido que sí que te va el drama. O, al menos, causararlo.

Se acercó al contenedor y lanzó la bolsa negra hacia su interior mientras me miraba de nuevo, esta vez con el ceño fruncido.

—¿Quién eres? —preguntó al fin.

—Emily Evans —contesté sonriendo—. Te diría que es un placer, pero no me gusta mentir.

—No tengo nada que decirte —dijo, de repente muy tenso. Echó a andar sin ni siquiera cerrar la tapa del contenedor—. Lo siento.

—Solo dame cinco minutos, Trent. —Esta vez dejé que la furia sustituyera a mi falsa amabilidad y, a juzgar por la forma en la que el chico se paró en seco, funcionó—. Te prometo que seré breve.

Me acerqué a él, pero seguía dándome la espalda. Cuando vi que no tenía intención de encararse conmigo, le rodeé hasta estar frente a frente. Bajo la luz de la farola pude ver un incipiente moratón en su ojo derecho, y por un momento albergué la esperanza de que Logan se hubiera defendido y aquello fuera obra suya.

—Logan es un buen chico —comencé a decir—. No se mete con nadie, no da problemas. Hunter es un poco más problemático... Pero eso lo sabes, ¿verdad? —sonreí con frialdad—. ¿Qué dientes fueron los que te partió? Bah, no importa —desdeñé con un gesto de la mano—. El caso es que conoces a la familia Evans casi al completo. Sabes cómo son los gemelos, de qué son capaces cada uno... Pero lo que no sabes es de qué soy capaz yo. Y créeme, Trent, no te interesa saberlo.

—¿Acaso estás amenazándome? —preguntó intentando aparentar altivez, pero el movimiento de su nuez al tragar saliva delató su nerviosismo—. Porque estoy casi seguro de que es un delito...

—No te estoy amenazando, Trent. Es una advertencia. Contra eso no hay ninguna ley, que yo sepa. —Di un paso hacia él y reulé—. Deja en paz a Logan. Porque como vuelva a venir a casa con el más mínimo rasguño, vas a tener la desgracia de conocerme muy bien.

Sabía que aquello era horrible. Estaba amenazando a un crío delante de su propia casa, pero ¿qué podía hacer? Logan no se defendía, y Hunter podía arruinar su expediente si seguía sacando la cara por su hermano. El director Jensen ni sabía lo que estaba pasando, y los padres de Trent... Bueno, no los conocía, pero apostaba a que no eran de los que aceptaban los fallos de sus hijos así como así y sin rechistar.

Decidí terminar con aquello de una vez.

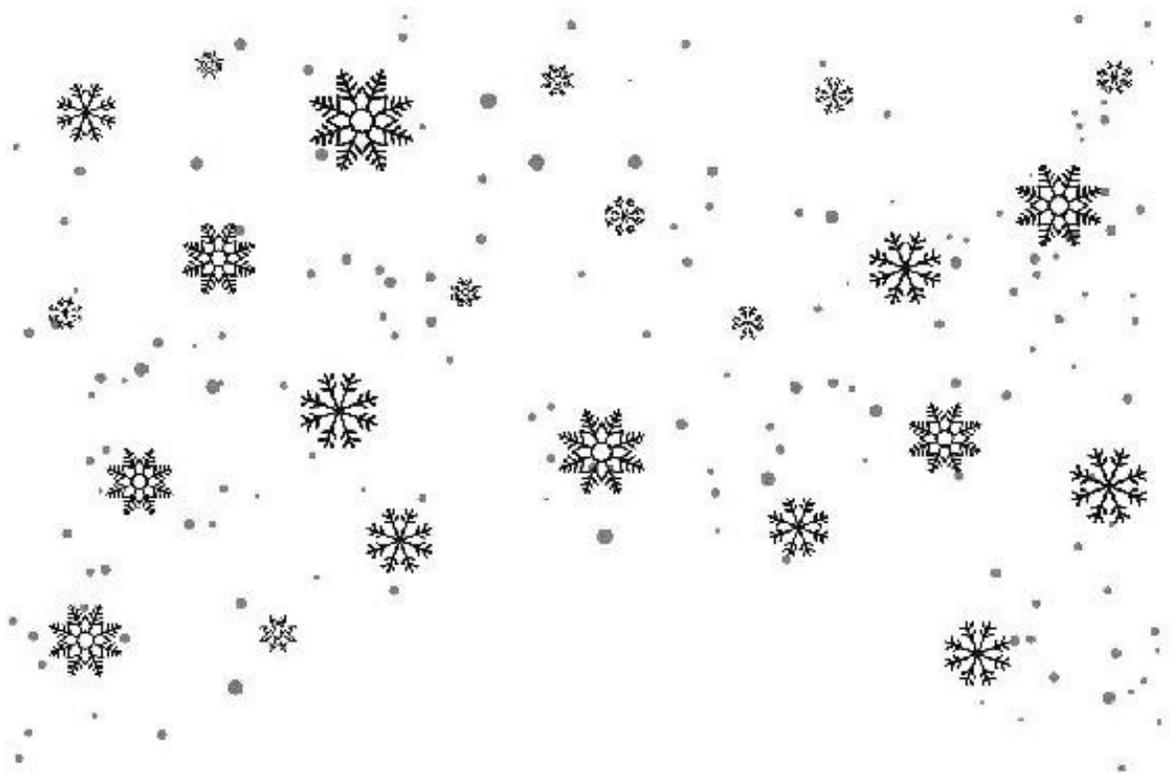
—Piensa lo que te he dicho, Trent —dije y eché a andar hacia mi coche. Cuando pasé por al

lado del contenedor, cerré la tapa con furia—. Buenas noches.

No me sentía bien por lo que había hecho, pero, mientras me dirigía hacia mi desvencijado Volkswagen, me convencí de que era necesario. Alguien tenía que parar aquello antes de que la situación se agravase. Solo esperaba que mi amenaza velada tuviera efecto.

Aún no había terminado de cruzar la calle cuando Trent se materializó delante de mí. Di un salto y me llevé la mano al pecho, asustada.

—Te he escuchado sin protestar, pero ahora vas a escucharme tú a mí —dijo con determinación—. Ya es hora de que sepas la verdad.



Capítulo 21

Wes

Estaba sentado en el pequeño sofá de dos plazas del porche de los Evans. Hunter estaba arriba con Logan, intentando que hablara, y yo no quise quedarme solo dentro de la casa, así que resolví esperar a Emily fuera. Hacía frío y solo tenía mi chaquetón para abrigarme. Podía haber ido a por una manta, o haberme marchado a casa de mis padres y esperarla allí, resguardado del clima y vigilando desde la ventana. Tenía mil opciones, pero por alguna razón, no podía moverme del sitio. Estaba demasiado preocupado.

La puerta principal se abrió y por ella salió Hunter. Sin mirarme, me lanzó una manta gris que cayó en mi regazo.

—Se te van a congelar los huevos —dijo, y refrené el impulso de decirle que, si Emily hubiera estado allí, le habría chillado como de costumbre—. Puedes irte si quieres.

—Quiero esperarla —dije, tapándome con la manta que me había dado—. Necesito asegurarme de que está bien.

Hunter se quedó callado, mirándome. Volvía a tener ese gesto que ponía cuando analizaba algo o a alguien, ese que era igual que el de su hermana. Aguardé a que dijera lo que tuviera que decir, pero no lo hizo. En vez de eso, se sentó a mi lado.

—¿Qué tal está Logan?

—Apenas puede hablar. Solo llora y llora... —Se encogió de hombros—. No se me dan bien este tipo de situaciones.

—Simplemente habla con él. Escúchalo y consuélalo.

—Eso es precisamente lo que no se me da bien. Los puños sí sé usarlos, pero las palabras...

Se frotó la cara con la mano, cansado. Me percaté de que solo tenía puesta la camisa gris que había llevado al baile, y que probablemente tendría frío, así que me desenrosqué la manta y le tendí una parte. Él la miró y luego me miró a mí, divertido.

—He nacido y crecido aquí, Batman. Esto es calor para mí.

—Joder, ¿de qué estáis hechos en este lugar?

—Sangre vikinga, tío. —Se dio un golpe en el pecho—. A prueba de frío.

Me reí y volvimos a sumirnos en el silencio. Emily seguía sin aparecer. Ambos la llamamos al móvil, pero lo tenía apagado. Aun así, lo intenté una vez más. Cuando me saltó el contestador de nuevo, bufé y tiré el aparato contra el cojín del sofá.

—Ella no era así, ¿sabes? —dijo de pronto Hunter—. Siempre tuvo carácter, sí, pero desde que mis padres murieron, es como si tuviera un peso diferente. —Me miró de reojo para asegurarse de que estaba siguiendo lo que quería decir—. Antes era divertida, alegre... Siempre se estaba riendo. Ahora, sin embargo, nunca se divierte. Solo vive para trabajar y para cuidar de la casa y de nosotros. Se pasa las noches sentada en la mesa de la cocina, haciendo cuentas para pagar las facturas. —Volvió a frotarse la cara con la mano—. Un día, Emily tenía sueños y metas, y de repente, al día siguiente, se quedó huérfana y se convirtió en madre de dos adolescentes. Eso haría mella en cualquiera, y en ella la ha hecho sin duda alguna.

Hizo una pausa y me volvió a mirar de reojo. Cuando se encontró con mi mirada, bajó la vista a su regazo, donde comenzó a jugar con sus dedos.

—Desde que estás aquí sonrío más —admitió en voz baja—. A veces la observo cuando está contigo y lo noto.

—Me gusta hacerla sonreír —dije, y era verdad.

—Lo sé. Lo que me preocupa es que dejes de hacerlo algún día y vuelva a ser la Emily triste. No quiero eso para ella.

Quise prometerle que jamás dejaría de hacerla sonreír, o al menos de intentarlo; de hecho, en aquel momento era todo lo que quería hacer en la vida. Sin embargo, me contuve. Sabía que no había forma de estar seguro al cien por cien de poder cumplir aquello, porque me conocía. Mi historial con las chicas estaba ahí, a mis espaldas, y a pesar de que Emily era especial para mí, no podía saber con certeza que aquel sentimiento fuera para siempre.

Me quedé callado, con la vista al frente. Hunter pareció darse cuenta de lo que mi silencio implicaba y asintió con la cabeza.

—Al menos no haces promesas vacías —comentó y se levantó para entrar en casa—. Puedes esperarla dentro si quieres.

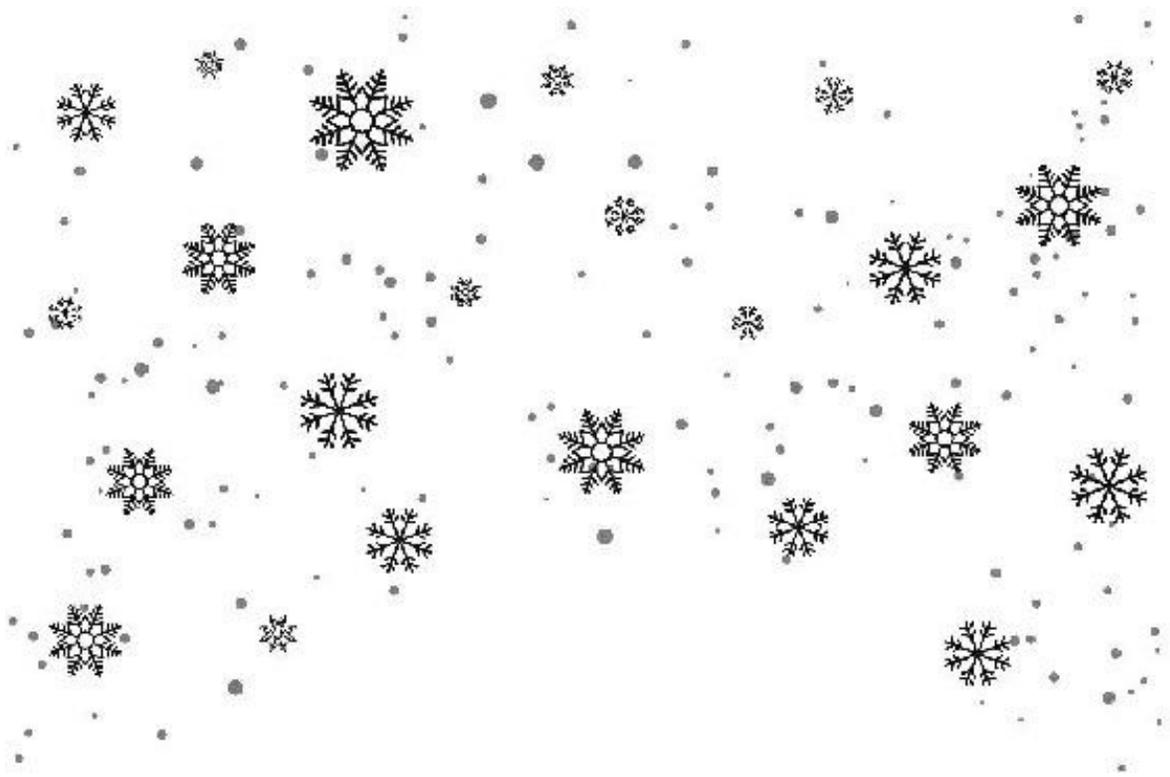
Dejó la puerta abierta y desapareció. Yo, sin embargo, me quedé unos minutos más en el frío, pensando en lo cerca que habíamos estado de besarnos por primera vez.

En sus labios.

En sus ojos.

En la curvatura de su sonrisa.

Solté un suspiro al aire antes de entrar en la casa y cerrar la puerta a mis espaldas.



Capítulo 22

Emily

Trent y yo estábamos sentados en mi coche. Había insistido en que tenía que enseñarme algo que guardaba en su móvil, pero el chico solo llevaba una sudadera y comenzaba a hacer frío. Obviamente, entrar en su casa no era una opción, así que abrí el coche para que se sentara en el asiento del copiloto. Le observé mientras toqueteaba su teléfono con semblante serio.

Finalmente, tras emitir un largo y profundo suspiro, me tendió el aparato.

Al principio no entendía qué era lo que tenía que ver. Era una foto de Trent y su familia, sentados en un sofá blanco nuclear, sonriendo a la cámara. El chico se parecía mucho a su padre, con ese pelo revuelto y la nariz recta. Ambos tenían la misma palidez de piel y la misma mueca por sonrisa. Los ojos, sin embargo, no se correspondían. Pensé que quizás los hubiera heredado de su madre, y desplacé un poco la foto para centrarme en la mujer que estaba sentada a la izquierda.

Cuando vi su cara, solté el móvil de repente.

—No puede ser —murmuré, y me giré hacia Trent—. ¿Esa es tu madre?

Asintió. Tomé una bocanada de aire y lo solté entre los dientes, poco a poco, mientras le devolvía el teléfono. Cerré los ojos y me concentré en desenredar la espiral de pensamientos que me engullía en aquel momento.

—Vale... —dije finalmente—. Tu madre es Kate Morgan. Pero sigo sin saber por qué eso explica que tortures a mi hermano de esa forma.

—¡Yo no torturo a tu hermano! —se defendió, ofendido—. ¿Es eso lo que él te ha dicho?

—Él no dice nada porque lo tienes aterrorizado, pero tú podrías empezar a largarlo todo y a explicarme qué está pasando aquí.

Trent hundió los dedos en su pelo y lo revolvió. Luego los pasó por su cara y se tapó los ojos unos instantes. Finalmente resopló y se giró hacia mí.

—Lo sé todo. Lo que mi madre hizo...

—No hace falta que me lo cuentes —le interrumpí, alzando una mano—. Yo también lo sé.

—Logan y yo no somos enemigos. En realidad... —Tragó saliva y desvió la mirada hacia el otro lado, de repente muy interesado en la casa que había a su derecha—. La cosa es que hubo una época en la que teníamos una relación muy estrecha, pero entonces me enteré de todo lo que pasó. Para colmo, mi madre descubrió que Logan y yo nos llevábamos bien... —Me miró de reojo. Su cara cambió y de repente pude atisbar pena y fragilidad donde antes solo había chulería—. Amenazó con contárselo todo si no lo desterraba de mi vida. Fueron sus palabras exactas, de hecho. «Destierra a ese muchacho de tu vida, Trenton». —Soltó una risa amarga—. Le gusta fingir que vive en una telenovela.

Agarré el volante con fuerza. Nunca había odiado a nadie en la vida hasta que conocí a Kate Morgan, y cada día que pasaba ese odio aumentaba más y más. Trent puso las palmas de ambas manos sobre sus muslos y las subía y bajaba lentamente, distraído. Esperé en silencio a que siguiera hablando, porque sabía que tenía algo más que decir.

Tras unos minutos, giró su cuerpo completamente hacia mí de forma brusca y se retiró el pelo de la frente, nervioso.

—Me gusta Logan. Es amable, simpático, y ve algo más en mí... Algo más que esa fama de tipo duro y cabeza de chorlito. Por eso no quiero que sufra, ni que me desprecie cuando sepa todo lo que pasó... Porque lo hará. Pero, Emily, tienes que saber que yo jamás le pegaría. Le insulté, sí, pero fue solo para conseguir que me odiase y no intentara acercarse más. ¡No sabía qué hacer! — Se cubrió la cara con las manos y la frotó con ellas—. Nunca en la vida le haría daño. ¡No podría! Sería incapaz de alzarle la mano.

—¿Entonces quién le ha hecho eso en el labio? —pregunté con un hilo de voz, de repente muy cansada—. Por favor, dime lo que ha pasado esta noche. Necesito saberlo.

La tenue luz de la farola apenas conseguía iluminarnos, pero gracias a ella logré ver el cambio de postura de Trent mientras se debatía entre contarme algo o guardárselo para él. Comenzaba a impacientarme y el cansancio repentino estaba haciendo mella en mí. En aquel preciso instante, lo único que quería era evadirme de todos los problemas, conducir hasta casa y meterme en la cama. Estaba exhausta mentalmente, y aquello siempre era peor que cualquier extenuación física.

—Lo único que puedo decirte... —comenzó a decir Trent, pero sus palabras se vieron interrumpidas por una serie de golpes en el cristal que hicieron que ambos nos sobresaltáramos.

Kate Morgan nos miraba desde el otro lado del vidrio, furiosa. Gesticulaba a su hijo para que saliera del coche y me lanzaba miradas furibundas que yo correspondía con un gesto de indiferencia, a pesar de que por dentro me quemaban.

Trent se guardó el móvil en el bolsillo y, justo antes de abrir la puerta, se giró hacia mí una última vez.

—Estábamos juntos esta noche. —Se señaló el incipiente moratón de su ojo.

—¿En la pelea? —pregunté mientras él fingía que la puerta estaba atascada.

—Emily —dijo con firmeza, como si quisiera captar mi atención completamente—. Logan y yo... *Estábamos juntos* —repitió con los dientes apretados.

Kate abrió la puerta en ese momento y agarró el brazo de su hijo para sacarlo del coche. Tras gritarle que se entrara en casa, se metió en mi Volkswagen y se encaró conmigo.

—No sé qué crees que estás haciendo, pero vas a dejar en paz a mi hijo. —Estiró el dedo índice para señalarme, amenazante—. Sabes que puedo hacerte mucho daño, Emily, así que no me provoques.

Me quedé mirándola unos segundos con la cabeza ladeada. Era consciente de que parecía un perrito que no entiende lo que le ordenan y la expresión de desconcierto en la cara de Kate así lo indicaba.

Analiqué su media melena castaña y la forma en la que se la peinaba con las puntas hacia dentro. Tenía los labios finos, cosa que se empeñaba en disimular delineándoselos por encima del borde natural. Comenzaba a tener arrugas, sobre todo en el entrecejo, lo que no me sorprendía, ya que parecía ser de las que siempre estaban enfadadas. Pero eran sus ojos los que me desconcertaban. Marrones, fríos, sin vida.

Sacudí la cabeza, incrédula.

—¿Qué fue lo que vio en ti? —me pregunté en voz alta—. Jamás lo comprenderé.

Aquel comentario, el cual hice sin intención ninguna, provocó que Kate se envarara, orgullosa, y sacara pecho antes de ladear la cabeza ella también y ofrecerme una pérfida sonrisa.

—En realidad, me alegro de que hayas venido porque así me has ahorrado el viaje hasta ese barrio de mala muerte en el que vives. —Sacó una barra de labios del bolsillo de su abrigo beige de paño y comenzó a retocarse mientras se miraba en el espejo—. Voy a necesitar más dinero.

—No —me negué, con la mandíbula apretada—. Ya no más.

—Oh, cariño, no hagas que te recuerde nuestro trato. —Se dio unos golpecitos en el labio

inferior con el dedo meñique y volvió a guardar el pintalabios en el abrigo—. Las condiciones son las de siempre. Tienes una semana.

—No puedo darte nada en una semana.

—Entonces tus queridos hermanitos recibirán un regalo muy, muy especial —sonrió y salió del coche—. ¡Una semana, querida! —repitió antes de cerrar la puerta con demasiada fuerza.

La observé cruzar la calle y pensé en lo fácil que sería atropellarla allí mismo. Kate Morgan era un demonio y le haría un favor al mundo si desapareciera de él.

Di un puñetazo en el volante, rabiosa, al tiempo que dejaba que las lágrimas que había estado guardando se derramaran por mi cara libremente. Eran lágrimas de tristeza, de ira, de frustración. Parpadeé para aclararme la vista y poder marcar en número PIN de mi móvil. Me llegaron las notificaciones de las muchas llamadas de Wes y Hunter, pero ni siquiera las miré. Solo tenía una opción y quería hacerlo antes de que pudiera pensarlo más.

—¿Diga?

Jimmy descolgó al cuarto tono con voz de dormido. Pude oír cómo Rhonda, su mujer, se quejaba de fondo.

—Jimmy, soy yo.

—¿Emily?

—Siento llamarte a estas horas. —Me sorbí la nariz e intenté recomponerme—. Me preguntaba si podría incorporarme al trabajo el lunes.

—Pero el médico te pidió que te tomaras unas vacaciones. Además, ya le dije a Maggie que cubriría tus turnos y...

—Necesito volver a trabajar, Jim —le dije con la súplica tintando mi voz—. Me ha surgido un imprevisto y necesito el dinero de las propinas además del sueldo.

Soltó un suspiro y lo oí moverse, seguramente para que Rhonda no lo oyera.

—Si tanto necesitas ese dinero —susurró—, yo puedo prestarte lo que haga falta.

—Sabes que yo no soy así. No podría aceptarlo. Quiero ganármelo, ¿vale? Vamos, Jim. Soy tu mejor camarera y lo sabes.

—Lo sé —admitió, y volvió a suspirar—. Entras el lunes a las cuatro. Ya lidiaré yo con Maggie.

—Gracias, Jimmy. De verdad.

Hice el amago de colgar, pero oí su voz al otro lado de la línea una vez más y me pegué el auricular a la oreja.

—... metida en algún lío, espero que sepas que puedes contármelo.

—Eres el mejor jefe del mundo, Jimbo —sonreí al llamarlo por el mote que solo me permitía usar a mí—. Buenas noches.

Aparqué delante de mi casa y enseguida me percaté de que había un bulto gris en el sofá del porche. Entorné los ojos para ver de qué se trataba, pero no logré discernirlo. Cuando estuve a escasa distancia, el extraño bulto se movió y yo ahogué un grito.

Wes se incorporó, adormilado y envuelto en la manta gris con la que yo solía taparme en el sofá. La llevaba como si fuera E.T., y a pesar de todo el cansancio y la rabia que sentía aquella noche, no pude evitar que se me escapara una sonrisa.

—Pareces una abuela rusa —bromeé cuando él posó sus ojos en mí.

Esperaba una respuesta a mi comentario, algo irónico tal vez, pero en vez de eso, Wes se

levantó, dio dos zancadas y me enterró entre sus brazos.

—No hagas esto nunca más —me pidió en voz baja—. Hemos estado preocupados por ti.

Quise decirle que no pasaba nada, que no había cometido ninguna locura, pero decidí optar por quedarme callada y disfrutar de la cercanía de su cuerpo. Aspiré el aroma de su chaquetón, que olía a su perfume. Dejé que me embriagara, que me tranquilizara, y cuando no pude aguantarlas más, permití que el resto de lágrimas que aún aguardaban tras mis ojos se deslizaran en silencio por mis pómulos. Cuando se percató de que estaba llorando, me apartó unos centímetros de él y me miró con dulzura.

—Son demasiadas cosas —dije, adelantándome a la pregunta que leí en sus ojos—. No sabría ni por dónde empezar.

Me despegué de él y sequé mi cara con el dorso de la mano. Wes seguía mirándome, ahora con una intensidad en la que sabía que no tenía tiempo de regodearme. Solté un leve suspiro y alcé los dedos hasta tocarle la cara.

—Gracias por preocuparte —dije con un hilo de voz y un intento de sonrisa.

—¿Necesitas que me quede? —preguntó, y en su cara pude ver que deseaba que le dijera que sí. A decir verdad, yo también quería tenerle cerca aquella noche, pero sabía que había una cosa pendiente que debía hacer y que no podía demorarse más.

—Estoy bien. Te veré mañana.

Me di la vuelta y abrí la puerta para entrar en casa, pero justo antes de poner un pie en ella, noté cómo Wes me agarraba suavemente del codo.

—Emily.

Su voz era ronca y grave. Aquel tono consiguió estremecerme de pies a cabeza. Me giré lentamente, paladeando el sonido de mi nombre en su boca. Cuando mis ojos se clavaron en su pecho, él deslizó un dedo bajo mi barbilla y la empujó hacia arriba, hasta que no tuve más remedio que volver a fijar la vista en aquellos mágicos ojos marrones.

—Tu manta —dijo de pronto.

Noté la suavidad del tejido en mis dedos y la agarré sin mirarla siquiera. Él sonrió de medio lado y agachó la cabeza hacia mí.

Por unos segundos el aire se atascó en mi garganta, sin poder entrar o salir. Me entró un calor indescriptible; tan intenso que tuve la urgencia de deshacerme de toda la ropa que llevaba puesta... Y, por qué no decirlo, también de deshacerme de la que llevaba puesta él. Cerré los ojos, nerviosa.

Cuando posó sus cálidos labios en mi mejilla, casi rozando la comisura de mi boca, fue como si un rayo me hubiera recorrido de arriba abajo, despertando cada terminación nerviosa de mi cuerpo. Dejó su boca posada sobre mi piel durante más tiempo del necesario. Yo me quedé inmóvil, asegurándome de no hacer nada que pudiera espantarlo.

Quería que me tocara. Lo necesitaba. Quería besarle, pero de forma mucho más profunda que aquella.

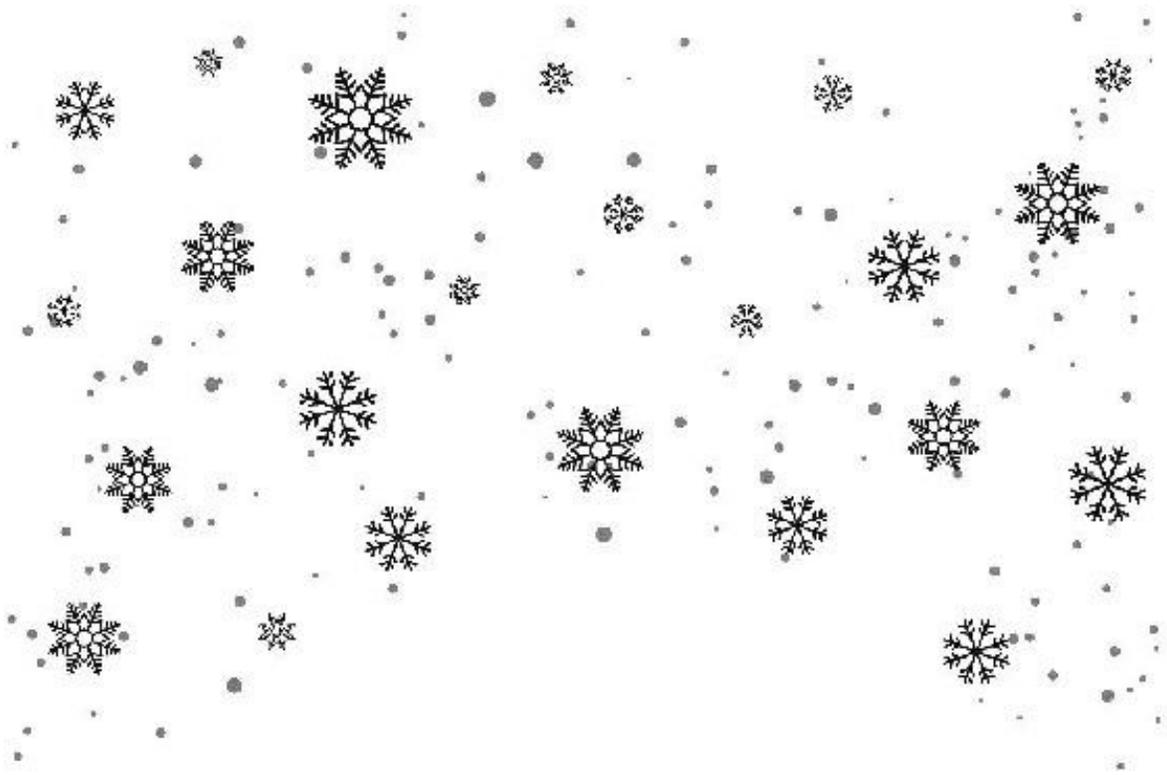
Estaba cansada de no hacer lo que quería solo porque no era lo correcto, lo idóneo o la opción más segura. Por una vez en mi vida, me apetecía dejarme llevar y ser yo quien diera el primer paso.

Por eso, cuando él comenzó a separar sus labios de mi mejilla, mi mano se levantó como un muelle y se posó en su nuca.

Mis ojos registraron la sorpresa en los suyos antes de cerrarse de nuevo.

Mi boca encontró la suya.

Y se lanzó sobre ella en un combate labio a labio.



Capítulo 23

Wes

La lengua de Emily se entrelazaba con la mía en una húmeda coreografía que enseguida supe que no me cansaría de bailar jamás.

Sus labios estaban salados, seguramente por las lágrimas que había derramado durante la noche. Por esa razón, por lo mal que lo había pasado en las últimas horas, me esforcé por contenerme e ir despacio... Pero entonces ella atrapó mi labio inferior con sus dientes y tiró de él suavemente, acompañando el gesto de un suave gemido que me deshizo de una vez.

Encajé mis manos en el hueco de su espalda y la atraje hacia mí con pasión. La manta seguía entre nosotros e impedía que nos acercáramos más. Ella se dio cuenta y la tiró al suelo sin pensárselo dos veces.

Pronto me percaté de que su boca no era suficiente. Deslicé mis labios poco a poco por el contorno de su mandíbula, su cuello. Tras mucho elucubrar teorías sobre cómo sería lamer el lóbulo de su oreja y trazar una hilera de besos por su yugular, descubrí que hacerlo superaba cualquier fantasía que mi mente llegar a imaginar.

Pasé la punta de la lengua lentamente por su garganta y ella se estremeció. La estreché en mis brazos, con fuerza, y Emily no tardó en enterrar su nariz en mi cuello para hacer lo mismo que había hecho yo. La sensación del interior de sus labios en mi piel, acariciándola, hizo que mi excitación se hiciera demasiado patente.

—Emily —gemí, y ella alzó la cabeza—. Tal vez deberíamos parar...

—Tal vez —dijo ella, y volvió a besarme con fiereza—. Pero no quiero.

Enmarcó mi cara con ambas manos. Con suavidad, hizo que bajara la cabeza hasta que nuestras frentes estuvieran pegadas.

—Esta noche ha sido una mierda —soltó de pronto—. Y no tengo ni la más mínima duda de que los días venideros lo serán también. Me merezco algo bueno, Wes. Te merezco.

Trazó el borde de mi labio inferior con su lengua y yo tuve que ahogar el gruñido que me escalaba por la garganta.

—Tengo que entrar y hablar con Logan —prosiguió en voz baja—. Pero ahora que por fin te he besado, no quiero parar de hacerlo.

—No lo hagas.

—Tengo que hacerlo —dijo ella con dulzura—. Pero mañana será otro día.

—Estoy deseando que llegue.

Ambos sonreímos y nos sumergimos en otro breve, pero intenso beso antes de separarnos de una vez. Bajé los escalones del porche con las manos metidas en los bolsillos del chaquetón y una sonrisa de oreja a oreja.

Justo antes de entrar en casa de mis padres, mi móvil vibró en el bolsillo trasero del pantalón.

Emily: Intenta no soñar nada erótico esta noche.

Al leer aquello, solté una carcajada y giré la cabeza. Ella seguía en el umbral de su puerta, mirándome.

Wes: Demasiado tarde. Ya lo estoy haciendo y aún estoy despierto.

Emily: Pervertido.

Wes: Tú has empezado.

Emily: Llevas razón. ¿Y sabes lo mejor?

Wes: Ilumíname.

Tardó un rato en escribir su respuesta. Me quedé de pie, mirándola desde el otro lado de la calle mientras ella tecleaba.

Finalmente, el móvil volvió a vibrar.

Emily: Que tarde o temprano yo siempre termino lo que empiezo.

Cuando leí aquello, temí que el botón de mis pantalones saliera disparado debido a tanta presión. Tragué saliva. Miré el móvil, y luego a ella. Una, dos veces. No sabía que decir.

De pronto, mi móvil volvió a cimbrear y observé cómo entraba en casa antes de leer su nuevo mensaje.

Emily: Buenas noches, Wesley. Que sueños bonito.

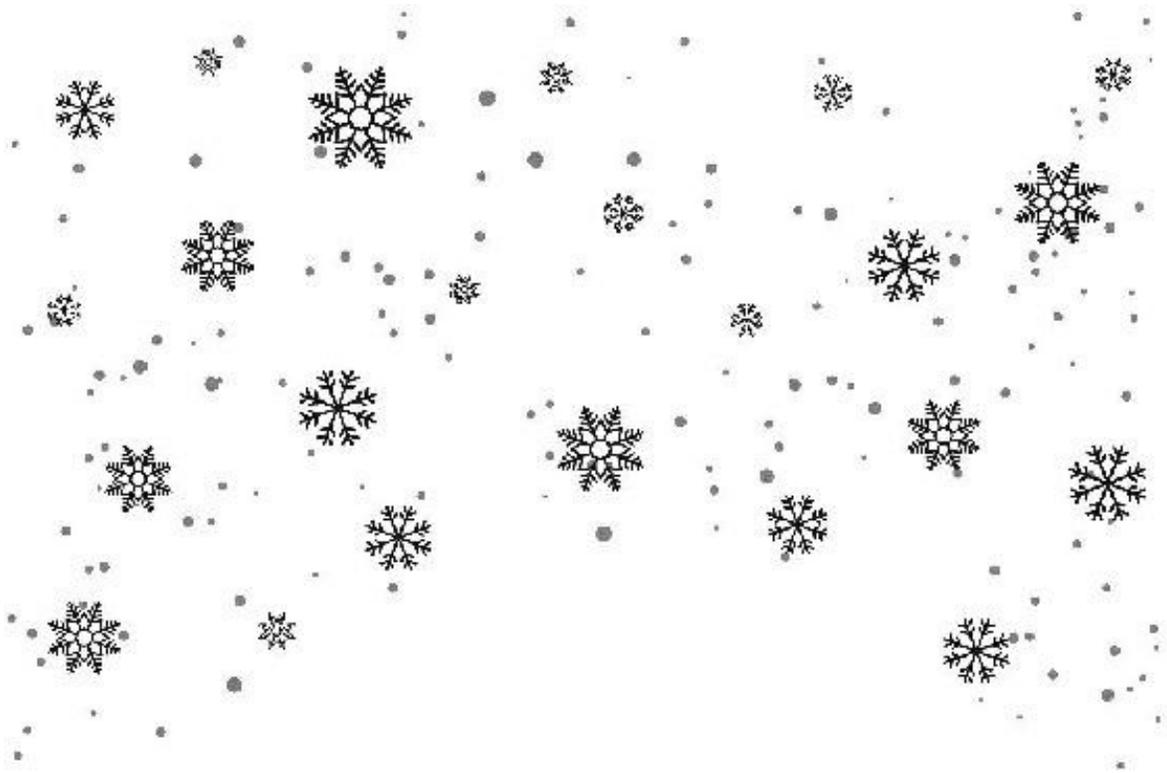
Tecleé una respuesta, y luego la borré. Volví a teclearla.

Joder, estaba nervioso. ¡Yo! ¡Si yo inventé el tonto por mensaje!

Finalmente, opté por dejarlo estar y despedirme.

Wes: Buenas noches, Emily :)

Me acosté, pero no pude dormir. Di mil vueltas en la cama, sin poder parar de pensar en ella, en lo jodidamente bien que besaba y en las ganas locas que tenía de verla otra vez.



Capítulo 24

Emily

Logan estaba tumbado en su cama, con el portátil en el regazo. Cuando me vio entrar, cerró la tapa con rapidez, como si ocultara algo. Me acerqué con cautela y me senté en el borde de la cama. Él desvió la vista hacia el techo y cruzó los brazos sobre el pecho, a la defensiva.

La verdad era que no sabía cómo acercarme a él. En el camino de vuelta a casa había pensado en las palabras de Trent y en lo que ese «estábamos juntos» implicaba. No tenía ni idea de cómo abordarle, cómo preguntarle si lo que realmente le pasaba era que tenía el corazón hecho pedazos.

Al final, opté por acostarme a su lado y le pasé el brazo por encima. Él se relajó tras unos segundos y me rodeó los hombros con el suyo.

—Lo siento —susurré—. Lo siento tanto, Logan...

—Tú no tienes la culpa.

—Sí la tengo. No he sabido verlo... Joder, no he sabido hacer de esta casa un espacio seguro en el que os podáis mostrar tal y como sois, sin miedo.

Ante mis palabras, se tensó. Se incorporó de una vez y me miró, confuso.

—¿De qué estás hablando, Em?

No le contesté. Me quedé observando su cara salpicada de pecas, el azul de sus ojos, el fino pelo rubio que ya comenzaba a poblar su rostro. El chico que tenía ante mí ya no era un niño; era todo un hombre, con sus sueños, sus metas, sus deseos y sus sentimientos a flor de piel. Pero, sobre todo, era una persona increíble capaz de sacrificarse por los suyos sin pensarlo.

No me di cuenta de que había empezado a llorar hasta que noté la humedad de las lágrimas en mis labios. Logan seguía mirándome con extrañeza y yo no podía dejar de gimotear y de decir que lo sentía.

Cuando finalmente pude articular palabras de forma coherente, decidí que había llegado el momento de ser francos el uno con el otro. Me puse frente a él, asegurándome de que me mirara con atención.

—Sé lo de Trent.

La cara de Logan sufrió una serie de transformaciones en cuestión de segundos. De la confusión a la sorpresa; de la sorpresa al fingimiento; del fingimiento a la tristeza; de la tristeza al llanto. Lo abracé con fuerza durante lo que parecieron horas hasta que estuvo preparado para hablar.

—Estoy enamorado de él —admitió finalmente, y hasta sus hombros cambiaron de postura, como si se hubiera liberado de un peso enorme.

—Lo sé, cariño.

—Me gustan los chicos, Emily.

—Lo sé —repetí.

—Lo siento mucho... Siento ser así...

—¡No digas eso! No tienes que disculparte por ser quién eres. Eres perfecto, tal cual. ¿Lo has entendido?

Él asintió mientras se limpiaba las lágrimas con la manga de la sudadera.

—No sabes lo que es... —comenzó a decir entre sollozos—. Ser como yo en un pueblo tan pequeño, y que encima tengas un gemelo con el que compararte. ¡Y que ese gemelo sea perfecto!

—Hunter no es perfecto.

—Lo es para la gente de este lugar. Guapo, atlético, sociable, capaz de defenderse por sí mismo... ¡Las chicas lo adoran! Y claro, cuando no pueden acceder a él, buscan el premio de consolación: el hermano gemelo raro. Se me acaban las excusas para no enrollarme con ninguna de ellas. Nunca sé qué decir. Y luego Trent dejó de acercarse a mí y empezó a llamarme esas cosas horribles delante de todos los demás... —Gimoteó de nuevo—. ¡No sé por qué lo hace, Em! ¡No sé qué le he hecho para que me trate así!

—Tú no has hecho nada —dije, dispuesta a intentar disimular el dolor que sentía al notar cómo la culpabilidad me apuñalaba el pecho—. No pienses ni por un segundo que esto es culpa tuya.

—Siempre es culpa mía —alegó con tristeza—. Soy un desastre, Emily. Lo único que siento es que Hunter y tú tengáis que aguantarme...

En sus ojos pude ver que lo decía en serio. No era producto de la tristeza del momento; Logan realmente sentía lo que decía. El pensar que mi hermano se creyera un lastre para la familia era algo que me partía el alma en dos.

—Logan Erik Evans, escúchame con atención —dije, en tono serio—. Hunter y yo tenemos suerte de tenerte en nuestras vidas. De hecho, no podríamos seguir adelante si nos faltaras. ¿Quién nos daría consejos? ¿Quién nos culturizaría con sus conocimientos de la flora y la fauna? ¿Quién nos haría reír con sus comentarios sarcásticos repentinos? ¡Nadie! Eres la buena influencia que hace que los demás queramos ser mejores personas. Así que no vuelvas a decir que estaríamos mejor sin ti, porque este mundo no está preparado para seguir girando si Logan Evans no está en él. —Tomé su mano entre las mías y se le suavizó la mirada—. Lo único que me importa en esta vida es que Hunter y tú seáis felices. A quien ames... Eso me da igual. Lo que quiero es que lo hagas; que ames, y te amen bien, como te mereces. Que notes mariposas en el estómago cuando veas al chico que te gusta y te sientas lo suficientemente seguro aquí como para entrar por la puerta y contarme que hoy te ha besado, o que te ha dicho que te quiere, o que quieres que venga a cenar el fin de semana. Eso es lo que quiero para ti.

Mi hermano me miró unos instantes con los ojos brillantes, como si en ellos contuviera mil constelaciones. El labio superior comenzó a temblarle y enterró la cabeza en mi pecho antes de romper a llorar de nuevo.

—Te quiero mucho —me susurró al cabo del tiempo, cuando ya se hubo calmado—. Hunter y yo tenemos suerte de tenerte.

Quise contestar, pero no pude. Una marea de sensaciones enredadas las unas con las otras me invadió el pecho, la garganta, el estómago, y fui incapaz de desenredarlas para dar paso a mi voz. Lo único que podía expulsar eran más lágrimas, y no quería que Logan me viera llorar una vez más aquella noche, así que las contuve. Me limité a abrazarlo más fuerte y a acariciarle el pelo, como solía hacer cuando era pequeño y aún no había descubierto lo mucho que podía llegar a doler este mundo.

Finalmente se quedó dormido. Lo aparté de mí con cuidado, posé su cabeza en la almohada y lo tapé con una manta antes de salir de puntillas de la habitación y bajar a la cocina. Necesitaba un té de rooibos, o una tila; cualquier cosa que pudiera relajarme y conseguir que pegara ojo aquella noche.

Cuando entré en la cocina, me encontré a Hunter sentado en uno de los taburetes de la isleta. Al verme, sonrió de medio lado y me tendió una taza humeante llena hasta los bordes de té.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunté. Di un buen sorbo y me regodeé en la sensación cálida que me recorrió la garganta.

—Te conozco desde hace casi dieciséis años. Quieras que no, me doy cuenta de cosas.

Me observó de reojo mientras yo acunaba la taza con ambas manos. Podía notar su mirada en mi rostro, como también percibía las preguntas que flotaban en el aire y que no se atrevía a hacer.

—Nos has escuchado —dije finalmente. Él asintió—. ¿Cómo te sientes al respecto?

—Em, ya sabes que yo no hago estas cosas de sentimientos...

—Pues inténtalo —le corté—. Por una vez, prueba a decir cómo te sientes. Sin rodeos, ni ironías, ni falsas sonrisas angelicales.

Resopló y miró al frente. Tardó unos minutos en poner en orden sus ideas, pero finalmente lo hizo.

—Me siento triste. Decepcionado. No con Logan, sino conmigo mismo. Si había una cosa de la que me sentía orgulloso era de ser su mejor amigo. No se me dan bien las personas, Emily, eso lo sabes. Expresar sentimientos, leer expresiones... Es algo con lo que lucho cada día. Tengo mil amigos y ninguno sabe lo más mínimo sobre mí. Conocen cosas de mi vida, hechos, pero nadie sabe lo que tengo dentro. A veces, cuando pensaba en ello, me ponía triste porque sentía que no estaba siendo sincero y que si me fuera del mundo en ese mismo instante, nadie sabría quién era el verdadero Hunter... Pero entonces recordaba que tenía la suerte de tener un clon —sonrió—. Alguien con quien había nacido y crecido, que siempre estaba ahí. Alguien a quien no puedo esconder nada y no puede esconderme nada a mí, porque somos dos mitades de un todo. Y ahora... —Respiró hondo y clavó sus ojos azul cobalto en mí—. Todo este tiempo he interpretado mal lo que veía porque, en mi estúpida mente, no podía creer que a mi hermano gemelo le gustara un tío. He sido tan tonto que no he sabido ver que la forma en que miraba a Trent no contenía ni una pizca de odio, a pesar de lo que él se empeñaba en decir. Y ahora está ahí arriba, con el labio y el corazón rotos, y yo me siento como un gilipollas por no haberle protegido también de esto.

Sus palabras me dejaron sin habla. Hice el amago de abrazarle, pero él se escabulló. Se levantó de un salto y abrió la puerta de la nevera, como si estuviera realmente interesado en lo que contenía. Mi cuerpo me pedía insistir un poco más, pero decidí dejarle a su aire.

También eran diferentes en esto; en la forma de lidiar con el dolor.

Cuando murieron nuestros padres, Logan lloró durante un mes. Sufría de dolores de cabeza debido a los berrinches que tenía cada noche al ver que era yo quien le arropaba y no papá y mamá. Dormía con una foto de ellos, y los besaba cada mañana antes de ir a clase. Hunter, sin embargo, no derramó ni una lágrima. No lloró en el funeral, no lloró cuando volvimos a casa, ni siquiera cuando tuvimos que ordenar sus pertenencias y comenzaron a salir recuerdos escondidos en cajones. Jamás le vi soltar ni una lágrima, y nunca buscó confort en mis brazos. Simplemente se limitaba a seguir viviendo como podía y guardaba los momentos de tristeza para cuando estaba a solas. No quería que nadie le viera en sus horas bajas. Eso me preocupaba, e incluso lo consulté con la madre de Abel, que era la psicóloga del instituto, pero ella me aseguró que era una forma como cualquier otra de expresar el luto. Dijo que cada persona es un mundo y que no hay una forma correcta de pasar ese mal trago, así que lo dejé estar.

Pero en aquel momento no quería dejarlo estar. Hunter estaba ahí, a un metro de mí, y sin embargo lo sentía a años luz de distancia. A medida que iba creciendo se volvía más hermético, más encerrado en sí mismo, y no quería perder a mi hermano. Quería poder tener una relación honesta y sincera con él, que nos contáramos las cosas y confiáramos el uno en el otro.

Decidí dar el primer paso. Carraspeé para llamar su atención. Él cerró la puerta de la nevera y me miró.

—Quiero contarte algo —comencé a decir—. Quiero hacerlo porque estás a punto de cumplir dieciséis años, y de ahí a hacerte adulto hay un paso y bueno... Ya eres mayor...

—¿Qué pasa? —interrumpió mi retahíla con cara de preocupación, y se sentó de nuevo a mi

lado—. ¿Te ha pasado algo esta noche?

Dudé unos instantes. ¿Qué iba a hacer? ¡Era mi hermano pequeño! Nos separaban diez años. ¿Cómo iba a contarle lo que había hecho con Wes en la puerta de nuestra casa? Pero, si no lo hacía, él nunca iba a contarme nada tampoco. El primer paso para recibir es dar. Si quieres confianza, predícala. ¿No era así?

Me armé de valor y me sonrojé antes siquiera de hablar.

—He besado a Wes.

Su expresión era una mezcla de extrañeza, sorpresa, diversión y disgusto.

Finalmente, y para mi sorpresa, rompió a reír a carcajadas.

—¿Tú has besado a Wes? —preguntó incrédulo—. ¿Por qué?

—¡Porque me gusta! Ya te lo dije. —El rubor se me extendió por el cuello—. Y esta noche cuando lo vi ahí, en el porche, esperándome... No sé. Fue como si me invadiera una ola de afecto por él. Una grande.

—El tsunami del amor —se burló.

—¡Eh, no te rías de mí! —exclamé y le di un golpe en el brazo—. No tendría que haberte dicho nada.

—¡No, joder! Me gusta que confíes en mí, aunque sea para contarme cosas con las que es probable que tenga pesadillas —fingió estremecerse—. ¿Y cómo fue?

—¿Cómo fue qué?

—El beso.

—Ugh, Hunter, ¿en serio? —Puse cara de disgusto—. ¡No voy a contarte los detalles técnicos!

—¡No quiero los detalles técnicos, Emily! —replicó con espanto—. Me refiero a cómo te sentiste.

—Como si estuviera en una nube. Como si me hubiera recorrido un rayo.

—Veo que Wes despierta en ti mucha terminología meteorológica.

—¡Deja de burlarte!

—¿De qué se burla? —preguntó una voz adormilada desde el umbral de la puerta.

Bajo los halógenos de la cocina, el labio de Logan tenía un color violáceo que me esforcé en no mirar. Se sentó frente a Hunter y dio un bocado a la magdalena que quedaba en el soporte de dulces que siempre había en la encimera.

—Nuestra hermanita ha besado a Batman —explicó Hunter en tono jocosos—. Aunque creo que debería de empezar a llamarle Thor, porque al parecer cuando besa hace que aparezcan rayos y truenos y cosas así.

—Madre mía —puse los ojos en blanco—, ¡no se puede contar nada en esta casa!

—¡Oh, vamos, cuéntamelo! —pidió Logan, y al verle sonreír así no pude negarme.

—Está bien —claudiqué—, pero solo si Hunter nos cuenta detalles jugosos sobre su noche con Ashley. —Le vi mudar el gesto hacia uno malicioso y me apresuré a añadir—: ¡Pero la versión light!

—*Vaaaaale*. Joder, qué aburridos sois. Os contaré lo mío con Ashley, pero mi historia también tiene un requisito que hay que cumplir.

Miró a Logan de soslayo. Lo vi dudar unos instantes, como si se debatiera entre hacer algo o dejarlo pasar. Hunter decía que nadie lo conocía, pero yo sí que lo hacía. Sabía que quería incluir a Logan en la conversación para normalizar el asunto. Necesitaba que su hermano supiera que lo quería y que no tenía ningún problema a la hora de hablar sobre los chicos que le gustaran, incluso si ese chico era Trent.

Tragó saliva y fijó la vista en Logan.

—Si yo hablo, tú hablas. —Le señaló con el dedo índice y sonrió—. Tienes que contar cómo fue tu primer beso con Trent.

Logan se quedó de piedra. Nos miraba a Hunter y a mí de forma alterna, como si estuviera en un partido de tenis. Yo decidí no intervenir y dejar que fueran ellos quienes manejaran la situación. Por suerte, Hunter tomó las riendas y alargó la mano para coger la de su gemelo.

—Lo sé y está bien —dijo con tal dulzura que me dieron ganas de llorar. Por suerte, apenas me quedaban lágrimas ya—. He oído la conversación que has tenido con Emily, y antes de que empieces a echarme la bronca y vuelvas a decirme cuál es la definición exacta de la palabra «privacidad» que recoge el diccionario, quiero que sepas que no tienes que esconderte. Emily y yo te apoyamos, ahora y siempre. ¿Lo pillas, tonto del culo?

Sonrió de oreja a oreja. Logan también lo hizo, aunque su sonrisa fue más bien temblorosa, como si estuviera aguantando el llanto. Apretó la mano de Hunter y luego, como si eso no hubiera sido suficiente, rodeó la isleta hasta llegar a él y le abrazó. Con fuerza. Como si quisiera expresarle toda la gratitud y el amor que sentía por él en aquellos instantes.

Cuando se separaron, Hunter tenía los ojos brillantes.

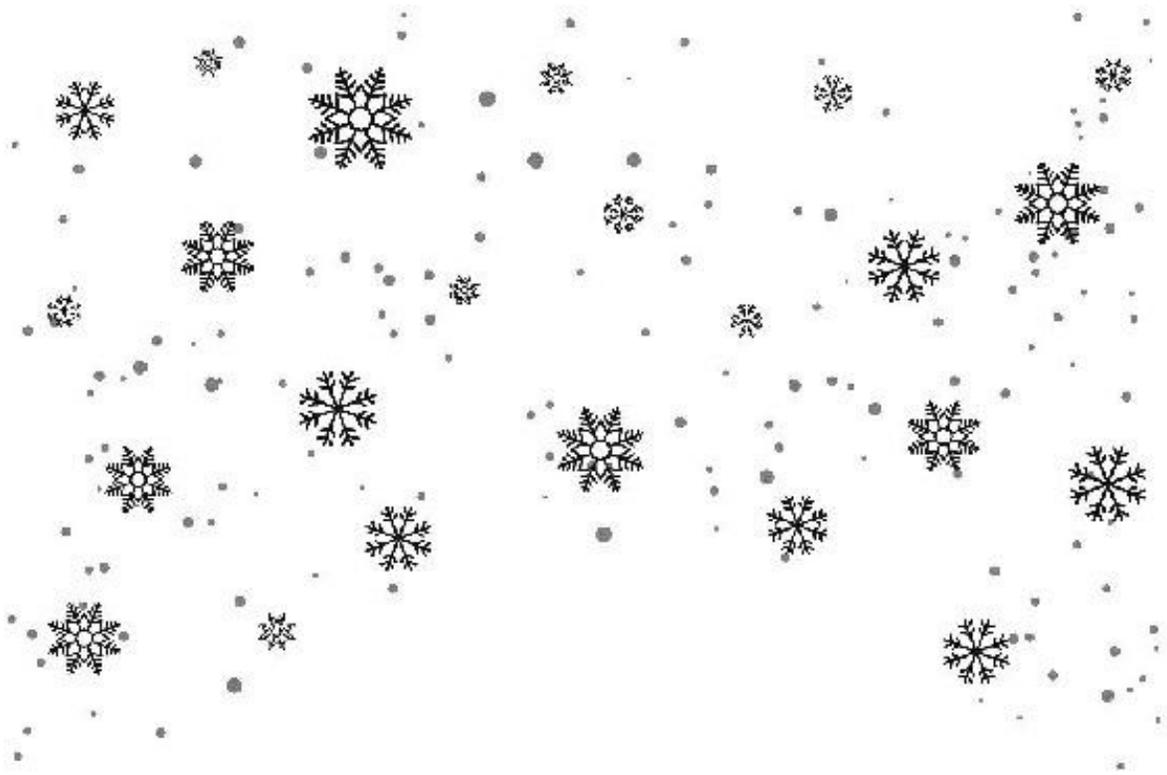
—No tenía ni idea de que salir del armario implicara tanto llanto —bromeó Logan y los tres nos reímos.

Me quedé mirándoles unos instantes con el pecho henchido de orgullo. Aquellos eran mis chicos. Daba igual las diferencias entre ellos y los obstáculos que la vida les pusiera en el camino, porque al final lo superaban todo. Juntos. Siempre juntos.

—¡Vale, volvamos al lío! —exclamó Hunter, secándose los ojos con la manga del pijama—. Emily, ¿cuántos rayos dices que te recorrieron mientras Batman te besuqueaba?

Logan soltó una carcajada sonora. Di un sorbo al té, que ya estaba prácticamente frío, y resoplé antes de contestar.

—Creo que fueron como cinco o seis —suspiré con media sonrisa—. Pero empecemos por el principio.



Capítulo 25

Wes

Solo dormí un par de horas. Y cuando lo hice, soñé con Emily.

El sueño no fue más que revivir el momento de la noche anterior una y otra vez, pero no me importó. Aquello era mejor que cualquier otra cosa que mi subconsciente pudiera tener almacenada, de eso estaba seguro.

Cuando bajé a la cocina para desayunar me encontré con mi padre leyendo el periódico. Le di los buenos días y acompañé las palabras con una sonrisa tan amplia que provocó que mi padre me mirara como si fuera un alienígena que acababa de aterrizar en su casa.

—¿Por qué sonríes tanto? —preguntó extrañado mientras me miraba por encima de las gafas.

—Porque estoy de buen humor. ¿Qué tiene de malo?

—De malo, nada. De raro... Todo. —Dobló el periódico, lo posó sobre la mesa y dejó las gafas encima de él ceremoniosamente—. ¿Esto tiene que ver con Emily?

—¿Sería raro si te digo que sí?

—Sería estupendo. ¿Es por ella entonces?

Me serví el café antes de contestarle. Una vez tuve la taza hasta arriba de líquido negro y caliente, me senté frente a él y lo miré a los ojos.

—Últimamente todo es por ella —admití—. Las sonrisas, el buen humor... Esa chica es increíble, papá. En serio. Es... —Me recosté en el respaldo de la silla y entrelacé los dedos sobre mi estómago—. No puedo definirla. Lo intentaría, pero no puedo.

—Suenas a que estás enamorado.

—¿Qué? ¡Ni de coña! —negué, y me levanté de la silla para comenzar a pasear de un lado a otro de la cocina—. Me gusta. Es inteligente, independiente, fuerte, cariñosa, dulce... Y preciosa. Pero de ahí a estar enamorado... —Solté una carcajada—. Enamorado, dice. ¿Qué va!

—Está bien, está bien —dijo él con las palmas de las manos en alto—. Si tú dices que no, te creo. Pero si me permites el consejo, tómatelo con calma. Ve lento, no hay prisa. Tenéis tiempo de conoceros, de contaros lo que tenéis que saber el uno del otro antes de comenzar una relación seria. —Me dispuse a objetar—. ¡Si es que la comenzáis, que ya sé que no estás enamorado! Pero, de todas formas, creo que no estaría mal que fuerais poco a poco, ¿no crees?

—¿Qué se supone que tengo que contarle sobre mí?

—Todo. ¿Sabe ella tus metas? ¿Tus sueños? ¿Lo que quieres ser en la vida? ¿Quién has sido hasta ahora? Son cosas que conviene saber antes de meterse en el fango y embarrarse hasta las orejas.

—Papá, sé sincero. Si levanto ese periódico, ¿me encontraré con el ejemplar de este mes del Cosmopolitan? Porque hablas como si lo hubieras leído. —Él soltó una carcajada tan sonora que reverberó en la estancia, y yo sonreí al ver que mi broma le había hecho tanta gracia—. Así que propones que le cuente todo sobre mí... —proseguí, pensativo—. Es una buena forma de cargarse el misterio de un plumazo, eso desde luego, pero puede que lleves razón. En realidad, ahora que lo pienso, creo que yo sé muchas más cosas sobre su vida que ella sobre la mía.

—Pues tal vez quieras subsanar eso —sugirió.

—Tal vez debería, sí. —De repente me di cuenta de algo—. ¿Sabes? Creo que es la primera

vez que me das un consejo sobre una chica.

—Eso es por dos motivos. Uno: la chica en cuestión es Emily, y la quiero como a una hija. Y dos: tu historial ha demostrado que se te dan fatal las mujeres. Pensé que ya era hora de compartir algo de sabiduría contigo.

—No se me dan nada mal las mujeres —rebatí a la defensiva—. Nada mal.

—No se te da mal ligártelas, pero mantenerlas a tu lado es un arte, chico. Lo mejor de las mujeres es que son seres complejos, con un millón de aristas. No son simplonas como nosotros. Tu madre, por ejemplo, es como un rompecabezas de un millón de piezas. Después de treinta años, aún sigo intentando resolverla, y a veces creo que no lo conseguiré nunca... Pero ahí está la gracia. En intentarlo, en querer hacerlo. —Se levantó de la silla y fue hacia el fregadero para dejar su taza vacía. Al volver, pasó por mi lado y me palmeó el hombro—. Algún día entenderás de lo que te hablo, Wesley. Y ojalá sea Emily quien te lo haga entender.

Cogió las gafas, el periódico y, antes de marcharse, también mi taza de café. Me miró con las cejas enarcadas mientras le daba un sorbo. Puse cara de malas pulgas, pero él se limitó a encogerse de hombros.

—Acabas de robarme —dije.

—Acabo de cederte parte de mi sabiduría, ¿qué menos que me des un café a cambio? Además, yo te di la vida. Me lo debes todo.

Quise argumentar que mi madre tenía más mérito que él en ese aspecto, pero se escabulló antes de poder replicarle. Resignado, me preparé otro café mientras sopesaba sus palabras.

Aún no me había quitado el pijama cuando Emily llamó a la puerta. Llevaba un chaquetón negro con capucha, unos vaqueros desgastados y unas botas negras de esas que tienen pelo por dentro y que parecen sumamente calentitas. Para rematar, se había puesto un gorro rosa con un borlón del mismo color con el que estaba guapísima. Me fijé en que sujetaba dos vasos blancos con el dibujo de una taza marrón.

—Buenos días —dijo, y vi cómo se ruborizaba.

Era obvio que no sabía qué hacer. Después de besarnos, no tenía claro si debía inclinarse sobre mí y volver a hacerlo o si, por el contrario, era mejor guardar las distancias, en caso de que la magia se hubiera extinguido. El verla debatirse así me pareció adorable y, antes de que pudiera decir nada más, posé mi mano sobre su cintura y la besé. Lo hice con lentitud, regodeándome en el toque dulce que podía paladear en su lengua. Cuando nos separamos, ella esbozó una sonrisa tímida y se lamió fugazmente el labio inferior, como si me saboreara. Tuve que ahogar el gruñido que se alojó en mi garganta al verla hacer aquello.

—Buenos días —dije finalmente—. ¿Eso es para mí?

Señalé los dos vasos de cartón que sostenía en ambas manos, de los que, a juzgar por su expresión, Emily parecía haberse olvidado.

—¡Oh, sí claro! —Me tendió uno—. Es chocolate caliente de *Coffee Talk*. Es una cafetería del pueblo —aclaró ante mi cara de confusión—. En fin, que pensé que tal vez te gustaría tomarte uno aquí fuera... Conmigo.

Añadió esto último en voz más baja, como si estuviera avergonzada, y las ganas que me entraron de tumbarla sobre el suelo y besarla hasta perder el sentido fueron demasiado fuertes. En vez de ceder a ellas, entré al salón para coger una manta de cuadros escoceses que mi madre había tenido durante años y salí al porche. Nos sentamos en el banco de madera que mi padre había construido con sus propias manos unos años atrás. En principio iba a ser balancín, pero tras

descolgarse un par de veces decidió que era mejor fijarlo. Me senté lo más cerca que pude de Emily y la tapé con la manta. Ella sonrió y me tendió de nuevo el vaso de chocolate caliente. Agradecí el calor que la bebida me proporcionaba, porque lo cierto era que estaba congelado. A pesar del grosor considerable de la manta, solo llevaba puesto un pijama, y bastante fino además. Aun así, la sola idea de estar cinco minutos más lejos de Emily hizo que desechara la idea de entrar a cambiarme de ropa.

Nos quedamos en silencio, mirando al frente y dando sorbos al chocolate de vez en cuando. De repente, noté el suave tacto de sus dedos en el dorso de mi mano. La giré para darles acceso y se enredaron entre los míos con rapidez. La miré de reojo y me encontré de nuevo con su sonrisa tímida. Apreté su mano con más fuerza.

—¿Qué tal dormiste anoche? —preguntó mientras trazaba formas abstractas sobre mi piel con el dedo índice.

—Dormí poco, pero dormí bien. ¿Y tú?

—Exactamente la misma respuesta. Estuve hablando con los chicos hasta las tantas y me he levantado temprano, pero las dos horas y media que he logrado pegar ojo han sido revitalizantes.

—¿Qué tal está Logan? ¿Sigue encerrado en su cuarto?

—En realidad anoche salió de su coraza. —Sonrió de oreja a oreja, feliz—. Todo está bien. Muy bien, de hecho.

—No sabes cuánto me alegro —contesté, y lo sentía de verdad.

El coche de mi madre aparcó justo enfrente de nosotros y ella se bajó, cargada con dos ramos de flores. Le encantaba tener flores frescas en la casa y cada sábado iba a por un par de ramos o tres. En esta ocasión, se había decantado por las hortensias y las violetas. Cuando nos vio sentados allí, tan cerca el uno del otro, frenó en seco. Entornó los ojos, como si temiera estar siendo engañada por su defectuosa vista, pero cuando se aseguró de que no eran alucinaciones suyas, se apresuró a subir los escalones que la llevaban a nosotros.

—No voy a molestaros —dijo con una excitación palpable en su voz—, pero quiero deciros que sois preciosos los dos, sobre todo juntos, y que estoy muy contenta. ¡Os dejo! —Salió disparada hacia la puerta principal y nos dejó a ambos con la palabra en la boca.

Nos miramos y rompimos a reír.

—Tu madre es increíble —dijo Emily—. ¿Te cuento un secreto? La han nominado para ser la *Royal Lady* de este año. Yo estoy de acuerdo, por supuesto. Se lo merece. Siempre está ayudando a todo el que lo necesita, y el pueblo está mucho mejor desde que ella está aquí.

—Perdona... ¿Para ser qué?

—*Royal Lady* —repitió—. Ay, es verdad, se me olvidaba que estaba hablando con Mister Ohio. Verás, cada año hay un festival en el pueblo, el Festival del Alumbrado. Se celebra el fin de semana de Acción de Gracias y es la fiesta grande por excelencia. Es cuando se enciende el alumbrado navideño y es precioso porque normalmente está todo nevado, como si fuera una postal. También hay premios para las casas con mejores adornos navideños, se monta un mercadillo... Varias cosas. Entre ellas, la elección de la *Royal Lady*, es decir, una mujer que ha contribuido notablemente a la mejora del pueblo. El caso es que Abel... ¿Te acuerdas de él? —Asentí—. Pues él adora a tu madre y la ha nominado para que salga elegida este año. ¿No sería genial? ¡Seguro que le encantaría!

Estaba seguro. Mi madre era buena persona por naturaleza; nunca hacía las cosas por el reconocimiento o para restregárselo en la cara a nadie. Aun así sabía que el hecho de que los vecinos la eligieran la llenaría de gratitud e ilusión, principalmente porque venía de la gente a la que quería.

—¿Y qué tendría que hacer si gana?

—La ganadora se anuncia la semana del festival. Si ella fuera la elegida, tendría que participar en el desfile que se realiza cada año. Llevaría una especie de capa, como de Santa Claus. ¡Casi puedo imaginarme su cara de felicidad montada en ese coche y saludando a la gente! Ojalá el comité la escoja a ella.

—¿No sabrás por casualidad quién compone el comité? Es para hacerles una visita...

—Nada de sobornar al jurado, ¿eh, mafioso? —me advirtió, riendo—. Aquí se hacen las cosas limpiamente.

—Está bien —me resigné con un suspiro—, confiaré en el sistema y me guardaré mis conocimientos de coacción para otro momento.

Los rayos del sol comenzaron a iluminar con un poco de más fuerza. Por primera vez en casi dos semanas, el cielo no parecía a punto de caerse sobre nuestras cabezas y era un desperdicio no hacer algo especial para celebrarlo. De pronto, recordé la lista de cosas pendientes de Emily y la repasé mentalmente para decidir qué podíamos hacer.

—¿Sabes? El día está perfecto para un paseo en barco.

Ella me miró, confundida, hasta que se percató de a lo que me refería y dio una palmada de excitación.

—¡Sería estupendo! —Me tendió su vaso de chocolate y sacó el móvil del bolsillo del chaquetón—. Voy a mirar si hay rutas y los horarios.

El próximo paseo en barco era a las once y media de la mañana, lo que significaba que debíamos darnos prisa si queríamos llegar con tiempo. Emily se quedó en el piso de abajo charlando con mis padres mientras yo subía a cambiar de ropa. A pesar de que el sol se estaba dejando ver un poco, no me fiaba y opté por un jersey gris bastante grueso bajo el que me había puesto una camisa de cuadros algo más larga. Hice el amago de quitarme el pantalón de pijama para colocarme los vaqueros grises, pero al final me los puse encima, como cuando era pequeño y tenía que vestirme para ir al colegio en invierno. Unos calcetines de lana gruesos y un par de botas completaban el atuendo.

Me peiné. Eso era toda una novedad en sí, ya que solía ir sin peinar a todos sitios. La gente pensaba que en realidad era de los que me tiraba horas delante del espejo para conseguir ese efecto casual, pero lo cierto era que mi look era producto de la dejadez más que de otra cosa. En aquella ocasión, sin embargo, me esmeré un poco.

Bajé las escaleras y, cuando entré en el salón, mi madre profirió un grito y se tapó la boca con ambas manos.

—¡Pareces uno de esos modelos de las revistas! —chilló y me cogió la cara con fuerza para darme una secuencia de besos demasiado sonoros.

—Vamos a la cocina, Pam, que tengo una duda culinaria que quiero resolver —dijo mi padre con una sonrisa, al tiempo que cogía a mi madre por los hombros y la conducía hacia la puerta.

Cuando salieron de la estancia, yo no podía estar más avergonzado. Miré a Emily, que seguía con la vista puesta en la puerta por la que habían salido mis padres. Se aseguró de que estábamos solos antes de acercarse y rodearme la cintura con sus brazos.

—Estás guapísimo —me dijo, y le di un beso en la punta de la nariz.

—¿Nos vamos? Recuérdame que coja el chaquetón...

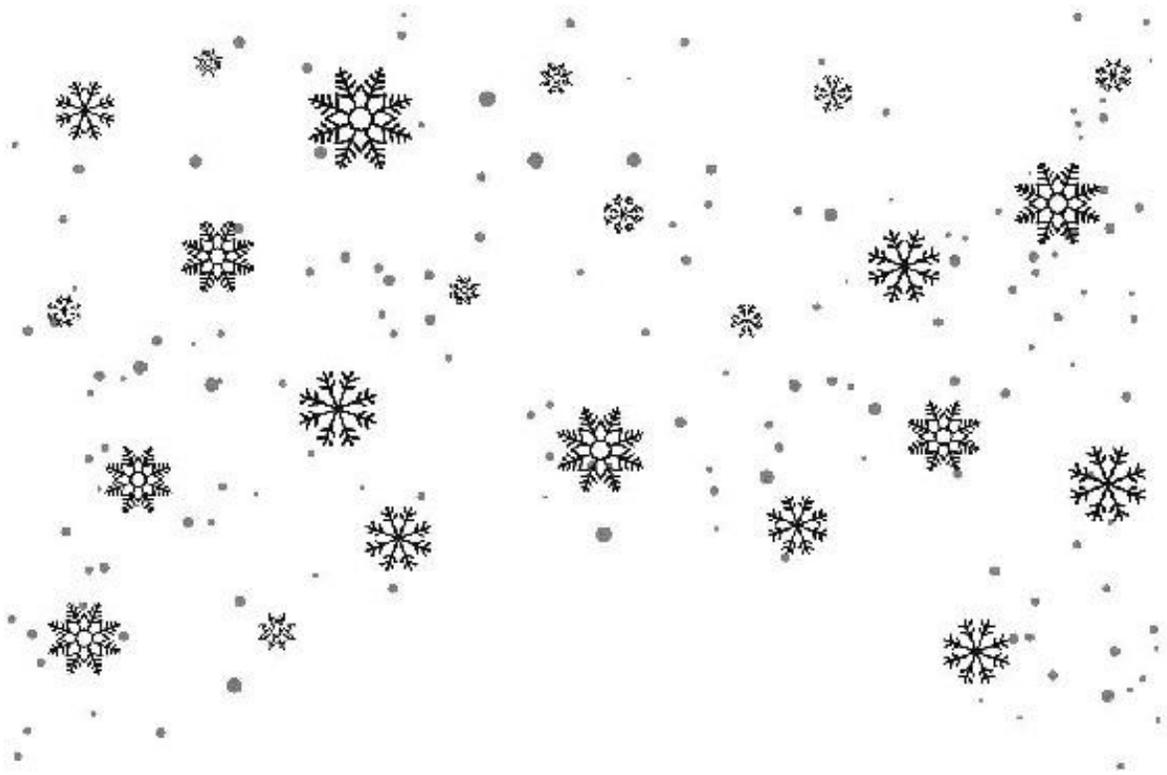
Iba a necesitar que me lo recordara. Eso y seguir respirando, porque cuando se puso de puntillas y me dio un beso lento, se me olvidó hasta mi nombre.

—Voy a empezar a peinarme más a menudo —dije casi sin aliento, y ella soltó una carcajada suave que se encajó en mis oídos y me hizo temblar.

—Vámonos. —Me cogió de la mano para tirar de mí hacia la salida—. Coge el chaquetón.

—Ah, sí. Aunque ahora mismo no lo necesito. Tengo tanto calor que podría entrar en combustión.

Emily volvió a reírse y salió al exterior. Se quedó parada un segundo, todavía con mi mano en la suya. Cerró los ojos y en su cara se instaló una expresión de paz, como si los rayos de sol que le bañaban la piel tuvieran un efecto relajante en ella. Yo me quedé de pie, a su lado, observando la imagen de su perfecto rostro en contraste con la luz, y preguntándome cómo demonios había llegado al punto de preferir mil veces darle la mano a ella que tener sexo con cualquier otra.



Capítulo 26

Emily

Las aguas del río St. Croix estaban algo más claras de lo normal aquella mañana. Era raro, puesto que el constante movimiento las volvía bastante turbias. Aun así, no se podía visualizar apenas nada bajo ella, y eso ponía nervioso a Wes.

—No me gusta demasiado el agua admitió.

—¿Tienes fobia?

—No es fobia, es... respeto. ¿Estás segura de que esto no puede hundirse?

—Estoy segura —repetí por décima vez desde que llegamos—. El barco parece bastante sólido, ¿no crees?

—Eso decían del Titanic y ya viste cómo acabó: con Leonardo DiCaprio muriendo congelado.

—¿Quieres dejar de ser paranoico? —me reí—. Mira, te prometo que, si nos hundimos, yo te dejaré sitio en mi tabla para que te salves tú también.

Soltó una carcajada y se pegó a mí. No había mucha gente a bordo; solo un par de parejas de turistas con sus respectivos hijos, los cuales no paraban de preguntar al guía si se podían bañar en el río. El St. Croix era bastante rocoso, ideal para ir en *kayak* por ejemplo, por lo que la respuesta era obvia. Entre interrupción e interrupción por parte de los pequeños, el guía relató las curiosidades del río: que hacía de frontera entre los estados de Minnesota y Wisconsin, que era un afluente del Mississippi... Cosas que yo ya sabía, pero que a Wes, ajeno al lugar, parecían fascinarle.

Habíamos comprado algunos dulces en una pastelería cercana antes de embarcar, y tras media hora de navegación decidimos que había llegado el momento de devorarlos. Cuando di un mordisco a mi donut y paladeé el glaseado, no pude evitar emitir un gemido de placer que divirtió a Wes y descolocó a los demás pasajeros.

—Buscaos una habitación —bromeó él, con la boca llena de tarta de manzana.

—Oh, lo haría si pudiera, créeme. —Di otro bocado más y gemí aún más fuerte, esta vez a propósito. Al hacerlo, me ganó la mirada reprobatoria de una madre y la sonrisa pícaro de otra—. ¿Te lo estás pasando bien?

—La verdad es que sí. Pensaba que iba a ser más aburrido, pero lo cierto es que el chico del megáfono sabe bastantes cosas interesantes sobre el lugar. Además, las vistas son inmejorables.

Lo eran. Daba igual donde pusieras la vista, siempre te encontrabas con una imagen imponente; la inmensidad del río, las formas rocosas que lo bordeaban... Debido a la estación del año, cada árbol tenía las hojas de un color diferente, formando una especie de serpiente de tonos otoñales con sus copas.

—¿Es esto muy diferente a Ohio? —quise saber.

—Un poco. Oberlin, que es de donde yo soy, es bastante más grande que Taylors Falls. Hay más diversidad, algo más de vida... Pero supongo que cada sitio tiene su encanto.

—Cuéntame algo sobre tu vida allí. Lo que sea.

Se quedó pensativo unos instantes y luego, de repente, sonrió.

—Cuando estaba en el instituto, solía trabajar después de clase en Swerve, una tienda de bicicletas. Allí fue donde conocí a mi mejor amigo, Frank. Lo curioso es que vivíamos cerca, e

incluso íbamos al mismo instituto, pero no nos habíamos visto jamás. Eso era raro, porque en Oberlin más o menos nos conocemos todos, al menos de vista. El caso es que un día entró en la tienda un chico larguirucho y pelirrojo que le daba constantes sorbos a un refresco. Se dirigió a mí y me pidió unas ruedas nuevas para su bici, pero lo hizo de muy malos modos. Yo, que en ese punto de mi vida era un creído insostenible, le dije que no iba a atenderle hasta que me hablara con respeto. Entonces él, ni corto ni perezoso, me llamó gilipollas y me tiró lo que le quedaba de refresco a la cara. —Soltó una carcajada sonora—. Al principio quise matarle, pero entonces él sonrió y, con una educación exquisita, me pidió por favor que le enseñara las ruedas que tenía disponibles. Y así fue como nos hicimos inseparables.

Me contó la historia con la mirada perdida, como si en algún punto del horizonte estuviera visualizando al tal Frank tirándole su bebida. Me quedé embobada mirando su perfil, que se recortaba contra la luz del sol.

—¿Seguís siendo amigos?

—Sí, aunque cada uno tiene su vida y es complicado. Frank sigue viviendo en Ohio. Se casó hace un par de años y tiene una niña de diez meses, Abigail. Es mi ahijada.

—¿En serio? Vaya. No te imagino de padrino.

—Pues estoy bastante irresistible cuando desempeño mi papel —bromeó—. ¿Quieres ver fotos de Abbi?

Sacó el móvil y me enseñó todo un repertorio de imágenes en las que una pequeña rubia y con mofletes sonrosados sonreía a la cámara. En algunas posaban juntos, y Wes casi siempre salía señalando al objetivo para que la niña mirara en esa dirección. Por alguna razón, ver esas fotos me pareció algo íntimo, como si estuviera accediendo a otra faceta de su personalidad que no solía compartir en su día a día. Cuando le tendí el móvil para devolvérselo, miró la foto de Abigail con una sonrisa tierna antes de guardárselo en el bolsillo.

—Cuéntame más sobre ti —le pedí.

—¿Qué quieres saber?

—No sé. Cosas. Lo que sea. Dime lo primero que se te venga a la mente.

—Pues veamos... —Se removió en los incómodos asientos de plástico en los que estábamos sentados—. Como ya sabes, me da un poco de respeto el agua. No el elemento en sí, sino los cuerpos grandes: mares, océanos, ríos... Esas cosas. Mi color favorito es el gris y mi número favorito el nueve. Soy géminis, aunque no estoy seguro de lo que eso implica. Sé tocar el piano porque mi madre me obligó a aprender, pero canto fatal, así que lo mío es el rollo instrumental. Soy adicto al ketchup, al café y a los yogures esos que tienen trozos de fruta. ¿Has probado el de frambuesa? —Puso los ojos en blanco, como si estuviera en éxtasis—. Orgásmico. ¿Qué más puedo contarte...? Ah, sí, bueno, que el sueño de mi vida es ser escritor. Estudié periodismo porque me fascinaba el hecho de poder informar de lo que ocurría en el momento en el que estaba ocurriendo, que la gente se enterara de toda la verdad por mí... Pero lo que realmente me llena es escribir. Empleo el tiempo libre en trabajar en mi manuscrito, que probablemente sea una basura, pero a mí me encanta sentarme delante del ordenador y comenzar a teclear. Es como una terapia.

—¿Estás escribiendo un libro? ¡Qué bien! ¿Qué género es? —pregunté, realmente interesada—. ¿Puedo leerlo?

—Sí, estoy escribiendo un libro. Es un thriller. Y no, no puedes leerlo. —Puse cara de pena y él suspiró—. Bueeno, vale, cuando esté acabado serás la primera en leerlo, ¿contenta? —Me tiró un pellizco suave en la barbilla—. Ahora te toca a ti. Cosas aleatorias sobre Emily Evans en tres, dos, uno... ¡Ya!

Cogí aire y comencé a soltar cosas sobre mi persona, según me iban viniendo.

—Mi segundo nombre es Noelle. Tengo una cicatriz en el tobillo que me hice cuando aprendí a montar en bici y me caí al doblar una curva. Estudié Publicidad, pero de pequeña siempre quise ser médico forense. —Wes me miró sorprendido y yo me encogí de hombros—. Generación CSI, supongo. Qué más, qué más... De pequeña tuve un perro, Barney, que vivió quince años. Cuando murió, fue como si me arrancaran un trozo de mí y lloré durante diez días seguidos. Mi color favorito es el turquesa. Tengo fobia a los ratones. Mucha. Si veo un ratón, me desmayo. No puedo soportar las mentiras y me es difícil perdonar a quien me miente. Solía odiar mis pecas, pero ahora me encantan. Ah, y a pesar de que no me gustan demasiado los deportes, soy fan incondicional de los Vikings. Mi padre nos lo inculcó y siempre que puedo veo sus partidos.

—¿Y qué harías si te dijera que soy fan de los Green Bay Packers? —preguntó, haciendo alusión a la histórica rivalidad entre los dos equipos.

—Te tiraré por la borda ahora mismo.

Hicimos un par de rondas más de ese esporádico juego en el que habíamos decidido emplear el resto del tiempo. Estaba tan inmersa en lo que él tenía que contarme que cuando el viaje en barco llegó a su final, me di cuenta de que apenas había atendido al paisaje o a las explicaciones del guía; en cambio, había aprendido un montón de cosas nuevas sobre Wes, y por alguna razón, eso me pareció más importante que algo que llevaba toda la vida queriendo hacer.

A pesar de los dulces que nos habíamos comido a bordo del barco, cuando terminó la travesía ambos estábamos hambrientos de nuevo. Decidimos ir a The Drive In, un restaurante de comida rápida que no quedaba muy lejos de allí. Tras mucho deliberar, optamos por dos hamburguesas de pollo acompañadas cada una de medio pepinillo grande, una cesta de aros de cebolla y otra de patatas fritas rizadas. En aquel sitio solo se podía comer al aire libre, por lo que era una suerte que no hiciera demasiado frío aquel mediodía.

Justo acabábamos de sentarnos en la mesa cuando la notificación de mensaje de mi móvil sonó amortiguada por la gruesa tela de mi chaquetón. Era un mensaje de Abel, que me recordaba que habíamos quedado en mi casa para cenar y ponernos al día. Tenía ganas de contarle mis avances con Wes, aunque estaba segura de que el hecho de que aún no nos hubiéramos acostado iba a ser decepcionante para él.

—¿Crees que algún día volverás a irte de aquí? —preguntó de repente Wes, mientras daba bocaditos a una patata frita.

—La verdad es que no lo sé —admití—. Durante años pensé que este lugar era temporal, que un día me mudaré y haré vida en otra parte, pero ahora... Empiezo a creer que mi destino está aquí. No me quejo, es un sitio tranquilo y lo conozco como la palma de mi mano, aunque me gustaría tener algo más de emoción en mi vida. ¿Tú volverás a Nueva York?

Lo pregunté de forma casual, sin darle importancia, pero lo cierto era que había querido hacerle esa pregunta desde que me di cuenta de que estaba empezando a sentir cosas por él. Era consciente de que Taylors Falls no era lugar para alguien como Wes; alguien que tiene metas, sueños y lo más importante: ninguna atadura que le impida cumplirlos. Aun así, en mi interior albergaba la ínfima esperanza de que un día decidiera que quería quedarse.

Observé cómo se comía el medio pepinillo de un solo bocado.

—No estoy seguro —dijo finalmente—. Tal vez. O tal vez decida probar suerte en otra ciudad grande. Los Ángeles, Chicago... Donde sea.

El oírle hablar de ciudades grandes me cayó como un jarro de agua fría. Me reprimí

mentalmente por ello, ya que sabía Wes era joven, tenía ganas de ver mundo y también la ambición que te dan ambas cosas. Era lógico que quisiera vivir la vida que yo un día también quise para mí.

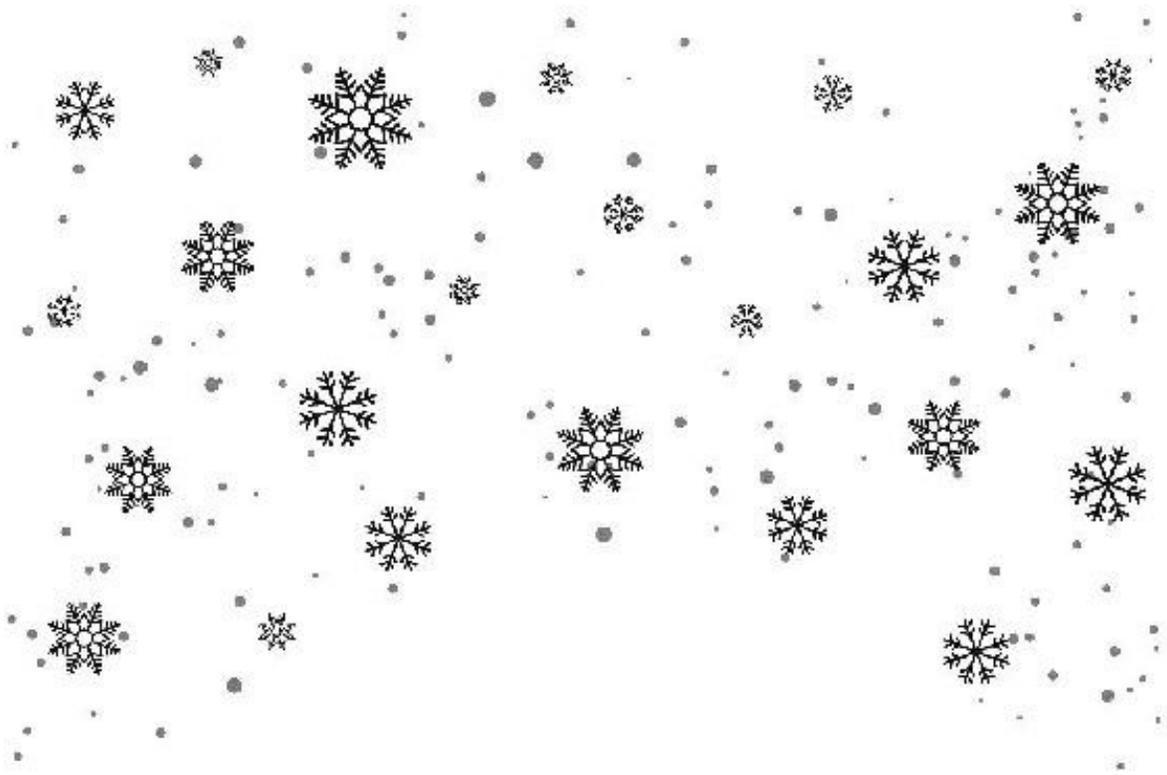
—Hace un par de días, mandé el currículum a la revista Esquire —siguió diciendo—. Un compañero me dijo que buscaban gente y no me lo pensé. Nunca se sabe, ¿no?

Asentí y esboqué un intento de sonrisa mientras me concentraba en la comida. No quería que viera en mi rostro la amargura que estaba sintiendo en aquellos momentos, provocada sin duda por la certeza de que, mientras él soñaba a lo grande, yo seguiría en aquel lugar, trabajando en el bar y en la tienda, viendo las mismas caras de siempre.

Durante un segundo, deseé ser otra persona y tener otra vida; una más fácil, más sencilla. Una que me permitiera pensar en mí primero y luego en los demás, y tomar decisiones basada en esas preferencias. Viajar, conocer gente nueva, sentir el cosquilleo en el estómago que experimentas cuando estás a punto de adentrarte en lo desconocido, y te asusta, pero también te ilusiona. Sentirme viva. Sentirme yo, sin mis circunstancias.

—¿Estás bien? —preguntó de pronto Wes.

Volví a asentir y a sonreír, esta vez de forma más creíble. Pero todo el trabajo que había puesto en fingir esa sonrisa se vio destrozado de un plumazo cuando, tras Wes, apareció la cara de Kate Morgan.



Capítulo 27

Wes

Emily se puso tensa de un segundo para otro. Tenía la vista fija en un punto a mi espalda, y justo estaba a punto de girarme para ver qué estaba mirando cuando una mujer se materializó a nuestro lado. Tenía unos cuarenta y tantos, llevaba el pelo recogido en un moño y los labios pintados de un color rojo muy llamativo. El abrigo gris que vestía parecía bastante caro, al igual que los pendientes que colgaban de los lóbulos de sus orejas y el reloj que adornaba su muñeca izquierda. Miró a Emily con una sonrisa demasiado ancha, pero ella no le devolvió el gesto. De hecho, la miraba con una furia en los ojos que no le había visto hasta entonces.

—Emily, querida, ¿no crees que estás comiendo demasiadas calorías? —dijo la mujer a modo de saludo, y miró la hamburguesa con una ceja alzada—. Acuérdate de que aún tienes que encontrar un marido. Y hablando de eso... —Se giró hacia mí y me tendió la mano—. Katherine Morgan.

—Wesley Parker —dije sin estrechar la mano que me ofrecía.

—Encantada, Wesley —sonrió para intentar ocultar lo ofendida que se sentía por mi decisión de no devolverle el gesto. Dirigió su atención de nuevo hacia Emily—. Un chico muy atractivo, cariño. ¿Dónde lo tenías escondido?

Soltó una carcajada falsa y comenzó a rebuscar en su bolso. Finalmente sacó un trozo de papel y un bolígrafo donde apuntó lo que parecía una dirección.

—Este es mi apartado de correos. Lo acabo de contratar. Así te será más fácil entregarme lo acordado.

Emily se aferró al borde de la mesa con tanta fuerza que los nudillos se volvieron blanquecinos. Tenía la mandíbula apretada, y, a juzgar por su gesto, luchaba entre guardar silencio o montarle un numerito a quienquiera que fuera aquella mujer. No hizo amago alguno de coger el papel que la tal Katherine le tendía y ésta, tras soltar un suspiro y murmurar algo que sonó como un insulto, se lo tiró encima de la hamburguesa.

—No te conviene actuar de esta forma —dijo, de nuevo con una sonrisa cínica curvando sus finos labios—. No creo que quieras provocarme.

—Lo que quiero es que te vayas —replicó Emily al fin—. Eso es lo que quiero.

—¿Sabes? Por una vez voy a cumplir tus deseos. —Metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó una llave que posó sobre la mesa—. Esta es la llave del apartado de correos. Déjame el paquete allí, así no tengo que ir a tu barrio de mierda a recolectarlo. —Se giró para irse, pero en el último momento me miró—. Un gran placer conocerte, Wesley. Y si me permites un consejo... Puedes aspirar a alguien mejor que ella.

—Oh, gracias por el consejo. ¿Puedo darle yo otro? —Imité su gesto cínico—. Métase en sus asuntos.

La mujer resopló sonoramente antes de marcharse con paso firme del restaurante. Me giré hacia Emily, que la miraba desaparecer de allí mientras negaba con la cabeza una y otra vez. Quise preguntarle quién era y a qué había venido todo aquello, pero antes de que pudiera hacerlo, ella levantó la mano para frenarme.

—No lo hagas —dijo sin más.

—Pero...

—Wes, para. —Se levantó del asiento y echó a andar hacia el aparcamiento.

Yo la seguí, confuso. Me daba rabia no saber el motivo de su repentino cambio de actitud, ni quién demonios era esa mujer y por qué provocaba tanta ira en ella. No me gustaba verla así.

Condujo en silencio durante la mayor parte del tiempo. Intenté entablar conversación en un par de ocasiones, pero en ambas me encontré con un muro de silencio por su parte. Me fijé en la forma en la que aferraba el volante, con fuerza. Tenía el ceño fruncido y se mordía el interior de la mejilla una y otra vez. Finalmente me di por vencido, alargué una mano y la coloqué en su muslo. El contacto de mis dedos en la tela de sus vaqueros pareció aliviar parte de la tensión que había acumulado en la última media hora, y tras unos segundos, me miró de reajo y sonrió levemente.

—Lo siento —se disculpó—. He sido un poco borde.

—No hay problema. Si no quieres hablar del tema conmigo, lo comprendo.

—Es que... —Suspiró y se subió un poco el borde del gorro—. Hay cosas de mi vida de las que no me gusta hablar. Son pocas, pero las hay. Y Kate es una de ellas.

—Lo comprendo —repetí—. Pero quiero que sepas que estoy aquí. Si necesitas desahogarte hablando o enrollándote salvajemente con alguien... —Ella se rio y posó su mano sobre el dorso de la mía—. Lo que quieras.

—Gracias por la oferta. — Me miró un momento y luego volvió la vista a la carretera—. Por cierto, el lunes me reincorporo al bar.

—¿Por qué? ¡Si apenas te has tomado tiempo libre!

—Porque lo necesito, Wes. Necesito la distracción, el dinero... Todo. Además, Halloween está a la vuelta de la esquina, lo que significa básicamente que la Navidad está al caer. Tengo que abrir la tienda también.

—Yo puedo ayudarte con la tienda, pero no necesitas volver al bar todavía. Tómatelo con calma —le pedí—. ¿O acaso quieres volver a agotarte?

—Lo que quiero es que me apoyes —contestó ella, algo más seria de nuevo—. ¿Podrás hacerlo?

Me miró de reajo, esperando mi respuesta. Finalmente asentí con la cabeza y alargué la mano para poner algo de música. Ed Sheeran resonó en el pobre sistema de sonido del Volkswagen. Resoplé e hice el amago de cambiar de canción, pero Emily, con una rapidez propia de un ninja, la retiró de un manotazo.

—¿Tenemos que escuchar a este tío cada hora de cada día?

—No me hagas elegir entre Ed y tú, Wesley, porque no saldrías bien parado.

Abrí la boca para protestar un poco más, pero ella cogió una bocanada de aire y comenzó a cantar a pleno pulmón.

I need you darling, come on set the tone, if you feel you're falling, won't you let me know...

Entonces, sin previo aviso, Emily comenzó a rapear y, si yo tenía alguna objeción a aquella canción, desapareció de golpe.

Mis padres habían salido y Emily había quedado con Abel para cenar, de modo que no tenía plan para aquella noche. Me puse un chándal viejo, metí una pizza congelada en el horno y me dispuse a pasar un rato en soledad mientras veía una película. Estaba a punto de darle al play cuando alguien llamó a la puerta con dos golpes secos. De camino a la entrada, maldije por lo bajo a quien fuera por hacerme salir de debajo de la manta.

Hunter tenía los brazos cruzados sobre el pecho y de los labios le colgaba un cigarro. Llevaba el pelo rubio peinado hacia arriba con gomina, lo que dejaba a la vista una cicatriz blanquecina en su frente.

—¿Qué haces aquí? —Le quitó el cigarro rápidamente, antes de que pudiera reaccionar—. Y con esto en la boca.

—Tío, este jueguito está empezando a cansarme. ¿Sabes la pasta que vale un paquete de tabaco?

—Ni idea, pero piensa en todo el dinero que te ahorrarías si dejaras de comprar esta mierda. —Me hice a un lado—. ¿Vas a pasar o piensas quedarte ahí, quejándote?

Me miró con cara de malas pulgas, pero entró. Fue directamente hacia el salón, se quitó los zapatos, posó los pies en la mesita de café y cogió un trozo de mi pizza.

—Por favor, como si estuvieras en tu casa —mascullé. Le di un manotazo en los pies para que los quitara—. Aún no me has dicho qué haces aquí.

—Pues verás, mi hermana está en casa cotilleando con Abel y Logan está leyendo en su cuarto. Mis amigos están por ahí con sus novias y yo no tenía plan, así que he decidido venir a molestarte un poco, que es uno de mis pasatiempos favoritos. —Sonrió y le dio un bocado a la pizza—. ¡Puaj! ¿Qué coño es esta cosa amarilla?

—Es pimienta. Ya sabes, verdura —añadí al ver su cara de espanto—. Cosa que deberías incluir en tu dieta. Somos lo que comemos, Hunter.

—Pues a ver si dejas de comer imbéciles, que se te está yendo la mano —replicó con mordacidad.

Quise fingir que me había ofendido la respuesta, pero lo cierto es que me había hecho gracia y no pude reprimir la risita que se me escapó. Él sonrió de medio lado y se giró para mirar a la pantalla.

Gerard Butler y sus espartanos llenaron el silencio de las siguientes dos horas. Hunter se arrellanó del todo en el sofá y terminó por comerse la mitad de la pizza de la que tanto renegaba.

—Yo hubiera sido un buen espartano —dijo él cuando terminó la película.

—¿Qué te hace pensar eso? —pregunté mientras hacía bolas de helado de brownie y las apartaba en dos cuencos.

—Bueno, para empezar, tengo el cuerpo necesario para ir en calzoncillos a la guerra. Por no hablar de mi extraña predisposición al enfrentamiento físico, cosa que me hubiera valido tierras y una esposa cañón en otros tiempos, pero que en el siglo veintiuno está mal vista. —Puso los ojos en blanco—. Nací en la época equivocada.

—Vaya, realmente eres un incomprendido.

—Como todos los genios —añadió él de forma solemne.

Nos comimos el helado en la cocina. Al principio pensé que iba a ser un poco incómodo, pero por alguna extraña razón, Hunter estaba agradable conmigo aquella noche. Supuse que habría un motivo oculto, pero no quise espantarlo preguntándole, así que me esperé a que fuera él quien me lo revelara voluntariamente.

Finalmente, en uno de los silencios que se crearon en la conversación, Hunter se pasó la mano un par de veces por el pelo engominado y se recostó en la silla con la vista puesta en mí.

—Supongo que te preguntarás por qué he venido hoy realmente —comenzó a decir. Asentí—. En realidad, no lo sé ni yo. Quiero decir, que sí lo sé, pero... —Se frotó la cara, se rascó la nariz, jugueteó con la cuchara... Yo me incliné sobre la mesa y entrelacé los dedos, esperando a que se decidiera a contarme lo que tenía en la mente—. El tema es este. ¿Te acuerdas de cuando estábamos en la cocina de mi casa y tú me diste un...? Bueno, un condón. Vale, pues nunca he

usado uno antes.

Se quedó callado. Pensé que aquel era el final de su intervención, por lo que supuse que lo que quería era que le enseñara cómo se usaba.

—¿Quieres que coja un plátano y te enseñe a...?

—¡No, joder, no! —exclamó, ruborizado de repente—. No es eso a lo que me refería. Sé cómo se pone y todo el rollo, es solo que... —Cogió aire y lo soltó poco a poco—. Ashley quiere acostarse conmigo, y yo quiero hacerlo también, pero no sé... A ver, sí que sé, la teoría al menos...

—Hunter —le corté, decidido a echarle un cable—, ¿me estás queriendo decir que eres virgen y quieres consejo sobre sexo?

El tardó un poco en contestar y se ruborizó aún más cuando finalmente asintió.

—Eres el único al que podía acudir —confesó—. No puedo pedirselo a mi hermana porque me da vergüenza, porque es una chica y porque pondría el grito en el cielo y luego me daría una charla sobre el herpes genital. Mis amigos son unos imbéciles y en este aspecto casi que tienen menos idea que yo. El único al que podría haber acudido habría sido mi padre... —Tragó saliva y desvió la mirada—. Y bueno, ya sabes.

—No te preocupes, yo puedo ayudarte. ¿Qué es lo que quieres saber exactamente?

—Pues un poco así todo, en general. Lo que les gusta a las chicas. —El rubor le llegaba a las orejas y yo tuve que aguantar la risa al verlo tan cohibido—. También es la primera vez para Ashley, y quiero que sea agradable para ella, ¿sabes? Que se sienta bien.

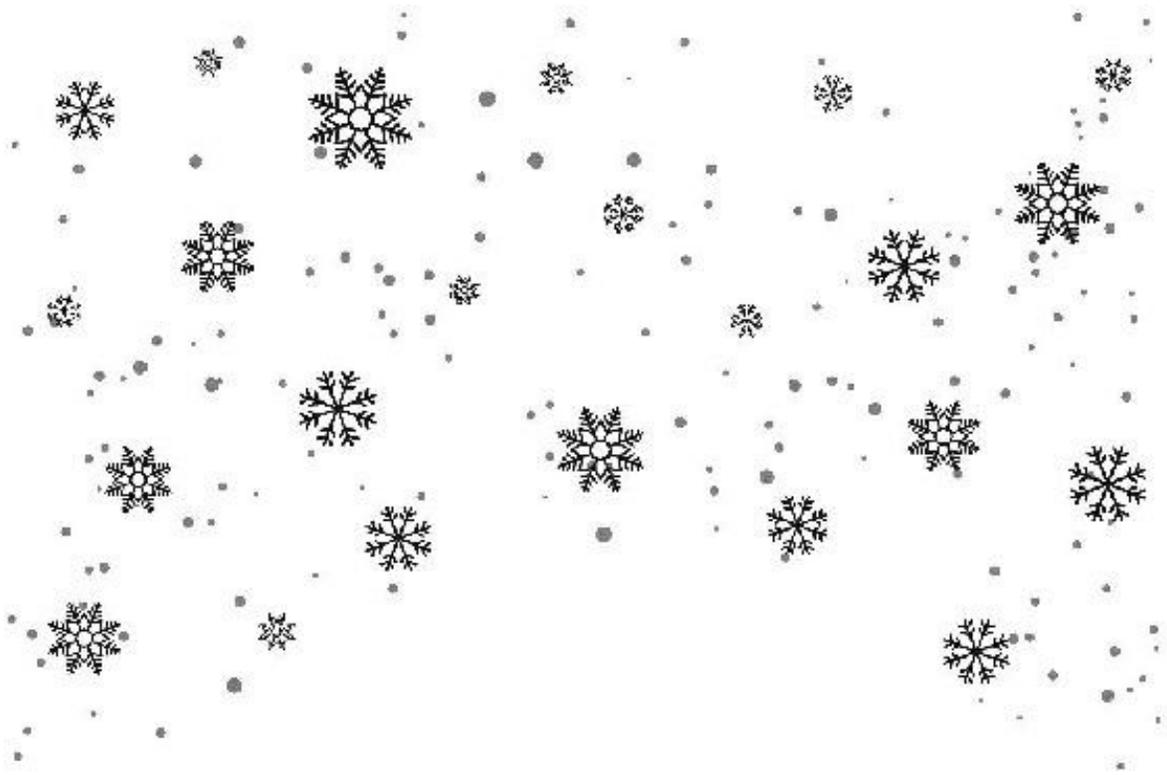
—Lo primero que tienes que tener en cuenta es que el sexo, como todo, es cuestión de práctica. La primera vez nunca es placentera, sobre todo para la chica. Seguramente le dolerá, y por eso tienes intentar que se sienta cómoda. No vayas con prisa, céntrate en conocer bien su cuerpo y en que ella conozca el tuyo. ¿Entiendes lo que te digo?

—Sí, lo pillo... Pero tal vez puedas darme un par de consejos técnicos sobre la materia. Qué hacer, qué hacerle...

—Está bien —dije, y me levanté de la silla para dirigirme a la encimera de la cocina.

—¿Qué haces? —preguntó Hunter, confuso—. ¿A dónde vas?

—A hacer café —respondí mientras abría el mueble y cogía dos tazas grandes—. ¿No dices que quieres saberlo todo? Pues vamos a necesitar cafeína porque esta conversación va para largo.



Capítulo 28

Emily

Abel y yo habíamos jugado al *Kingdom Hearts* durante un buen rato y ahora estábamos acurrucados en el sofá viendo programas antiguos de «El Soltero», un *reality show* donde un chico, normalmente bastante atractivo, tiene que elegir entre unas cuantas chicas a la que será su futura esposa. Abel se dedicó a gritar a la tele durante la ceremonia de la rosa, en la que el chico entregaba una flor a las candidatas elegidas esa semana para continuar participando en la búsqueda del amor.

—No me puedo creer que no le haya dado una rosa a Cheryl todavía —se quejó—. Este tío es imbécil.

—Pero es guapo, y eso es lo único que cuenta en este programa —observé justo cuando el cámara le hacía un primer plano a Nick, el concursante.

—No sé, a mí no me llama mucho la atención... Pero sí, supongo que es tu tipo —añadió mientras vaciaba lo que quedaba de la segunda botella de vino de la noche en nuestras copas—. Alto, barba de tres días, sonrisa pícara... Se parece a Wes.

—¡No se parecen en nada! —exclamé, volviendo a mirar a Nick en la pantalla—. Wes es mucho más guapo.

—Mira, en eso estoy de acuerdo —rio él.

Seguimos viendo el programa un rato más, hasta que Logan se reunió con nosotros en el salón. Carraspeó y me miró, esperando a que yo comenzara a hablar.

Unas horas antes de que llegara a casa, Logan me dijo que quería contarle a Abel que era gay. Después de todo, él también lo era y habría sobrevivido a los juicios y las malas miradas de la gente del pueblo. Quería pedirle consejo sobre cómo actuar, qué hacer, y aunque no creía que hubiera un manual escrito sobre el tema, no quise llevarle la contraria.

—Abel —comencé a decir al tiempo que mi amigo apuraba su copa de un sorbo—, hay algo que quería decirte. Verás... Logan es gay.

—Por supuesto que lo es —dijo Abel sin darle importancia.

—¿Tú te habías dado cuenta? —Parpadeé, sorprendida. Logan, por su parte, lo miraba atónito y algo avergonzado—. ¿Cómo?

—Para empezar, tengo ojos en la cara —los señaló con un movimiento de la mano—, y además de ser preciosos, funcionan a las mil maravillas. Y luego está el radar gay, claro, que es mi superpoder. —Se volvió hacia mi hermano—. Supongo que querrás saber cómo ser tú mismo en Taylors Falls y no morir en el intento. —Logan asintió fervientemente—. Pues lo único que vas a necesitar es tener un par de cojones y la piel dura, no hay más. Dirán lo que quieran sobre tí, pero eso te tiene que dar igual. Por supuesto, a veces querrás llorar, pegarles, o tal vez ambas cosas, pero debes fingir que no te afecta. Es la única manera de que la cosa se normalice. La gente del pueblo puede ser un poco conservadora, pero yo soy gay y negro y jamás he tenido un problema grave con ellos, así que no tendrías por qué tenerlo tú. Además, piensas ir a la universidad, ¿no?

—Ese es el plan, sí.

—¡Entonces solo tienes que aguantar un par de años más!

—Abel lleva razón —observé—. Pronto te irás de aquí y podrás empezar de cero.

Logan sonrió de oreja a oreja ante la perspectiva de vivir una vida nueva. Le dio las gracias a

Abel con un apretón de manos y volvió a subir a su cuarto. Yo apoyé mi espalda en el pecho de Abel y él me pasó el brazo por encima.

—Gracias por eso. El chico está pasándolo mal.

—Me gustaría poder decirte que se pasará pronto, pero es difícil enfrentarte a la sociedad siendo lo que la gente considera diferente. Yo aún lucho con ello cada día.

—Lo sé —suspiré—, y me mata no poder hacer nada para aliviarte ese peso.

—Lo haces. —Me volví para mirarle y él me sonrió—. Has sido mi mejor amiga durante años, me quieres tal y como soy y me apoyas en todo. Tengo mucha suerte de tenerte, Em.

—Y yo de tenerte a ti. —Noté cómo las lágrimas comenzaban a aflorar en mis ojos—. Oh, joder, creo que hemos bebido demasiado.

—¡Estamos entrando en la fase de la exaltación de la amistad! —exclamó secándose el par de lágrimas que se le habían escapado a él también—. Y todavía nos queda más vino...

Nos miramos fijamente y, a la vez, nos echamos a reír. Abel fue a la cocina para descorchar la última botella y yo me arrellané en el sofá con los ojos cerrados. Me concentré en la sensación de calidez que invadía mis extremidades y en la felicidad que sentía cada vez que Abel y yo pasábamos tiempo juntos. Él hacía que vivir en aquel lugar fuera mejor. Sus expectativas en la vida tampoco se habían cumplido y ambos nos habíamos vistos abocados a una vida en aquel rincón perdido de Minnesota, pero al menos nos teníamos el uno al otro.

Oí el sonido de la copa al posarse sobre la mesa y abrí los ojos. Abel me miraba divertido.

—¿Estabas fantaseando con tu novio? —preguntó con curiosidad mientras volvía a acomodarse a mi lado—. Porque no te culpo, el chico está buenísimo.

—No estaba pensando en él... Pero lo está, ¿verdad?

—Tanto que te envidio, y sabes que eso no pasa a menudo. Por eso no entiendo cómo te has controlado lo suficiente para no acostarte con él la primera noche que lo besaste.

—Solo hace un día de eso, Abel —le recordé—. Supongo que quiero tomármelo con calma. Lo que siento con él es... Indescriptible. Nunca me había sentido así, y quiero disfrutarlo durante todo el tiempo que pueda.

—Lo entiendo, pero imagínate lo que tiene que ser tenerlo tan cerca, Em. Cierra los ojos. —Lo hice—. Piensa en lo que sientes cuando le besas. Y ahora piensa en cómo sería quitarle la ropa y dejar su cuerpo desnudo a la vista. Pasar tus dedos sobre su piel, dejar que él haga lo propio contigo... Que te bese por todas partes, y sentirlo cerca, muy cerca, lo más cerca posible.

Solté un suspiro y un escalofrío me recorrió de arriba abajo. Abrí los ojos de golpe y me incorporé de un salto. Fingí que el movimiento había sido para coger mi copa de vino de la mesa, pero Abel me miraba con una sonrisa de suficiencia.

—Ve, yo te espero aquí.

—¿Que vaya a dónde? —pregunté confusa.

—A darle un beso de buenas noches a tu amor. —Se recostó y cogió la manta gris que descansaba sobre el brazo del sofá para taparse—. Tarda lo que quieras.

Me reí y sacudí la cabeza. Estuve a punto de decirle que estaba loco, que no iba a llamar a su puerta solo para besarle y volverme a casa, pero entonces el alcohol comenzó a hacer efecto, y tras pensar en lo que había sentido al imaginar a Wes pasando sus dedos por todo mi cuerpo, el vino tomó la decisión por mí.

Estaba ya en mitad de la calle cuando me di cuenta de que no me había puesto nada de abrigo. Llevaba una camiseta blanca de pijama y mis pantalones de chándal grises remetidos por dentro de las botas Uggs que solía ponerme para estar por casa. El pelo aún lo tenía recogido en un moño despeinado, del cual me deshice torpemente antes de llegar a la puerta. Inspeccioné los

alrededores para asegurarme de que los señores Parker aún no habían llegado de su cena y llamé a la puerta.

Tardó un rato en abrirme. Cuando me vio, se quedó parado, mirándome con extrañeza.

Estaba guapísimo. Joder, ¿cómo podía estar tan irresistible vestido de aquella forma? Solo llevaba una sudadera gris de capucha y unos pantalones negros de chándal que habían visto tiempos mejores. No tenía zapatos; simplemente unos calcetines gruesos. Me quedé mirándole los pies durante demasiado tiempo, y él se vio obligado a carraspear para llamar mi atención.

—Hey —me saludó finalmente, y tanto el tono con el que pronunció aquella palabra tan sencilla como el gesto de su cara cuando lo hizo me provocaron una sensación de calor en la parte baja del estómago—. Creía que estabas con Abel.

—Lo estaba. Lo estoy —me corregí—. Pero necesitaba hacer algo antes de dormir.

En su rostro pude ver la pregunta que comenzaba a tomar forma, pero no le dejé hacerlo. Posé la mano sobre su nuca y lo atraje hacia mí con una pasión que nos sorprendió a ambos. Me perdí en sus labios, en la humedad de su lengua, en el gemido ahogado que soltó y que fue a parar a mi boca, porque no había espacio entre nosotros. La rigidez de su cuerpo, provocada seguramente por la sorpresa, duró poco; enseguida se acercó aún más a mí y me rodeó la cintura con ambas manos.

Me sentía bien entre sus brazos. Me sentía en casa.

Atrapó mi labio inferior con sus dientes y no pude evitar estremecerme. Él subió una de sus manos hasta mi rostro. Su dedo pulgar trazaba círculos en mi pómulo mientras su boca comenzaba un viaje por mi cuello que no estaba segura de poder aguantar. Gruñí y busqué de nuevo su cara, pero no le besé. Me quedé mirándole, frente con frente, jadeando sin parar, en un intento de recuperar el aliento que me había robado. Él sonrió de medio lado y rozó mi frente con el interior de sus labios.

—¿Sabes? Podría acostumbrarme a este tipo de visitas fácilmente —bromeó en voz baja y yo solté una especie de carcajada ahogada.

De pronto oí un carraspeo proveniente de dentro de la casa y me alejé, sobresaltada. La cabeza de Hunter apareció sobre el hombro de Wes con una sonrisa burlona en los labios.

—¿Cuántos rayos han sido esta vez, hermanita? —dijo en tono socarrón—. ¿Diez? ¿Tal vez más?

—¿De qué está hablando? —preguntó Wes.

—¿Y tú qué haces aquí? —pregunté yo a la vez.

—Pasar un poco de tiempo con mi cuñado —contestó mi hermano mientras le palmeaba el hombro—. Te preguntaría lo mismo a ti, pero he podido ver a qué has venido con mis propios ojos.

Oí el ruido del motor de un coche a mi espalda. Sin mirar siquiera, supe que se trataba del señor y la señora Parker y automáticamente me puse roja como un tomate. Agarré a Hunter del brazo y tiré de él para que viniera conmigo.

—Te llamo mañana —dije a Wes por encima del hombro.

Di las buenas noches a Harrison y Pam, que me miraban extrañados por la prisa con la que me dirigía hacia mi casa. Cuando entré en ella, cerré la puerta y suspiré de alivio.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Abel desde el salón.

—Oh, ha ido muy bien —contestó Hunter antes de dedicarme un guiño y subir las escaleras.

—Hunter lo ha visto todo —suspiré cuando regresé al sofá—. No sabía que estaba con él.

Mi móvil vibró sobre la mesa y me abalancé hacia él. El nombre de Wes brilló en la pantalla y pude notar el cosquilleo en la tripa, ese que ya era habitual sentir si se trataba de él.

Wes: ¿Cómo se supone que voy a dormir yo ahora?

Emily: Respira hondo. Cierra los ojos. Cuenta ovejitas.

Wes: No son precisamente ovejitas lo que veo cuando cierro los ojos...

Emily: Buenas noches, Ohio ;)

Wes: Buenas noches, Minnesota ;)

Noté la presencia de Abel sobre mi hombro y bloqueé el móvil rápidamente. Él besó mi mejilla y me tendió la copa de vino.

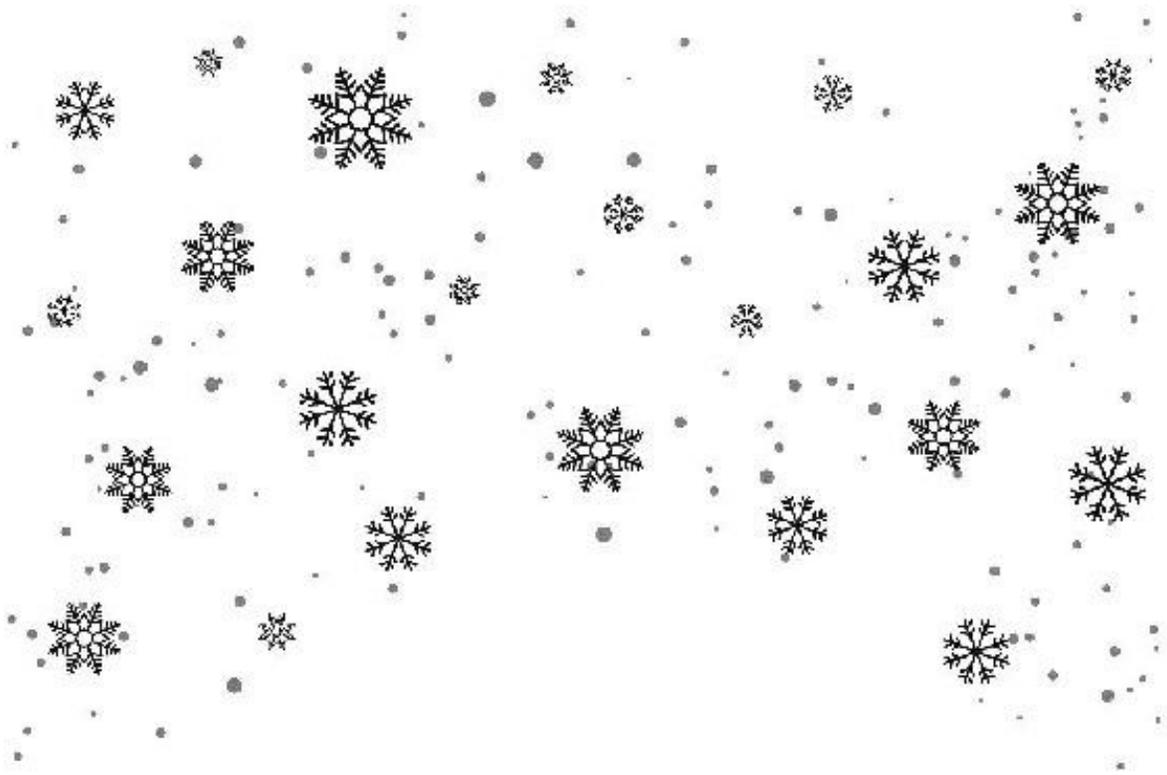
—Me gusta ese chico —dijo.

—Solo lo has visto una vez, Abel.

—Lo sé, pero me gusta cualquier persona que te haga poner la cara de felicidad que tienes ahora mismo.

Quise rebatirle, pero ¿qué sentido tenía?

Era feliz.



Capítulo 29

Wes

Halloween llegó sin avisar. Y es que la rutina en la que me había sumido en las últimas semanas era tan placentera que apenas me di cuenta del paso del tiempo.

Emily se había incorporado al bar, y yo aprovechaba los ratos en los que ella trabajaba para echar currículums y trabajar en mi manuscrito. Solía hacerlo en casa, pero a veces decidía visitarla en el trabajo y me sentaba en una de las mesas que ella atendía para cambiar de escenario. Debido a esas visitas pude conocer más a Abel, su amigo, quien resultó ser bastante agradable. No nos hizo falta tener muchas conversaciones para notar que conectábamos, y eso parecía hacer muy feliz a Emily. Cada vez que nos veía hablando amigablemente, se acercaba con una sonrisa de oreja a oreja y nos besaba a ambos en la mejilla.

También echaba una mano en *Holly Jolly's*, la tienda de los Evans. Al parecer solían abrir media jornada hasta que llegaba noviembre, mes en el que empezaba lo bueno. Emily y los gemelos se turnaban para atender a la afluencia de gente que acudía a comprar algún adorno para la casa o un recuerdo del lugar. Por eso, para aprovechar que tenía libre la noche de Halloween y que era la última antes de que comenzara la jornada intensiva en el negocio familiar, Emily quiso quedarse en casa a descansar y recargar las pilas un poco.

Eso sí, disfrazada.

Sabía que se iba a disfrazar de Caperucita Roja sangrienta (lo que fuera que aquello significara), así que decidí ir de hombre lobo. Tras pasarme casi una hora pegándome pelo en la cara, ponerme las lentillas amarillas y unos colmillos falsos que se me caían cada dos por tres, estuve listo por fin. No sabía qué tipo de ropa llevaban los hombres lobo, de modo que decidí documentarme viendo la serie *Teen Wolf*. Tras tres capítulos, llegué a dos conclusiones: una, que me había enganchado a la serie; y dos: que vestían con vaqueros, camisetas ajustadas y chupas de cuero encima.

Mis padres no se habían esmerado mucho con la decoración. Se habían limitado a colocar unas cuantas calabazas y un esqueleto gigante que se movía cuando detectaba movimiento cerca, cosa que descubrí de la peor forma posible y que casi me provoca un infarto. El jardín de Emily, sin embargo, estaba lleno de lápidas, telas de araña y demás cosas que los gemelos habían comprado en la tienda de un dólar. Era la primera vez que ellos se encargaban de la decoración y lo cierto era que habían hecho un gran trabajo.

—¿De qué voy disfrazado? —me preguntó Logan en cuanto abrió la puerta.

—Yo diría que del monstruo de Frankenstein —contesté tras examinarlo cuidadosamente.

—¡Gracias! —exclamó y me dio un breve abrazo—. ¡Por fin alguien que sabe que soy el monstruo de Frankenstein, y no Frankenstein a secas! —Se hizo a un lado para dejarme pasar—. Mi hermana está arriba terminando de arreglarse y Hunter está en la cocina. ¿Quieres algo de beber?

—Una cerveza, gracias.

En ese momento, Emily llamó a Logan desde el piso de arriba y yo me dirigí hacia la cocina. Hunter estaba sentado en uno de los taburetes, vestido con una camiseta de los Vikings y la cara maquillada como un zombi.

—Vikings... Muerto... ¡Lo tengo! ¿Te has disfrazado del estado en el que están las posibilidades de tu equipo de estar en la Super Bowl?

La única respuesta que recibí por su parte fue el alzamiento del dedo corazón.

—¿Qué planes tienes para esta noche? —pregunté mientras abría la nevera—. ¿Alguna fiesta?

—En realidad... —Hunter miró a su alrededor para asegurarse de que estábamos solos antes de proseguir—. Creo que hoy es la noche. —Lo miré confuso—. Ya sabes... *La noche*.

—¡Oh! —exclamé al darme cuenta, y enseguida bajé la voz—. ¿Vas a hacerlo con Ashley por fin?

—*Sip* —asintió—. Sus padres están fuera y me ha invitado a pasar por su casa un rato.

—¿Estás nervioso? ¿Alguna duda de última hora que me quieras preguntar?

—Creo que lo tengo todo bajo control —sonrió—. La verdad es que tengo bastantes ganas.

—Ah, amigo —le palmeé el hombro—, eso no desaparece nunca, créeme.

Emily y Logan entraron en la cocina y ella soltó un grito de miedo fingido al verme. Yo quise hacer lo mismo, pero había perdido el habla momentáneamente al verla en aquel disfraz de Caperucita tan sumamente sexi. Lo único terrorífico era el lado derecho de su cara, donde se había colocado una de esas heridas falsas con su correspondiente sangre, simulando un zarpazo.

—¿Qué te parece? —me preguntó, alisándose la falda—. ¿Te gusta?

—Ajá —dije con la voz entrecortada, y oí la risa de Logan a mi espalda.

—Tú estás muy bien —prosiguió ella—. Pareces uno de esos hombres lobo de las series de la tele.

—Ajá —repetí, como si fuera imbécil.

Emily sonrió ante mi falta de verborrea y se acercó a mí, un poco cohibida. A pesar de que los chicos ya nos habían visto besarnos, nunca era cómodo para ella. Puse la mano en su cintura y le di lo que pretendí que fuera un pico, pero que se alargó en cuanto entré en contacto con sus labios. Cuando nos separamos, restregó su dedo pulgar contra los míos para borrar el rastro de carmín rojo que había dejado.

—Sois bastante monos —dijo Logan, sonriente.

—Vomitivos —añadió Hunter, aunque estaba luchando por no esbozar una sonrisa.

Los cuatro nos fuimos turnando para atender a los niños que pasaban por la casa a pedir caramelos. Me sorprendió el hecho de que varios de ellos se asustaran al verme, y eso me hizo sentirme orgulloso de mi disfraz. Cuando fue el turno de Emily, no pude evitar poner los ojos en blanco al observar la reacción de varios padres al verla. A algunos incluso se les olvidaba a qué habían ido hasta que sus hijos les tiraron del brazo para ir seguir con la ruta.

Los gemelos se fueron a eso de las ocho a una fiesta a la que Hunter obligó a Logan a acudir. Después de darles una breve charla sobre lo perjudicial que es el alcohol (cosa que, irónicamente, hicimos con sendas cervezas en la mano), Emily y yo nos quedamos a solas en su salón, a la espera de que más niños nos visitaran.

Intenté mantener las distancias, pero enseguida descubrí que era imposible. Sin saber bien cómo, pasamos de estar cada uno en un extremo del sofá a tenerla sentada a horcajadas sobre mí. Una de mis manos se había posado en su muslo y rehusaba marcharse de allí. Subía y bajaba por la suave piel, y cada vez que se atrevía a ir un poco más arriba, Emily soltaba un gemido que ponía de punta cada vello de mi cuerpo. Sus labios estaban inmersos en una misión por dejar un rastro de pintalabios en mi cuello cuando llamaron a la puerta otra vez.

—Odio a los niños —me quejé cuando ella se levantó de mi regazo.

—No seas tonto —rio—. ¿Tengo el pintalabios muy corrido?

—No tanto como me gustaría —gruñí—, pero es Halloween, ¿qué más da?

Se recolocó la falda y observé su culo mientras ella acudía a abrir la puerta. Decidí quedarme sentado en el sofá, más que nada porque no podía moverme con la erección presionándome los ya de por sí ajustados vaqueros. La esperé pacientemente, pero estaba tardando demasiado y fui a ver qué pasaba. Al llegar al umbral de la puerta, oí la voz de un tío que me resultaba algo familiar. Cuando asomé la cabeza, vi la sonrisa petulante del director del instituto que bebía los vientos por Emily.

—Está increíble, señorita Evans —dijo con timidez, y tuve que refrenarme para no reír por la nariz—. Ese disfraz es... Guau. ¿Sabe? Caperucita Roja siempre fue mi cuento favorito.

—¿Sí? ¡Vaya! —contestó Emily amablemente. Metió un buen puñado de caramelos en el cubo con forma de calabaza de la niña que iba con él—. Eres una princesita muy guapa.

—¡Soy Rapunzel! —exclamó la niña, girando sobre sí misma para enseñar su vestido—. Es mi princesa favorita.

Emily siguió hablando con ella mientras Mark la devoraba con la mirada. Llevaba su peinado característico con extra de gomina, un chaquetón marrón tremendamente feo y una bufanda de cuadros escoceses que sobresalía de él. Lo único *halloweenesco* era un poco de sangre falsa que le salía del labio y una cicatriz pintada con lo que parecía lápiz de ojos. El tipo siguió mirando a Emily fijamente, incluso cuando estaba claro que ella había terminado de hablar con la niña y comenzaba a sentirse algo incómoda.

—Ahí vienen más niños —dijo finalmente al ver a tres chicos vestidos de demonio que se aproximaban con sus padres, a los que Emily parecía conocer.

—Vámonos, tío Mark —dijo la niña antes de echar a andar hacia la siguiente casa—. ¡Esa gente tiene un payaso maligno en el jardín!

—Espera un momento, Casey, ¡y no corras! Ha sido un placer, señorita Evans... Emily —se corrigió y la miró como si el uso de su nombre de pila tuviera que provocar en ella una reacción en concreto—. Ya nos veremos, supongo.

—Sí, supongo —dijo Emily, y enseguida se sumió en un abrazo con la madre de los tres demonios que esperaban impacientes su ración de caramelos.

Volví al salón y me puse a ver la tele mientras ella repartía más chucherías. Cuando regresó, levantó mi brazo y se acurrucó a mi lado, dejándolo caer sobre sus hombros. Vimos *La Familia Addams* en silencio, acoplados el uno al otro. No me había sentido tan relajado en mucho tiempo, y casi cerré los ojos para desear que se parara el tiempo en aquel preciso instante.

Logan volvió un par de horas más tarde, aliviado por poder quitarse el disfraz y meterse en la cama con el libro que estaba leyendo. Me contó de qué iba mientras Emily pedía unas pizzas por teléfono, y tras casi destriparme un par de cosas bastante importantes para la historia, se despidió de nosotros y se marchó a la cama.

Vimos películas una detrás de otra y aprovechábamos las pausas entre medias para tener sesiones cada vez más subidas de tono. Fue en mitad de una cuando Hunter entró en casa, lo que me obligó a levantarme de un salto. Él nos miró con las cejas enarcadas, como si quisiera hacernos ver que no engañábamos a nadie con nuestra fingida inocencia. Justo en ese instante llegó el repartidor de pizzas y, mientras Emily las recogía, yo fui a la cocina a por un par de cervezas más. Al pasar por al lado de Hunter, lo tomé del cuello y le obligué a acompañarme.

—Cuéntame —dije en voz baja.

—Así que eres uno de esos perversos, ¿eh? Ya sabía que había algo raro en ti...

—Déjate de tonterías y desembucha.

—Pues ha sido... —Una sonrisa de imbécil se le dibujó en la cara y la agachó para disimularla —. Joder, Batman. Joder.

—¿Qué tal Ashley?

—Bien. Estaba un poco nerviosa, así que me lo tomé con calma, como me dijiste. Me centré en ella y bueno... Creo que le ha gustado, porque mañana hemos quedado otra vez.

—¡Ese es mi chico! —dije y alcé la mano para que la chocara. Puso los ojos en blanco, pero terminó por hacerlo.

Le di la espalda para coger dos botellines del frigorífico y cuando me volví a girar, lo tenía a escasos centímetros de distancia.

—Quería darte las gracias —susurró—. Sé que he sido un poco capullo contigo desde que llegaste, y no me entiendas mal, seguiré siéndolo porque me sale solo. Pero me has ayudado mucho con este tema y quería agradecértelo.

—No hay de qué —le sonreí, extrañamente emocionado—. Puedes contar conmigo para lo que quieras, ¿sabes? Lo que sea, ahí estaré.

No estaba preparado para ver el brillo de esperanza que esa frase dibujó en los ojos del chico. Hizo el amago de decir algo, pero fue como si la emoción le embargase, y optó por palmearme el brazo y salir de la cocina. Antes de hacerlo, sin embargo, se frenó en seco y giró la cabeza hacia mí.

—¿Wes? —me llamó. Dudó unos instantes. Al final, sacudió la cabeza y miró al frente—. Estás empezando a caerme bien. No la cagues.

Se cruzó con Emily, que entraba con dos cartones de pizza apilados en una mano y el cambio del billete con el que había pagado en la otra.

—¿De qué hablabais? —preguntó mientras dejaba todo sobre la isleta de la cocina.

—Cosas de tíos.

Me acerqué a ella y posé las manos sobre sus caderas. Abrió la boca para seguir hablando, seguramente para saber a qué me refería con aquello, pero lo que fuera que iba a decir murió en la punta de su lengua cuando la acaricié con la mía.

—No sabía que Caperucita me ponía tanto —dije en voz baja. Mordí el lóbulo de su oreja.

—¿Trauma infantil, tal vez? —bromeó ella, y me gustó comprobar cómo se estremecía.

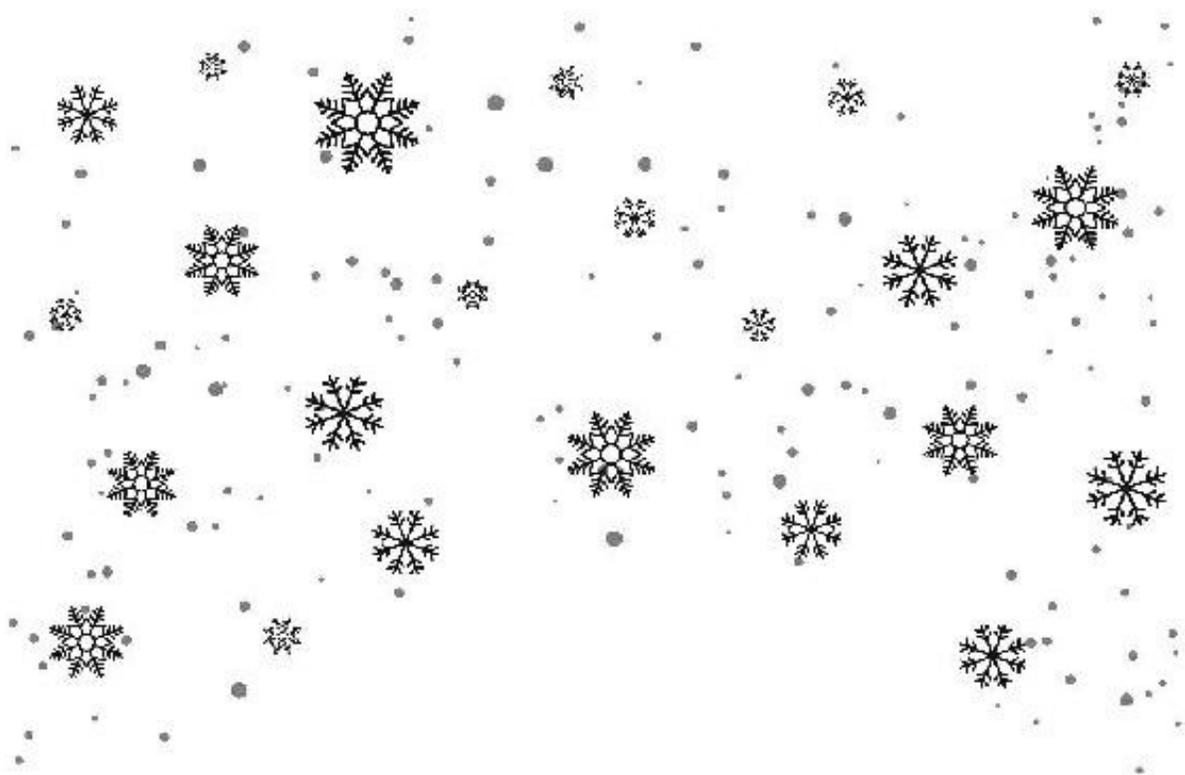
—Voy a tener que mirármelo. Tendré que ir al psicólogo.

—Pues pídemelo a mí también, porque desde que te he visto vestido de lobo me estoy planteando seriamente la zoofilia.

—*Hombre lobo.*

—Mitad zoófila, entonces.

Para cuando terminamos de besarnos, las pizzas estaban como témpanos de hielo.



Capítulo 30

Emily

Kate Morgan estaba sentada en la barra, perdida en sus pensamientos. Agitaba la copa de vino tinto una y otra vez, sin llegar nunca a darle un sorbo. Yo la miraba desde el otro lado con los brazos en jarra y el humo saliéndome por las orejas. Finalmente, di un manotazo en la madera, justo delante de su copa, y se sobresaltó tanto que derramó un poco de líquido.

—Escupe lo que sea que has venido a decirme —dije entre dientes al percatarme de que habíamos captado la atención de los pocos clientes que había aquella noche—. Hazlo y vete.

—Esa no es forma de tratar a los consumidores —replicó, aunque sin la mordacidad que la caracterizaba.

De hecho, aquella noche parecía diferente. Tenía un aire triste, decaído, e incluso la postura de sus hombros era distinta. Siempre solía ir demasiado recta, seguramente fruto de una formación en ballet o algo así, pero sentada en aquel taburete parecía tener un peso sobre la espalda. Me miró cansada y suspiró antes de echarse el pelo hacia un lado y apoyar la cabeza en su mano.

—Necesito más dinero —soltó y yo tuve que reprimir el grito de frustración que me escalaba por la garganta—. Me ha surgido un imprevisto. Sé que no tengo por qué darte explicaciones, y menos a estas alturas, pero soy consciente de que apenas has tenido tiempo de recuperarte económicamente y bueno...

—¿Por qué haces esto? —pregunté con furia, intentando mantener la calma y el tono de voz bajo—. He visto tu casa. Tu marido tiene dinero, ¿no? ¿Entonces por qué no se lo pides a él y nos dejas en paz de una puta vez?

Ella sonrió amargamente y se llevó la copa a los labios. No bebió; solo se los mojó un poco, y enseguida volvió a posar la copa sobre la barra.

—No bebo —dijo, volviendo a hacer girar el vino atrapado entre cristales—. Pero me gusta olerlo. Mojarme los labios... —Me miró con intensidad—. Me hace recordar otros tiempos, a otras personas.

El estómago se me hizo un nudo. Tragué saliva y me concentré en respirar hondo una y otra vez. No podía perder los papeles con ella, y mucho menos en mi lugar de trabajo. Tenía que guardar la compostura un poco más, aunque me lo estuviera poniendo muy difícil.

—Eres una hija de puta —escupí finalmente, sin poder contermé más, y esboqué una sonrisa falsa al ver que Artie, uno de los clientes, me miraba con el ceño fruncido—. Dime cuánto quieres y vete.

Mi elección de palabras pareció sorprenderla, pero como siempre, se recompuso enseguida. Irguió los hombros de nuevo y alzó el mentón, orgullosa. La sonrisa maligna que la caracterizaba arqueó su repugnante boca mientras dibujaba cifras en una servilleta. Acto seguido, puso un billete de diez dólares dentro, la dobló, me la tendió, y se levantó sin más.

—Tienes una semana, como siempre, aunque lo ideal sería que lo entregaras en tres días. Lo estaré esperando.

Cogió el bolso con una mano y la copa de vino con la otra. La olisqueó con los ojos cerrados y paladeó una ínfima cantidad antes de abrirlos.

—Sé que es el más barato que tenéis en la carta, pero puedes quedarte el cambio. —Me tendió

la copa—. Por cierto, ¿no era este el vino favorito de tu padre?

Cerré los puños con tanta furia que me clavé las uñas en mi propia piel. Ella se regodeó en mi reacción una última vez antes de contonearse hasta la salida.

No fui consciente de lo que hice hasta que Artie no se acercó a mí. Me preguntó una y otra vez si estaba bien, si necesitaba que me llevara al médico. Parpadeé, confusa, y miré sus profundos ojos azules durante unos instantes antes de darme cuenta de que algo líquido y cálido me resbalaba por el antebrazo. Había trozos de cristal repartidos por todas partes, y el color rojo del vino se mezclaba con el de mi sangre sobre la madera de la barra. Observé las gotas caer de la palma de mi mano, una tras otra, hasta que alguien me obligó a deshacer el puño y comenzó a limpiar la herida.

Al parecer se me habían quedado algunos cristales dentro, por lo que Artie se ofreció amablemente a llevarme a urgencias. Mientras conducía su vieja camioneta me dediqué a observarle. Hacía años que conocía a aquel hombre y, sin embargo, nunca me había percatado de la cicatriz que tenía en el pómulo, ni en que solía hablar consigo mismo, en susurros, muy a menudo. Alzó la mano para atusarse el fino pelo blanco, que ya clareaba, y murmuró una maldición antes de mirarme de reojo.

—Estás sangrando otra vez —observó, y me di cuenta de que había dejado de taparme la herida con el paño.

—Ups, sí, lo siento.

—No lo sientas. Esa mujer... —Lanzó un suspiro al aire y repiqueteó los dedos en el volante—. Entiendo que te saque de quicio.

—No lo sabes tú bien —murmuré—. No tenías por qué traerme, Artie. Podría haber conducido yo.

—De eso nada. Tu madre me habría matado si te hubiera dejado venir sola. —Sonrió con tristeza—. Menuda era Holly. Sé que ya no está, pero estoy seguro de que buscaría una forma de castigarme incluso desde el más allá si viera que dejo a su querida hija abandonada a su suerte.

—No seas dramático, anda —reí—. Oye, ¿qué tal va el coche?

Artie tenía un taller mecánico en el pueblo y era el mejor arreglando coches. Hacía unos meses que le había encomendado la tarea secreta de poner a punto el coche de mi madre, un Honda Civic del 2004, con la intención de regalárselo a los gemelos cuando cumplieran los dieciséis. Sabía que estaban locos por sacarse el carnet y poder dejar de depender de mí o del bus para llegar a todas partes. Estaba deseando verles las caras cuando les diera las llaves en Acción de Gracias, que este año caía en su cumpleaños.

—En realidad, quería hablarte de eso. Verás... —Tragó saliva y me miró algo preocupado—. Creo que va a salir un poco más caro de lo que te dije.

—¿De cuánto estamos hablando?

—De unos ochocientos dólares más.

—¡Artie! —exclamé—. ¡No puedo pagar eso!

—¡Lo sé, lo sé, y lo siento! Pero he tenido que cambiar el embrague, las correas de distribución y la bomba de agua. Eso es caro, Emily. Ya te estoy haciendo un precio inmejorable... —Lancé un grito de desesperación y él volvió a repiquetear los dedos en el volante, inquieto—. Puedes pagarlo a plazos, si quieres. O pedirle un adelanto a Jimmy. Estoy seguro de que te lo daría.

Yo también estaba segura de ello, pero no podía. Había hecho infinidad de cuentas. Sabía que no podía salirme mucho del presupuesto marcado, y menos aún después de la visita de Kate. Me mordí el interior de la mejilla mientras intentaba dar con la solución a aquel problema, pero mi

mente no parecía encontrarla por mucho que pensara en ello. Lo único que tenía claro era que mis hermanos iban a tener ese coche, así tuviera que buscarme un tercer trabajo para pagarlo.

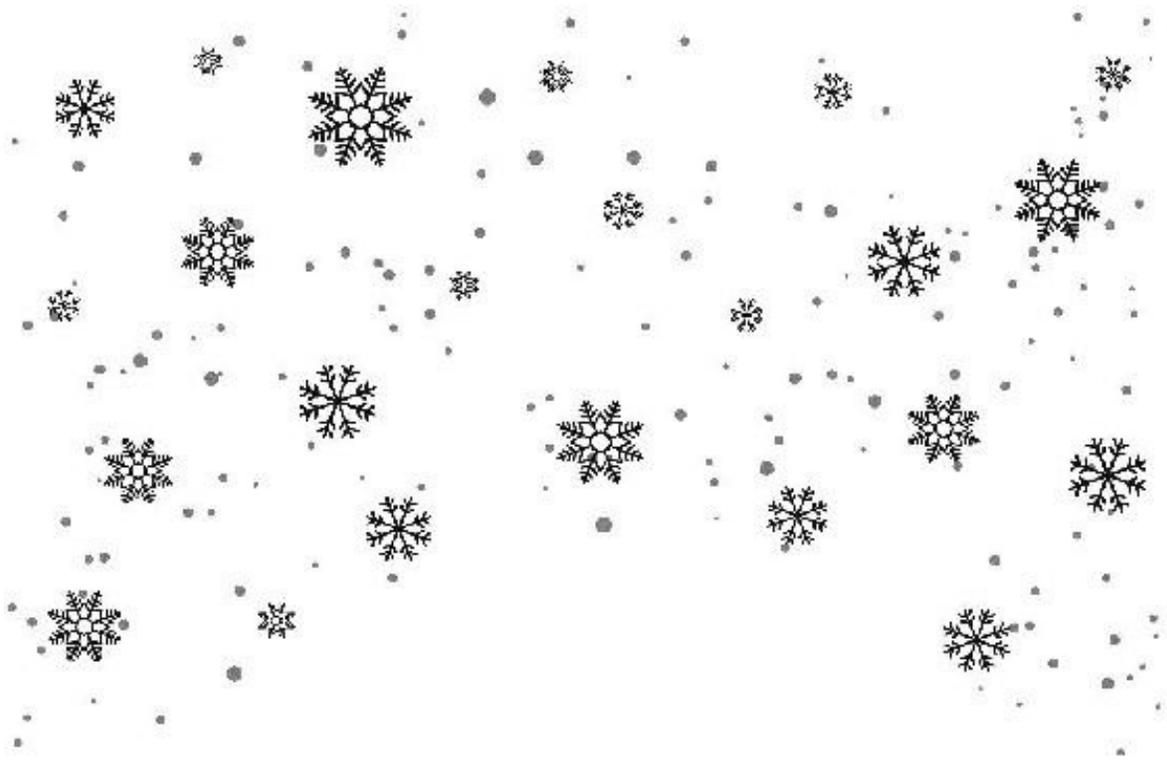
—Está bien —suspiré—, haz lo que tengas que hacer. Quiero que los chicos estén seguros cuando conduzcan. Ya veré yo lo que hago para pagarlo.

—Lo siento mucho, Emily —volvió a disculparse—. Si pudiera...

—No pasa nada, Artie, es tu trabajo y no vas a hacerlo gratis. No tienes por qué disculparte. Tú déjame a mí, ¿vale? Ya sabes que siempre consigo cuadrar las cuentas.

—Eso desde luego —corroboró—. Deberías llevar tú la economía de este país. Estoy seguro de que nos sacarías adelante en un periquete.

Don't close your eyes, una vieja canción de country que era de las favoritas de mi madre, comenzó a sonar en la radio y ambos la cantamos en voz baja mientras Artie aparcaba la camioneta frente al hospital.



Capítulo 31

Wes

Mi madre desplegó toda su artillería pesada y preparó una ostentosa cena como despedida. Solía hacer eso cuando estaba en la universidad, siempre la noche antes de que yo volviera al campus. Esta vez, sin embargo, eran ellos los que se iban.

Mi tía Sharon iba a operarse de cataratas. Vivía en Florida y su hijo, mi primo David, no podía volver a casa hasta el día después de la operación, por lo que mi padre había decidido viajar hasta allí y estar a su lado hasta que David llegara. La intervención estaba programada desde mucho antes de que yo volviera a casa, y como hacía años que no pasaba Acción de Gracias con ellos, mis padres habían dado por sentado que estaban libres para irse con mi tía y celebrar la fiesta con ella.

—Podrías venirte con nosotros —propuso mi madre con cara de cachorrito

—Sabes que detesto Florida, mamá. Odio ese sitio. No quiero ni poner un pie allí.

—Algún día tendrás que explicarnos el porqué de ese odio visceral a un estado en concreto —dijo mi padre mientras se apartaba otro trozo de pavo—. Te estás perdiendo el ir a DisneyWorld, ¿sabes?

—Puedo vivir sin ponerme unas orejas de Mickey y montarme en el Matterhorn, papá.

—Eso es Disneyland. ¿Es que no te he enseñado nada en esta vida, Wesley? —preguntó con tono dramático, lo que hizo que tanto mi madre como yo soltáramos una risita.

—Da igual, no pienso ir.

—¿Y qué vas a hacer en Acción de Gracias? ¡No me digas que vas a cenar solo porque me muero de la pena! —exclamó mi madre con voz de pito—. Al menos pregúntale a Emily si puedes cenar en su casa. Estoy segura de que te dirá que sí.

—¿Suelen cenar en casa los tres solos? Los Evans, me refiero.

—Oh, no, no. ¿Por quién me tomas? —se ofendió—. ¡Cenan con nosotros! ¿Acaso crees que iba a dejar que esos pobres chicos comieran hamburguesas y patatas fritas en una noche como esa? ¡Ni loca!

Mi madre adoraba Acción de Gracias. Siempre la recordaba en la cocina, entre libros de recetas y bandejas de horno, moviéndose con rapidez y estresando a todo aquel que osara a poner un pie en ella. Cuando al fin estaba todo listo y llegaba el momento de sentarse a cenar, nos hacía levantarnos por turnos y decir algo por lo que estuviéramos agradecidos. Yo siempre soltaba alguna tontería sin sentido, pero ella, con una rapidez inhumana, me tiraba un pellizco en el brazo y me miraba con esa expresión tan suya, esa que llevaba viendo desde niño y que significaba que me estaba pasando de gracioso.

—No me va a pasar nada por cenar una pizza delante de la tele, mamá. Es una noche como otra cualquiera.

Enseguida me arrepentí de haber dicho eso. Miré a mi padre, esperando a que me echara una mano ante lo que venía, pero él se limitó a abrir mucho los ojos y a ocultar su sonrisa tras la copa de vino.

—Wesley Abraham Parker —dijo mi madre, ultrajada. Lo sabía porque había usado mi nombre completo—. Acción de Gracias no es una noche cualquiera. Es una festividad para estar con la

familia, cenar buena comida y mostrar nuestro agradecimiento por las vidas que llevamos. ¿Es que tú haces eso todas las noches? —Negué con la cabeza—. Pues entonces no es una noche cualquiera, ¿no es cierto? —Asentí sin decir palabra—. Así que coge ese móvil que has traído a la mesa, a pesar de que sabes que no me gusta porque está lleno de gérmenes, y pregúntale a Emily si puedes cenar con ellos para que tu pobre madre se quede tranquila. —La miré, inmóvil, y parpadeé unas cuantas veces—. ¡Ahora, Wesley!

—¡Vale, vale! —exclamé y cogí el móvil—. Ya estoy llamando, ¿ves? — Me coloqué el móvil en la oreja—. Puedes dejar de gritar.

Emily no me cogió el teléfono. Supuse que estaría trabajando, así que volví a sentarme a la mesa y me terminé la cena, no sin antes prometerle a mi madre que le preguntaría si podía cenar con ellos en cuanto habláramos.

Me devolvió la llamada casi una hora más tarde. Yo estaba ya metido en la cama, dando cabezadas mientras intentaba ver un capítulo de *Teen Wolf*. No sabía por qué me había enganchado a esa serie, pero había pasado y no había vuelta atrás.

—Eh, Ohio —saludó ella con su dulce voz desde el otro lado de la línea—. ¿Me has llamado?

—Sí, hace un rato. No me acordaba de que trabajabas hoy.

—De hecho, estoy saliendo de urgencias ahora.

—¿Urgencias? —Me incorporé de un salto tan brusco que casi tiro el ordenador que descansaba sobre mis piernas—. ¿Qué ha pasado?

—Nada grave, tranquilo. Se ha roto una copa en el bar y me he cortado. Tenía algunos cristales dentro y he tenido que venir a que me los quitaran, pero estoy bien.

—¿Estás sola? ¿Quieres que vaya a buscarte?

—Estoy con Artie —dijo, aunque yo no tenía ni idea de quién era—. ¿Te acuerdas de él? El mecánico. El hombre que te dijo que su hija vivía en Cleveland la primera noche que viniste al bar.

—Ah, ¡Arthur! —recordé—. Sí, sí, sé quién es. ¿Quieres que te lleve algo de cenar a tu casa?

—Oh, no te molestes —respondió ella, pero ya iba conociéndola lo suficiente como para saber que en realidad sí que le apetecía—. No hace falta.

—Te llevaré algo de pavo, ensalada de patata y un trozo de pastel de arándanos.

—Vaya, ¡se me hace la boca agua solo de pensarlo! —Soltó una carcajada muy dulce y en mi mente imaginé cómo se tocaba el mechón delantero del pelo; ese gesto que solía hacer cuando reía de esa manera. Aquello me hizo sonreír un poco.

—¿Te veo en media hora?

—Hecho. Gracias, Ohio.

—No hay de qué, Minnesota.

Cuando le conté a mi madre lo que le había pasado a Emily, me preparó unas fiambresas enormes hasta los topes de comida. Las coloqué en forma de torre, las unas sobre las otras, y caminé con cuidado hasta la casa de enfrente, haciendo equilibrios para que no se cayeran.

Hunter abrió la puerta. Lo reconocí por los zapatos, ya que era lo único que podía ver con tanto recipiente tapándome la visión.

—¡Em, ha llegado un repartidor a domicilio! —gritó a su espalda y se retiró para dejarme pasar.

—Gracias por echarme una mano, Hunter —me quejé mientras posaba la comida en el mueble de la entrada—. Eres muy amable.

—Deja de protestar, Batman —espetó, concentrado en inspeccionar el contenido de las fiambresas—. Joder, tu madre cocina de lujo. ¡Logan, ven a oler esto!

Logan no tardó en aparecer, vestido con un pijama de cuadros y portando el nuevo libro que estaba leyendo en una mano. Tenía la vista fija en el pavo que Hunter le enseñaba, y ni siquiera me saludó hasta que no hubo probado un poco.

—Parece que tenéis hambre —observé divertido—. ¿No habéis cenado?

—Emily nos había dejado coles de Bruselas —dijo Logan y fingió una arcada—. ¿Tú qué crees?

—Creo que no os mataría comer algo de verdura de vez en cuando.

—Lo siento, pero yo he trazado la línea en la lechuga de la hamburguesa —intervino Hunter—. De ahí no paso.

Emily bajó las escaleras, ataviada con un pantalón de pijama rosa con corazones blancos y una camiseta blanca de manga larga que le quedaba algo pequeña. Llevaba el pelo recogido en una trenza que le caía sobre el hombro, pero los mechones que le enmarcaban la cara, al ser demasiado cortos, se le escapaban. Hizo el intento de apresar uno de ellos tras la oreja y fue entonces cuando le vi la mano vendada.

—¿Te han dado puntos? —pregunté tras besarla fugazmente.

—Un par de ellos nada más. —Pasó el brazo por mi cintura y me abrazó durante unos instantes mientras aspiraba mi ropa, como solía hacer—. Hum. He echado de menos este olor.

Sonreí y enterré un beso en su pelo. La abracé con fuerza para hacerle ver que yo también había extrañado estar con ella, aunque hiciera menos de un día que la había visto por última vez. Cuando alcé la vista, me percaté de que los chicos nos miraban con desesperación.

—Si vais a hacer eso —dijo Hunter con una exagerada mueca de disgusto—, ¿podemos comer nosotros?

—¿No os habéis comido las coles de Bruselas? —preguntó Emily de repente, y se separó de mí para poner los brazos en jarra—. ¡Chicos! ¡No podéis hacer lo que os dé la gana!

—En realidad, sí que podemos. Se llama libre albedrío, y lo he aprendido hoy en clase.

Logan rompió a reír ante el comentario de su hermano y le pasó el brazo por los hombros mientras cogía la fiambarrera con pavo y lo conducía hacia la cocina. Emily sacudió la cabeza, entre divertida y enfadada, y aprovechó que nos habíamos quedado solos momentáneamente para besarme.

—Así es como se saluda correctamente —me recordó con una sonrisa pícaro—. Y ahora voy a comer algo porque si no lo hago, alguna ballena podría malinterpretar el sonido de mi estómago como una llamada y presentarse en mi puerta.

Les observé mientras devoraban la comida entre risas. Cuando comenté de forma casual que iba a cenar solo en Acción de Gracias, apenas tuve tiempo de preguntar si podía cenar con ellos, porque Logan y Emily enseguida se adelantaron. Al parecer, también era el cumpleaños de los chicos y habían preparado una especie de fiesta con algunos amigos después de la cena, lo que dejaba a Emily sola en casa. Ambos parecieron aliviados al saber que estaría yo para hacer compañía a su hermana en una noche tan señalada.

Una ráfaga de sonidos proveniente del móvil de Emily hizo que se ensimismara mirando la pantalla. Los chicos siguieron hablando de sus planes para la fiesta mientras yo asentía ausente, centrado en observar el perfil salpicado de pecas que tenía a mi lado. A juzgar por su gesto, parecía preocupada por lo que sea que había leído en esos mensajes.

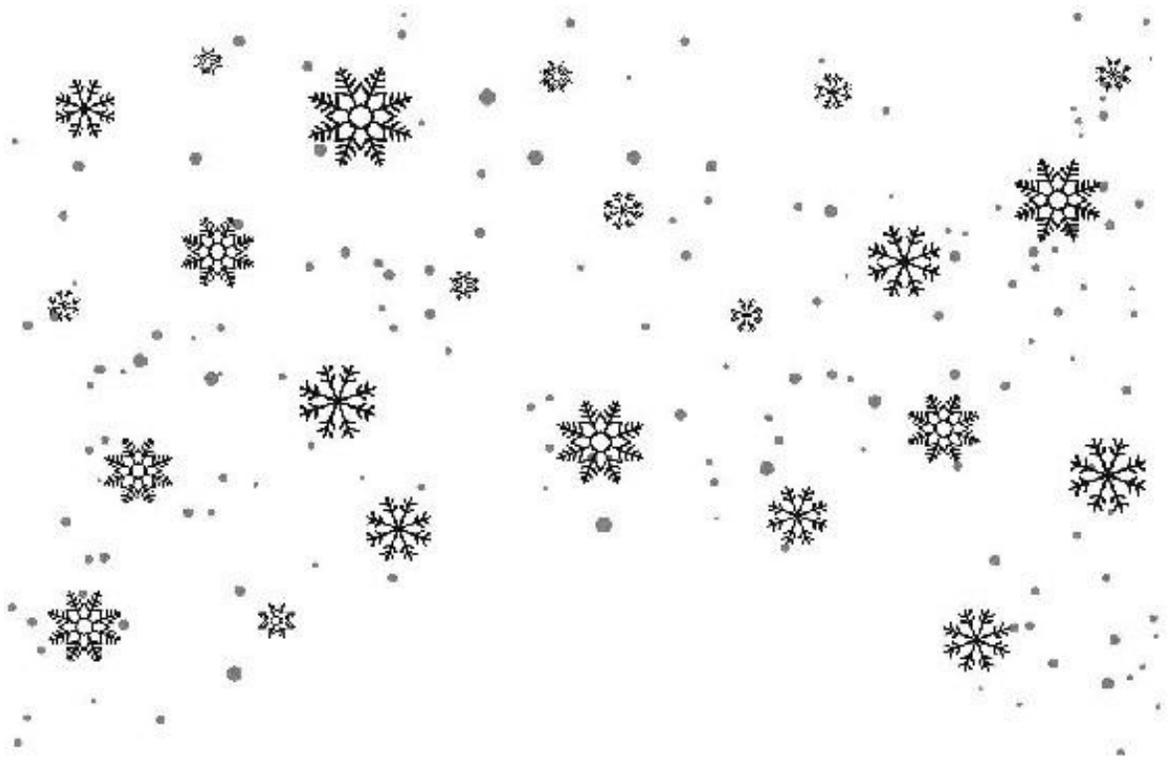
—¿Va todo bien? —le susurré mientras los gemelos discutían acerca del tipo de tarta que querían—. Pareces preocupada.

—Oh, no es nada. —Su móvil volvió a sonar, pero ella se apresuró a ponerlo boca abajo sobre

la mesa—. En serio, nada de nada —insistió con una sonrisa forzada. Devolvió su atención a la conversación, aunque algo me decía que no estaba al cien por cien en aquella cocina con nosotros.

Los chicos acababan de terminarse el postre cuando alguien llamó a la puerta principal. Hice el amago de ir a abrir, pero Emily se levantó como un resorte y fue corriendo a la entrada.

Desde donde estaba sentado, pude oír cómo giraba el pomo, cómo se abría la puerta y el grito agudo de quien se encontraba al otro lado de ella.



Capítulo 32

Emily

No pude hacer que se callara.

Lo intenté, incluso le tapé la boca con la mano vendada, cosa que hizo que tuviera que ahogar un quejido al notar el bocado que Kate Morgan me tiró en ella.

En cuestión de segundos, los chicos estaban a mi espalda, confundidos. Logan observaba a Kate como si estuviera intentando ubicarla en algún recuerdo que explicara por qué le resultaba tan familiar. Hunter, por su parte, pretendía aniquilarla con la mirada. Wes no parecía entender nada, pero aun así intentó llevarse a los gemelos para que no estuvieran presentes en lo que fuera que estaba a punto de pasar.

Kate iba hecha un desastre. Tenía los ojos rojos, llenos de lágrimas, y la cara como un tomate. El pintalabios se le había corrido por media cara y llevaba mal abrochados los botones de la fina camisa que vestía. Para rematar, algunos mechones de pelo se habían escapado del recogido y le otorgaban un aspecto desaliñado que nunca había visto en ella.

—¡Necesito el dinero, Emily! —gritó de nuevo mientras gesticulaba exageradamente con las manos—. ¡Lo necesito ahora!

—No hay dinero, Kate —reliqué con toda la calma que pude recolectar—. Solo hace unas horas que has venido al bar. No puedes pretender que te lo de ya.

—¿Qué dinero, Em? —preguntó Hunter a mi espalda—. ¿De qué está hablando esta tía?

—Wes, por favor, llévate a los chicos arriba —dije sin volverme—. Tengo que solucionar este problema.

—Oh, ¡tú no sabes lo que es un problema! —exclamó Kate y dio un paso hacia mí—. Todavía no lo sabes, pero ya te lo enseñaré yo.

Dio otro paso más y se encaró conmigo, pero no reculé. Cuando la tuve a escasos centímetros, pude percibir el alcohol en su aliento.

—¿Tú no decías que no bebías? —Solté una risa sardónica—. Mentirosa de mierda...

Para mi sorpresa, Kate apretó la mandíbula debido a la rabia y alzó la mano, como si fuera a pegarme una bofetada. No me moví ni un ápice del sitio e intenté poner lo que pensaba que era una expresión desafiante. Al parecer debí hacerlo bien, porque dejó la mano suspendida en el aire unos segundos y enseguida se apresuró a bajarla.

—¿Qué cojones haces? ¡Ni se te ocurra levantarle la mano a mi hermana! —escuché decir a Hunter. Intentó interponerse entre nosotras, pero tiraron de él—. ¡Suéltame!

—Wes, llévatelos arriba —repetí—. No quiero que vean esto.

—Tal vez es hora de que lo vean —intervino Kate, quien comenzaba a arrastrar las palabras debido al alcohol—. Ya estoy harta de este juegucito que nos traemos, ¿sabes? ¡Harta!

Rompió a llorar de lo que parecía rabia y nerviosismo. Yo la miré atónita y algo en mí cambió.

Kate llevaba razón. Ya estaba bien de tanta tontería, de tanto chantaje inútil. No iba a darle ni un dólar más a aquella mujer horrible, incluso si eso significaba tener que sentar a mis hermanos y contarle el secreto familiar que tanto me había esforzado en ocultar.

—Escúchame con atención, Kate. Deja de llorar y escúchame, joder —ladré. Ella intentó hacerme caso—. Yo también estoy harta, así que se acabó. He aguantado esto durante casi dos

años. He agachado la cabeza, me he mordido la lengua y he hecho lo que querías por ellos — señalé a mi espalda—. Haría lo que fuera por ellos. Pero no voy a permitir que irrumpas en mi casa y montes una escena delante de mi familia. —Di un paso hacia ella, decidida—. Vete de aquí. No aparezcas más en nuestras vidas.

—Pero el dinero... —comenzó a decir.

—No hay dinero —corté—. Ni lo habrá nunca más. A partir de esta noche te quedas sin nada con lo que chantajearme.

Me miró con la boca abierta.

—No te atreverás.

—Voy a contarles todo, Kate. Esto se ha terminado.

Hice el intento de cerrar la puerta, pero ella metió el pie justo a tiempo y volvió a abrirla. Se abalanzó hacia mí con gesto desencajado y las manos en alto. Por instinto, me cubrí la cara con las mías, pero no llegó a hacer falta, ya que Wes la había interceptado y la sujetaba por los brazos, asegurándose de que la tenía a una distancia prudente de su cuerpo.

—¿Me acepta un consejo, señora? —dijo con la mandíbula apretada y los ojos entornados de rabia—. Váyase antes de que haga algo de lo que pueda arrepentirse. —La soltó fuera de la casa—. Y aléjese de los Evans. Por su bien.

—¿Es una amenaza? —preguntó Kate mientras se retiraba con furia los pelos de la cara.

Wes se puso delante de nosotros, cubriéndonos. Cruzó los brazos sobre el pecho y ladeó la cabeza, muy serio.

—Sí —dijo finalmente—. Lo es.

Y de un portazo, dejó a Kate Morgan a la intemperie.

La que pintaba como una noche tranquila acababa de convertirse en una de las peores de mi vida.

Estaba sentada en el butacón color mostaza y enfrente tenía a mis hermanos, que me miraban expectantes. Me detuve a analizar sus rasgos, como siempre hacía. A pesar de que eran casi unos hombres, cada vez que les veía esas pecas, esos ojos azules, ese pelo arremolinado en la coronilla, volvían a ser unos niños para mí; unos niños que, a su corta edad, ya habían sufrido demasiado, y que estaban a punto de sufrir un poco más.

No podía hacerlo. No podía. Abrí la boca unas cuantas veces, pero el valor que creía que tenía se escapaba con cada respiración. Estaba a punto de cambiarles la percepción que tenían de nuestra familia, de esos padres que perdieron cuando más falta les hacían.

No podía hacerlo y tampoco quería. Pero debía.

—Creo que voy a irme a casa —dijo Wes a mi lado, y me tensé porque, por un momento, había olvidado que estaba ahí.

Alcé la vista y me topé con sus ojos marrones, que me miraban preocupados. Debieron ver el miedo en los míos, porque me lanzó una sonrisa preciosa cargada de ternura y posó su mano en mi hombro, el cual apretó ligeramente, como si así quisiera darme la valentía que me faltaba. En un acto reflejo, mi mano le dio el encuentro a la suya y, cuando toqué su piel, supe que le necesitaba a mi lado.

—No te vayas —le pedí con voz trémula—. Quiero que oigas esto.

—¿Estás segura? —susurró, inclinándose hacia mí—. Es algo familiar, Em. No debería...

—Por favor —le interrumpí, con la súplica escrita en mi voz—. Quédate.

El asintió y se quedó de pie, aunque algo alejado, como si quisiera darnos margen para discutir

asuntos que no le atañían.

—¿Vas a empezar a hablar ya o qué? —dijo Logan con desesperación—. No puedo aguantar más esta tensión.

Miré a los chicos a los ojos una vez más antes de comenzar.

—No hay forma fácil de decir esto, así que voy a ir al grano porque no sé de qué otra manera hacerlo. Esa mujer era Kate Morgan, la madre de Trent. —Logan abrió la boca y quiso decir algo, pero alcé la mano para que me dejara terminar—. También era la amante de papá.

Logan se tapó la boca con ambas manos. Hunter desvió la mirada y vi cómo su mandíbula se contraía una y otra vez. Wes, por su parte, intentaba no hacer ningún tipo de ruido, pero pude oír cómo inhaló con sonoridad al escuchar mis palabras.

—Unos meses antes del accidente, descubrí que papá y Kate tenían una aventura. Volví un día de Nueva York por sorpresa y los vi en el coche. Me enfrenté a él... —Tragué saliva. Suspiré. Hice cualquier cosa que me otorgara algo más de tiempo para decidir cómo iba a decir lo que venía a continuación—. Dejé de hablarle. Le dije que le odiaba. No tendría que haberlo hecho...

Las lágrimas comenzaban a salir de mis ojos sin control. Las intenté atajar con el dorso de mi mano, pero eran demasiadas y terminé por darme por vencida.

—Me volví a Nueva York en el primer vuelo que salió. No contesté sus llamadas, ni a los mensajes en los que me decía que lo sentía y que quería explicármelo todo. Yo no podía creer que le hiciera eso a mamá, a nosotros... —Me sorbí la nariz y alcé la vista para mirar a mis hermanos—. Aquel año le dije a mamá que no iba a venir a casa por Navidad. Ella no lo entendió y me preguntó el motivo una y otra vez, pero simplemente me limité a decirle que me parecía una celebración estúpida y patética. Aquello le dolió. Ya sabéis cómo era ella con esas fiestas... Y también sabéis que siempre se daba cuenta de que nos pasaba algo. Si teníamos algún problema, el que fuera, ella siempre lo sabía... Así que le pidió a papá que la llevara al aeropuerto.

Comencé a llorar más fuerte. Casi ni se me entendía, pero no podía parar de hablar, porque, si lo hacía, jamás terminaría de contar la historia. Era demasiado doloroso para mí hablar de ello, pero tenía que hacerlo. Tenía que sacarlo de dentro de mí, de donde nunca había salido. Tenía que extirparlo de ese lugar donde empezaba a enquistarse de tal forma que a veces me impedía respirar.

—Había comprado un billete de avión para venir a verme —proseguí—. Papá la llevaba al aeropuerto y, de camino a Minneapolis, ellos... —Solté un alarido de dolor que no pude controlar—. ¡Es culpa mía! Me comporté como una adolescente en vez de hablar las cosas como una adulta... ¡Están muertos por mi culpa!

Ya no había vuelta atrás. Lloré desconsoladamente mientras mis hermanos se tapaban la cara con las manos. Logan fue el primero que se acercó a mí. Se arrodilló a mi lado y me abrazó con fuerza, susurrándome en bucle que no era culpa mía. Hunter se levantó del sofá y comenzó a pasear en círculos por el salón. Le dio una patada rabiosa a la mesa auxiliar que había al lado del teléfono y la rompió en pedazos. Wes hizo amago de acercarse a él, pero mi hermano se escabulló y se sentó en el sofá de nuevo. Pasó una eternidad hasta que fijó su vista en mi cara. Tenía miedo de que lo hiciera, porque no sabía qué iba a encontrarme en sus ojos. Finalmente, cuando lo hizo, lo único que vi fue tristeza. No había ira ni dolor, sino una profunda e infinita tristeza que, sospechaba, estaba ahí desde hacía tiempo.

—Lo siento, Hunter —sollocé—. Logan, lo siento mucho.

Hunter derramó un par de lágrimas silenciosas y, de una zancada, se unió a Logan en el suelo. Posó su cabeza en mi pierna y se quedó allí, inmóvil, sin decir una palabra. Por el rabillo del ojo, vi a Wes apoyado en el quicio de la puerta, y eso me dio las fuerzas que necesitaba.

Tenía que terminar la historia. Debía de arrancar esa tirita de un solo movimiento.

—Kate contactó conmigo después del funeral —proseguí con un hilo de voz—. Pensé que tal vez quería darme el pésame. No sé si recordáis que aquellos días fueron una locura... Un ir y venir constante de gente que quería decirnos lo mucho que lo sentían, pero que no volvieron a aparecer jamás para preguntarnos si necesitábamos algo o si estábamos bien... El caso es que parecía muy simpática y por un momento creí que venía con buenas intenciones, pero entonces sacó un lápiz de memoria del bolso y lo puso sobre la mesa mientras me miraba con una sonrisa perversa. Me dijo que lo que había en él podía destrozarnos la vida más aún, y que os lo daría a vosotros si yo no accedía a darle dinero cuando lo necesitara. Estaba dolida porque papá había cortado con ella, porque me había elegido a mí, a nosotros... Y esa fue su manera de vengarse.

Hunter murmuró un insulto que fingí no oír y dio un puñetazo al suelo. Logan seguía escuchándome, pero tenía la vista perdida en un punto a su derecha. Le acaricié el pelo con suavidad.

—Tenéis que entender que en aquellos momentos yo estaba perdida. Estaba rota por el dolor y la culpa, pero sobre todo estaba preocupada por vosotros dos. Os quiero más que a nada en el mundo —se me rompió la voz como si fuera una hoja seca—. Solo quería evitaros más sufrimiento...

—¿Qué había en el pendrive? —preguntó Hunter con dureza.

—Eso no importa...

—Dínoslo. Hemos oído la historia, tenemos derecho a saberla completa.

—¿Qué había, Emily? —insistió Logan en voz baja—. Por favor.

Cerré los ojos con fuerza, como si así pudiera hacer desaparecer el recuerdo de las imágenes que vi cuando Kate Morgan le dio al play en su teléfono. Cuando los abrí, respiré hondo.

—Era un vídeo de Kate y papá. Estaban... en la cama.

—¡Hijo de puta! —escupió Hunter y se levantó del suelo de un salto.

—¡Hunter, deja de hablar así! —le rogué.

—¿Y qué quieres que le diga? ¡Engañó a mamá, nos engañó a todos! Con esa zorra...

—No digas esa palabra —dije con la mandíbula tan apretada que dolía—. Y no insultes a papá.

—¿Por qué no? Era un bastardo infiel que le puso los cuernos a mamá con una tía capaz de chantajear a unos huérfanos. ¿Cómo cojones quieres que hable de él?

—Fue un buen padre, Hunter —le recordé con desesperación—. Cometió errores, sí, pero...

—¡¡No le defiendas!! —gritó con las manos en alto—. ¡Deja de ser tan políticamente correcta, joder!

—¡No me grites! —respondí con las lágrimas nublándome la vista—. ¡No es justo!

Hunter negó con la cabeza enérgicamente y se giró hacia mí. Tenía dos surcos en las mejillas, creados por el paso de las lágrimas, y los puños apretados a cada lado del cuerpo.

—Lo que no es justo es que hayas tenido que pasarte dos años de tu vida así. Te hemos visto marchitarte día a día, Em. Hemos visto cómo te volvías más y más triste, cómo te agobiabas por el dinero y te pasabas la noche en vela cuadrando cuentas en la cocina. Cómo llorabas a moco tendido cuando veías una foto de papá y mamá, probablemente porque los echas de menos, pero también porque crees que tienes la culpa. Eso es lo que no es justo, que te arruinara la vida.

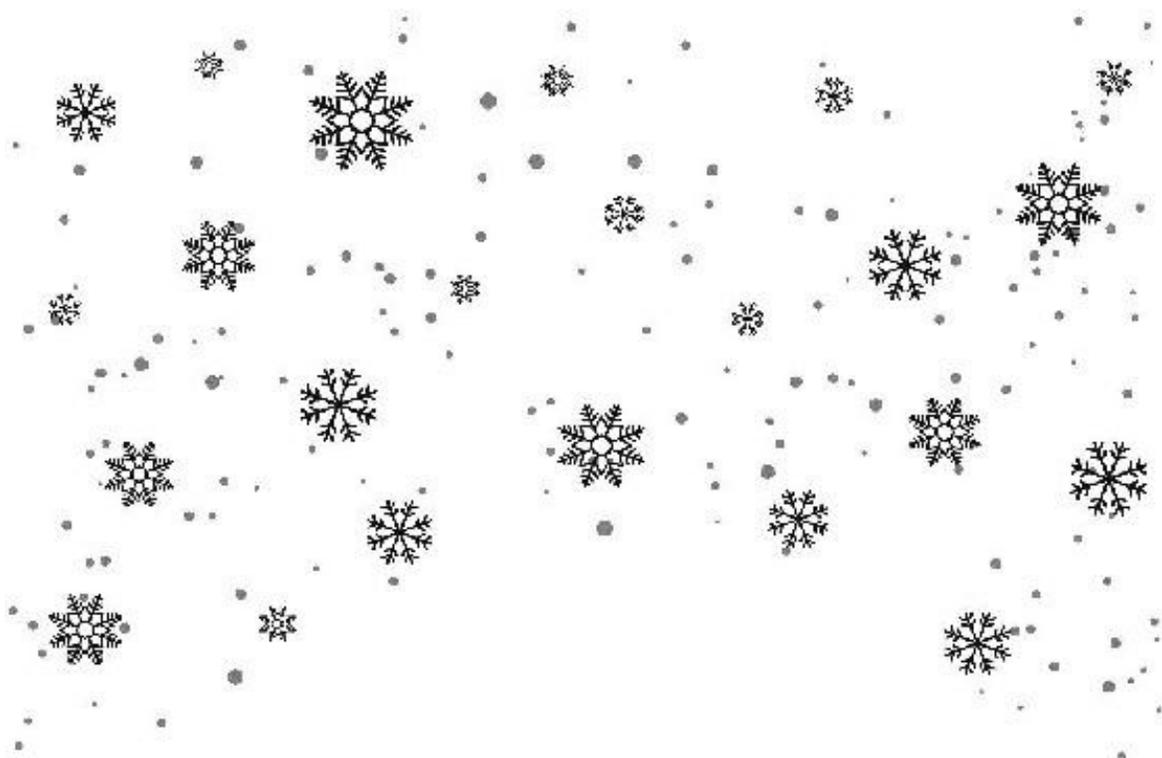
—Si papá no hubiera hecho lo que hizo —comenzó a decir Logan en voz baja—, tú no le habrías visto con Kate. No te habrías enfadado y mamá no habría tenido que ir al aeropuerto.

—¡Exacto! —exclamó Hunter—. El único culpable aquí se llamaba Robert Evans. Así que no me pidas que, después de todo esto, hable de él con cariño, porque no va a pasar.

—Esto es lo que yo no quería —dije en un susurro—. Por eso le daba dinero a Kate. No quería que os quedarais con esta imagen de él, con la infidelidad, porque papá era más que eso. Y creedme, no puedo llegar a entender por qué hizo lo que hizo, pero quiero poder perdonarle algún día. ¡Es mi padre! —sollocé—. Le quiero... Y ya no está. Jamás podrá llevarme al altar cuando me case, ni verá conmigo más partidos de los Vikings, ni me dará consejos sobre cómo invertir mi dinero. Así que disculpad si creéis que soy una estúpida, pero yo prefiero quedarme con el recuerdo del hombre bueno que conocí, y hablarle de él a mis hijos algún día cuando me pregunten por su abuelo. —Me levanté del sillón y limpié mis lágrimas—. Vosotros podéis hacer lo que queráis.

Subí los escalones sin darme cuenta. Cuando llegué a mi cuarto, me tumbé boca abajo en la cama y terminé de llorar por aquel hombre que, por muchos defectos que tuviera, siempre sería el hombre de mi vida. Aquel que cometió un gran error cuando posó sus ojos en Kate Morgan.

Aquel que, cuando se fue, dejó un vacío en mí que jamás podría llenar.



Capítulo 33

Wes

No sabía qué hacer. Mi cuerpo me pedía salir corriendo detrás de Emily, pero no estaba seguro de que ella quisiera ver a nadie en aquellos momentos. Tampoco quería dejar solos a los chicos. Ambos estaban sentados en el suelo, derrotados, cogidos de la mano. Me acerqué lentamente a los dos y me arrodillé.

—¿Puedo hacer algo por vosotros? —dije en voz baja.

—Irte —me espetó Hunter con rabia.

—No lo pagues con él —le dijo Logan y me lanzó una sonrisa triste—. Podrías ir con Emily. Te necesita. Nosotros nos tenemos el uno al otro —alzó la mano con la que agarraba la de Hunter—. Como siempre.

Le di un suave golpe en el hombro antes de perderme escaleras arriba.

Cuando llegué a la habitación de Emily, vi que la puerta estaba encajada. Llamé con un par de golpes suaves, pero lo único que obtuve como respuesta fueron unos gemidos de dolor.

Emily estaba tumbada boca abajo, con los brazos a cada lado de la cabeza. El sonido del llanto, aunque amortiguado por la postura en la que se encontraba, inundaba la estancia. Me quedé de pie, al lado de su cama, sin saber qué hacer. Finalmente, me atreví a sentarme a su lado y posé la mano sobre su espalda.

—Estoy aquí —susurré mientras le frotaba en círculos—. No pasa nada. Tranquila.

—Sí... que... pasa —hipó—. Todo lo hago mal. Soy una estúpida.

—Deja de decir eso, porque no es cierto. No eres estúpida. Eres inteligente, divertida, valiente, fuerte... —Le acaricié el extremo de la trenza—. Y la mujer más preciosa que he conocido jamás.

Ladeó la cabeza para poder mirarme. Esperaba que mis palabras causaran una sonrisa en su rostro, pero seguía con el semblante serio. Aun así, pude comprobar que se le había suavizado un poco la mirada.

—¿Puedo pedirte un favor? —me preguntó de pronto.

—Lo que quieras.

—Quiero hacer una cosa de mi lista esta noche. ¿Me acompañas?

—Por supuesto.

Se levantó de la cama y buscó algo de ropa en el armario. No me pidió que me girara ni yo lo hice. En vez de eso, me quedé sentado, memorizando cada palmo de piel que ella iba dejando a la vista mientras se deshacía del pijama. Formé un puño para refrenar el impulso de tocarla, de meter la yema de mis dedos tras la goma de las bragas rosas de encaje que llevaba puestas. Cuando se subió el vaquero, noté una pequeña punzada de decepción al comprobar que la suave piel de sus muslos había quedado cubierta y fuera del alcance de mi vista, pero entonces se quitó la camiseta de un movimiento y se me hizo un nudo en el estómago al ver el lunar que tenía junto al ombligo.

Ella me observaba intensamente mientras se desvestía. Sabía que la estaba analizando, que la deseaba, y aquello le gustaba. Obviamente no era el momento ni el lugar de hacer nada más que mirarla, pero no pude evitar querer estrecharla entre mis brazos y hacer que los únicos gemidos

que salieran de su boca fueran de placer.

Se bajó el jersey lentamente, dejando que me regodeara una última vez en ese lunar antes de taparlo por completo. Cuando lo hizo, levanté la vista hasta su cara y el brillo de sus ojos me cogió desprevenido. Se sentó a horcajadas encima de mí, me tomó la cara entre sus manos y enlazó sus labios con los míos; lentamente, con parsimonia, haciendo que cada terminación nerviosa de mi cuerpo se despertara de una vez. Agarré sus caderas con ambas manos y le devolví el beso con un poco más de urgencia, a lo que ella respondió con un arqueo de espalda que prometía volverme loco.

Dejó de besarme con los labios, pero no con la mirada. Pegó su frente a la mía y descansó allí unos segundos antes de poner algo más de distancia entre nuestras caras.

—Gracias por quedarte esta noche —dijo en voz baja.

—Gracias por pedirme que me quede.

No pensé que, entre todas las cosas que le quedaban por hacer de la lista, quisiera hacer aquella.

El cementerio estaba tenebrosamente en penumbra. Emily aparcó justo en la puerta y echó a andar por él, entre lápidas y flores. Yo iba iluminando el camino con la linterna del móvil, con cuidado de no pisar nada que no debiera. Para no haber visitado la tumba de sus padres desde el funeral, Emily recordaba a la perfección dónde estaba. La encontró a la primera, incluso a pesar de la oscuridad. Me cogió la muñeca de la mano que sostenía el móvil y la giró para iluminar la lápida que teníamos delante, bajo la que descansaban los restos de Robert y Holly Evans. Emily se arrodilló y trazó sus nombres con el dedo.

—Nos pasamos la vida dándole la espalda a la muerte, a pesar de que es parte de ella —Su voz queda rompió el silencio de la noche—. Evitamos hablar del tema por todos los medios, y cuando lo hacemos, nos aseguramos de tocar madera para alejarla. La ignoramos y por eso, cuando viene, no sabemos encajarla. Han pasado casi dos años y yo aún no he podido hacerlo. Hay días en los que me despierto y pienso que mi madre va a estar en la cocina, leyendo sus revistas mientras se toma un café, o que mi padre va a estar en el garaje toqueteando el motor del coche. Entonces bajo y veo la cocina vacía, el garaje cerrado y vuelvo a sentir ese vértigo que experimentas cuando alguien a quien habías hecho eterno resulta ser mortal. Y duele, Wes. Duele mucho. Como si te cogieran el corazón y lo apretaran con fuerza. Como si te quitaran el suelo bajo tus pies y todo lo que pudieras hacer es caer y caer, durante tanto tiempo que crees que jamás volverás a pisar tierra firme de nuevo. —Acarició el mármol de la lápida con ternura—. Pero lo haces. Vuelves a seguir con la vida como puedes... Hasta que lo vives todo de nuevo.

—No puedo ni imaginar cómo os sentís —dije, porque era verdad—. Si me pasara a mí...

—Si te pasara a ti, descubrirías que el mundo no se para. Te enfadarías, claro, porque ¿cómo no va a pararse si ellos ya no están en él? Es absurdo. —Suspiró sonoramente—. Pero con el tiempo te das cuenta de que debe ser así. Aunque duela, aunque escueza... La vida sigue, el mundo sigue, y tú también debes hacerlo si estás en él. Por ellos... Por ti.

Se puso de pie. Sacudió la nieve de sus pantalones y se apoyó en mi costado. Yo la rodeé con el brazo y la atraje hacia mí todo lo que pude.

—No hay un solo día en que no me acuerde de ellos. Recuerdo detalles tontos, cosas de sus personalidades que en vida pasaban desapercibidas. Lo hago, entre otros motivos, porque me aterra olvidarles. Es otra cosa que hace el tiempo, ¿sabes? Lo difumina todo. Los recuerdos... —Chasqueó los dedos—. Se van. O se corrompen. Pero no quedan intactos si no trabajas en ellos.

Por eso yo les pienso todos los días cuando me despierto. Se ha convertido en un ritual que debo cumplir si quiero empezar bien el día. —Apoyó la cabeza en mi pecho—. Esta mañana, por ejemplo, he recordado cómo mi padre solía montarme sobre sus hombros cuando llegaba el Festival del Alumbrado. Cuando tenía catorce años, intentó cogerme de nuevo. —Soltó una risa—. Imagínatelo. Obviamente no pudo conmigo, por mi peso y porque yo opuse resistencia. No quería pasar la vergüenza de que me vieran así con mi padre. Ya sabes, estupideces típicas de adolescentes. —Me rodeó la cintura con ambos brazos—. Aún recuerdo su risa cuando lo intentó. Sus carcajadas siempre eran graves, sonoras. Solían reverberar por toda la casa.

—Es normal que le echés de menos, Em. A pesar de todo es tu padre.

—Es a él a quien extraño, al Robert padre. El Robert marido, la persona... Hizo cosas que no debía. Él es el motivo por el que no soporto que me mientan. Aun así, sé que siempre me quedará el arrepentimiento de no haber escuchado lo que tenía que decirme. —Se apretó contra mí con fuerza—. Me gusta pensar que nos están viendo. ¿Sabes?, tú les habrías encantado. Bueno, mi padre te habría odiado un poco al principio.

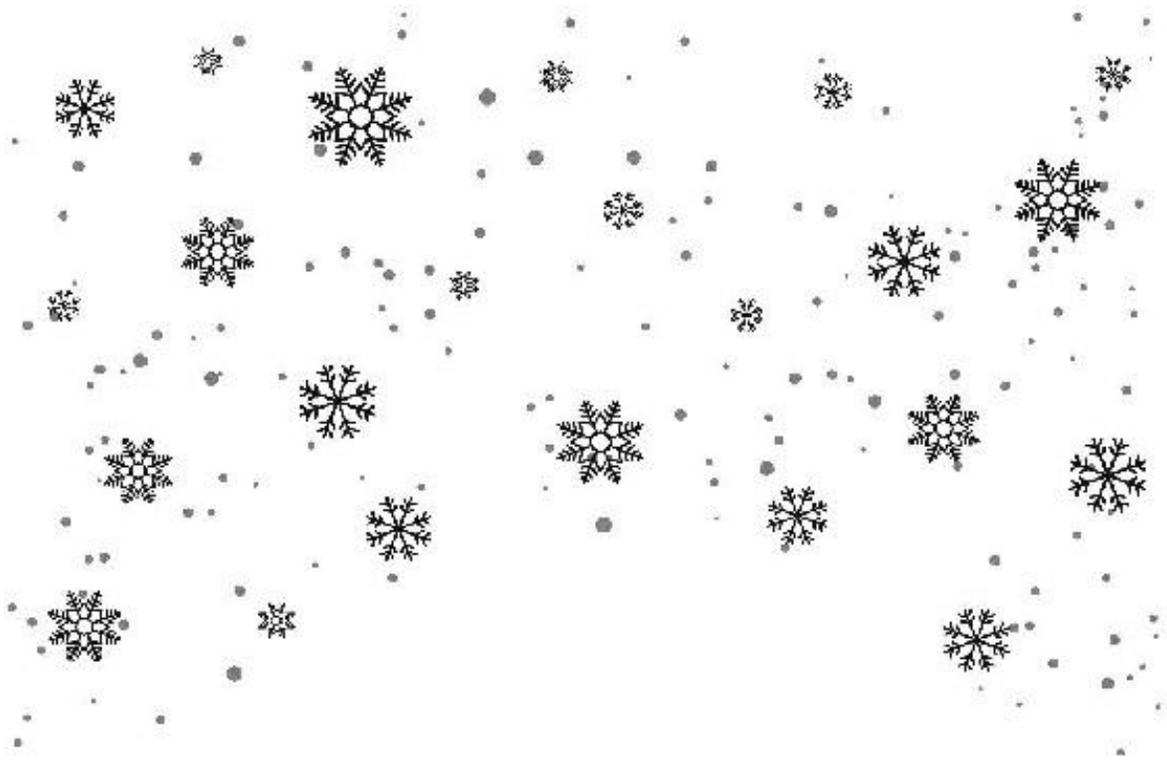
—Igual que su hija entonces —reí.

—Sí, supongo que sí —sonrió—. Pero luego te habría cogido cariño, estoy segura. Mi madre, en cambio, te habría adorado desde el primer momento. Tenía la habilidad de ver a las personas por lo que realmente eran, incluso a través de las fachadas. Ojalá os hubierais conocido.

—Ojalá —dije en un suspiro—, aunque si de algo estoy seguro es de que eran increíbles, porque solo dos personas así podrían criar a una hija tan maravillosa como tú. —Le di un beso en la frente—. Y bueno, los gemelos, depende del día, tampoco están mal.

Me dio un golpe en el brazo y se echó a reír.

El sonido suave de sus carcajadas inundó mi pecho de mil motivos para seguir viviendo; mil razones por las que agradecerle al destino que me llevara a aquel rincón perdido del país. Me aferré con fuerza a cada una de ellas mientras, de vuelta al coche, la abrazaba en plena oscuridad.



Capítulo 34

Emily

Preparar la cena de Acción de Gracias era una locura. Había trabajado por la mañana en la tienda y apenas había tenido tiempo de cocinar. Cuando llegué a casa, descubrí que los chicos habían hecho caso omiso de mis peticiones y que el puré de patatas y la salsa de arándanos seguían sin estar listos. Por suerte, Wes había decidido ayudarme, aunque tras ver lo mal que se manejaba en la cocina, me replanteé si era una bendición o un lastre. Aun así, el chico lo estaba intentando, y los besos que me daba de tanto en cuanto hacían que todo valiese la pena.

Metí el pavo en el horno y por fin pude sentarme un poco a descansar. Wes y los gemelos estaban en el salón viendo el partido de fútbol, gritando cada dos por tres y jaleando cada vez que los Broncos anotaban ante los Packers.

—¡Em, mira eso! —exclamó Logan mientras veía la repetición de una jugada.

—Si no juegan los Vikings, no me interesa —respondí, y posé el temporizador con forma de huevo sobre la mesa de café—. Voy a cerrar un poco los ojos.

Estaba a punto de quedarme dormida profundamente cuando sonó el móvil de Wes. A pesar de lo alto que tenía el tono de llamada, él seguía inmerso en el partido y no parecía tener ninguna intención de contestar.

—Wesley, haz que tu teléfono se calle —gruñí.

Miró la pantalla distraído, y cuando se percató del nombre de quien lo llamaba, se puso tan nervioso que casi tira el móvil al suelo. Dejó de sonar, pero siguió observando el aparato con el ceño fruncido.

—Le quitaré el volumen —dijo, pero la estridente melodía volvió a retumbar en la sala. Se levantó como un resorte—. Disculpad.

Le seguí con la mirada mientras él iba a la cocina. Su reacción me escamaba. ¿Quién podría ser? Me comía la curiosidad, pero no quería preguntárselo; no quería parecer una novia celosa. De hecho, no estaba segura siquiera de que fuera su novia. ¿Lo era? O aún mejor, ¿quería serlo? Aún no me había tomado el tiempo de reflexionar sobre ello, más que nada porque había estado ocupada disfrutando de cada minuto a su lado. Aunque, si era sincera conmigo misma, la idea de ser la novia oficial de Wesley Parker era algo que hacía que me temblaran hasta las pestañas.

Volvió un par de minutos más tarde con una expresión indescifrable. Dejé los ojos fijos en su cara, con la esperanza de que en algún momento volviera la cabeza hacia mí y así poder captar algo en su mirada, pero no lo hizo. De hecho, actuaba como si estuviera evitándolo por todos los medios.

Tal vez era cosa mía. Quizás estaba demasiado cansada y quería leer entre líneas, ver fantasmas donde no los había. No me dio tiempo a pensar mucho más en ello porque Lauren me hizo una video llamada desde Texas como cada Acción de Gracias.

—Tengo una noticia que contarte —dijo en cuanto su cara apareció en pantalla—. ¡Es muy fuerte! ¿Ese que veo a tu lado es Hunter o Logan? —Ladeó la cabeza como si eso fuera a darle un plano diferente—. Da igual. ¡Feliz Acción de Gracias, chicos! ¡Y feliz cumpleaños! —gritó. En respuesta, los gemelos emitieron unos sonidos que querían decir «gracias, pero estamos viendo el partido así que déjanos en paz»—. Bueno, ¿estás lista para la gran noticia? ¡Te advierto que es

algo muy, muy fuerte!

—Me ha dado tiempo a prepararme en el tiempo que llevas hablando. ¡Venga, vamos, desembucha!

—Vale... Redoble... —Comenzó a dar golpes en la mesa—. ¡Voy a ser mamá!

—¡Madre mía, Lauren! —grité con voz de pito—. ¡Eso es muy fuerte!

—¡Te lo dije! Y, por supuesto, quiero que seas la madrina.

—¿En serio?

—¡Pues claro! No podría escoger a alguien mejor que tú, y estoy seguro de que este bebé te querrá tanto como te quiero yo.

—¡Lauren! —gimoteé—. No me hagas llorar en Acción de Gracias.

—Oh, joder, está pasando —dijo ella, secándose las lágrimas de felicidad—. Somos unas sensibles de mierda.

—Tú al menos tienes la excusa de las hormonas. ¿Y qué pasa con la boda? ¿La pospones?

—Lo pensé, pero ya sabes que Harper es la organizadora y tu prima está demasiado cotizada en este mundillo como para decirle que ha perdido el tiempo con nosotros. Además, tengo unas ganas enormes de ser la señora Sanders.

—Por favor, no cojas su apellido —le pedí—. Plantéate un compuesto, aunque sea.

—Jenkins-Sanders no suena bien, Emily.

—Haz lo que quieras, aunque estamos en el siglo veintiuno, ¿recuerdas? No hace falta renunciar a tu identidad cuando te casas. —Sonó el temporizador—. Mierda ¡el pavo!

—¡Uf! Yo también tengo que volver a la cocina... ¿Hablamos mañana?

—Te llamo yo. Te quiero, futura mamá —sonreí—. ¡Ya estoy pensando en posibles nombres!

—No esperaba menos —sonrió ella de vuelta—. Yo también te quiero. ¡Hasta mañana!

El bebé de Lauren y Ryan fue mi único tema de conversación durante la cena. Estaba tan contenta y tan emocionada que no podía pensar en otra cosa; hasta tal punto que casi se me olvida darles el regalo a los chicos. Quise esperar a que terminaran el postre, momento en el que les obligué a quedarse quietos en las sillas, puse la opción de video en la cámara del móvil e hice un zoom de sus caras.

Artie había metido el coche en el garaje el día anterior, aprovechando que estaban en el instituto. Como el garaje siempre estaba cerrado, al menos desde que papá murió, no había ninguna posibilidad de que vieran el coche por accidente y estropearan la sorpresa. Además, Artie me había dado un par de cajas rojas pequeñas donde podía meter las llaves y dos llaveros de los Vikings que había comprado él mismo.

Había llegado el momento y casi estaba más nerviosa que ellos. Me temblaban las manos de la emoción, por lo que terminé pidiéndole a Wes que fuera él quien grabara.

—¿Estáis listos para abrir vuestro regalo? —pregunté en un tono demasiado alto.

—Llevamos listos un rato —replicó Hunter, impaciente—. ¡Danos ya lo que sea, venga!

Saqué las dos cajas de la bolsa donde las había guardado y puse una enfrente de cada uno. Se miraron con una ceja alzada, y procedieron a deshacer el lazo dorado que yo misma había hecho con más esfuerzo del que quería admitir.

Cuando vieron las llaves, no podían creérselo. Ambos me miraron, sorprendidos y confundidos, esperando a que les explicara qué era aquello.

—Me parece que la segunda parte del regalo está en el garaje —dije y los dos soltaron un grito de emoción antes de salir corriendo hacia la puerta.

En el tiempo que tardó la puerta automática en elevarse, Hunter y Logan no dejaron de dar

saltos de alegría. El Honda Civic de mamá fue apareciendo ante nosotros poco a poco, y en cuanto hubo hueco suficiente para entrar en el garaje, los chicos se deslizaron bajo la puerta y comenzaron a rodear el coche, emocionados. Wes se acercó más para asegurarse de que lo captaba todo con la cámara.

—¡Es el coche de mamá! —exclamó Logan mientras tocaba la carrocería con cuidado—. ¡Pero ahora es negro!

—Supuse que os gustaría más que el color verde botella que tenía antes, así que lo mandé a pintar. También está completamente renovado para que podáis conducirlo sin peligro alguno. ¡Vamos, meteos dentro!

Observé divertida cómo se sentaban en los asientos delanteros. Hunter arrancó el coche y cuando oyó el rugido del motor, se le dibujó una sonrisa de oreja a oreja. Salió como un rayo y se abrazó a mí.

—Es el mejor regalo de mi vida.

—Eres la mejor —dijo Logan, uniéndose al abrazo.

—Me alegro de que os guste —dije con voz estrangulada por la fuerza con la que me estaban abrazando—. Ahora solo os queda sacaros el carnet.

—Con esta motivación esperándonos en el garaje, nos lo sacaremos en el mínimo tiempo posible seguro.

Los chicos no tardaron en irse para contarles a sus amigos la gran noticia y, mientras Wes y yo fregábamos todos los cacharros sucios, su móvil sonó al menos cinco veces. En todas se apresuró a cortar la llamada, pero su gesto se tornaba más y más sombrío con cada una de ellas.

—¿Pasa algo? —pregunté finalmente—. Estás raro.

—Estoy bien. No pasa nada.

—Me estás mintiendo —observé mientras me ponía de puntillas para guardar la fuente de horno en un estante que siempre había sido demasiado alto para mí—. Ya sabes mi opinión acerca de las mentiras.

—No te estoy mintiendo, Emily —replicó él con seriedad.

—Doble mentira, pero vale, como quieras. ¿Quieres llevarte lo que ha sobrado del pastel de nueces?

—No, gracias. Mis padres llegan mañana, y seguramente mi madre hará comida para un regimiento para redimirse por no haber pasado Acción de Gracias conmigo.

—Como quieras —repetí, molesta.

No hablé durante un buen rato, y él tampoco hizo el intento de entablar conversación. Seguía ensimismado en sus pensamientos, a pesar de que se empeñaba en mantener la versión de que todo estaba bien. Cuando terminé de guardar todo en su sitio y la cocina quedó por fin limpia, me marché al salón sin decir una palabra. Wes vino detrás de mí y se sentó a mi lado en el sofá.

—¿Estás enfadada? —preguntó, pasando su brazo por encima de mis hombros.

—No me gusta que me mientan y tú lo estás haciendo.

—Em, vamos...

—¿Quién te ha llamado antes? —La pregunta se escapó de mi boca antes de que pudiera evitarlo.

Wes no contestó. Se limitó a suspirar y a darme un fugaz beso en la sien.

—¿Ves? —Me crucé de brazos—. Mentiras.

—¡Ni siquiera he hablado! —exclamó a la defensiva—. No puedes mentir si no hablas.

—Pero omites la verdad y eso es mentir.

—¡Joder, Emily! —dijo con el tono de voz alto más alto de lo normal—. Déjalo, ¿vale?

Resolví ignorarle y puse la tele para hacerlo más fácil. Él intentó besarme un par de veces, pero fingí estar extremadamente interesada en la película navideña que estaban echando, a pesar de que la había visto al menos tres veces y sabía perfectamente todos los giros de guion.

—Vale, ¿quieres saber quién me llamaba? —cedió al final—. Su nombre es Eddie y es un colega del periódico en el que trabajaba. Es un gilipollas que creó de la nada una rivalidad entre nosotros, y me ha llamado para saber qué era de mi vida y para contarme que le han ascendido, que cobra un pastón y que se va a casar. No tenía ganas de oír cómo se regodeaba en el hecho de que yo no estoy ni remotamente cerca de esas cosas, así que he fingido que se cortaba la llamada y no he vuelto a contestar. ¿Contenta?

Lo miré a los ojos durante más tiempo del que resultaba cómodo en aquella situación. Algo en mí me decía que seguía mintiéndome, pero no entendía por qué. Era una historia plausible y con sentido, y Wes no tenía ningún motivo por el que inventársela.

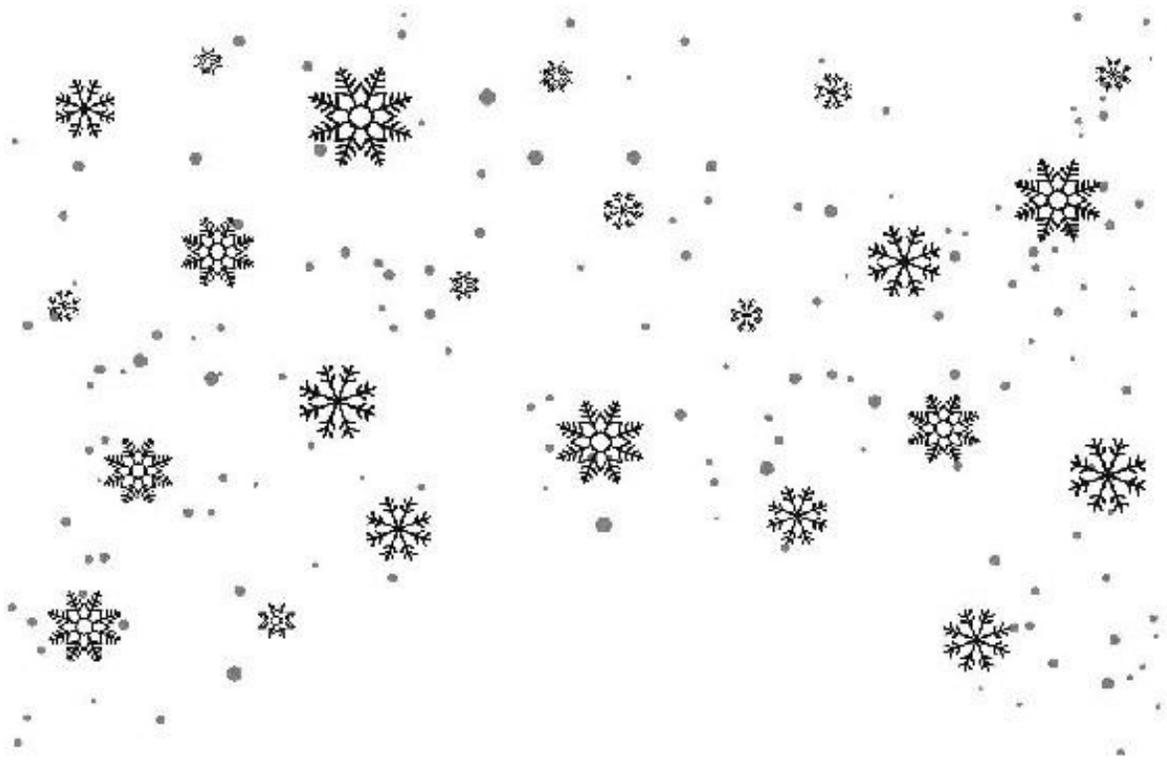
—Contenta —sonreí y me acurruqué contra su pecho.

Fuera comenzó a nevar otra vez. A través de la ventana pude observar los copos de nieve que comenzaban a caer uno tras otro, bailando unos segundos en el aire antes de descender. La imagen me dio una idea de la que seguramente me arrepentiría, pero que en aquellos momentos era la locura perfecta para cerrar la noche.

—Wes, ¿podrías encender la chimenea?

—¿Tienes frío? —preguntó mientras se inclinaba para coger la manta que descansaba sobre el brazo del sofá.

—Todavía no —dije, con una sonrisa traviesa—. Pero lo tendré muy pronto, y voy a necesitar todo el calor posible.



Capítulo 35

Wes

Le había mentido.

Eddie era un antiguo compañero de trabajo, sí, pero no me había llamado él. Ni siquiera estaba seguro de haber hablado por teléfono con él en mi vida.

Cuando vi el nombre de Sophie en la pantalla, el corazón me dio un vuelco extraño. No era como el que sentía cuando Emily me tocaba, o cuando la veía después de uno de sus largos días de trabajo. No, aquel fue distinto; como si estuviera haciendo algo malo y estuviera a punto de ser descubierto. Tal vez fuera porque, en el fondo, me sentía culpable por ser tan feliz apenas dos meses después de haberle roto el corazón a ella.

A descolgar la llamada y oír su voz, la sensación no se fue. Siguió ahí, agazapada en mi pecho, amenazando con crecer más y más. Y cuando me dijo que me echaba de menos, sentí como si me arrancaran una parte de mí. Me entró el pánico, y en vez de afrontar la situación por derecho y decirle que había alguien especial en mi vida, fingí que la cobertura era horrible y, finalmente, corté la llamada a mitad de frase para hacerlo más creíble.

Odiaba volver a ser el Wes mentiroso que había conseguido dejar atrás, pero ahí estaba de nuevo: mintiéndole a Sophie y mintiéndole a Emily.

Mientras apilaba los troncos de madera en la chimenea, pensé en que tal vez había llegado el momento de plantearme qué era lo que sentía. Emily me tenía fascinado y me hacía sentir cosas que nunca había experimentado con nadie, pero también debía afrontar la realidad: que ella estaba anclada en aquel lugar y que yo quería seguir volando mientras pudiera. Por eso era necesario que aclarase mis ideas y mis sentimientos antes de hacerle daño, ya que eso era lo último que quería en la vida.

Encender la chimenea me llevó menos tiempo del esperado, y cuando me giré hacia Emily, la encontré deshaciéndose del jersey blanco de cuello alto que había llevado durante la cena. Debajo de él vestía una camiseta de tirantes rosa claro que le quedaba extremadamente ceñida y que hizo que mis ojos vagaran por su torso durante más tiempo de lo normal. Ella soltó una risita por lo bajo, y cuando la miré a la cara, me sacó la lengua y comenzó a desabrocharse los pantalones.

—A ver, no es que tenga ningún problema con lo que está pasando —gesticulé hacia ella—. En absoluto. ¿Pero te importaría decirme qué estás haciendo?

—Estoy a punto de cumplir otra de las cosas de mi lista. Vamos, ven.

Abrió la puerta corredera que daba al jardín trasero y yo seguí sus pasos, confuso. Solo había una cosa en su lista que encajara con aquello..., pero no podía ser. No iba a atreverse... ¿O sí?

Fuera estaba comenzando a nevar más fuerte. Hacía un frío horrible, y enseguida me arrepentí de no haber cogido el chaquetón antes de salir. Emily, sin embargo, parecía hecha de escarcha. Estaba allí en medio, de pie, en camiseta de tirantes, bragas y botas, mirando hacia el cielo mientras la nieve comenzaba a caer en su rostro.

—Em, creo que deberías volver dentro —dije, castañeando los dientes—. Vas a coger una pulmonía, y yo otra, ya puestos.

—El frío no me molesta.

—¿Ahora eres Elsa la de Frozen o qué? —pregunté con sorna—. Porque hasta ella tuvo la

sensatez de ponerse un vestido con capa para abrigarse en el palacio de hielo.

Emily se giró hacia mí con la boca abierta.

—¡Has visto Frozen! —exclamó con una risita—. No me esperaba eso de ti.

—Es la película favorita de Abbi —me encogí de hombros—. Quería saber el porqué de tanto revuelo. ¡Pero no me cambies de tema! Por favor, métete dentro de casa antes de que te congeles.

—Vale, pero antes déjame hacer una cosa.

Sin perder la sonrisa, agarró el dobladillo de su camiseta y de un movimiento se la sacó por la cabeza, quedándose únicamente con la ropa interior. A continuación, y para mi sorpresa, comenzó a desabrocharse el sujetador.

En ese momento dejó de importarme el frío. De hecho, lo único que podía sentir era la calidez que inundó mis venas cuando tiró la prenda a un lado y sus pechos quedaron al aire. Los analicé con detenimiento, maravillado por la perfección que tenía ante mí. Di un paso hacia ella sin percatarme y Emily sonrió de una forma totalmente distinta a la que me tenía acostumbrado. Fue una sonrisa provocada por el deseo, por las ganas, por una atracción que había existido desde que posamos los ojos el uno en el otro por primera vez.

Quise alzar la mano y tocarla, pero no pude, porque cuando me quise dar cuenta, Emily estaba corriendo como una loca por el jardín nevado.

—¡Joder, joder! —gritaba mientras se reía a carcajadas y tiraba nieve hacia arriba—. ¡Wes, tienes que hacer esto!

En la punta de la lengua tenía preparada mil excusas para negarme, pero me las tragué todas al oír su risa. Me deshice de la ropa antes de pensarlo mejor y, ya en calzoncillos, eché a correr tras ella.

—Voy a morirme —dije sin parar de correr—. Van a tener que amputarme los dedos.

—¡No seas dramático! Vamos, un ratito más y nos volvemos dentro.

Noté el impacto de una bola de nieve en la cara y frené en seco. Las carcajadas de Emily se intensificaron al ver el gesto en mi rostro.

Por su expresión, ella esperaba que le devolviera el bolazo, pero no lo hice. En vez de eso, decidí sorprenderla y, sin dejar de mirarla, me quité la ropa interior. Emily se ruborizó en cuestión de segundos, pero no apartó la vista de mí en ningún momento. Hice una bola con el bóxer azul marino, la lancé hacia el interior de la casa y bajé los brazos a cada lado del cuerpo en señal de rendición.

Quería que ella me viera. Necesitaba saber si sentía las mismas ganas que yo, el mismo tipo de hambre, tan feroz que no te deja pensar en nada más.

Entonces ella metió ambos pulgares en el elástico de sus bragas para comenzar a deslizarlas suavemente por sus muslos. Me quedé donde estaba, petrificado, sin mover un músculo, sin parpadear.

Emily tenía el mes de noviembre enredado en el pelo, la luz de la luna goteaba de sus labios y yo no pude hacer otra cosa que aceptar que la quería.

Me acerqué lentamente, como quien se acerca a algo peligroso o a algo demasiado bello como para no tomarse su tiempo cuando se observa por primera vez.

Ella era ambas cosas.

No era la primera vez que la veía, pero sí era la primera vez que la veía a *ella*; a esa parte, la que llevaba sus sentimientos y sus emociones colgando de las pestañas. La que sentía deseo y pasión y me lo hacía saber sin tapujos porque ya no eran necesarios. No conmigo.

Posé mis dedos sobre la piel desnuda de su brazo y tracé una serie de líneas imaginarias que la estremecieron. A pesar de la ya bastante espesa oscuridad que nos envolvía, podía ver con total

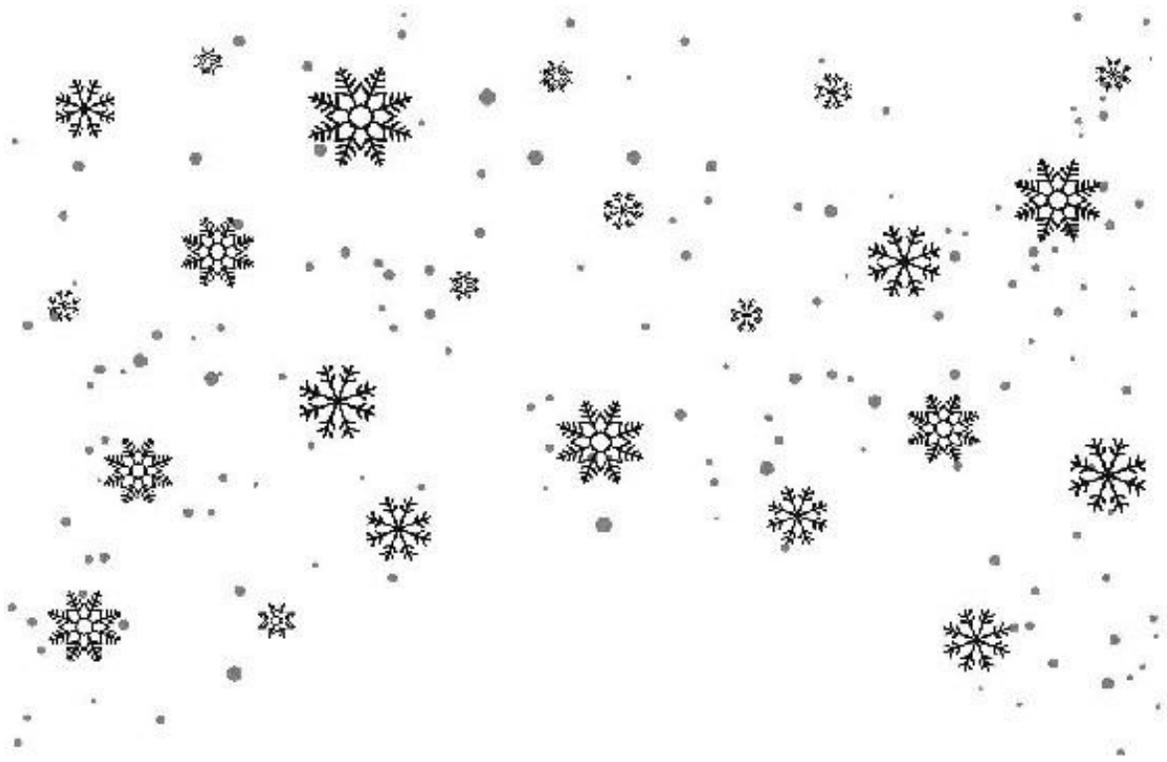
claridad el fulgor de sus ojos azules. Era un brillo que salía de dentro hacia fuera, y esa sin duda era la mejor clase.

Dio un paso hacia mí y arqueó la espalda ligeramente. Encajé mi mano en su parte baja y terminé con la distancia entre nuestros cuerpos desnudos, porque ya no era necesaria. Porque cuanto más cerca estuviéramos, mejor. Porque nunca podría estar lo suficientemente cerca de ella, y ahora lo sabía.

Sin mediar palabra, se puso de puntillas y rozó mis labios con los suyos, suave, sin prisa, pero con algo de urgencia. El fuego que se encendía en mi interior cada vez que posaba mis ojos en ella se avivó en un segundo; una llamarada tan alta que estaba seguro de que había alcanzado el marrón de mi mirada. Emily se perdió en él unos instantes, maravillada, y luego soltó un gruñido ahogado que terminó de deshacerme.

Me besó y yo la besé. Y bajo aquel manto de estrellas, envueltos en la maraña de copos de nieve que comenzaba a crearse a nuestro alrededor, hice la promesa silenciosa de quererla como nunca había querido a nadie antes.

Una promesa que, a juzgar por cómo me sentía en aquel momento, iba a ser la más fácil de cumplir de toda mi vida.



Capítulo 36

Emily

Nunca había deseado tanto que un momento fuera eterno.

Cuando Wes posó sus dedos sobre mi piel fue como si todo encajara, como si aquel instante fuera el que me había pasado la vida esperando. Alcé la vista hasta encontrarme con sus ojos, oscuros de deseo, y volví a besarle como si se acabara el mundo.

Estaba enamorada de él. Era inútil negarlo. Podía fingir que era mentira, o repetirme una y otra vez que no era lo más idóneo o lo más seguro para mi corazón... Pero era la verdad. En apenas unos meses, Wes había conseguido hacerme sentir cosas que solo creía posible en la ficción.

Volvimos al salón entre besos, ajenos al frío y conscientes de nuestra desnudez. Se despegó de mis labios unos instantes para retirar la mesa de café, tender la manta en el suelo, justo enfrente de la chimenea, y tumbarme sobre ella. Acto seguido, cubrió mi cuerpo con el suyo, con cuidado de no dejar caer todo su peso sobre mí, y retomó el beso que había interrumpido un minuto antes.

No tuvimos sexo, pero sí hicimos el amor. El nuestro.

Lo construimos poco a poco, tocándonos, saboreándonos, conociéndonos. No había prisa porque, en aquel momento, la eternidad estaba a nuestros pies, crepitando en el fuego.

Me quedé dormida con la cabeza en el hueco de su hombro, su mano en la mía y el pecho ensanchado por la felicidad.

Se marchó después de desayunar. El vuelo de sus padres llegaba en un par de horas y tenía que hacer el camino hasta Minneapolis. Había una gruesa capa de nieve en el suelo, producto de la intensa nevada de aquella noche, y le repetí unas quinientas veces que tuviera cuidado por la carretera. Estaba a mitad de la quinientos una cuando él me cortó con un beso tan apasionado que me dejó con las piernas temblorosas y una sonrisa tonta en la cara.

Aquel era el primer día del Festival del Alumbrado, tradición a la que guardaba un cariño especial. Todos los años iba con los chicos al centro del pueblo, tomábamos chocolate caliente y galletas de jengibre mientras veíamos el desfile de Navidad, con Santa Claus y la *Royal Lady* del año como protagonistas. Pam había sido elegida, pero ella estaba de viaje cuando se anunció y aún no lo sabía. Wes decidió que era mejor no decírselo y ver su cara de sorpresa cuando la acompañaran a la celebración y, allí mismo, le dijeran que era ella la que iba a montarse en el coche y saludar a los vecinos.

Pero todo esto no sería hasta la tarde, y no tenía nada que hacer aquella mañana. Estaba tan poco acostumbrada a tener tiempo libre que no sabía qué hacer con él. Logan se había marchado a la tienda para hacerse cargo del turno de mañana y Hunter había salido con Ashley. Llamé a Abel, pero me informó de que había bebido tanto la noche anterior que la cabeza le palpitaba y no podía abrir los ojos. Resignada, decidí dar una vuelta por el pueblo, tomarme un café y disfrutar un poco del precioso paisaje nevado.

Estaba terminando de colocarme el gorro blanco que me había tejido Lauren por mi último cumpleaños cuando llamaron a la puerta y fui a abrir.

No conocía a la chica que estaba al otro lado. Vestía un elegante abrigo gris que me habría

encantado tener, unas botas altas de tacón que no eran nada recomendables para transitar por Taylors Falls en aquella época del año y de su hombro colgaba una bolsa de viaje de Louis Vuitton. Tenía una abundante melena pelirroja cuidadosamente rizada, los labios pintados con un suave color anaranjado que le sentaba muy bien, y la piel pálida hacía que sus ojos verdes resaltaran aún más de lo normal. Cuando me vio, la amplia sonrisa que le curvaba los labios se deshizo un poco, aunque enseguida dio paso a una nueva, esta de vergüenza.

—Lo siento, creo que me he equivocado de casa.

—Oh, ¡no pasa nada! —exclamé con amabilidad—. Yo puedo indicarte la correcta. ¿A quién buscas?

—Busco a los Parker —respondió, y aquello hizo que todas las piezas encajaran.

Aquella chica era Sophie. Nunca había visto una foto suya, pero tenía que serlo. La ropa, la forma en que se movía y hablaba... Todo en ella indicaba que era una chica de cuidada. Lo sabía porque un día yo fui una también, aunque no durara demasiado.

El corazón bajó hasta mis pies al analizarla con detenimiento. Era preciosa, y por lo que había oído de boca de Pam y Harrison, también era brillante.

A su lado, me sentí como un paleta desdentado.

—¿Los conoces? —añadió al ver que no le contestaba—. Creo que viven en esta calle. De hecho, tengo aquí la dirección... —Buscó en el bolsillo delantero de su bolsa hasta que encontró un trozo de papel—. Es esta.

—Esta es mi casa, sí —dije al leer lo que ponía—, pero los Parker viven en la casa de enfrente. —Observé cómo se relajaban sus hombros y volvía a aparecer una sonrisa preciosa en su cara—. Aunque ahora no están.

—Oh, vaya. —Miró en derredor—. ¿Hay algún sitio donde pueda esperarles? Una cafetería, o...

—Puedes esperarles aquí, si quieres.

Quise pegarme a mí misma en cuanto las palabras salieron de mi boca. ¿Por qué había dicho eso? ¿Acaso era tonta, o masoquista? ¿Tal vez ambas cosas?

La chica me observó con la desconfianza que se presume de alguien que vive en Nueva York, pero fuera lo que fuera lo que pensó, lo descartó enseguida y entró en mi casa. Preparé café en silencio mientras la ex novia del chico del que estaba enamorada se sentaba en uno de los taburetes de la isleta. Al quitarse el abrigo gris, había revelado el precioso jersey beige de cuello de cisne y los vaqueros de marca que envolvían a su esbelta figura. Con cada mirada que le lanzaba iba sintiéndome más y más pequeña a su lado. Si Wes había estado con aquella chica, ¿cómo iba a conformarse conmigo? Sería como beber vino peleón después de haber pasado la vida bebiendo Chardonnay.

Puse la taza verde manzana enfrente de Sophie, quien le dio un sorbo rápidamente.

—Está riquísimo —sonrió—. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Oh, joder, ¡qué tonta! —Le tendí la mano—. Soy Emily Evans.

—Un placer —dijo cuando la tomó—. Sophie Callahan.

A pesar de que había sabido quien era desde que la vi en la puerta, el oírle pronunciar su nombre hizo que mi corazón se rompiera un poco. Era ella, y había venido para recuperar a Wes. ¿Qué iba a hacer allí si no? No había nada en aquel lugar para alguien como Sophie.

—¿Eres familia de los Parker? —pregunté, decidida a hacerme la tonta.

—Lo era —respondió con un deje triste en su voz que me sorprendió—. Salí con su hijo durante un tiempo. —Me miró con intensidad a los ojos—. ¿Le conoces?

Estuve tentada de decir que no y seguir haciéndome la nueva, pero odiaba mentir. Tragué saliva

y asentí, nerviosa.

—Sí, le conozco. Bueno, lo conocí por primera vez hace unos meses. No lo había visto por aquí antes.

—Eso es porque no había venido por aquí antes. Siempre eran Pam y Harrison los que viajaban a Nueva York a visitarnos.

—Oh. —No sabía qué decir. Di un sorbo al café para hacer tiempo, pero ella no parecía incómoda con el silencio que se había creado. Decidí preguntar lo que quería saber sin más rodeos—. ¿Y qué te trae por el culo del mundo? Si no te importa que te pregunte, claro.

—No, en absoluto. —Acarició el asa de la taza de forma ausente—. En realidad, yo tampoco sé muy bien qué hago aquí —admitió con un suspiro—. Ni siquiera sé si es una buena idea... Solo sé que ayer, después de hablar con Wes por teléfono, entré en internet y reservé un billete de avión para venir a verle.

En aquel momento me sentí estúpida. Toda esa historia del compañero de trabajo... Algo en mí sabía que era mentira, pero optado por acallar esa voz que nunca me fallaba cuando él me miró con aquellos ojos que conseguían desarmarme cada vez.

Me tragué la punzada de dolor que sentí en el pecho y esboqué una sonrisa fingida. Sophie la devolvió, aunque pude notar que estaba sumida en sus pensamientos. Me incliné sobre la encimera y tomé mi taza entre las manos.

—¿Por qué rompisteis?

No quería saberlo. Me daba miedo enfrentarme a la verdad, pero necesitaba hacerlo. Ya era demasiado tarde para proteger a mi corazón, pero podía ir haciéndome a la idea de que iba a hacerse añicos en un futuro próximo. Sophie dudó unos instantes, aunque sabía que iba a terminar contándomelo. Aquella chica estaba confusa y dolida, pero sobre todo estaba enamorada. Alguien así no desperdiciaría la oportunidad de hablar de sus sentimientos y aclarar sus ideas, aunque fuera con una completa desconocida.

Se echó el pelo a un lado y apoyó la cara en la palma de su mano.

—Wes es complicado. Es un tío genial, ¿sabes? Atento, cariñoso, divertido... —Los ojos le brillaron al hablar de él y el estómago se me hizo un nudo—. Pero sigue siendo un adolescente. Tiene un miedo atroz al compromiso, y cuando las cosas se ponen serias, revierte a su etapa quinceañera. Le pedí que viniera a Long Island a la boda de mi prima. Él se acojonó y provocó una pelea para que me fuera sola. Se cree que no sé sus trucos y mecanismos, pero los conozco. Todos. Al final me marché y le dejé solo en el piso. —Me miró. El brillo de sus ojos ahora estaba provocado por las lágrimas—. Terminamos por reconciliarnos, pero hace unos meses encontré un sujetador en casa que no era mío. Le exigí explicaciones y él no negó nada, así que le pedí que se fuera y lo hizo. Sin luchar, sin insistir... Simplemente se montó en el próximo avión con destino a Minnesota y me dejó allí, en Brooklyn, con el corazón hecho trizas. Es cierto que fui yo quien lo dejó sin trabajo, y que fui yo quien le pidió que no volviera... Pero en el fondo quería que luchara por mí, por lo que teníamos, y no lo hizo.

Se quedó callada unos instantes. Sabía que debía decir algo, pero no sabía el qué. El oír que Wes había sido infiel a Sophie fue algo que me afectó mucho más de lo que afectaría a cualquier otra persona. Yo le había abierto mi corazón mil veces, incluso le había hecho partícipe del momento en el que revelé la historia entre mi padre y Kate... Sin embargo, él no me había dicho que había hecho lo mismo. Que había destrozado el corazón de alguien al serle infiel.

Y ahora ese alguien estaba en mi cocina, esperando que yo le diera un consejo sobre si recuperar al chico al que ambas amábamos o darse media vuelta y volver por donde había venido.

Tomé una bocanada de aire que exhalé lentamente.

—Si eso es lo que pasó entre vosotros... ¿Por qué estás aquí, Sophie? —pregunté en voz baja —. ¿Por qué quieres arriesgarte a pasar otra vez por todo eso?

—Porque le quiero.

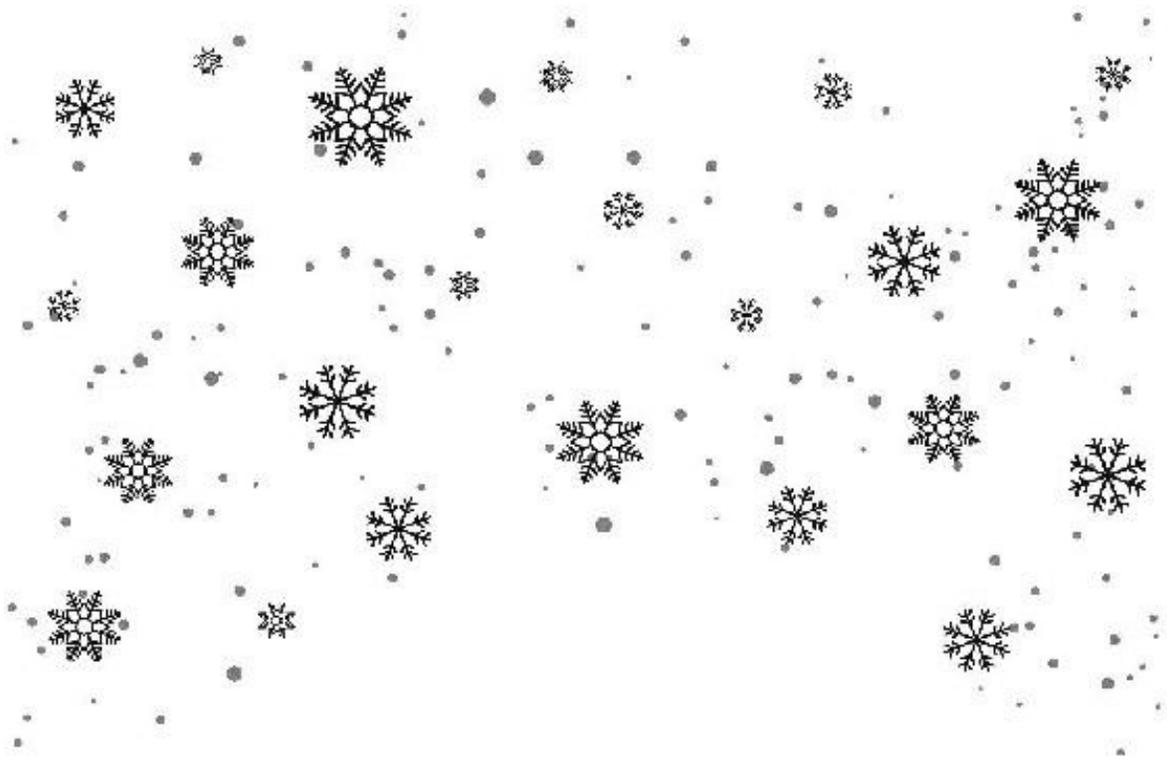
No hizo falta nada más. Esa explicación fue suficiente para ella y también para mí. Sophie le quería, y yo también, pero ella estaba dispuesta a que le rompieran el corazón de nuevo y yo no. No podría soportarlo y lo sabía.

Nos quedamos unos segundos en silencio, hasta que su móvil sonó y ella, de un salto, se levantó para cogerlo.

—Es él —anunció, emocionada.

Descolgó y pude oír la voz de Wes al otro lado de la línea. La sonrisa de Sophie se fue ensanchando con cada palabra que oía de sus labios y mi corazón se fue rompiendo a trozos a medida que veía cómo sucedía.

Cogí el móvil, que descansaba en la encimera, y fingí que mi hermano me había llamado para que fuera a recogerle. Lo cierto era que necesitaba salir de allí; conducir sin rumbo y despejar la mente. Sophie se apresuró a recoger sus cosas y cruzó la calle, dispuesta a esperar a Wes sentada en el porche de la casa de sus padres. Agitó la mano al verme pasar con mi viejo Volkswagen rojo y yo le devolví el saludo mientras las lágrimas se sucedían las unas a las otras con tanta rapidez que empaparon las mangas de mi jersey antes de llegar al final de la calle.



Capítulo 37

Wes

Sophie era la última persona que esperaba ver aquella mañana, y sin embargo allí estaba: de pie, esperándome con una sonrisa deslumbrante que unos meses antes me habría hecho temblar. Me dirigí hacia el porche, confuso, y ella se colgó de mi cuello con rapidez.

—Te he echado de menos —me susurró y plantó un beso en mi cuello—. Estás muy guapo.

—Estoy igual que hace tres meses —contesté con algo de rudeza, sin duda producto de la confusión que estaba experimentando—. ¿Qué haces aquí?

Se retiró lo suficiente como para que pudiera ver el gesto de decisión que ocupaba su cara.

—He venido a recuperarte.

No podía creer lo que estaba oyendo.

Había hablado con ella un rato antes, aprovechando que mi madre me había hecho parar el coche para usar el servicio de un bar de carretera. Le expliqué que la llamada de la noche anterior se cortó, y que no creía que fuera buena idea hablar por teléfono. Ella me había dado la razón fervientemente, y ahora entendía por qué.

Había venido en persona a decirme lo que quiso decirme y yo no le dejé.

Mis padres estaban haciendo tiempo al lado del coche. Cuando me percaté, hice un movimiento de cabeza para que se acercaran y me dieran algo de tiempo para aclarar las ideas. Se fundieron en un cariñoso abrazo con Sophie y la invitaron a pasar dentro para entrar en calor. Yo me quedé fuera con la excusa de sacar el equipaje del maletero, pero lo cierto era que no podía dejar de pensar en Emily. Eché un vistazo hacia su casa y me di cuenta de que su coche no estaba. Con suerte, se habría marchado antes de poder ver a la chica pelirroja que esperaba enfrente.

Cuando metí las maletas en casa, Sophie estaba sentada en el salón, junto al fuego que acababa de encender mi padre. Se calentaba las manos cerca de las llamas, fascinada por ellas. Carraspeó, y se volvió hacia mí con cara de felicidad. Hizo el amago de acercarse, pero yo puse distancia entre nosotros al sentarme lo más alejado posible de ella.

—No entiendo nada, Soph. —Me froté la cara con ambas manos—. Nada de nada.

—No hay nada que entender —replicó ella con dulzura—. Te quiero, Wes. Siempre te he querido, y no puedo hacer nada para evitarlo.

—Pero después de lo que te hice... ¿Cómo es posible?

—No lo sé —admitió con un suspiro—. He intentado olvidarte, he intentado odiarte... Pero no me sale. Lo único que sé hacer es quererte. —Se levantó y echó a andar hacia mí. Cuando estuvo delante, se puso en cuclillas y tomó mi mano entre las suyas—. Vuelve a Nueva York conmigo. Podríamos empezar desde cero, construir una versión mejorada de nuestra relación. Tu sitio no está aquí y lo sabes.

Intenté concentrarme en lo que me decía, pero cada vez que consideraba su propuesta, el rostro de Emily inundaba todos los rincones de mi mente. Sophie aguardó pacientemente a que yo le diera una respuesta, aunque lo cierto era que no sabía cuál darle.

—No quiero romperte el corazón de nuevo —dije finalmente, fijando la vista en sus brillantes ojos verdes.

—Entonces no lo hagas. Es tan simple como eso. Vamos, vente conmigo. —Se puso de pie para

sentarse en mi regazo. Enterró su cara en mi cuello—. Por favor.

No me moví ni un ápice. No la aparté, pero tampoco estaba cómodo con aquella cercanía entre nosotros. Me sentía culpable por hacerle aquello a Emily y me aterraba la idea de verla sufrir por mi culpa, pero el volver a Nueva York era algo que siempre había entrado en mis planes y sabía que, si lo hacía, lo mío con Emily tenía que terminar. Sophie representaba una seguridad y un tipo de vida que siempre había querido, y me estaba ofreciendo una segunda oportunidad.

—¿Puedo pensármelo? —pregunté.

—Mi vuelo de vuelta sale pasado mañana. —Me besó en la mejilla—. Piénsatelo.

El plan era llevar a mi madre al pueblo para darle una sorpresa y anunciarle que ella era la Royal Lady de aquel año. Aún seguía vigente, aunque la emoción se había esfumado con la llegada de Sophie. Cuando oyó en qué consistía el Festival del Alumbrado, insistió en venir con nosotros y a mí se me cayó el alma a los pies.

Tenía que hablar con Emily. Debía ponerla al corriente de la situación y sincerarme con ella de una vez por todas. Quería que se enterara por mí y no por terceras personas, porque sabía que aquello le dolería. La llamé unas cuantas veces, pero no me cogió el teléfono. La última vez que lo intenté, descubrí que lo había apagado. Visualicé mentalmente el calendario que tenía en la puerta de su nevera, donde tenía apuntados los turnos de la tienda y el bar. Estaba seguro de que no trabajaba, pero decidí llamar al bar por si acaso. Jimmy confirmó que Emily estaba libre, y sabía a ciencia cierta que Logan era quien estaba trabajando en la tienda, así que no sabía dónde podía estar.

Noté cómo unos brazos me rodeaban la cintura y di un respingo.

—Vaya, parece que ya no estás acostumbrado a mis abrazos —bromeó y plantó un breve beso en mi espalda—. ¿A quién llamas?

El timbre sonó y aproveché la excusa de abrir la puerta para escabullirme.

Hunter llevaba el pelo rubio engominado hacia arriba, un anorak negro y unos guantes cortados que solo cubría sus nudillos y dejaban los dedos al aire.

—Esos guantes no tienen sentido alguno —observé nada más abrirle.

—Igual que tu existencia en el mundo —respondió él automáticamente—. ¿Está mi hermana aquí?

—La verdad es que no, y yo también estoy intentando dar con ella, porque...

Me percaté de que Hunter no me estaba prestando atención. Tenía la vista puesta en un punto a mi espalda, y no tuve que girarme para saber que Sophie había venido a nuestro encuentro.

—¿Quién es, cariño? —dijo con tono melodioso y rodeó mi cintura con su brazo.

Hunter puso cara de haberse comido un limón. Miró a Sophie con el ceño fruncido y, cuando vio la familiaridad con la que me trataba, alzó la vista hacia mi cara. Yo me quedé paralizado, intentando encontrar las palabras correctas para no joderla con ninguno de los dos, pero el chico no me dio tiempo.

—Eres un bastardo cabrón —dijo con rabia. Sophie abrió los ojos de par en par.

—¡Eh, oye! —le riñó—. ¿Quién te crees que eres para hablarle así?

Hunter no le hizo caso. Seguía con la vista fija en mi cara, desafiante. Había llegado a conocer a aquel chico lo suficiente como para saber que estaba esperando a que le diera una explicación, algo a lo que aferrarse para no creer a sus ojos.

No pude hacerlo. La cabeza me daba vueltas, los pensamientos fluían como torbellinos, y no fui capaz de pronunciar ni una sola de las palabras que deberían de haber salido de mi boca.

Hunter sacudió la cabeza, incrédulo y decepcionado, y antes de que pudiera reaccionar, su puño ya había impactado contra mi cara.

Sophie chilló, mientras que yo me limité a frotarme el lugar donde me había golpeado.

—Aléjate de nosotros —me advirtió con rabia.

Justo antes de que me diera la espalda pude apreciar el dolor en su mirada. Fue algo fugaz, pero lo vi, y entonces fui consciente del daño que le había hecho. Hunter se había abierto a mí, me había pedido que no fastidiara lo que teníamos, y yo no había cumplido mi promesa. Me quedé plantado mientras lo veía cruzar la calle y entrar en su casa.

—¿Qué demonios ha sido eso? —gritó Sophie a mi lado. Miró hacia la casa de enfrente, donde Hunter acababa de entrar—. Espera, espera... ¿Ese chico es familia de Emily?

Al oírle pronunciar aquel nombre, me giré bruscamente hacia ella. Sophie se sorprendió de mi reacción, y me miró con las cejas pelirrojas formando una uve.

—¿Qué has dicho?

—Que si es familia de Emily —repitió, extrañada—. ¿Por qué te pones así?

—¿Cómo sabes tú ese nombre?

—La conocí al llegar —se encogió de hombros—. Me equivoqué de casa porque claro, nunca me habías traído a visitar a tus padres y no sabía cómo llegar. —Dijo esto último con un reproche que ignoré—. Llamé a su puerta y ella me explicó que vivíais aquí enfrente, pero que no estabais, así que me invitó a esperar dentro.

Fue como si me quitaran de un tirón el suelo sobre el que descansaban mis pies. Como si me acabaran de decir que el mundo se acababa en unos segundos. Porque, en cierto modo, así era. Al menos el mundo que había conocido en los últimos meses.

—Estás blanco —observó Sophie. Posó su mano sobre mi mejilla—. Wes, ¿estás bien?

—¿Qué le dijiste?

—Pues le dije quién era y a qué había venido. En serio, ¿quieres contarme qué pasa? ¿Quién era ese chico?

—Hunter, el hermano de Emily —contesté con voz estrangulada.

—Hum. Qué raro... Cuando estaba en su casa, ella me dijo que su hermano necesitaba que fuera a recogerlo y se marchó apresuradamente.

—¿Estás segura?

—Yo misma la vi salir. En un coche rojo un poco viejo pero muy guay.

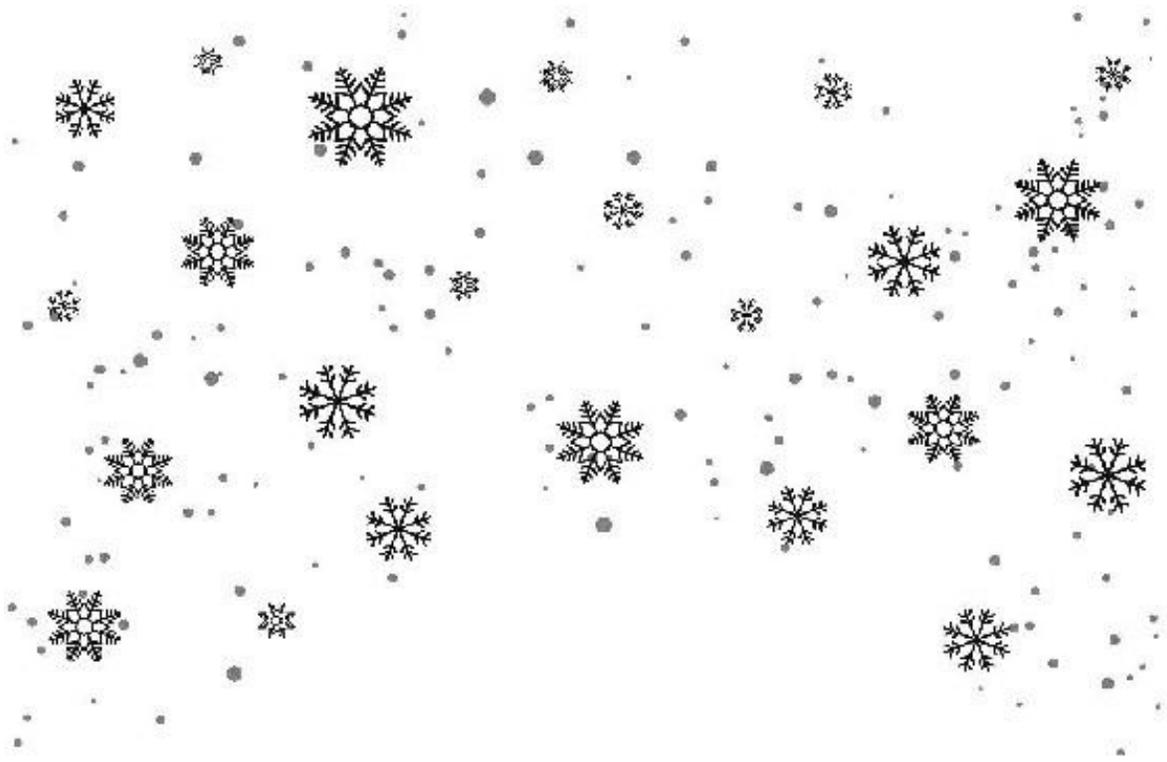
Sophie siguió hablando, pero su voz quedó amortiguada por los latidos de mi corazón. Tenía que encontrar a Emily y explicarle lo que estaba pasando.

Saqué el móvil y eché a andar por el jardín delantero. Sophie se quedó donde estaba con cara de pocos amigos, pero me dio igual. Volvió a saltar el contestador, y esta vez le dejé un mensaje.

—No sé dónde estás, pero necesito que hablemos. Por favor, Emily, deja que yo diga algo al respecto. Por favor.

Quise suplicar una última vez, pero un pitido anunció que el mensaje había llegado a su final...

Como sospechaba que había hecho lo nuestro.



Capítulo 38

Emily

Lo malo de un corazón roto es que, aunque lo intentes, no puedes huir de él porque te persigue donde quiera que vayas. Es algo que llevas contigo, en ti, y la única forma de superarlo es haciéndolo, sin medias tintas ni atajos.

Conduje sin rumbo durante un buen rato. Al principio pensé en ir hasta Duluth, la ciudad de donde era mi padre, pero había oído en la radio que el estado de las carreteras no era el ideal y a mí siempre me había dado algo de respeto conducir con tanta nieve, de modo que deseché la idea. En vez de eso, me limité a dar vueltas y vueltas mientras ponía música a todo volumen y cantaba hasta casi desgañitarme.

Finalmente, y sin darme cuenta, regresé al punto de partida dos horas más tarde. Aparqué delante de *Coffee Talk* pero no salí del coche. En vez de eso, saqué el móvil de la guantera y lo encendí. Wes me había llamado unas cuantas veces, e incluso me había dejado un mensaje de voz. Hunter también me había dejado uno, y comencé por éste último.

—He visto al cabrón ese con su novia agarrados de la cintura. Vuelve a casa, Em. Necesitas hablar de esto y yo puedo ayudarte.

Las ganas de llorar me apretaban la garganta, pero esta vez no cedí. Tragué saliva repetidamente para liberarme de esa sensación de estrangulamiento y pulsé para oír el mensaje de Wes.

El sonido de su voz me hizo temblar. Siempre lo hacía. Cerré los ojos al oírle suplicar que hablásemos, y cuando terminó, lancé el móvil hacia el asiento trasero con furia.

Al final tuve que dejar que las lágrimas afloraran y se derramaran sin control. No quería, pero lo necesitaba. Por suerte, ningún coche había aparcado cerca como para verme sollozar y aporrear el volante como una demente.

Cuando por fin me hube calmado, tuve que estirarme hacia atrás para coger el teléfono de nuevo. Necesitaba hablar con alguien. Pensé en llamar a Abel, pero no quería molestarle en su resaca. Lauren estaría pasando el día con la familia de Ryan y tampoco quería amargarle la fiesta con mis penas.

Sin pensarlo dos veces, busqué el número de mi prima Harper en la agenda. No sabía si aún estaría dormida, pero sí sabía que a ella no le importaba que la llamara a cualquier hora del día.

—¿Emily? —contestó con somnolencia. Al escucharla, sin saber bien por qué, comencé a llorar de nuevo—. Eh, ¿estás bien? —Su voz sonaba ahora repentinamente alerta—. ¿Qué ha pasado?

—La he jodido, Harper —sollocé—. La he jodido pero bien.

—Es mi prima —susurró a alguien, seguramente a su novio Gavin—. Dame un segundo. —Aguardé hasta que oí el tintineo propio de una cuchara—. Vale, ya tengo café. Ahora cuéntamelo todo.

Lo hice. Le conté todo desde el principio, sin reservas. No era necesario guardarme nada con Harper, ni tampoco lo hubiera sido si hubiera llamado a mi otra prima, Skylar. Habíamos crecido juntas y la confianza entre nosotras era algo que, por mucho que no nos viéramos, no perderíamos jamás.

—No has jodido nada, Emily —dijo Harper cuando terminé mi relato—. Por lo que me cuentas, aún no sabes si Wes va a irse con esa chica o no. Tienes que darle la oportunidad de explicarse, de contarte lo que siente y lo que piensa.

—Es que me da miedo —confesé con voz trémula—. Nunca había sentido esto por nadie, Harper. Jamás. ¿Y si me dice que se marcha? El daño que eso supondría... —Hice una mueca de dolor—. No puedo ni pensarlo.

—¿Estás enamorada, Em? —preguntó con voz dulce.

—En realidad... —Tragué saliva para mantener a raya a los nervios que me escalaban el estómago—. *Forelsket* —dije. Una sola palabra como respuesta.

—Joder —susurró ella cuando la oyó.

Forelsket era una palabra noruega de la que mi abuela siempre nos hablaba a Harper, Skylar y a mí. Era la manera que tenían allí de ponerle nombre a esa sensación eufórica que sientes cuando te enamoras. Mi abuela solía inventarse historias en las que siempre incluía dicha palabra y, desde niñas, las tres habíamos soñado con encontrar a alguien que nos lo hiciera sentir. Cuando nos vimos obligadas a separarnos, hicimos la promesa de avisarnos las unas a las otras si lo encontrábamos. Ni a Skylar ni a mí se nos escapaba el hecho de que, aunque Harper llevaba unos años saliendo con Gavin, su novio de la universidad, en ningún momento había pronunciado esa palabra en concreto.

Por eso, cuando me preguntó qué se sentía, no me extrañé.

—Es como si el dolor y el sufrimiento que has sentido anteriormente en la vida no importara, como si desapareciera. Como si el sol brillara dentro de tu pecho. Como si sus rayos calentaran e iluminaran cada rincón de tu cuerpo y ya no hubiera lugar para la oscuridad. Es... raro. Y emocionante. Y terrorífico. Y adictivo. Y tantas otras cosas juntas que te hace pensar que la expresión «amar con locura» tiene sentido, porque te juro que no hay nada de cordura en todo esto. —Suspiré—. Pero es tan bonito, Harper... Podría usar todas las palabras del diccionario y aun así no podría llegar a explicarte lo hermoso que es.

Harper se quedó callada un segundo para comenzar a sollozar al siguiente.

—¿Va todo bien? —pregunté preocupada.

—Sí, es solo que... —Se sorbió la nariz—. Estoy muy feliz por ti, Emily. Me alegra mucho que hayas encontrado a alguien que te haga sentir así. Por eso tienes que luchar, ¿me oyes? No dejes que eso tan especial se te escape por no haber peleado lo suficiente. Hazlo por Skylar... Y por mí.

Dijo esto último con la voz quebrada, como si ella también estuviera batallando con sus propios demonios. No me lo contó y no quise presionarla. En vez de eso, le recordé que podía contar conmigo para lo que quisiera, a cualquier hora del día o de la noche. Yo siempre estaría ahí para oírla, para ayudarla, para consolarla. Para quererla.

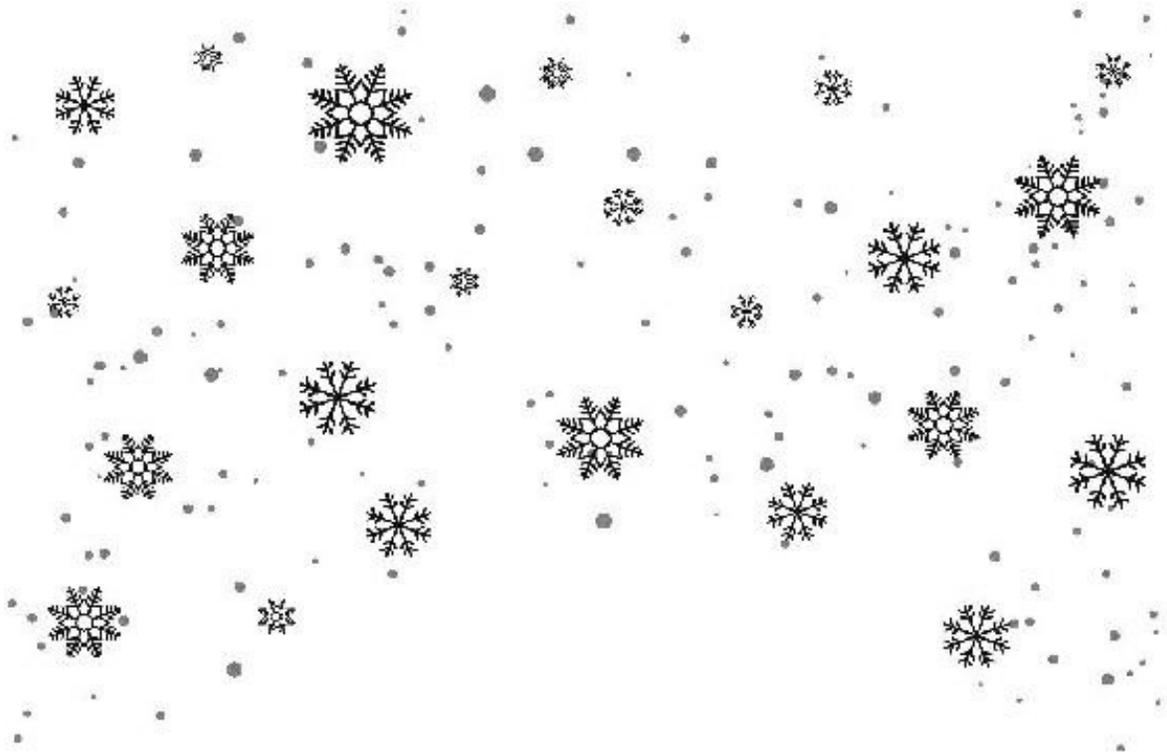
Tras darme las gracias entre lágrimas y hacerme prometer que le daría a Wes la oportunidad de explicarse, cortó la conversación.

—Está bien, Emily —me dije a mí misma en voz alta—. Hora de enfrentarse a esto.

Marqué el número de Wes. Apenas sonó el tercer tono cuando contestó.

—Gracias al cielo —murmuró—. Emily, ¿dónde estás?

—Estoy a punto de entrar en *Coffee Talk*. Si quieres hablar, te espero aquí en quince minutos.



Capítulo 39

Wes

Lo más difícil de todo fue convencer a Sophie de que no podía venir conmigo. Intenté deshacerme de ella con la mínima información posible, pero era implacable. Al final, opté por coger las llaves del coche, montarme en él y salir pitando antes de que pudiera perseguirme.

Ya lidiaría con ella después. En aquellos momentos, lo único que me importaba era Emily. De hecho, era lo único que me había importado desde que llegué al pueblo.

Cuando entré en la cafetería, la encontré sentada en una mesa junto a la ventana. Miraba a través de ella, pensativa, con la cabeza apoyada en las manos. El gorro blanco que llevaba se le había ladeado un poco y contrastaba a la perfección con las ondas rubias que fluían bajo él.

—Hola —la saludé con algo de nerviosismo.

Después de haber pasado una noche increíble juntos, me mataba el no sentirme lo suficientemente seguro como para saludarla con un beso. Era consciente de que, si no me sentía así, era por culpa mía, y eso me mataba aún más.

No me devolvió el saludo; simplemente se limitó a parpadear repetidamente y a mirarme mientras yo tomaba asiento. Una mujer muy simpática se acercó enseguida para saber qué quería tomar, y Emily esbozó una sonrisa dedicada a ella que se desvaneció en cuanto se marchó a preparar mi café.

—No sé qué te habrá dicho Sophie —comencé a decir—. O incluso lo que te habrá contado Hunter, pero...

—Hunter me ha dicho que te vio abrazado a Sophie, nada más —aclaró ella, sin levantar la vista de su taza.

—En realidad fue ella la que se abrazó a mí. Yo no...

—Sophie me contó que había venido a recuperarte —me cortó con aspereza—. Supongo que te habrá dicho que la invité a entrar en casa. Ridículo, lo sé, pero supongo que me pierden las buenas formas. —Alzó la vista por primera vez en la conversación y me miró a los ojos—. Es muy guapa.

—Emily...

—Y parece buena persona —prosiguió.

—Lo es, pero...

—Hacéis buena pareja.

—Emily, ¡para! —exclamé con voz más alta de la que pretendía—. ¡Joder!

Me arrepentí de haber alzado la voz en cuanto vi su expresión. Desvió la mirada hacia la ventana y yo me froté la cara con ambas manos.

Tenía razón. Sophie era guapa, buena persona, y podíamos hacer buena pareja, pero todo eso me daba igual. Lo único que me importaba era ella, y ahora sabía que no tenía forma de hacérselo saber y que se lo creyera por completo.

—No quería gritar, lo siento —me disculpé en voz notablemente más baja.

—Está bien, no pasa nada.

—Em, tienes que entender que no esperaba nada de lo que ha pasado. No esperaba encontrarte a ti, ni sentir todo esto...

—¿Qué es lo que sientes exactamente, Wes? —preguntó con los ojos brillantes—. Creo que

tendríamos que empezar por ahí.

—Confusión —confesé—. Miedo, inseguridad. Y sobre todo, siento algo rarísimo que nunca he experimentado antes y que me acojona, pero a la vez me empuja a arriesgar lo que haga falta. Y felicidad —añadí, algo emocionado—. Mucha.

—Y todo eso... ¿Por quién lo sientes?

Me quedé callado observando su cara: el arco de su labio superior, la punta respingona de su nariz, las pestañas que enmarcaban su mirada. Las pecas que salpicaban su piel, formando ese extraño y confuso mapa que, irónicamente, conseguía que me perdiera por completo.

No me di cuenta del tiempo que había estado en silencio hasta que ella soltó una carcajada amarga y enterró la cara entre la palma de sus manos.

—Hablaba de ti —me apresuré a aclarar—. ¡Por supuesto que hablaba de ti!

—¿Estás seguro? Porque me parece que no lo tienes del todo claro.

—¡Que sí, joder! Estoy seguro.

Emily se removió en el asiento, inquieta. Apuré lo que le quedaba de café en un solo sorbo y se relamió los labios como siempre hacía. Sentí el impulso de tirar la silla, la mesa y todo lo que me impidiera pegar mi cuerpo al suyo y besarla como si no hubiera un mañana.

Soltó un suspiro suave y me miró con intensidad.

—Si de verdad sientes todo esto por mí, quiero que me contestes una cosa y que lo hagas con sinceridad. ¿Estás dispuesto a estar conmigo, con todo lo que eso implica?

—¿A qué te refieres?

—Por si no te habías dado cuenta, mi sitio está aquí. Al menos de momento. Tengo dos hermanos de los que cuidar y no podré marcharme hasta dentro de un par de años como mínimo. ¿Estás dispuesto a mantener una relación con alguien así?

—Existen las relaciones a distancia...

—No me vengas con esas. Sabes perfectamente que sería demasiado difícil. —Se inclinó hacia delante—. Lo que te estoy preguntando es si serías capaz de posponer el ser periodista y vivir en una gran ciudad por esperarme.

¿Lo sería? No lo sabía. Tenía claro que me había enamorado de Emily, pero también sabía que todo aquello era nuevo y que el trabajo era algo que siempre había ocupado el primer puesto en mi lista de prioridades.

Ella seguía mirándome, a la espera de una respuesta que, con todo el dolor de mi corazón, tenía que darle.

—No lo sé.

Asintió con tristeza y se levantó de la silla lentamente. Sacó un billete arrugado del bolsillo del pantalón y lo puso sobre la mesa.

—Yo pago los cafés —dijo—. Ya nos veremos por el pueblo.

Salió disparada del local y yo me quedé quieto, intentando registrar lo que significaba todo aquello y la maraña de sentimientos que notaba esparciéndose por mi pecho.

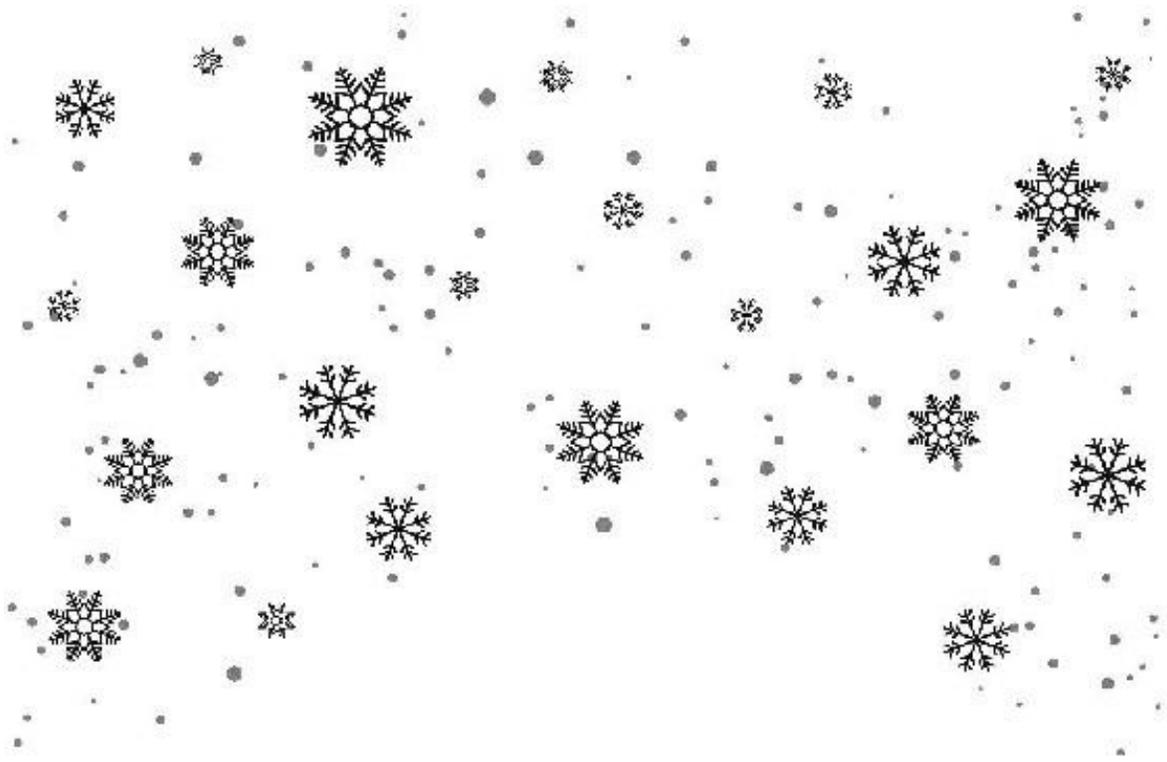
Corrí tras ella para alcanzarla antes de que subiera a su coche.

—¿Y ahora qué? —pregunté desesperado—. ¿Qué pasa ahora con nosotros?

Emily se volvió hacia mí poco a poco, con una triste sonrisa colgando de sus labios.

—Supongo que ahora ponemos distancia y nos hacemos a la idea de que ya no hay un «nosotros», si es que alguna vez lo hubo. —Abrió la puerta de su coche y se metió dentro—. Te deseo lo mejor, Wes. Espero que encuentres todo lo que quieres en la vida.

Su coche se perdía ya en la lejanía cuando me senté en el mío y comencé a llorar.



Capítulo 40

Emily

Lo último que me apetecía era ir al Festival del Alumbrado, pero era una tradición que tenía con los chicos y no iba a faltar por culpa de lo mío con Wes.

Cuando llegué a casa, encontré en el salón a Hunter hablando entre susurros con Abel. La imagen de los dos cuchicheando en el sofá me hizo fruncir el ceño y poner los brazos en jarra.

—¿Qué estáis tramando? —pregunté con desconfianza.

—Absolutamente nada —respondió Abel con rapidez y se levantó para darme un beso en la mejilla—. Estás congelada.

—La calefacción del coche se ha estropeado.

—¿Cuándo vas a deshacerte de esa tartana y a comprarte algo más... de este siglo? —inquirió Hunter.

—Cuando pueda cultivar dinero en una maceta —repliqué y me crucé de brazos—. Has llamado a Abel para contarle lo que ha pasado con Wes, ¿no es cierto?

—En su defensa, diré que el chico estaba muy preocupado por ti —intervino mi amigo enseguida—. ¿Dónde demonios has estado?

—Por ahí —me encogí de hombros—. Pero no hace falta que me miréis con esa cara de pena. He hablado con él y hemos aclarado la situación.

—¿Esa pelirroja no es su novia? —El deje de esperanza en la voz de Hunter me fue difícil de ignorar.

—De momento no, pero probablemente lo sea en un futuro cercano. Es su ex, con la que vivía en Nueva York. Ha venido porque quiere retomar la relación, y me parece que lo va a conseguir.

—Vi cómo Abel hacía el amago de acercarse para consolarme y alcé los brazos a la defensiva—. Estoy bien, en serio. Ahora solo necesito una ducha caliente, cambiarme de ropa y salir de esta casa.

—¿Seguimos con el plan del Festival? —Mi hermano alzó una ceja—. Pensaba que no querías ir.

—El Festival es una tradición y, en esta familia, eso se respeta. Puede que hoy no haya sido el mejor día de mi vida, pero vamos a olvidarnos de todo, a salir ahí fuera y retomar nuestras vidas tal y como eran, ¿está claro?

Había ido subiendo el tono a medida que iba a hablando, y terminé la frase con un sonido tan agudo que hasta yo tuve que reconocer que fue demasiado alto. Abel instó a Hunter a que fuera a recoger a Logan a la tienda y luego se marchó hacia la cocina sin mediar palabra. Yo eché a andar escaleras arriba, dispuesta a pasarme una hora bajo el agua caliente.

Estaba a punto de deshacerme de la ropa cuando Abel llamó suavemente a la puerta de mi habitación. La abrió con el pie, ya que las manos las tenía ocupadas con dos copas llenas de un líquido ambarino.

—Ni siquiera he almorzado aún, Abel —dije mientras cogía la copa que me tendía—. ¿No crees que es demasiado temprano?

—Es zumo de manzana —aclaró con una sonrisa—. ¿Recuerdas cuando nos conocimos?

—En el recreo —recordé—. Yo estaba disgustada porque John Eikland me había tirado de las

coletas y, cuando me viste, acudiste presto a mi consuelo.

—¿Y recuerdas qué te ofrecí para que te calmaras?

—Tu tetrabrik de zumo de manzana —dije con lágrimas en los ojos.

—Ajá. ¿Y qué más?

Un abrazo.

Lo recordaba a la perfección. El pequeño Abel, con su pelo ensortijado, su personalidad arrolladora y su sonrisa curativa. La pequeña Emily, con su pelo dorado recogido con gomas de colores chillones, su timidez y sus sentimientos siempre a flor de piel. Con ese abrazo comenzamos la relación de amistad que más había dado que hablar en el pueblo. La extraña pareja de amigos inseparables, tan distintos y tan iguales a la vez. Dos piezas de dos puzzles diferentes que, un día de lluvia en el patio de un colegio, descubrieron que encajaban a la perfección.

Dejé escapar un sollozo que se convirtió en un quejido y Abel me abrazó.

En aquel instante, me sentí pequeña de nuevo. Volví a ser la Emily con coletas y él volvió a ser el niño que me salvó de la soledad, de la incompreensión y de la tristeza que conllevan.

De un mundo más feo en el que no le conocía a él ni al apoyo incondicional que trajo a mi vida.

Lloré y me aferré a su espalda como si me estuviera cayendo y él fuera mi roca.

Porque lo era.

Era la primera vez en mucho tiempo que me maquillaba tanto para acudir al Festival. Al principio no pensaba hacerlo, pero Abel me recordó que, a veces, arreglarte un poco por fuera ayuda a sentirse un poco mejor por dentro. Me limité a pintarme la raya del ojo, ponerme máscara de pestañas, colorete y un labial granate que hacía siglos que no usaba, y que sospechaba que estaba caducado. Quise acompañar el look con un conjunto de ropa algo más sofisticado, pero un vistazo por la ventana hacia el paisaje nevado me hizo cambiar de idea. Me enfundé un jersey negro de cuello alto, unas mallas térmicas del mismo color y mis botas de nieve. Mi abrigo gris, el cual no me ponía desde que volví de Nueva York, me miraba desde una percha en mi armario y terminé por claudicar y ponérmelo.

Abel se dedicó a arreglarme el pelo. Era bastante bueno manejando el alisador, principalmente porque su abuela había tenido artritis desde que éramos pequeños y él se había encargado siempre de peinarla para acudir a misa todos los domingos. Tardó apenas veinte minutos en dejar mi melena rubia lisa y reluciente.

—Estás perdiendo dinero trabajando como camarero, ¿sabes? —dije mientras me miraba en el espejo—. Lo tuyo es la peluquería.

—Buf... Lo que me faltaba era dejar calvas a las hienas del pueblo. Si ya me odian, ¡imagínate entonces!

Ambos nos echamos a reír y no paramos hasta llegar al piso de abajo, donde nos esperaban los gemelos. Cuando Logan me vio, se abalanzó sobre mí y me dio un abrazo de oso que casi me asfixia. Tuve que asegurarle mil veces que estaba bien para que me soltara y poder respirar con normalidad.

Justo en el momento en el que me soltó llamaron al timbre. Hice amago de ir a abrir, pero Logan me retuvo al agarrarme del brazo.

—Bueno, veréis... —comenzó a decir, nervioso—. He invitado a alguien a venir con nosotros al Festival.

Yo puse cara de sorpresa, Abel de satisfacción y Hunter de desconfianza. Los tres nos quedamos en el salón, expectantes.

Trent Morgan se materializó ante nosotros. Una parte de mí esperaba que fuera él y, sin embargo, me sorprendí al verle.

—Este día mejora por momentos —masculló Hunter, que ahora estaba de pie a mi lado.

—Logan tiene buen gusto —susurró Abel en mi otro oído, casi a la vez.

Me deshice del ángel y el demonio que tenía en cada hombro y eché a andar hacia Trent con la mano extendida.

—Me alegro de verte —le sonreí. El chico me estrechó la mano con sorpresa.

—¿En serio? —preguntó. Logan carraspeó a su lado—. Eh, quiero decir, que yo también.

Esbozó una sonrisa de oreja a oreja y rozó la mano de mi hermano con la punta de sus dedos. Noté cómo los retrajo al darse cuenta de que todos los observábamos.

—No tenéis que refrenaros —les aseguré—. Si estáis juntos y contentos, nosotros también.

—Os lo merecéis —intervino Abel.

Miré a Hunter, que aún no se había pronunciado. Vi cómo observaba a Trent con seriedad y un toque de rabia, pero, para sorpresa de todos, se acercó a él y le dio la mano.

—Voy a ser muy claro ahora mismo, con testigos —dijo de pronto, apretando la mano de Trent con excesiva fuerza—. Si mi hermano vuelve a derramar aunque sea una sola lágrima por ti, me encargará de patearte el culo de aquí hasta Wisconsin. ¿Te ha quedado claro?

—¡Hunter! —exclamó Logan, pero Trent le cortó con un movimiento de mano.

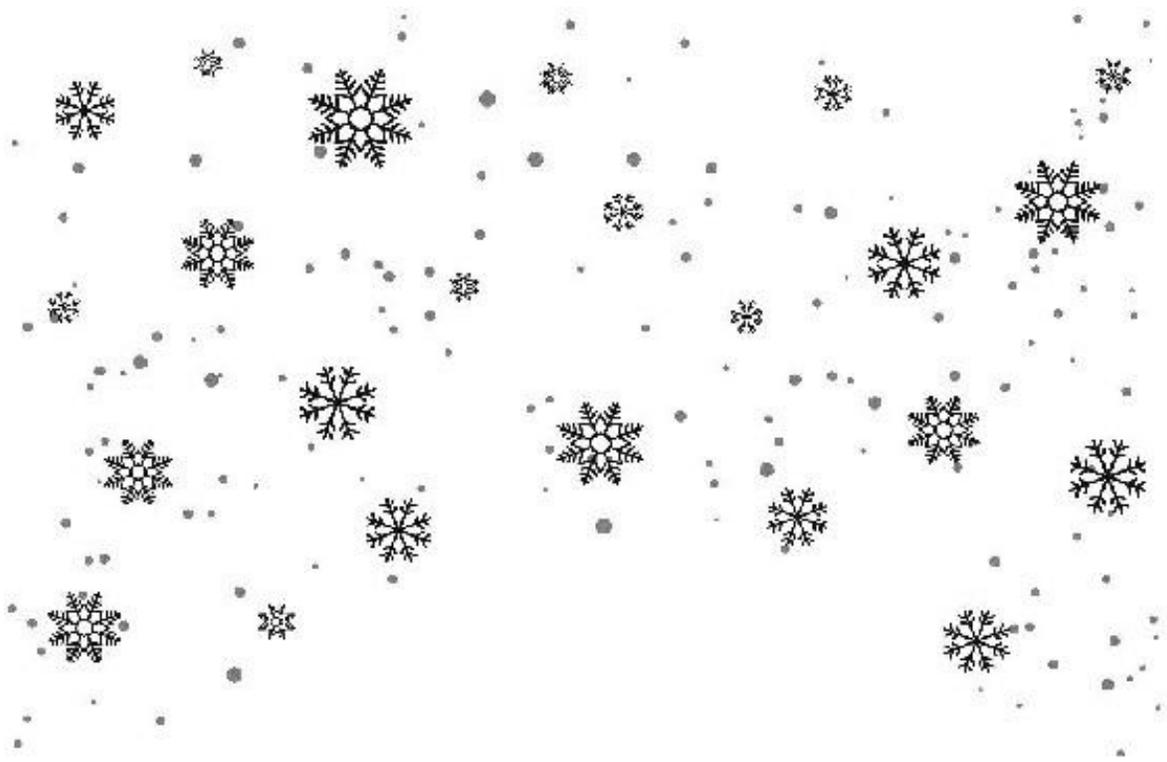
—Si le hago cualquier daño a tu hermano, yo mismo traeré mi culo aquí para que empieces a patearlo.

Hunter asintió con firmeza, como si hubieran llegado a un trato que satisfacía a ambas partes, y salió de casa. Abel salió tras él mientras arrastraba a Logan, a quien llevaba cogido por los hombros. Trent se quedó rezagado y me colgué de su brazo.

—Creo que no hace falta decirlo, pero si le haces daño a mi hermano, Hunter no será tu peor problema.

El chico me miró divertido y apretó mi mano en la suya.

—No lo dudaba en absoluto.



Capítulo 41

Wes

El grito que dio mi madre cuando se enteró de que era la Royal Lady aún resonaba en mis oídos.

Mi padre, Sophie y yo la observábamos divertidos y orgullosos mientras ella se ponía la capa roja y blanca y recibía instrucciones de un hombre al que yo no conocía, pero que parecía ser el que manejaba el cotarro.

—¡Harrison, mira! —exclamó, girando sobre sí misma como si fuera la bailarina de una caja de música—. ¿Te lo puedes creer?

—Te lo mereces —contestó mi padre con una sonrisa—. Wesley, haznos una foto.

Tras varios intentos, por fin pude conseguir que mi padre dejara de hablar y hacer una foto en la que no saliera con la boca medio abierta. Le tendí el móvil a mi madre, pero ella me ignoró y comenzó a hacer aspavientos como una loca.

Cuando me giré, los Evans estaban allí.

Le había dicho a mi madre que había sido Abel quien la había nominado ese año y, cuando lo vio, se sumió en un efusivo abrazo que el chico le devolvió con cariño. Emily, a su lado, los observaba con una preciosa sonrisa que me encogió el estómago.

—¡Eh, oye, yo quiero un selfi con la Royal Lady! —dijo ella y sacó su móvil del bolsillo del abrigo—. ¡Chicos, vamos, poneos!

Hunter, Logan y Trent se arremolinaron en torno a mi madre. Emily intentó captarlos a todos en pantalla y, para ello, tuvo que rotar el móvil unas cuantas veces hasta que dio con el ángulo perfecto. Una vez hubieron terminado la sesión fotográfica, por fin se giró hacia donde yo estaba y, para mi sorpresa, se acercó.

—¡Hola, Sophie! —saludó. Ambas se dieron un brevísimo abrazo de cortesía—. Me alegro de verte.

—Lo mismo digo —contestó Sophie con amabilidad—. Conoces a Wes, ¿verdad?

—Oh, sí, claro que nos conocemos. —Volvió la cara hacia mí y sonrió—. Hola, Ohio.

—Hola, Minnesota —respondí con la boca seca y el corazón en la garganta.

En ese momento, Logan tomó a Emily por el brazo y, tras lanzarme una mirada de odio, se la llevó de vuelta a su grupo. Yo me quedé parado, intentando retomar el control de mi cuerpo. Podía notar la mirada de extrañeza que Sophie me estaba lanzando, y cuando me asió por el codo, me obligó a poner una sonrisa fingida y a actuar como si no pasara nada.

—¿Estás bien? —preguntó con el ceño fruncido.

—Sí, claro, ¿por qué no iba a estarlo? —Eché a andar hacia el coche en cuyo asiento trasero mi madre se estaba acomodando—. Venga, vamos.

Busqué a Emily con la mirada todo el rato. Estaba preciosa con el pelo liso cayéndole como una cortina dorada sobre la espalda. Me sorprendí en más de una ocasión imaginando cómo mis dedos se enterraban en él, acariciándolo y rizando sus mechones, uno a uno. Abel me pilló mirándoles varias veces, y en una de ellas, me hizo un corte de mangas que me habría hecho reír en otras circunstancias. Sophie se dio cuenta y me pidió explicaciones, pero le dije que era una broma entre nosotros y pareció creérselo.

La banda del pueblo comenzó a desfilar y me bloqueó la vista. Para cuando hubieron pasado,

Emily ya tenía un chocolate caliente entre las manos y hablaba animadamente con alguien a quien no alcanzaba a vislumbrar.

Entonces Abel se movió un ápice y vi el pelo engominado de Mark Jensen.

Me desplazé unos centímetros a la izquierda para verles mejor, pero fue inútil. Hunter se percató enseguida de lo que estaba intentando hacer y le susurró algo en el oído a Abel, quien me miró fugazmente antes de quitarse de donde estaba para darme plena vista de la situación.

El director Jensen sonreía como un imbécil mientras Emily le contaba algo que, a juzgar por su cara, debía ser de lo más trivial. Él, sin embargo, parecía estar oyendo dónde se encontraba el Santo Grial o algo parecido. Tenía los ojos muy abiertos y la miraba como si no hubiera nadie más en mil kilómetros a la redonda.

Me dolía. Tenía que admitirlo. Me entraron ganas de cruzar por en medio del desfile para llegar hasta allí, quitar a ese tío de mi vista y sumirme en un profundo beso con ella. La echaba de menos, y eso que apenas hacía unas horas que la había besado por última vez.

Sophie me preguntó si quería un chocolate y se adentró entre la multitud para conseguirlo, lo que agradecí enormemente. No quería tener que explicarle por qué no quitaba ojo a aquella escena.

Emily volvió a sonreír y posó la mano en el brazo del director. Debí hacer un gesto de disgusto porque Hunter me dedicó una de sus sonrisas desquiciantes, y fue especialmente larga. Abel también me miró, pero esta vez no se regodeó en mi miseria. Fue como si estuviera leyéndome, analizando cada gesto.

El coche en el que iba mi madre dobló la esquina y mi padre apareció a mi lado. Sophie lo hizo unos segundos más tarde y me tendió uno de los vasos que llevaba. Di un sorbo al chocolate y me obligué a no despegar mis ojos de la carrocería negra, por mucho que me quemara el no saber si Jensen se había marchado ya o si seguía babeando.

Mi madre comenzó a lanzarme besos de forma frenética. Cuando vio a los Evans al otro lado de la calle, les lanzó unos cuantos también, y los chicos simulaban cazarlos. Tras ella apareció la carroza que transportaba a Papá Noel y sus elfos. A su paso, la iluminación se fue encendiendo poco a poco, y el templete que había a mis espaldas se vio bañado de luces azules. Me giré para mirarlo, pero a mitad de movimiento, Sophie me sorprendió con un beso. Fue más largo de lo que debió ser, más que nada porque tardé un poco en registrar lo que estaba ocurriendo y poner distancia entre nosotros. Cuando lo hice, noté que estaba algo dolida, aunque se esforzó por fingir lo contrario. Se limitó a sonreír y a devolver su atención al desfile, que estaba llegando a su fin.

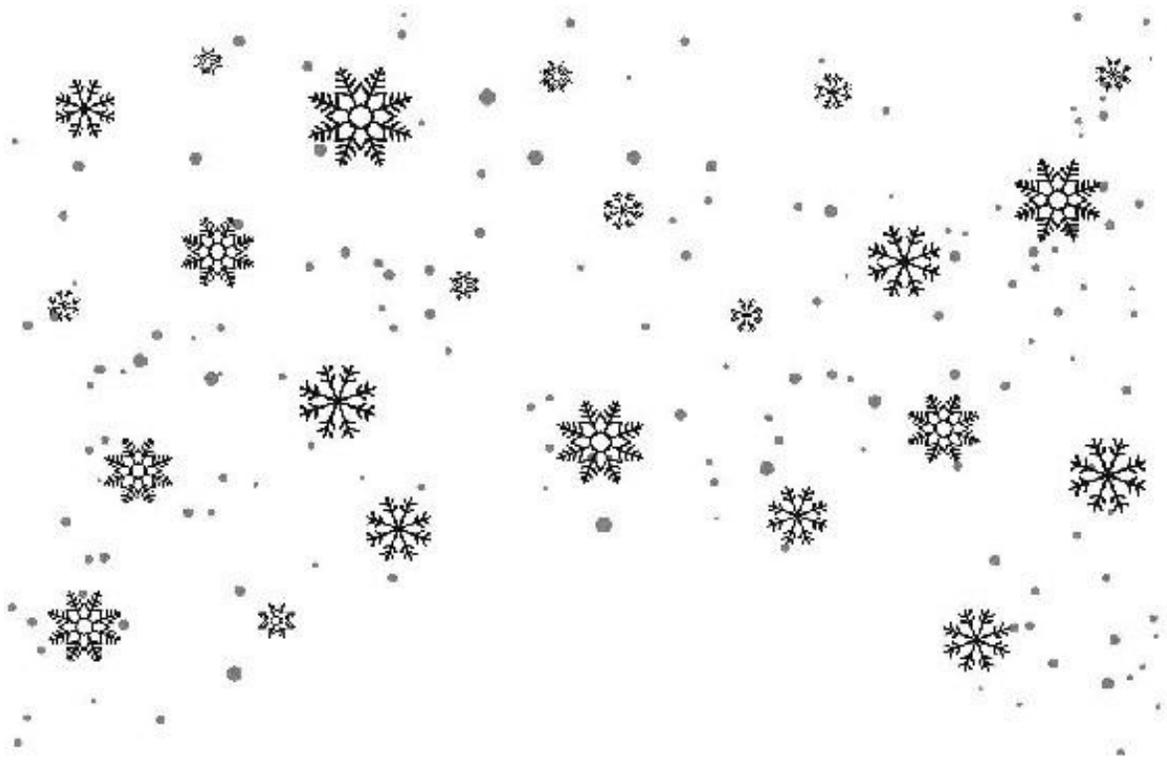
Intenté hacer lo mismo, pero cuando me volví, fue a Emily a quien miré...

Y ella me estaba mirando a mí.

Lo hacía con dolor, con pena, con rabia, con decepción.

Sacudí la cabeza en un estúpido intento de explicarle que yo no quería besarla, que había sido ella quien me había pillado desprevenido, pero obviamente no funcionó.

Bajo mi atenta mirada, Emily se despidió de los chicos y, del brazo de Abel, se perdió entre la gente.



Capítulo 42

Emily

No quería llorar más. Odiaba sentirme tan vulnerable, tan frágil...

Pero no pude evitarlo.

Abel me consoló pacientemente y en silencio mientras yo le ponía perdido el abrigo de lágrimas. Cuando se lo dije, él se encogió de hombros y volvió a posar mi cabeza sobre su pecho.

—¡Me doy tanta... rabia... ahora mismo...! —dije entre hipidos.

—Uno no elige por quién llora, pero sí lo que hacer al respecto una vez se sequen las lágrimas. —Abel me separó de su cuerpo para que lo mirara a la cara—. ¿Te acuerdas de las veces que lloré por aquel estúpido de Kevin?

—Diez días y veinte noches —recordé.

—Por alguien que usaba pantalones con estampado de cuadros escoceses... ¡A diario! Si hubiera tenido opción, no habría llorado por un tío así en la vida.

—Su ropa era un poco ridícula —admití con una risita—, pero te hacía sentir cosas especiales.

—Igual que te pasa a ti con Wes.

—Con la salvedad de que a mí me gusta la ropa que lleva.

—Pues a mí me gustaría más verle sin ella —intervino Abel.

Le di un golpe en el brazo y ambos nos reímos. Las lágrimas fueron remitiendo y dejaron paso a un estado de claridad mental que necesitaba en aquellos momentos.

—Jensen me ha vuelto a pedir una cita.

—Y vas a ir.

No era una pregunta, sino una afirmación.

Mark Jensen no era Wesley Parker, pero tampoco le había dado la oportunidad de demostrarme lo que había debajo de ese peinado repipi y esa ropa anticuada. Tal vez me sorprendiera.

—Voy a ir —afirmé.

—Esa es mi chica. —Me dio un beso en la mejilla—. ¿Quién sabe? Lo mismo Mark es tu Kevin.

—¿Un tío con ropa ridícula que te hace sentir especial?

—Exacto.

Abel decidió pasar la noche en casa, así que antes de dormir, nos pusimos hasta las cejas de vino, helado y patatas fritas, una combinación tan extraña como deliciosa. Ambos trabajábamos al día siguiente, por lo que no pudimos trasnochar demasiado. Él se durmió en cuestión de segundos; yo, sin embargo, no pude pegar ojo.

Reviví el beso de Wes y Sophie durante horas, ya que mi mente se había empeñado en hacer caso omiso a mis súplicas y lo repitió una y otra vez, sin descanso. Había intentado pararlo cerrando los ojos con fuerza, pero fue inútil.

Desvelada, me levanté y deambulé por la casa un rato. Terminé en la cocina, con una tila caliente entre las manos y el mismo maldito recuerdo en la cabeza.

Como si le hubiera invocado al pensar tanto en él, mi móvil vibró con un mensaje suyo.

Wes: Te echo de menos.

Mis dedos me traicionaron unos instantes y comenzaron a teclear una respuesta. «Yo también», quise decirle, pero me contuve. En vez de eso, lancé el móvil a la otra punta de la encimera, donde no me tentara, y enterré la cabeza entre mis manos.

Unos minutos más tarde oí unos golpes suaves en la puerta principal y el corazón me saltó en el pecho. ¿Podría ser él?

En lo más profundo de mi ser, deseé que así fuera, pero el deseo no se cumplió.

Sophie llevaba la melena pelirroja atrapada en un moño estiloso que la hacía parecer aún más alta. Iba embutida en un chaquetón demasiado grande para ella, y cuando me di cuenta de que era el de Wes, noté una punzada de dolor en el esternón.

—Sophie —la saludé con extrañeza—. ¿Pasa algo?

—¿Te has acostado con Wes?

La pregunta me pilló desprevenida. Abrí la boca una y otra vez, intentando encontrar las palabras, pero la sorpresa no me dejó reaccionar.

—¿A qué viene esto? —consegui decir tras unos segundos.

—No soy imbécil, Emily. He visto cómo os miráis. ¿Te has acostado con él o no?

—¡No! —exclamé. Le había besado, había visto su cuerpo desnudo y me había enamorado de él hasta las trancas, pero no me había acostado con él.

—No tienes por qué mentir —insistió ella—. No voy a montar una escena ni nada de eso.

—Has venido a mi casa a las dos de la mañana a preguntarme si me acuesto con tu novio — señalé—. Creo que la escena ya la estás montando, aunque sea una pequeñita.

Sophie suspiró y se dejó de caer en el marco de la puerta. Se frotó la frente, mordió el interior de su mejilla y retorció la manga del chaquetón con sus dedos.

—Lo siento —se disculpó finalmente—. Estoy actuando como una loca de mierda. Es solo que... —Me miró directamente a los ojos—. No me quiere.

—Sophie, yo no sé...

—Por supuesto, no te estoy diciendo que tú lo sepas, pero... Es que no me mira igual, ¿sabes? Ha cambiado. Tal vez sea algo pasajero, aunque me da la sensación de que no... —Bajó la vista hacia sus pies—. Es igual. Perdona por haberte molestado. Buenas noches.

Antes de que pudiera detenerla, salió disparada hacia la casa de enfrente.

—¿Quién era? —dijo una voz adormilada a mi espalda. Noté la presencia de Abel a escasos centímetros de distancia.

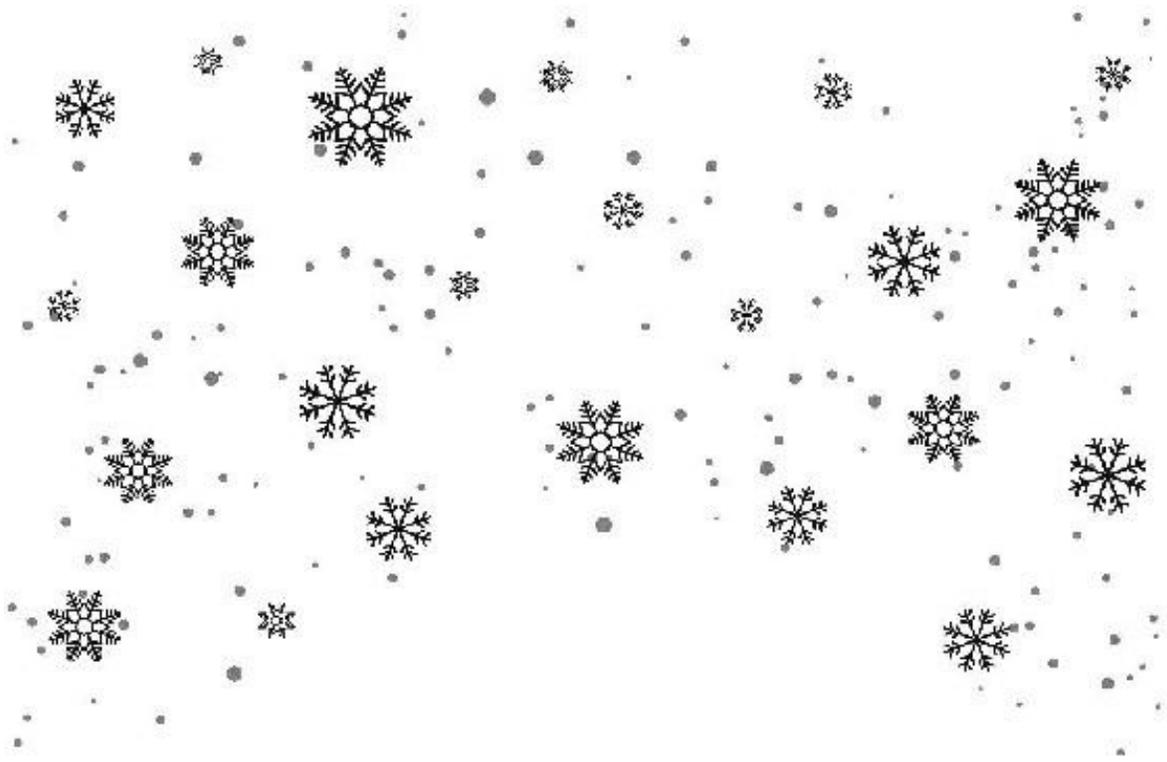
—Sophie.

—¿La pelirroja? ¿Y qué coño quería a las dos de la mañana?

—Saber si me he acostado con su novio y decirme que cree que Wes no la quiere.

—Vaya —silbó—. Muchas cosas.

—Solo dos... —Cerré la puerta y me volví hacia él—. Pero importantes.



Capítulo 43

Wes

—He hablado con Hugh, mi amigo de Esquire, y me ha dicho que tienen algo para ti.

Derramé parte de la botella de agua sobre mi regazo. Me levanté de un salto y comencé a frotarme la mancha gris oscura que adornaba mi entrepierna y me hacía parecer un veinteañero con incontinencia.

Sophie y yo estábamos en el aeropuerto. Ella estaba a punto de embarcar para volver a Nueva York y yo aún no había decidido si seguiría sus pasos o no. Se suponía que tenía que darle una respuesta antes de que se fuera, pero era incapaz de desenredar el lío de pensamientos en el que andaba sumido desde que apareció de nuevo en mi vida.

—¿Esquire? —pregunté incrédulo—. Les mandé el currículum hace poco... ¿En serio? ¿Esquire?

—En serio —sonrió—. Hugh te llamará esta semana para concertar una entrevista, aunque ya le he dicho que le vas a encantar.

—Oh, genial. Ahora solo podré decepcionarle —me quejé.

—No digas tonterías. Eres bueno en lo que haces, Wes. Solo tienes que enseñárselo.

—Sí, claro...

—Aún no he oído un «gracias» —me reprochó Sophie medio en broma.

—¡Cierto! Gracias.

Nos sumimos en otro silencio incómodo. El cerebro me daba vueltas. Esquire era una de las revistas masculinas más famosas a nivel mundial. Si podía conseguir un trabajo allí... Sería el comienzo de una prometedora carrera. Si es que no lo fastidiaba todo, claro, y eso era una posibilidad muy real si se trataba de mí.

Había llegado la hora de embarcar. Sophie se despidió de mí con un triste beso en la mejilla.

—Quiero que comprendas que volver a Nueva York no significa volver a mí —dijo de pronto—. Si no quieres estar conmigo, si no me quieres... —Me miró con ojos acuosos—. Está bien, Wes. Lo que sea que sientas está bien. No tienes que sentirte culpable por ello.

Eché a andar con la maleta en la mano derecha y el abrigo en la izquierda sin decir nada más.

Cuando llegué a casa, encendí el portátil y miré los próximos vuelos a Nueva York. Para mi tranquilidad, había unos cuantos con asientos disponibles, en caso de que Esquire llamara pronto y me quisieran hacer una entrevista en los próximos días.

El nerviosismo comenzó a hacer acto de presencia y la única forma que tenía de calmarlo era desconectar del mundo real y sumergirme en uno ficticio que yo había creado. Mi manuscrito comenzaba a tomar forma y cada vez me picaba más y más ese gusanillo que sientes cuando sabes que estás haciendo lo que te gusta. Me senté en el escritorio de mi habitación y retomé la historia de Marcus Cutshall (el personaje principal de mi novela) desde donde la había dejado la vez anterior. Tras una hora entre aquellas cuatro paredes, me desesperé y decidí marcharme a *Coffee Talk* para ver si así conseguía inspirarme un poco más.

La mesa en la que me había sentado con Emily un par de días antes estaba libre. Sopesé escoger otra, pero era el mejor sitio para escribir, así que coloqué mis cosas y me senté en la silla en la que lo había hecho ella cuando quedamos por última vez. Me costó un poco borrar la imagen

de mi mente, pero al final conseguí dejar de pensar en su gorro blanco y su nariz llena de pecas y ponerme a trabajar.

Cuando Heather, la camarera, me preguntó si quería que me recalentara el café, me di cuenta de que llevaba dos horas sin levantar la vista de la pantalla. Le di las gracias y ella se llevó la taza con diligencia. Mientras la traía, me dediqué a repasar lo que había escrito hasta el momento. Creía que había avanzado mucho más de lo que en realidad había hecho, pero estaba contento con el resultado de la sesión. Ya tenía claro cómo solucionar uno de los misterios menores de la trama, y era algo con lo que había estado batallando durante días, así que me daba por satisfecho. Heather volvió con el café y me lanzó una sonrisa llena de dientes blancos antes de posar la taza sobre la mesa. Se la devolví, aunque con algo de extrañeza. La amabilidad de la gente de aquel lugar no dejaría de sorprenderme nunca.

Guardé el documento en el que estaba escribiendo el manuscrito y, acto seguido, una copia de éste en cada uno de los dos lápices de memoria que siempre llevaba. Estaba poniendo mucho esfuerzo en él y no estaba dispuesto a perderlo por un error tecnológico. Cuando terminé, cerré el portátil y me dispuse a tomarme el café mientras miraba por la ventana.

Fue entonces cuando vi a Emily y a Abel, que se dirigían al interior de la cafetería.

Abel llevaba unos vaqueros desgastados, unos zapatos negros y un abrigo del mismo color. Se había cortado el pelo y ahora lo llevaba casi rapado, lo que dejaba a la vista un tatuaje encima de la oreja que no le había visto hasta entonces. Emily iba exactamente igual que él: abrigo negro, vaqueros y zapatos oscuros, aunque los suyos eran de tacón. Cuando entró en el local, se los quitó automáticamente.

—No me siento los pies —oí que decía en un tono más alto del normal—. ¿Los tengo aún?

—No, ¡se te han perdido! —contestó Abel con fingida sorpresa. Emily miró hacia abajo, horrorizada.

—¡Serás tonto! —rio.

Estaban borrachos.

Miré el reloj y vi que eran las diez de la mañana. ¿Qué hacían bebidos a esa hora?

Pidieron dos cafés para llevar casi a gritos. Cuando Heather les preguntó que de dónde venían tan guapos, ellos le contaron que habían salido de fiesta la noche anterior y que aún no se habían recogido. Aquello explicaba la borrachera.

Intenté quedarme quieto donde estaba, sin hacer ningún ruido que delatara mi presencia. Heather, ellos y yo éramos los únicos en el local, y cualquier ruido que hiciera atraería su atención hacia mi rincón.

Al final, el sigilo resultó ser inútil, porque Abel intentó sentarse en una mesa cercana y, al tambalearse debido a su estado, terminó con la vista puesta en la parte de la cafetería donde yo estaba sentado. Intenté hacerme el loco, pero él parecía tener otros planes.

—No te gires —dijo. Él creía que estaba susurrando, pero lo cierto era que podía oírle con total claridad—. Wes está ahí.

Por supuesto, ella hizo caso omiso de su advertencia y se giró automáticamente hacia mí.

Nunca había visto a Emily borracha. Tenía los cachetes sonrosados, los ojos brillantes, y el pelo rubio comenzaba a encrespársele un poco. Cuando me vio, abrió y cerró la boca una y otra vez. Finalmente, los saludé con un movimiento de mano que Abel devolvió; ella, sin embargo, echó a andar hacia mi mesa. Lo hizo descalza, con paso inseguro y los brazos extendidos a cada lado para no tropezarse con nada.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó, y esta vez sí que lo hizo en un susurro.

—He venido a escribir un rato.

—Ah, ya, sí... El libro que ibas a dejar que leyera. ¿Cómo lo llevas?

—Lo llevo —sonreí—. Dejémoslo ahí.

Emily no dijo nada más. Se quedó mirándome boquiabierto, como si lo que veía le resultara fascinante.

—No hagas eso —dijo finalmente, de nuevo susurrando.

—¿Hacer el qué? —pregunté confuso.

—¡Sonreír! —exclamó—. ¿Es que no te das cuenta?

Hizo un sonido que se asemejó a un «*arrrrggghh*» y se revolvió el pelo. Parpadeé repetidamente, descolocado.

—¿De qué, Em? ¿De qué no me doy cuenta?

—¡De lo que me haces sentir, joder! —Estaba gritando otra vez—. Con esa cara, esa estúpida sonrisa y ese... joder, ese... —Gesticuló de arriba abajo como si quisiera abarcar mi cuerpo entero—. ¡Tienes que parar! Porque este pellizco aquí... —Se llevó las manos al estómago—. No puedo soportarlo más.

—Emily... —suspiré.

—¡Eso también tienes que pararlo! —gritó más fuerte—. ¡No digas mi nombre así!

—¿Cómo quieres que lo diga entonces?

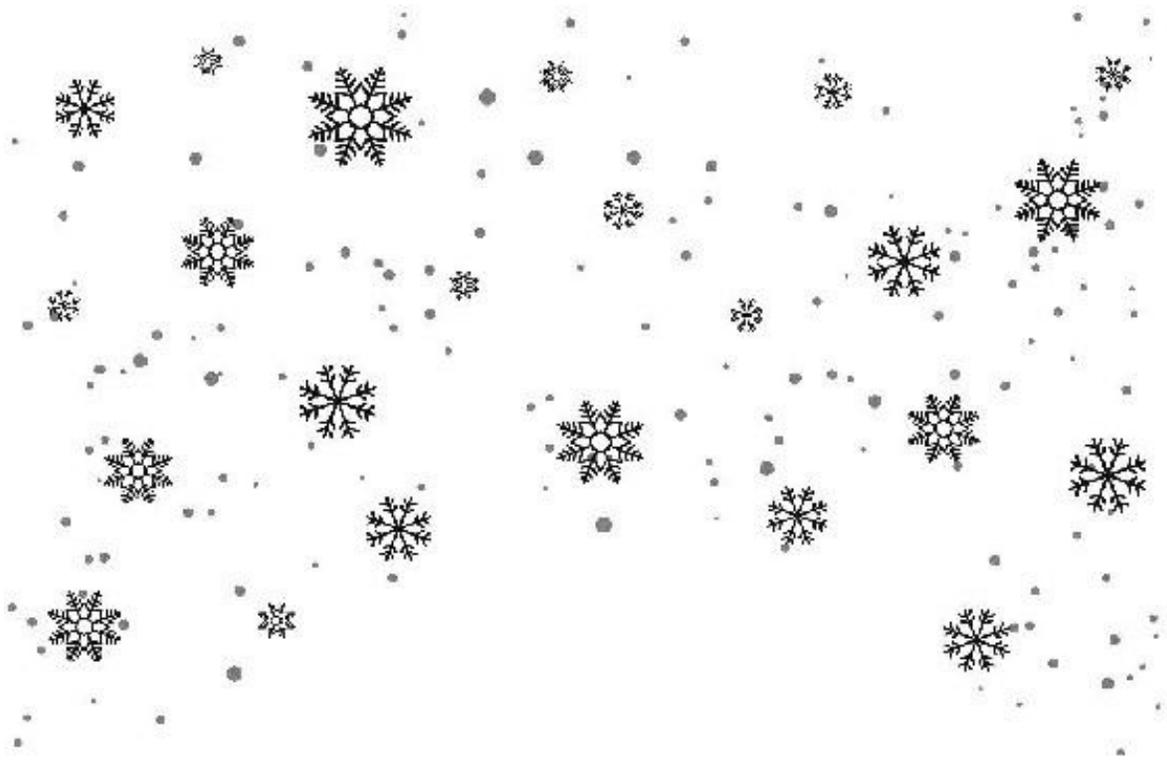
—Con voz aguda, estridente, ridícula... ¡Me da igual! Pero cuando lo dices así, con ese dichoso tono, yo... —Se puso una mano en la boca para amortiguar el quejido que salió de sus labios. Me levanté de la silla y me acerqué a ella.

—Lo siento —me disculpé—. Siento todo lo que ha pasado entre nosotros...

—Yo no —atajó, y su voz volvió a ser débil—. Jamás me arrepentiré de sentir lo que siento por ti. Nunca.

Estiré la mano para tocarla, pero se movió. Abel entendió el movimiento como su señal para ir a sacarla de allí, y eso fue lo que hizo. La tomó del brazo y, sin soltarla ni un segundo, se dirigieron a la puerta. Antes de salir por ella, ambos de miraron una última vez; ella con tristeza, él con compasión.

Dejé caer mi peso en la silla de nuevo y me obligué a prometer que no volvería a encontrarme con Emily en aquel lugar porque, cada vez que lo hacíamos, ambos salíamos de él con el corazón aún más roto.



Capítulo 44

Emily

Me desperté a las cinco de la tarde con dolor de cabeza, el pelo enmarañado y los ojos como un mapache debido a la máscara de pestañas que no me había quitado antes de dormir. Aún notaba un pitido en los oídos, producto del excesivo volumen de la música del primer sitio donde fuimos a bailar.

Me lavé los dientes para eliminar, o al menos minimizar, el sabor a alcohol de mi boca. Un vaso de agua y una aspirina más tarde, sumergí mi cuerpo en un baño de agua caliente. Estuve en él hasta que el agua comenzó a enfriarse, y bajé a la cocina para tomarme un café que terminara de mejorar mi estado general.

—Buenos días, fiestera —dijo Logan, que estaba estudiando en la isleta—. O buenas tardes, mejor dicho. ¿A dónde fuisteis anoche, si puede saberse?

—A bailar por ahí —dije vagamente.

—Ya, pero ¿a dónde?

—A sitios, Logan —contesté de malas formas y me llevé la mano a la cabeza—. Estoy cansada.

—Estás resacosa —corrigió él. Cerró los libros que tenía esparcidos por la encimera y el sonido que eso provocó me retumbó en el cráneo—. Hunter está cubriendo tu turno en la tienda, por cierto.

—¡Oh, joder, la tienda! —Me di un golpe en la frente y el dolor punzante hizo que encogiera el rostro—. Se me había olvidado.

—No pasa nada, pero intenta que no se te olvide mucho más. Tenemos los exámenes finales la semana que viene y Hunter necesita estudiar.

—No volverá a pasar, lo juro. —La cafetera terminó de derramar café en mi vaso y di un sorbo de él sin ni siquiera de echarle azúcar—. Por cierto, esta noche tengo una cita.

Aquello captó su atención al cien por cien.

—¿Con Wes? —preguntó esperanzado.

—No, no es con él. —«Ojalá», quise añadir—. Es con Mark.

—Mark... ¿El director? ¿Mark Jensen? —Asentí—. Pensé que no te gustaba.

—Es mono —dije, y enseguida recordé la opinión de Wes acerca de ese adjetivo, lo que me llevó a recordar los primeros días que pasamos juntos. Deseé poder volver atrás en el tiempo.

—Haz lo que quieras, pero por favor no os quedéis en el pueblo —me imploró—. Bastante tengo con mi sexualidad y mi gusto por los estudios como para que también me insulten por ser el cuñado del director.

—En realidad, íbamos a cruzar a Wisconsin. A mí tampoco me apetece que la gente murmure sobre mí... Y solo es una cita. No vas a ser cuñado de nadie. —Observé cómo ordenaba los libros por tamaño y los amontonaba unos sobre otros—. ¿Qué tal te va con Trent?

—Genial —se le iluminó la cara—. Esta noche va a venir a estudiar un rato. —Alcé una ceja, escéptica—. ¡A estudiar nada más, te lo prometo!

—Vale, entonces que Hunter estudie con vosotros. —El gesto de su cara se tornó en una mueca de decepción que se esforzó en disimular. Yo sonreí maliciosamente—. No pensabais estudiar todo el rato, ¿me equivoco?

Logan se sonrojó y yo me eché a reír a carcajadas. Me acerqué a él y le pasé el brazo por los hombros.

—Hazlo con protección y cuéntamelo luego.

—¡Joder, Emily, qué asco! —se escandalizó—. ¿En serio quieres que te lo cuente?

—Quiero que me cuentes cómo te sientes, tonto, no lo que haces. —Le di un beso—. Pásalo bien.

Mark me recogió a las siete. Llevaba una americana azul marino, unos pantalones de pinzas beige y una camisa de cuadros también azul. No era el conjunto que yo habría escogido para él, pero no era el peor que le había visto. Yo, por mi parte, había optado por unos pantalones negros de vinilo, el jersey de cuello alto que me había puesto un par de días antes y unas botas con un poco de tacón del mismo color. Para no parecer un espía con tanta prenda oscura, me había puesto una chaqueta-abrigo color mostaza que me llegaba casi por las rodillas y una bufanda que aunaba los dos colores. Me maquillé mínimamente y, tras varios intentos por rizar mi pelo, me di por vencida y terminé por recogermelo en una cola alta.

—Estás preciosa —dijo Mark con timidez cuando me vio.

—Gracias —sonreí mientras cogía las llaves del mueble de la entrada.

Mark solía conducir un Toyota Prius plateado, pero aquella noche me sorprendió con un Cadillac negro brillante.

—¿Es tuyo? —pregunté, asombrada y él asintió. Pasé un dedo por la carrocería—. ¡Es precioso!

—Lo compré hace unos años en una subasta —explicó al tiempo que me abría la puerta—. Fue amor a primera vista.

—Pues me parece que yo acabo de enamorarme un poco también —bromeé mientras me acomodaba en el asiento.

Rodeó el coche con celeridad y arrancó con un suave movimiento. Con un rugido impactante, el coche cobró vida y Mark puso rumbo a Wisconsin.

La velada resultó ser bastante agradable. Mark era muy simpático, aunque sospechaba que la timidez frenaba mucho su personalidad. Comimos en un restaurante hindú llamado The Vegetarian, el cual resultó ser bastante más informal de lo que había previsto. Probamos el que Mark definió como el mejor *naan* de ajo del mundo, y charlamos durante un buen rato, aunque la conversación no fue tan fluida como me hubiera gustado.

Cuando no supe de qué más hablar, le propuse que me preguntara lo que quisiera saber sobre mí. El dudó un poco, pero al final se soltó y fue haciéndome preguntas a lo largo de toda la noche.

—¿Piensas mudarte de Taylors Falls algún día?

Estábamos dando un paseo por St. Croix Falls, el pueblo vecino de Wisconsin con el que compartíamos las cataratas. Mark había comprado dos tarrinas de helado que nos estábamos comiendo mientras andábamos, ignorando completamente el frío que hacía.

—Sí, o al menos eso espero —contesté, mordisqueando la cucharita de plástico—. ¿Y tú?

—No, o al menos eso espero —rio—. Llevo muchos años intentando conseguir un buen trabajo en este estado para estar más cerca de la familia.

—¿Dónde viven?

—En St. Paul. Por fin puedo visitarles cuando quiera sin tener que coger un avión, y encima he conseguido el puesto de director de instituto, que era lo que siempre había deseado, así que realmente espero no fastidiarlo.

Volvimos a comer helado en silencio. Noté cómo Mark se debatía entre preguntar algo más o dejarlo estar. Tras varios minutos más sin pronunciar ni una sola palabra, le insté a que dijera lo que tenía en la mente.

—No quiero ofenderte.

—No lo harás. Dispara.

—Está bien... —Carraspeó—. ¿Hay algo entre el señor Parker y tú?

Abrí los ojos y la boca, escandalizada. Estaba a punto de decirle el señor Parker era como mi padre y que era un perverso de mierda cuando me acordé de que Mark siempre hablaba de usted a todo el mundo.

—Ah, te refieres a Wes —respiré aliviada—. Pensé que hablabas de Harrison.

Él me miró, extrañado al principio y avergonzado luego.

—Oh, ¡claro que no! —Se sonrojó—. Hablaba de Wesley. ¿Hay algo entre vosotros?

—No lo sé, Mark —suspiré—. Te diría que no, pero mentiría, aunque también lo haría si te dijera que sí. Así que dejémoslo en que es complicado. —Asintió y volvió a quedarse callado—. ¿Tú has salido con alguien del pueblo?

—Salí con la hija de Rose McCoy cuando estuvo de visita, pero solo un par de veces. Ella vive lejos y bueno... Es complicado —dijo, imitándome. Yo me reí—. ¿Sabes que Tom Bradford me habló de ti hace poco?

Tosí al atragantarme con el helado.

—¿Tom? ¿Por qué?

—Nos hemos hecho algo así como amigos —se encogió de hombros—. Me dijo que te vio la noche del baile y que se había quedado con las ganas de... —Se ruborizó y dejó de hablar.

—¿De qué?

—De... Bueno, de...

—Oh, Mark, ¡escúpelo!

—Bueno, de echarte un polvo. —Parecía que iba a entrar en combustión—. Sus palabras, no las mías.

Yo solté una carcajada, que dio paso a muchas más cuando vi su cara de vergüenza. ¿En serio un hombre de treinta y dos años se ponía así por decir aquello?

Mark se dio cuenta del motivo por el que me reía y sonrió un poco.

—Lo siento. Educación religiosa.

—¿Eres uno de esos que pretenden llegar vírgenes al matrimonio o qué?

Me arrepentí de haberlo dicho. Mark no se rio; en vez de eso, me miró con una seriedad inusitada en él.

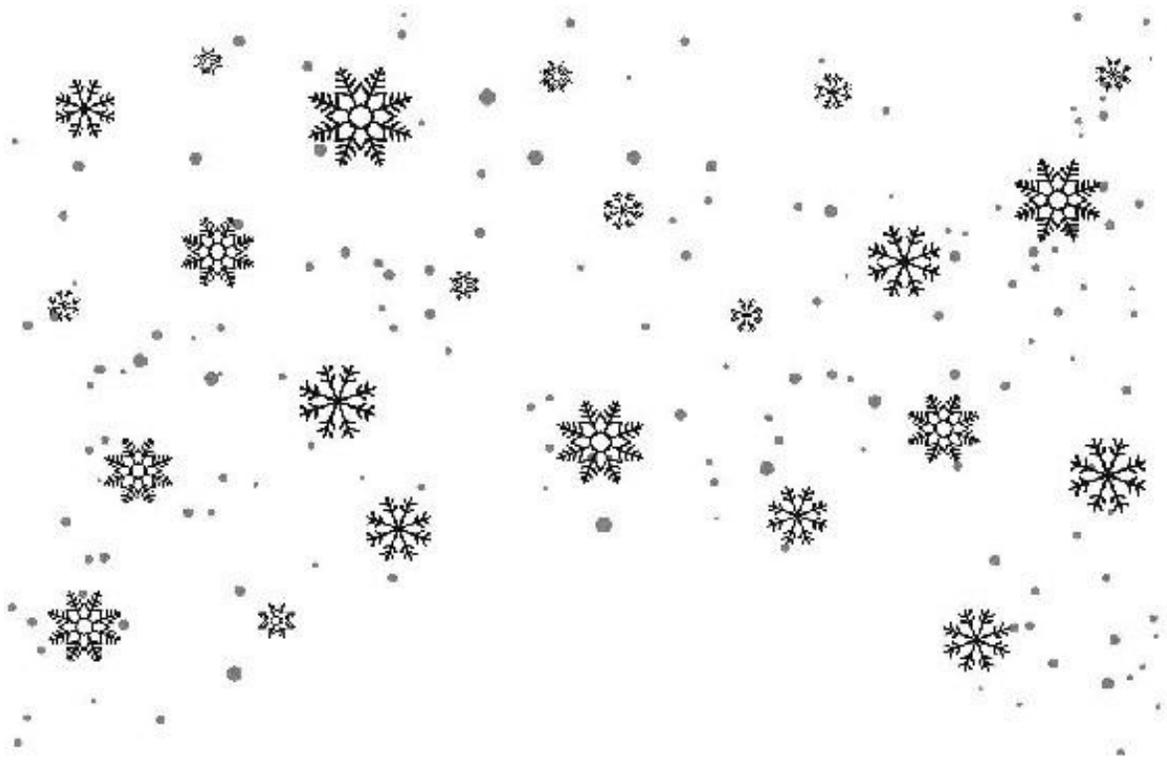
—Era broma —me apresuré a añadir—. No hay nada malo en ello. Es opción de cada uno, ¿sabes? Y muy respetable. No pretendía...

Mark cortó mi retahíla con un beso casto, conciso y con la pasión justa. Me sorprendió que hubiera acumulado el valor suficiente para atreverse, y fue precisamente ese esfuerzo por su parte la razón por la que me sentí culpable.

Porque, mientras los labios de Mark estaban sobre los míos, en lo único en lo que podía pensar era en que no era él.

Mark Jensen no era Wesley Parker.

Y ahora estaba segura de que nadie jamás lo sería.



Capítulo 45

Wes

El bar de Jimmy estaba sorprendentemente vacío aquella tarde. Artie, el mecánico, estaba sentado en la barra junto con dos amigos, y Abel ordenaba las botellas tras la barra. Me había asegurado de que Emily no tenía turno de tarde antes de ir allí a escribir. El cambio de escenario se debía principalmente a las malas experiencias que había tenido con ella en *Coffee Talk*, por lo que no tenía sentido que fuera a su lugar de trabajo sin antes cerciorarme de que no iba a estar cerca.

Estaba cerrando un capítulo importante en la trama cuando Abel posó una jarra de cerveza a mi lado.

—Invita la casa —anunció. Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

—¿Acaso la casa necesita un motivo?

—Cuando la casa es el mejor amigo de Emily, sí —repliqué. Él soltó una carcajada suave.

Retiró la silla que había a mi lado y se sentó. Cogió el paño que siempre llevaba al hombro y lo pasó por la mesa, centrándose en una mancha especialmente difícil de sacar.

—Me gustaría disculparme por el corte de mangas del otro día —dijo sin mirarme—. Mi abuela siempre dice que tenemos que ser amables con todos, especialmente con los que nos dañan, que no hay mayor castigo que ese... Claro que ella no ha salido con un profesor de geología y ha tenido que acudir a todas y cada una de sus charlas. —Puso los ojos en blanco y se estremeció—. El infierno es una conferencia sobre sedimentos, Wesley.

Me reí y él sonrió. Sospechaba que quería ir a alguna parte con todo aquello, pero no sabía a dónde. El silencio cayó sobre nosotros y decidí romperlo de alguna forma.

—Así que eres gay.

Aquello le resultó tremendamente gracioso. Cuando dejó de reírse, se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿En serio pensabas que no lo era? —preguntó incrédulo.

—Si te soy sincero, no lo sabía a ciencia cierta.

—No serás tú uno de esos que se piensan que me tiro a Emily, ¿verdad? Porque aún quedan algunos en el pueblo.

—No, ¡claro que no!

—Me alegro, porque ni Emily es mi tipo ni yo el suyo. A ella le van más intelectuales, y a mí... Bueno, a mí con más pene.

Me guiño un ojo y yo sonreí de medio lado.

—No te incomoda que te hable de penes ni que te guiñe el ojo... Me gusta. —Dio unos golpecitos a la pantalla del portátil con el dedo—. ¿De qué va tu novela?

—De asesinatos. Es un thriller, o al menos eso es lo que pretendo. —Suspiré derrotado—. Escribir es duro.

—Hasta escribir la lista de la compra lo es. Pero tú tienes un don.

—¿Cómo lo sabes?

—Intuición. —Se levantó de la silla cuando Artie llamó su atención para que le sirviera otra ronda—. Espérame aquí.

Tenía la sospecha de que la conversación con Abel estaba lejos de terminar, así que comencé mi obsesivo ritual para guardar el documento. Acababa de pasar el archivo al último pen drive cuando él volvió a sentarse a mi lado.

—Quiero decirte algo —comenzó sin rodeos—, pero me temo que no debería entrometerme. Aun así voy a hacerlo, claro, porque me conozco. —Se inclinó hacia delante y puso las manos bajo su barbilla—. Emily está ahora mismo en una cita con Mark Jensen.

Aquello no me sorprendió, pero sí me escoció. Aun así, me esforcé por actuar como si no me afectara lo más mínimo, ya sabía que eso era lo que debía pasar.

—Me alegro por ella —dije con una voz que no parecía la mía—. Y por él, supongo.

—Oh, vamos, ¡deja de fingir! —intervino Abel con algo de desesperación—. La realidad aquí es que estáis locos el uno por el otro y que ese Jensen puede intentarlo todo lo que quiera, pero nunca le hará sentir lo que sientes por ti. —Se frotó la nariz y me miró a los ojos—. Yo la alenté para que saliera con él. Lo hice porque quería que afrontara sus sentimientos de una vez por todas, y eso es lo que estoy intentando contigo ahora.

—No es tan fácil, Abel. Tenemos vidas muy distintas, futuros muy distintos...

—Nadie tiene ni idea del futuro, Wes. Lo único inamovible aquí es el pasado. ¿Quieres cambiar el futuro? Cambia el presente. No hay nada escrito en piedra.

Me tomé media jarra de cerveza de un sorbo mientras él me miraba con intensidad. Cuando posé el cristal sobre la madera, noté cómo se me aguaban los ojos y los froté enérgicamente. Abel suspiró.

—Conozco a esa chica desde hace años. La he visto sufrir, la he visto llorar... La he visto de mil maneras, pero nunca la he visto así de feliz. —Me cogió la mano entre la suya—. Hasta que llegaste tú.

—Creo que la quiero, Abel —dije de pronto. No sabía por qué, pero las palabras salieron de mi boca antes de poder hacer algo para pararlas.

—Yo también creo que la quieres —sonrió—. Así que mueve el culo y haz algo antes de que la pierdas para siempre.

—Está bien, pero voy a necesitar un poco de alcohol antes.

Me soltó la mano y se levantó. Su figura me sobrepasó y me di cuenta de lo alto que era.

—Estás en el sitio indicado, entonces.

Bebí un poco más de lo debido. Cuando me quise dar cuenta, el bar estaba comenzando a desenfocarse ligeramente, así que paré a mitad de cerveza y la acerqué a la barra.

—Voy a ir a su casa —le dije a Abel.

—¡Por fin entras en razón! ¿Quieres dejar el portátil aquí?

—No, voy a pasar por mi casa antes para dejarlo todo allí. —Le palmeé la mano que tenía apoyada sobre la barra—. Gracias, tío. Le pondremos tu nombre a nuestro primer hijo.

Soltó una carcajada a mi espalda mientras yo salía por la puerta.

Acababa de llegar al porche de casa de mis padres cuando me caí de rodillas tras tropezar con una rama que me sorprendió que estuviera ahí. Después de todo, mi madre estaba obsesionada con el cuidado de los jardines y con la limpieza en general. Al levantarme, me percaté de que se me había roto el pantalón, pero no tenía tiempo de cambiarme de ropa. Entré para dejar la mochila con el portátil en el recibidor y, justo en ese momento, oí cómo se acercaba un coche a lo lejos. Cerré la puerta a toda prisa y me dirigí a la ventana del salón para poder ver mejor lo que pasaba.

Emily se bajó de un Cadillac negro. Aquello me descolocó. ¿Mark tenía un Cadillac? ¿El tío de

las coderas y la gomina? Increíble.

Luego vi cómo se abría la otra puerta y salió él, con su pelo repeinado y un atuendo bastante cuestionable, como siempre. Sin apagar el motor, rodeó el coche hasta donde estaba ella y posó una mano en su brazo. Los celos me inundaron el pecho y respiré hondo para evitar que me ahogaran.

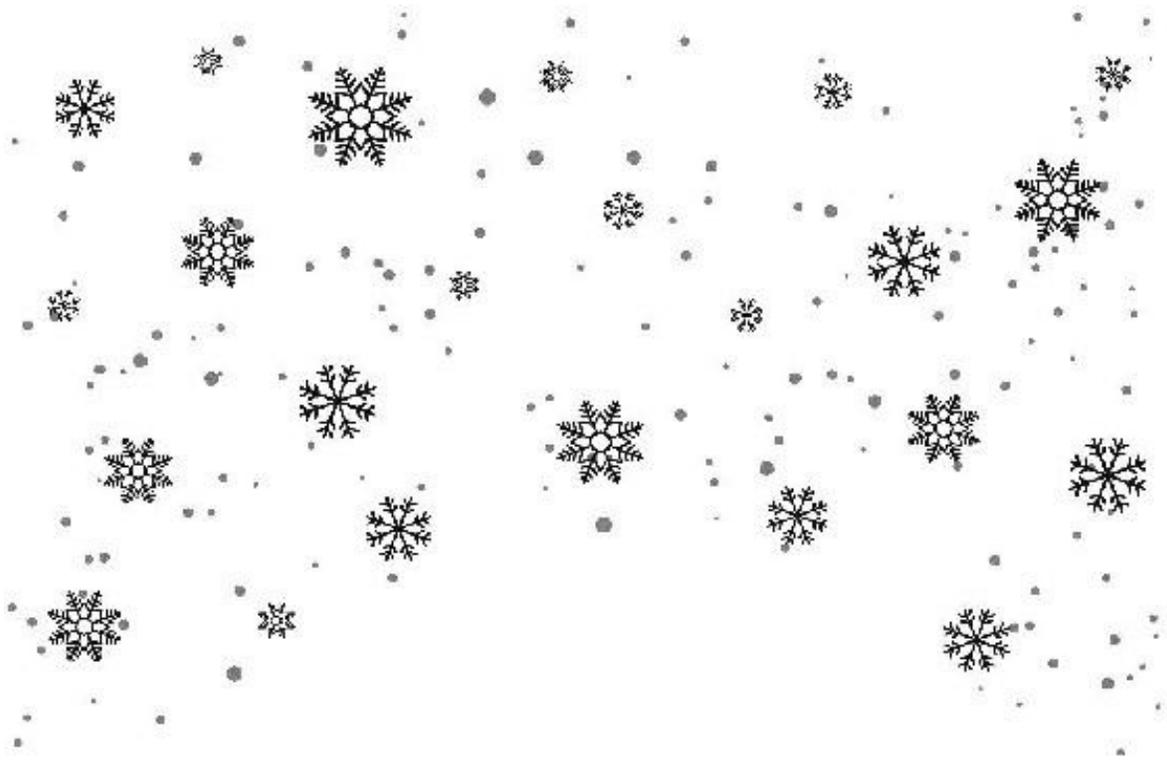
Entonces él se inclinó hacia delante para besarla brevemente en los labios, y todo el esfuerzo fue en vano. La rabia se convirtió en un corsé que me apretaba hasta dejarme sin aliento. Me llevé una mano al estómago y cerré los ojos un momento. Cuando los volví a abrir, Mark ya iba calle abajo en su precioso coche y Emily acababa de cerrar la puerta de su casa.

Controlé mi respiración.

Inhala y exhala, joder...

Me quité el chaquetón debido al repentino calor que sentía. Las gotas de sudor bañaban mi frente y una mano invisible me agarraba de la nuca. Seguí respirando pausadamente hasta que noté una leve mejoría.

Tomé una gran bocanada de aire y, sin pensarlo dos veces, salí de casa dispuesto a decirle a Emily lo mucho que nos estábamos equivocando los dos y lo mucho que ella significaba para mí.



Capítulo 46

Emily

Alguien aporreó la puerta principal. Pensé que quizás fuera Mark, ya que acababa de marcharse, pero aquella urgencia no era propia de él. Solo había una persona que encajaba con la descripción de alguien con tan poco miramiento como para llamar de esa forma a esas horas.

Wes iba en camiseta de manga corta a pesar del frío polar que hacía aquella noche. Sus vaqueros tenían un amplio roto en la zona de la rodilla, lo que sospechaba que no era algo propio del diseño de la prenda y más bien del estado en el que iba.

Había bebido. Intentaba disimularlo, pero se tambaleaba ligeramente de un lado a otro. Tenía los ojos rojos y muy brillantes, y desde que abrí la puerta no los despegó de los míos ni un solo instante.

—¿En serio, Emily? —preguntó, alzando las manos por encima de la cabeza—. ¿Ese tío?

—Vete a casa, estás borracho.

—¡Pues claro que lo estoy! Pero eso no tiene nada que ver. Dime, ¿de verdad te gusta como te gusto yo?

No estaba dispuesta a entrar en ese juego. Lo mío con Wes había sido breve e intenso, aunque mentiría si le dijera que Mark me hacía sentir como lo hacía él. Joder, ni siquiera me hacía sentir la mitad de lo que Wes me provocaba, pero tarde o temprano él se marcharía de Taylors Falls y yo me quedaría allí, con el corazón roto y la misma vida de siempre.

—No quiero hablar de esto contigo —dije, dispuesta a cerrarle la puerta en las narices, pero él fue más rápido y entró antes de que pudiera impedirle el paso—. ¿A dónde te crees que vas?

—A quedarme aquí hasta que me hables. —Se sentó en el sofá y cruzó los brazos sobre el pecho, mirándome—. Puedes empezar cuando quieras.

—¿Qué quieres que te diga? —pregunté desesperada—. Me gusta Mark.

—Y una mierda —atajó él. Se levantó para dirigirse hacia mí—. Dímelo otra vez, pero ahora mirándome a los ojos.

—Me gusta Mark —repetí, y era verdad. No tanto como Wes, ni mucho menos, pero era un buen tipo—. Y tú no tienes derecho a entrometerte.

—Puede que eso sea verdad —tomó un mechón de mi pelo de mi coleta y lo rizó entre sus dedos—, pero voy a hacerlo. Necesito hacerlo. ¿Cómo te besa él, Em? —Se acercó peligrosamente a mi boca. Noté la forma en que su aliento cálido acarició mis labios y me convertí en gelatina de pies a cabeza. Parecía que iba a posar su boca en la mía, pero en el último segundo, cambió de rumbo y rozó mi mejilla con ella—. ¿Te besa como yo? Cuando mete su lengua en tu boca... ¿Sientes lo mismo, Emily?

La voz de Wes se tornaba más y más rasposa con cada palabra que enunciaba. Lo sentía cerca de mí, muy cerca, y a pesar de que mi cerebro me gritaba que diera un salto y me alejara de él, mi cuerpo parecía haberlo traicionado y estaba decidido a dejar que él hiciera lo que quisiera. Cerré los ojos y tragué saliva cuando él posó su mano en mi cadera y clavó sus dedos en ella.

—¿Y qué me dices de sus caricias? —prosiguió con sus labios pegados a mi oreja—. ¿Te gustan tanto como cuando yo te toco? —Su mano comenzó a vagar libremente por mi brazo, de arriba abajo, una y otra vez.

—Wes —dije con un hilo de voz—. Por favor...

—¿Quieres que pare? Dímelo. Mírame y dime que me aleje, o aléjate tú. Te prometo que si haces una de estas dos cosas no volveré a molestarte.

Aquella era mi oportunidad de ser fuerte, hacer de tripas corazón y zanjar aquello de una vez por todas... Pero no quería. Cada hueso, cada poro, cada célula me pedían más; más de sus manos en mi piel, más de su boca en la mía, más de su cuerpo en mi cuerpo. No me moví ni un ápice de donde estaba y tampoco dije una palabra, lo que significaba que al fin había claudicado a lo que sentía en lo más profundo de mi ser. En aquel momento, no podía pensar en el futuro ni en lo que supondría rendirme a él de nuevo. Lo único que ocupaba mi cabeza eran las ganas de traerlo hacia mí y perderme en la locura que él me otorgaba, en ese riesgo tan irresistible que hacía que se me encogiera el estómago.

Wes me taladró con la mirada como solo él sabía hacer y bajó la mano con la que me acariciaba el brazo, la cual fue a parar a la cinturilla de mi pantalón. La agarró y me atrajo hacia él, hasta que noté cómo su frente colisionaba con la mía.

—Eso pensaba —sonrió—. Tenemos que dejar de resistirnos a esto que sentimos de una vez, Emily. Nadie más que yo puede darte lo que necesitas... Lo que de verdad quieres. —Atrapó el lóbulo de mi oreja con sus dientes y me arqueé hacia él involuntariamente—. Deja de perder el tiempo con ese estúpido de Mark y pásalo conmigo.

—Mark no es estúpido —rebatí con voz entrecortada—. Y es una buena persona...

—No lo dudo. También es la opción más correcta, y quizás la más segura... —De pronto atrapó mi labio entre sus dientes y tiró de él de una forma que me dejó sin aliento—. Pero nunca podrías ser plenamente feliz con él, ¿y sabes por qué?

Negué con la cabeza y él apretó sus caderas contra mí. Pude notar su erección a través de los vaqueros, y el latido de mi corazón hasta en la punta de mis pies.

—Pues es fácil. —Metió su mano bajo mi jersey y la subió hasta llegar a mis pechos. Con lentitud, volvió a posicionar su boca cerca de mi oreja, y la lamió fugazmente antes de volver a hablar—. Porque tú aún no lo sabes, pero él jamás podría follarte como yo.

Aquello era todo. Me deshice ante sus palabras, ante su tono, y ante la inexorable verdad que acababa de abandonar sus labios. Mark nunca me lo haría como él, y estaba segura de que ningún otro hombre podría conseguirlo tampoco, porque Wes era especial, y ahora sabía que era inútil negarlo. Nunca nadie sería capaz de hacerme sentir lo que él me hacía sentir con un roce, con un gesto, o solamente una mirada proveniente de sus brillantes ojos marrones.

Esta vez fui yo quien buscó su cara. Solté un sonido gutural, una especie de gruñido que nació de lo más profundo de mi garganta y que casi no reconocí, y me lancé hacia él. Wes me atrapó entre sus brazos y fue llevándome escaleras arriba, poco a poco, beso a beso. Levantó mis brazos con una mano mientras que con la otra tiró del borde de mi jersey, hasta que se deshizo de él. A mí me costó un poco más de tiempo hacer lo mismo con su camiseta, pero cuando llegamos a la puerta de mi dormitorio, el torso de Wes ya estaba desnudo. Tracé con los dedos la silueta de su clavícula y él me tumbó sobre la cama con delicadeza. Desabrochó el botón de mi pantalón y, no sin algo de esfuerzo, consiguió quitármelo sin que tuviera que levantarme, llevándose con él también mi ropa interior. Estaba a punto de incorporarme para desabrocharle el suyo cuando, sin quitarme la vista de encima, comenzó a hacerlo él mismo. Me limité a observarle con lo que sabía que era el deseo y la urgencia escritos en cada gesto. Aquello pareció divertirle y pasó a demorarse más de la cuenta.

—No me obligues a levantarme, Wesley —gruñí. Él soltó una carcajada que puso en pie cada vello de mi cuerpo.

—Hazlo —me retó.

De un rápido movimiento, me puse recta y bajé la cremallera de sus vaqueros. Él me miraba desde arriba, pendiente a cada movimiento de mis manos, con una sonrisa pícaro en la cara. Cuando hube acabado, me cogió de la muñeca y tiró de ella hasta que estuve de pie, pegada a su cuerpo.

—¿Has pensado en mí? —preguntó en voz baja.

—Sí —admití.

—Cuéntamelo.

—Anoche, cuando salimos a bailar. Había bebido, y cuando cerré los ojos y comencé a moverme en la pista, imaginé que estabas justo detrás, pegado a mí.

Wes me hizo girar sobre mí misma y pegó su pecho a mi espalda.

—¿Así? —susurró en mi nuca. Asentí—. ¿Y qué hacíamos así?

—Al principio solo bailar. Pero luego... —Tragué saliva y rocé su mano, que me agarraba fuertemente de la cintura—. Luego comenzabas a acariciarme.

Puso su mano en mi muslo y comenzó a trazar círculos con la palma de su mano. Yo cerré los ojos e intenté controlar el ritmo de mi respiración, que amenazaba con entrecortarse demasiado.

—¿Te acariciaba de esta forma, Em? —quiso saber, sin parar de hacerlo.

—Ajá... Aunque no por mucho tiempo. Luego subías más... —Subió la mano un poco—. Más... —Volvió a subirla—. Más arriba, Wes...

Él parecía estar disfrutando demasiado con aquella tortura y yo iba a deshacerme de un momento a otro, así que agarré su mano y la coloqué en la cara interna de mi muslo, lo más arriba que pude.

—¿No crees que es poco decoroso? Después de todo, estamos en un bar —recordó él, y aunque no lo veía podía notar la sonrisa en el tono de su voz—. Van a echarnos por escándalo público.

Iba a responderle, pero entonces metió la rodilla entre mis piernas para separarlas un poco y sus dedos se deslizaron dentro de mí, haciendo que las palabras murieran en la punta de mi lengua. Los movió con lentitud, rítmicamente, hasta que de buenas a primeras paró.

—Wes —dije, con una súplica implícita en su nombre—. ¿Qué pasa, por qué paras?

—Porque tú eres la que dirige esta historia y has dejado de contarme qué pasa después.

—Creo que ya te lo puedes imaginar —bufé, pero él seguía sin moverse—. ¿Voy a tener que hacerlo yo?

—Hum... —Apoyó la cabeza en el hueco de mi hombro—. ¿Y cómo sería eso exactamente?

Sonreí y comencé a mover las caderas. Lo hice despacio, deleitándome en la reacción que, a juzgar por lo que sentía en la parte baja de mi espalda, le estaba provocando. Wes soltó un gruñido animal y tuve que recordar que necesitaba respirar para seguir viviendo. Había un remolino de emociones escalando por mi estómago, y mis movimientos, que en un principio eran controlados, comenzaron a tornarse más y más frenéticos.

—Para —me pidió, y cuando lo hizo su voz sonó más grave que de costumbre—. Me estás matando.

—Puedes continuar tú desde aquí si quieres —sonreí, y no tardó ni un segundo en volverme hacia él.

—Eso es precisamente lo que pensaba hacer.

Separó sus manos de mi cuerpo el tiempo justo para tumbarme de nuevo en la cama, pero fue suficiente como para que mi piel protestara ante aquella repentina distancia. Eché mano a la goma de su ropa interior, pero él, quizás adivinando mis intenciones, atajó el movimiento con la suya.

—Ya habrá tiempo para eso —dijo, y fue él quien se deshizo de sus bóxers negros—. Ahora no.

Le observé con atención, intentando memorizar cada detalle de su cuerpo. Ya le había visto desnudo en otra ocasión, pero, sin embargo, sentí de nuevo aquel aleteo en la boca del estómago ante aquella vista tan imponente. Tenía un cuerpo perfecto. Alcé un dedo y lo paseé por su cadera. Tracé su contorno lentamente, con precisión, como si fuera una niña que acaba de aprender a colorear y no quiere salirse de las líneas. Wes me miraba con los ojos en llamas, inmerso en lo que parecía un ejercicio de contención para él. De pronto me percaté de que aún llevaba puesto el sujetador, y cuando le quité la mano de encima para deshacer el cierre, el aprovechó y se abalanzó sobre mí.

—Yo también he estado pensando en ti, ¿sabes? —confesó entre besos. En mi cuello, en mi boca, en la clavícula—. Me torturaba pensando en si algún día encontrarías a otra persona, y en si esa persona podría hacerte sentir lo mismo o más que yo... —Su boca llegó a mis pechos y se detuvo en ellos durante unos minutos—. Era horrible. Pero luego rememoraba este lunar... —Bajó hacia mi ombligo y lamió el pequeño punto marrón que tenía al lado— y me juraba que volvería a verlo, a besarlo... Que haría todo lo posible por volver a tenerte entre mis brazos. —Sus labios siguieron inmersos en su periplo por mi anatomía, y se detuvieron en mi vientre. Noté la vibración en él cuando volvió a hablar—. Te he echado de menos, Emily. He extrañado tu risa, tu forma de atusarte el pelo...

Con una fuerza inesperada y un movimiento muy rápido, me agarró de las caderas y me dio la vuelta, de forma que mi torso quedó en contacto contra la colcha de mi cama.

—...Y también he echado de menos este culo —prosiguió. Mordió mi nalga derecha con suavidad. Yo solté un suspiro, y él plantó un beso justo donde me había tirado el bocado.

Volvió hacia arriba y empezó a besar cada centímetro de la piel que recubría mi espalda hasta que llegó a mi hombro. Usó la punta de la lengua para trazar una figura abstracta y yo me estremecí bajo su roce. Mi cuerpo estaba llegando a su límite. Necesitaba que él culminara lo que había empezado, y que lo hiciera cuanto antes.

—Quiero hacerte el amor, Emily —volvió a hablar, y el sentir su aliento sobre la humedad que había dejado su lengua en mi piel me produjo escalofríos—. Pero quiero que me digas que tú también lo quieres.

—Lo quiero —dije enseguida, con la voz amortiguada por la colcha. Giré la cabeza—. Lo quiero, Wes. Ahora.

Volví a ponerme bocarriba y él se inclinó sobre mí, ansioso por encontrar mi boca. Paró un segundo; el tiempo suficiente para sacar la cartera del bolsillo de sus vaqueros, ahora arremolinados en el suelo, y rebuscar en ella. El papel plateado del preservativo brilló en la oscuridad, aunque no por mucho tiempo porque, con un rápido movimiento, lo rasgó y se lo colocó. Mientras sus labios se unían a los míos, volvió a colocarse entre mis piernas y, con otro gruñido, se adentró en mí.

Me retorcí bajo su peso con unas ganas inusitadas de pegarme aún más a él, de tenerlo aún más cerca. Rodeé su cintura con mis piernas, atrayéndolo hacia mí, y en su cara pude ver el titánico esfuerzo que estaba suponiendo para él el quedarse quieto y darme tiempo suficiente para hacerme a su cuerpo.

—Estoy bien —le susurré, y le besé de nuevo—. De verdad.

Apoyó su frente contra la mía, de forma que nuestros ojos estaban alineados, y posé la palma de mi mano en su mejilla. Volví a recortar la distancia entre nuestras bocas, pero esta vez me paré a milímetros de la suya.

—Hazlo —le pedí, y su contención se rompió en mil pedazos.

La oscuridad que envolvió sus ojos era hipnótica. Me quedé embobada mirándola durante unos instantes, pero luego Wes comenzó a moverse y no pude pensar en nada más. Mi mente, mi cuerpo entero, se concentraron en la forma en que salía y entraba; cada vez que lo hacía se acercaba más y más a su culmen y me arrastraba a mí con él. Fue imposible que nos quedáramos quietos sobre aquel rectángulo de superficie, y me percaté de que nos íbamos acercando al borde de la cama poco a poco. Wes se volvía más salvaje por minuto, y una parte de mí no pudo evitar pensar en que al día siguiente podría ver las rojeces que el roce de su barba habría dejado en diferentes sitios de mi cuerpo, y aquello me recordaría a él, a este momento, y seguramente sonreiría y me excitaría a partes iguales.

Arañé su espalda cuando arqueé la mía, tensando las piernas que apresaban su cuerpo, las cuales comenzaban a entumecerse. A ambos nos faltaba el aliento y estábamos completamente bañados en sudor. Me fijé en la manera en la que su piel morena relucía sobre mí y me aferré a la última hebra de contención que me quedaba en el cuerpo.

—Wes, voy a...

—Lo sé —me interrumpió él, casi sin habla—. Vamos, hazlo. Quiero verte.

No hizo falta que me lo pidiera dos veces. Casi me saca de la cama con sus embestidas al tiempo que cada oleada de placer al fin desenredaba el lío de sensaciones en el que estaba inmerso mi cuerpo. Caí rendida a él, a lo que me hacía experimentar. Los ojos se me cerraban, pero me obligué a mantenerlos abiertos. Quería verle, observarle como él había hecho conmigo.

—No pares —le dije, a medio camino entre la petición y la orden.

—No pararía nunca si pudiera —contestó, y la tirantez de su voz evidenció que casi había llegado.

Le toqué ambos costados con la punta de mis dedos, dejando que se mecieran allí con cada uno de sus movimientos. Tenía la frente perlada de sudor y la fruncía, concentrado en disfrutar cada segundo de aquel momento.

—Joder, Emily... Joder —siseó.

El peso de su cuerpo, que hasta aquel momento había estado repartido entre sus dos codos, cambió hacia el derecho; en tanto, el brazo izquierdo encontró el hueco de mi espalda y aprovechó la posición para atraer mi cuerpo aún más hacia él, en lo que sin duda era una búsqueda del máximo placer posible.

Estaba inmóvil; todo lo que podía hacer era acariciar su cara, sus mejillas, sus pómulos, recorrer su barba con mis dedos y trazar el contorno de sus labios. Wes comenzó a susurrar algo, pero no pude oírle con claridad. Por la forma en la que tensaba la mandíbula y la expresión de sus ojos, supe que estaba listo y, en un último movimiento, acerqué mis caderas todo lo que pude.

—Vamos, cariño —dije en voz baja, justo como él me había dicho a mí—. Ahora.

Wes soltó el último lazo que le ataba al control y se dejó ir. Un nuevo gruñido brotó de su garganta al hacerlo y su boca colisionó con la mía. Mi cuerpo cayó sobre el colchón cuando él, agotado, no pudo aguantarme más. Mis piernas, en cambio, seguían a su alrededor atrapándole, rehusando dejarle marchar.

Cuando pudo controlar un poco su respiración, y sin moverse ni un ápice de donde estaba, Wes esbozó una sonrisa que dejó morir en mis labios. Me besó con dulzura, lento, dejando que me emparara de su lado más tierno. Acarició mi pelo, que en algún momento había sido liberado de la cola que llevaba y ahora estaba desparramado por la almohada. Luego pasó a mi mejilla, donde trazó círculos con su pulgar durante un buen rato.

—Esto es nuevo para mí, Em —confesó, con su cara flotando a escasos centímetros de la mía

—. Nunca en mi vida había sentido lo que siento cuando estoy contigo.

—Yo tampoco —admití—. No tengo ni idea de lo que es, pero quiero más. —Él alzó una ceja, divertido, y yo me reí—. ¡No me refiero a eso, tonto! Quiero decir que es una sensación nueva y... ¿Adictiva?

—Esa es la palabra, sí. —Besó mi sien—. Quiero dormir contigo.

—Entonces quédate.

—¿Me dejas? —preguntó con brillo en los ojos y yo asentí fervientemente—. ¿Y qué pensarán los chicos cuando me vean mañana por la mañana?

—Me da igual —dije con desdén y Wes abrió los ojos, sorprendido—. Estoy harta de pensar en los demás primero y luego en mí. Tú has hecho que sea capaz de cambiar mis prioridades de vez en cuando, y esta va a ser una de esas veces. Ya está bien de dejar lo que me hace feliz en un segundo plano.

—Estás preciosa cuando te rebelas —sonrió él y se quitó de encima para tumbarse en el colchón—. ¡Ah! Joder, me has dejado reventado.

—Pues más vale que vayas recuperándote —le advertí, no sin algo de vergüenza—, porque no queda mucho para el desayuno.

—¿El desayuno? —repitió, confuso. Alcé las cejas repetidas veces y él captó lo que quería decir—. Ah, te refieres al desayuno de antes del desayuno.

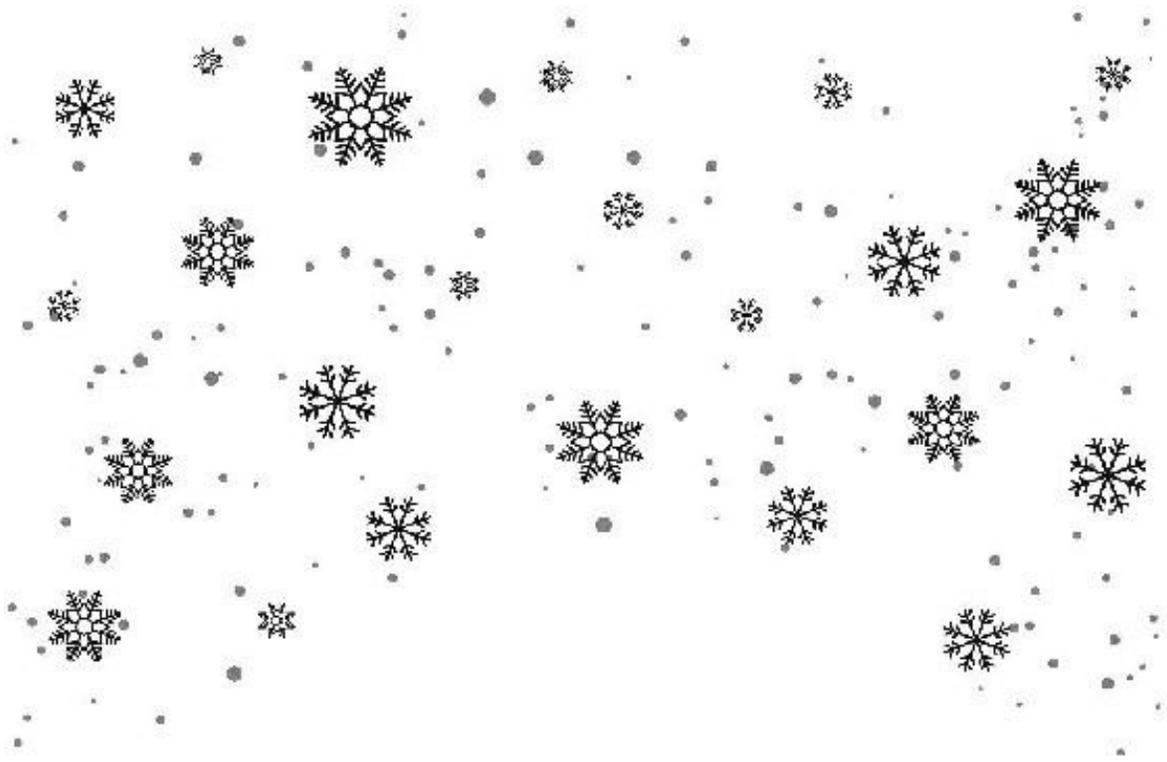
—Eso es.

—Oh, oh —me atrajo hacia su costado—, me parece que he despertado a la bestia.

Wes cayó rendido en cuestión de segundos. Oí su respiración lenta y pausada, y pude ver la expresión pacífica de su rostro antes de quedarme dormida yo también.

Aquella noche tampoco soñé, pero no me hizo falta.

Tenía a Wes durmiendo a mi lado, y eso era suficiente como para afirmar que, en efecto, la realidad a veces supera a cualquier cosa que tu mente pueda llegar a imaginar.



Capítulo 47

Wes

—No puedo creer que vayamos a hacerlo.

Estábamos en la sala de espera de un estudio de tatuajes en Wisconsin. Emily hojeaba un libro con fotos de diseños tribales y yo acariciaba el terciopelo negro de la tapicería del sofá donde me sentaba.

—Yo tampoco puedo creérmelo —dijo ella con una sonrisa nerviosa—. ¿Dolerá mucho?

—Bueno, el proceso básicamente es mojar una aguja en tinta y clavártela un millón de veces en la piel, así que me imagino que no será como si te hicieran cosquillas con una pluma. —Ella puso cara de horror ante mi explicación—. Pero tampoco creo que sea insoportable. Si lo fuera, la gente no se tatuaría, ¿no?

—Supongo... —Se encogió de hombros—. Además, dicen que el dolor debe ser parte de la experiencia.

—Eso dicen, sí. —Miré los cuadros que colgaban en la pared. En ellos, aparecía una chica semidesnuda tumbada de forma sugerente a lomos de una Harley—. ¿Sabes ya lo que vas a hacerte?

De camino al estudio, habíamos estado barajando varias ideas. A pesar de que era una de las cosas de la lista de Emily, yo había decidido sumarme a la iniciativa y marcarme la piel de por vida. Hasta yo me había sorprendido de mi decisión, pero quería tener algo que me recordara a esa época de mi vida, a aquel lugar del país... y a ella.

—Un copo de nieve —contestó con decisión—. Mi padre solía llamarme «copito» y pensé que sería una buena forma de homenajearle. ¿Y tú qué?

—No tengo ni idea —admití—. ¿Una calavera en llamas tal vez?

—No digas tonterías —dijo Emily haciendo rodar los ojos—. No te pegaría nada. —Posó el catálogo sobre la mesa de cristal que teníamos delante y se giró hacia mí—. ¿Por qué no te haces otro copo de nieve?

—¿Igual que el tuyo? —Ella asintió con la cabeza—. No sé, Em... Eso es algo personal, un recuerdo de tu padre. No quiero apropiarme de ello.

—Un copo de nieve no es exclusivo, Wes.

—En realidad sí que lo es, porque todos son diferentes...

—¡Ya sabes a lo que me refiero! —me cortó.

—Puede que sea una buena idea, sí. Podría representar mi tiempo aquí... Ya sabes, por aquello de que no he visto en sol ni un puto día en ese congelador al que llamáis Minnesota.

—¡Entonces decidido! —exclamó—. Ahora solo falta decidir en qué parte del cuerpo te lo haces.

—¿Tú ya lo sabes?

—Ajá. —Arqué una ceja. Ella se alzó el borde del jersey y se bajó la cinturilla del pantalón, dejando visible un poco de piel de la cadera. La acarició con el dedo—. Justo aquí.

Seguí el movimiento de su índice con interés.

—¿Ahí? —pregunté, poniéndome nervioso solo de imaginarlo. Ella soltó una carcajada.

—Veo que te gusta la idea.

—Oh, no sabes cuánto.

—En realidad, no, no lo sé —ronroneó, y acercó su cuerpo a mí.

Justo en ese momento, el chico que iba a tatuarnos nos llamó desde la puerta y yo solté un bufido.

—Ya te lo explicaré luego —le susurré, y a ella se le encendieron las mejillas.

Hacernos los tatuajes nos había llevado media hora escasa. Al final decidí escoger la piel que recubría mis costillas, en el lado izquierdo. Supe que decantarme por esa zona en concreto había sido un error en el momento en el que el chico posó la aguja por primera vez y noté el dolor agudo que me provocó, pero ya no había vuelta atrás, así que apreté la mandíbula y aguanté los quince minutos que tardó el proceso como un campeón. Ahora Emily y yo teníamos dos copos de nieve idénticos adornando nuestra piel. No eran muy grandes, pero para nosotros lo significaban todo.

Paramos en una taquería a reponer fuerzas. Cuando entramos en el local, agradecí mentalmente a la persona que inventó la calefacción por tener una mente tan maravillosa y hacer fáciles las vidas de los frioleros del mundo como yo.

—¿Te duele? —preguntó Emily mientras yo me zampaba medio taco de un bocado.

—No mucho —contesté cuando pude tragar—. ¿Y a ti?

—No, nada. —Dio un bocadito pequeño a su comida—. Aún no me puedo creer que tenga un tatuaje. ¡Nunca pensé que me atrevería! No lo habría hecho de no haber sido por ti.

—¿Qué puedo decir? —Me encogí de hombros—. Ya lo decían las madres de mis amigos... Soy una mala influencia por naturaleza.

Ella sonrió y alargó la mano para tocar la mía, que descansaba sobre la mesa. Entrelacé mis dedos con los suyos y le dediqué la sonrisa de felicidad que no había abandonado mis labios desde la noche anterior.

El tono de llamada de mi móvil rompió la magia del momento. Puse cara de asco y Emily me lanzó una mirada divertida antes de dejarme la mano libre para que contestara. No conocía el número que me llamaba, pero por el prefijo sabía que era de Nueva York.

—¿Diga? —contesté, intentando controlar el temblor de mi voz.

—¿Wesley Parker? Soy Hugh Green, de la revista Esquire.

El corazón comenzó a latirme a mil por hora. Debí poner cara de susto, porque Emily me miró con extrañeza y movió los labios para preguntarme quién era.

—Sí, soy yo —conseguí decir.

—Quisiera concertar una entrevista contigo con vistas a cubrir el puesto vacante de redactor. ¿Te parece que nos veamos el martes que viene a las ocho de la mañana en las oficinas de la octava con la cincuenta y siete?

—Eh... Sí. —Me di cuenta de lo dubitativo que había sonado e intenté enmendarlo—. Sí, por supuesto, sin problema. Allí estaré.

—De acuerdo —dijo Hugh, y su tono de voz evidenciaba que estaba sonriendo—. Tengo ganas de conocerte. Después de todo lo que Sophie me ha contado sobre ti, tengo curiosidad por saber quién es Wesley Parker.

—Espero no decepcionarle. —Hugh soltó una carcajada.

—Yo también lo espero.

Cuando colgué, Emily me miraba con expectación.

—Tengo una entrevista en Esquire para el puesto de redactor —anuncié. Ella se llevó las manos a la boca.

—¡Madre mía, Wes, enhorabuena! —Se inclinó hacia delante y me besó—. ¿Cuándo?

—El martes... —Suspiré—. En Nueva York.

Ella notó el cambio en mi ánimo y tomó mi mano entre las suyas.

—Tienes que estar contento —me recordó—. Es una gran oportunidad y no puedes dejarla escapar.

—No, supongo que no...

Emily se levantó, rodeó la mesa y, sin mediar palabra, se sentó en mi regazo. Los dos chicos adolescentes de la mesa de al lado nos miraron con atención y soltaron un par de risitas por lo bajo.

—Todo va a ir bien, ya lo verás —me aseguró con sus brazos alrededor de mi cuello—. Estás más que preparado para el puesto y lo sabes. En cuanto a nosotros... —Me dio un fugaz beso en la mejilla—. Encontraremos la forma. No sé cómo ni cuándo, pero lo haremos.

La seguridad que desprendían sus palabras consiguió que me relajara. Enmarqué su cara con ambas manos y la atraje hacia mí para besarla. Los adolescentes aumentaron el volumen de sus risas al vernos y comenzaron a hacer sonidos propios de una película porno.

—Oh, por el amor de Dios, ¡creced un poco! —les grité y ellos bajaron la voz, aunque no cesaron la broma.

—Hum... ¿qué te parece si les damos material para rato? —susurró Emily en mi oído.

—Eres muy traviesa, ¿lo sabías?

—La pregunta es... —Lamió el lóbulo de mi oreja—. ¿Lo sabes tú?

—Eso creo, aunque algo me dice que estoy a punto de llevarme una sorpresa.

—Vámonos al coche.

Salimos del restaurante casi corriendo, como si fuéramos dos adolescentes como los que habíamos dejado atrás. A pesar de que era el coche de mi padre, Emily me quitó las llaves y se puso al volante. Quise preguntar qué estaba haciendo, pero ella alzó el dedo índice y supe que era mejor guardar silencio.

Nos llevó a una zona arbolada y aparcó en los aledaños del comienzo del sendero. El cielo estaba preñado de nubarrones grises que anunciaban tormenta, por lo que seguramente nadie en su sano juicio transitaría la zona.

Cuando apagó el motor, echó los seguros y se deslizó entre los dos asientos hacia la parte trasera. Yo la miré divertido mientras ella se peleaba con el freno de mano, donde se había quedado enganchado su pantalón. Una vez lo consiguió, me instó a que hiciera lo mismo, lo que me llevó mucho más trabajo.

—¿No podíamos haber salido y entrado por las puertas traseras como dos personas normales? —refunfuñé cuando por fin pude sentarme a su lado.

—¿Dónde está la gracia en eso? —respondió y, con rapidez, se colocó a horcajadas sobre mí.

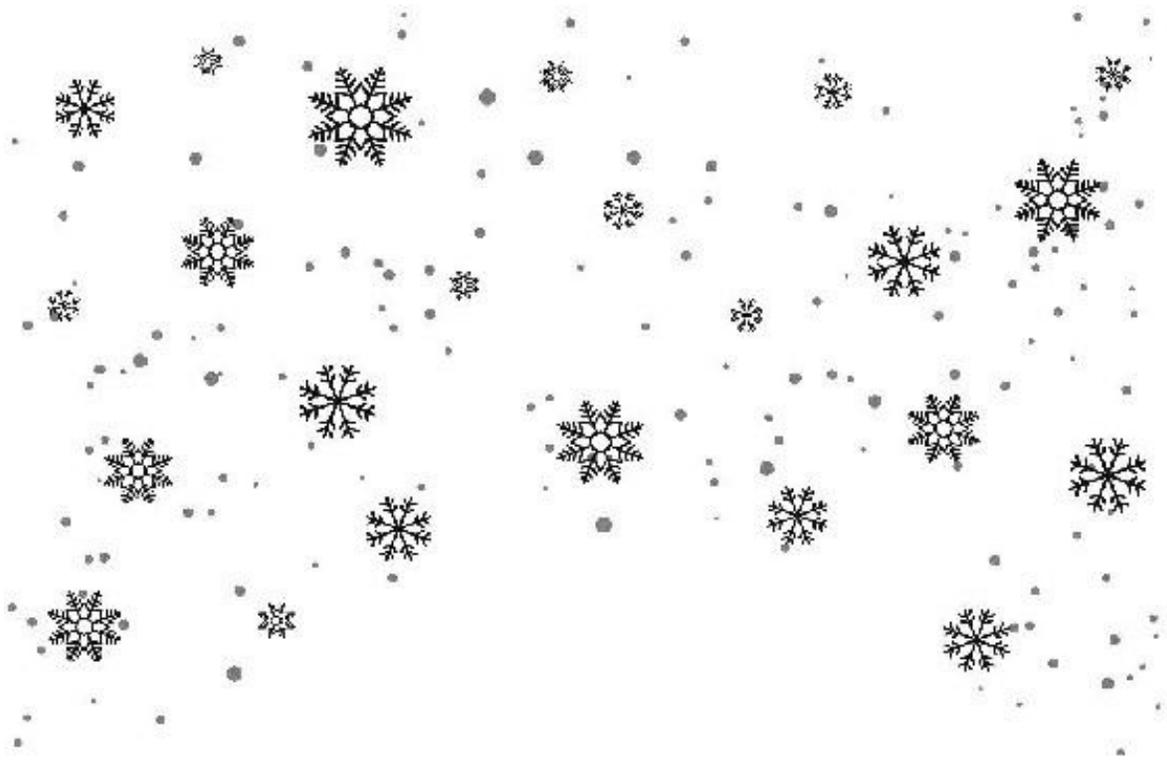
—Me siento como un quinceañero.

—Esa es la idea —sonrió antes de comenzar a besarme el cuello.

—¿En serio quieres hacerlo aquí? —Ella asintió con un brillo travieso en los ojos—. ¿Seguro?

—¿Tienes algún problema? —Pasó la punta de su lengua por la base de mi garganta.

—Si lo tenía, ya no me acuerdo —murmuré, y tapé la carcajada que salía de sus labios con mi propia boca.



Capítulo 48

Emily

Mientras Wes dormía la siesta, reservé un billete para Nueva York a su nombre.

Me temblaron los dedos durante todo el proceso, pero sabía que, si yo no lo hacía, había una posibilidad de que él tampoco lo hiciera, y que el motivo sería yo.

La sola idea de pensar que pudiera tirar por la borda esa maravillosa oportunidad por quedarse allí conmigo me llenaba el pecho de amor, pero también de rabia. Wes se merecía aquello, incluso si significaba tener que dejarle ir para siempre.

Cuando se despertó y bajó a la cocina, le enseñé los datos del vuelo y él me miró apesadumbrado.

—No voy a ir —dijo en tono cortante mientras abría la nevera en busca de algo que comer.

—¿Cómo que no vas a ir? ¡Por supuesto que vas!

—¿Es que no te das cuenta? —gritó de pronto. Cerró la puerta del frigorífico de un golpe—. Ir a esa entrevista supone el principio del fin de esto. De lo nuestro.

—Y el principio de tu carrera —añadí—. ¿Es que eso no significa nada?

—¡Claro que sí! —Se pasó la mano por el pelo, visiblemente agobiado—. Pero no quiero dejarte aquí, joder. ¡No puedo!

Me dio la espalda. Apoyó ambas manos en la encimera y se quedó así, mirando los azulejos de la pared durante unos minutos. A través de la tela de su camiseta, podía apreciar cómo se tensaban y destensaban los músculos de su espalda. Me levanté y los acaricié lentamente una y otra vez, en círculos.

—Si estamos destinados a estar juntos, lo estaremos. Y si no... —Él se tensó bajo mi tacto.

—Y si no, nada —repuso, y se giró para mirarme—. Alguien me dijo hace poco que, si quieres cambiar el futuro, tienes que cambiar el presente, y eso es precisamente lo que voy a hacer. No voy a dejar que el destino actúe cuando puedo hacerlo yo mismo.

La determinación en su mirada me pilló desprevenida. En lo más profundo de mi ser, lo único que quería era asentir con la cabeza, pegar mi boca a la suya y dejar que su decisión de quedarse fuera la definitiva. Pero no podía hacerlo. Cuando se quiere a alguien tanto como yo lo quería a él, antepones su felicidad a la tuya una y mil veces si fuera necesario.

—Si no vas a esa entrevista, te arrepentirás. Tal vez tardes meses, o quizás años, pero lo harás. Te preguntarás qué hubiera pasado si hubieras ido, si hubieras aprovechado la oportunidad que te brindó la vida... —Suspiré y encajé mi mano en su nuca—. Ve. Haz la entrevista, y espera los resultados. Puede que te estés agobiando por nada, o puede que sea el comienzo de algo maravilloso en tu vida. Yo estaré aquí, Wes. Siempre.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y, al verlos, noté un pellizco en el corazón. Observé cómo intentaba refrenar el llanto, y cómo finalmente se rendía a él. Lo atraje hacia mí y dejé que se desahogara; que dejara ir los nervios, las inquietudes y las incertidumbres que lo paralizaban.

Los días pasaron sin avisar. El trabajo, los chicos y Wes ocuparon la totalidad de mi tiempo, por lo que apenas fui consciente de que había llegado el día en el que Wes tenía que marcharse.

Él no quería que fuera yo quien lo llevara al aeropuerto. Decía que siempre había odiado las despedidas, y que sabía que si era yo quien le decía adiós, sería demasiado duro montarse en el avión. Aun así, me tomé la mañana del lunes libre.

—No quiero irme —repitió por quinta vez al tiempo cerraba la maleta.

Estábamos en su dormitorio. Él se peleaba con la cremallera mientras yo revoloteaba por la estancia para asegurarme de que no se había dejado nada de vital importancia.

—Ya hemos hablado de esto —dije, también por quinta vez—. Paso a paso, ¿vale? Primero vas a la entrevista y luego ya veremos qué pasa.

Él asintió y siguió intentando cerrar la maleta. Coloqué su pasaporte encima del equipaje de mano y me senté en el borde de la cama.

—Voy a ir a despedirte —afirmé.

—No.

—Sí.

Me miró y yo le mantuve la mirada con desafío. Finalmente, él sacudió la cabeza y supe que se había rendido.

Hunter y Logan insistieron en acompañarme para que no hiciera el trayecto de vuelta sola. En realidad, sabía que era para consolarme por si lloraba, pero me limité a sonreír y a darle las gracias por ser tan considerados.

Cuando llegó el momento de la despedida, noté un escozor agudo en mis ojos y cómo me temblaban los labios. Logan lo percibió y decidió darme algo de tiempo siendo el primero en despedirse. Se abrazó a Wes con fuerza. Él le palmeó la espalda, emocionado y sin decir nada.

Hunter estaba a mi lado, inmóvil y con gesto serio. Agarré su mano y la apreté, instándole a hacer lo que en el fondo sabía que quería hacer.

Dio un paso hacia Wes y le tendió la mano. Él sonrió y se la estrechó durante unos segundos, pero luego aprovechó para atraerle hacia él de un tirón y lo rodeó con sus brazos. Mi hermano se quedó quieto al principio, pero enseguida relajó la postura y devolvió el abrazo con timidez.

—Cuida de tu hermana —le pidió Wes en voz baja, aunque tanto Logan como yo pudimos oírle.

—Lo haré mejor que tú, descuida —respondió él con una de sus sonrisas características, y Wes resopló divertido—. Vuelve pronto, Batman.

La dulzura en su voz nos pilló por sorpresa a todos. Eso provocó que la quemazón de mis ojos se hiciera más intensa aún, y giré la cabeza para que no me vieran.

—¿Alguna vez dejarás de llamarme así? —le preguntó Wes.

—Podría llamarte cosas peores, créeme.

—En eso estoy de acuerdo —intervino Logan, riendo.

Había llegado mi turno de decir adiós. Oficialmente era un «hasta luego», pero algo en mí me decía que aquello era el final de todo. No pude aguantar las lágrimas por más tiempo, y Wes enjugó las primeras con el dorso de su mano.

—No llores, por favor —me suplicó con un hilo de voz.

—Es que... Voy a echarte de menos —dije entre sollozos.

Enterré mi cabeza en su pecho y él me abrazó fuerte. Nos quedamos así durante el mayor tiempo posible, hasta que llegó el momento de marcharse. Wes me besó una y otra vez; en los labios, en la nariz, en las mejillas...

—Tengo que irme —dijo con tristeza.

Nos fundimos en un último abrazo antes de separarnos. Sin hablar, cogió su maleta y echó a andar. Vi cómo nos miró por encima del hombro una última vez.

—Venga, Emily. —Logan tiró de mi brazo—. Es mejor irse ya.

No le hice caso. Me quedé quieta, de pie, con la vista fija en su espalda hasta que, finalmente, desapareció.

—Te quiero —susurré en voz muy baja, con las lágrimas corriendo por mis mejillas, antes de dejarme arrastrar hasta el aparcamiento.

Capítulo 49

Wes

Las ciudades son distintas por la noche.

Con la luz del día eres capaz de apreciar los matices de cada edificio, cada calle y cada persona que la transita. Puedes ver de qué están hechos, la función para la que han sido concebidos. Pero cuando el sol desaparece, todo cambia. Es como si la oscuridad fuera un igualador, una capa de seguridad que permite que esas diferencias que veías ya no se aprecien. Es entonces cuando sale la verdadera naturaleza de todo y de todos.

Eso es en lo que pensaba mientras miraba lo precioso que estaba Nueva York. Desde el balcón del hotel donde me alojaba, podía observar a la perfección el esqueleto de luces que delineaba su forma, como una especie de constelación urbana en la que todos deseaban perderse.

Estaba sentado en el penúltimo escalón del tramo de escalera de incendios que correspondía a mi habitación. Hacía frío, pero nada comparado con Minnesota, y pensar en aquel lugar me produjo un pellizco en el estómago que tardé unos segundos en superar.

Echaba de menos aquello...

La echaba de menos a ella.

Embutí las manos en los bolsillos de mi anorak y me encogí, como si eso frenara el efecto que tenían sobre mí las bajas temperaturas. El nerviosismo que venía sufriendo desde que me senté en el avión comenzó a escalarme el pecho de nuevo, y tuve que concentrarme en mi respiración para intentar ahuyentarlo. Inhalé y exhalé una y otra vez con los ojos cerrados, poco a poco y con calma.

La alarma de mi móvil comenzó a sonar y di un respingo. Era medianoche, lo que significaba que quedaban exactamente seis horas para levantarme y ocho para mi entrevista en Esquire. Si quería ir descansado, tenía que acostarme ya.

Saqué la mano derecha del bolsillo el tiempo justo para apagar la alarma y me levanté con toda la rapidez que me permitieron mis piernas medio entumecidas por el frío. Antes de entrar en la habitación, eché un último vistazo a la ciudad por encima del hombro. Aquel lugar había sido mi casa durante años. ¿Por qué de repente me sentía un extraño allí? Aún pensaba en aquello cuando me metí bajo las sábanas.

Aquella ciudad nunca dormía, y al parecer yo tampoco lo haría esa noche. Di vueltas y vueltas en la cama, intentando encontrar la postura idónea que me permitiera cerrar los ojos y rendirme al sueño por fin, pero fue inútil. Las horas fueron pasando, lentas, y mis ojos siguieron abiertos como platos, seguramente a consecuencia de ese pensamiento que tenía en la parte trasera de mi mente y que no me dejaba respirar con normalidad.

Finalmente, alrededor de las cuatro de la madrugada, mi cerebro decidió darle una tregua a mi cuerpo y desconectar.

Al menos eso creí.

Pero resultó que, cuando el mundo del sueño me envolvió, fue su cara lo primero que apareció ante mí; su hermosa cara salpicada de pecas que formaban una maravillosa constelación en la que perderse para no querer encontrarse jamás.

Justo como las luces de Nueva York.

La entrevista fue un desastre.

Las ojeras me llegaban a los pies y estuve disperso todo el rato. No fue hasta pasado un tiempo que me espabilé y empecé a demostrar la energía que solía caracterizarme, pero temía que para entonces ya fuera tarde. Aun así, Hugh me despidió con un apretón de manos bastante cariñoso, una sonrisa amplia en su rostro y la promesa de llamarme muy pronto.

Deambulé por las calles como un zombi durante casi una hora. Finalmente, el frío ganó la batalla y me refugié en una cafetería donde poder desayunar.

El cruasán de chocolate que me había pedido resultó ser todo un reto para mi estómago, el cual todavía seguía revuelto debido a los nervios. Le di bocados pequeños mientras lo giraba y, por algún motivo, eso hizo que me acordara de Emily... Otra vez.

Saqué el móvil del bolsillo y busqué su número, pero no la llamé. En vez de eso, me quedé mirando como un imbécil cómo relucían en la pantalla las letras de su nombre.

—¿Te importa que me sienta? —dijo una voz de pronto y me sobresalté.

Lisa, la becaria con la que había sido infiel a Sophie, estaba delante de mí, sonriendo. En su mano izquierda llevaba una gran taza de café, y en la derecha sujetaba el periódico.

—Lisa —me sorprendí—. ¿Qué haces por aquí?

—Vivo por aquí —respondió con una sonrisa—. ¿Es que ya no te acuerdas?

—Ah... —Me rasqué la cabeza—. La verdad es que no.

Ella echó la cabeza hacia atrás, riendo a carcajadas.

—Eres incorregible, Wes.

Comenzó a mirarme de forma provocativa y a atusarse el pelo, pero en lo único que pensaba era en que no conocía a nadie que usara la palabra «incorregible» en su día a día.

Como vio que yo no reaccionaba ante su sutil despliegue de encantos, retiró la silla que había a mi lado y se sentó. Me tendió el periódico sin mediar palabra.

—Tengo un artículo —anunció sonriente, y yo alcé una ceja.

—¿En el Post?

—No, en el Chelsea News. Trabajo allí ahora. —Extendí el periódico y lo miré sin mucho interés—. Es sobre las mejores clínicas veterinarias de la zona. —Se me escapó una sonrisa sin querer y ella me dio un golpe en el brazo—. ¡Oye! ¡No te rías de mi trabajo!

—¡No lo hago! Enhorabuena, Lisa. Me alegro de que estés avanzando en tu carrera... Aunque sea recomendando sitios donde vacunar a tu caniche.

Me eché a reír y ella volvió a darme un golpe, aunque esta vez dejó su mano sobre mi hombro. Cuando me percaté de ello, intenté sacudirla sutilmente, pero Lisa tenía otros planes. Comenzó a acariciarme, dejando que su palma vagara libremente por la cara interior de mi bíceps. De pronto, la bajó hacia mi torso con tanto tino que me tocó justo en el lugar donde tenía el tatuaje. Me encogí como si me doliera, aunque lo cierto era que ya había dejado de hacerlo.

—¿Estás bien?

—Me he hecho un tatuaje —expliqué, aprovechando el cambio en la situación para poner distancia entre nosotros.

—¿Puedo verlo? —Me guiñó un ojo y yo me retiré un poco más. Ella suspiró—. Estás raro, Wes.

—Si tú lo dices...

Lisa se abalanzó sobre mí. Era consciente de que si se lo contaba a alguien de esa manera podía sonar pretencioso, pero aquella era la palabra correcta para definir lo que hizo.

De pronto me encontré con su cuerpo sobre el mío. Tenía los ojos cerrados y la boca hacia fuera, sin duda buscando el beso que esperaba desde que me vio. Yo puse ambas manos sobre sus hombros con rapidez y la aparte cuidadosamente; cosa que, sin embargo, no aplacó su ira.

—¿Qué cojones te pasa? —preguntó, airada—. ¿Es que ya no soy lo suficientemente buena para ti?

—Baja la voz, por favor —le pedí al ver que habíamos captado la atención de un par de chicas de una mesa cercana—. No es eso, Lisa, es que... —Tragué saliva y desvié la mirada—. No puedo.

—Tú siempre has podido, Wes —ronroneó—. Es una de las cosas que más me gustan de ti.

—Tengo novia. —El cosquilleo en el estómago que sentí al decir aquello no pasó desapercibido para mí.

—Y eso es una novedad porque...

—Porque sí. Porque con ella es... Diferente.

—Te recuerdo que, cuando empezamos a tontear, también tenías novia. Una tal Sophie, no sé si te suena. Ya sabes, la que pagaba gran parte del alquiler del piso donde me follaste durante horas para luego no llamarme jamás.

Resoplé y me pasé las manos por la cara, avergonzado.

Una de las cosas que tenía el antiguo Wes (o al menos yo quería creer que lo había dejado atrás) era que no se preocupaba por nadie. Simplemente iba por ahí, avasallando, tomando todo lo que quería y le ofrecían sin importarle las consecuencias. Jamás me paré a pensar en si Lisa se sentiría dolida por pasar de ella tras acostarnos. Nunca me pregunté si sentía algo más, si quería algo más o si, por el contrario, se conformaba con un lío de una noche como yo.

—Lo siento —dije finalmente en voz baja—. Fui un capullo miserable y te pido disculpas. Tienes todo el derecho del mundo a enfadarte y a reaccionar así, porque nunca me interesé por cómo te sentías o por lo que querías. Lo siento de veras.

Sea lo que fuere lo que Lisa esperaba oír de mí, no era aquello. Se quedó mirándome con la boca medio abierta y un gesto de sorpresa que tardó en borrar. Cuando finalmente lo hizo, se echó el pelo a un lado y me sonrió levemente.

—Está bien, no pasa nada. —Me quitó el periódico de las manos y se levantó de la silla—. ¿Sabes? No sé quién será esa chica con la que sales, pero debe de ser alguien muy especial.

—Lo es —le aseguré.

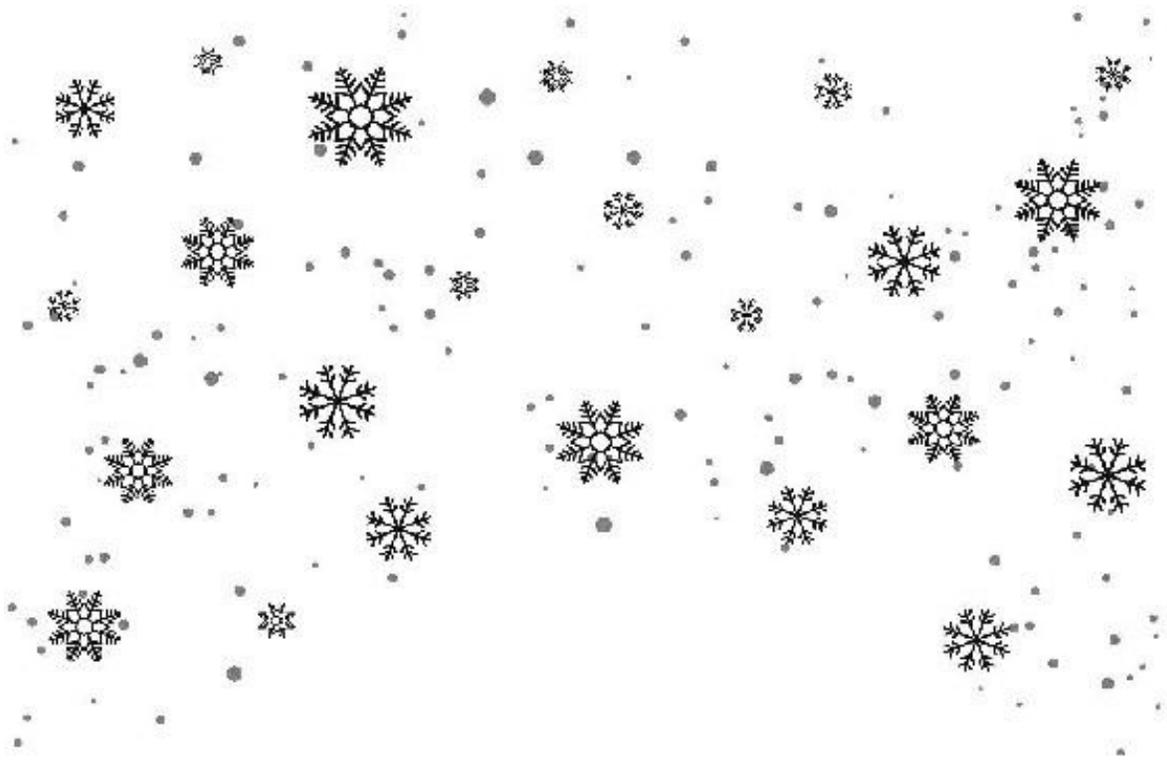
—Ha conseguido hacer que cambies.

—Y en muy poco tiempo —añadí.

Lisa se tomó lo que quedaba de su café y se puso la chaqueta. Hizo el amago de dirigirse hacia la puerta sin pronunciar una palabra más, pero aún no había dado un paso cuando cambió de opinión.

—¿Sabes? Yo creo firmemente que el tiempo está sobrevalorado. —Me miró intensamente a los ojos—. A veces, una sola persona puede llegar y romperte todos los esquemas de un plumazo, y solo necesita un instante para conseguir lo que otras se han llevado años intentando. —Esbozó una pequeña sonrisa de medio lado—. Claro que solo algunos privilegiados como tú pueden decir que el amor entre ellos es correspondido. Espero que sepas la suerte que tienes.

Tras decir aquello, se marchó del local a paso ligero, dejando que sus palabras flotaran en el aire que me rodeaba para, finalmente, incrustarse en mi piel como astillas.



Capítulo 50

Emily

Holly Jolly's estaba a rebosar aquella tarde.

Apenas quedaba una semana para Nochebuena, y los vecinos de Taylors Falls y alrededores parecían haber dejado el tema de los adornos navideños para última hora. Por suerte, los chicos ya estaban de vacaciones y podían dedicar más tiempo a echarme una mano. Abel y Trent también colaboraban como y cuando podían, e incluso Pam y Harrison se pasaban de vez en cuando para hacerse cargo del mostrador y darnos así un descanso para comer algo.

Acababa de vender el último juego de luces LED cuando Mark Jensen entró en la tienda. Me sorprendió verle con un chaquetón negro, unos vaqueros y unas botas, todo perfectamente conjuntado. El pelo, eso sí, seguía llevándolo engominado como si estuviéramos en los años veinte.

—¡Mark! —exclamé avergonzada. No fue hasta que vi su cara que recordé que no le había vuelto a llamar—. Siento no haber dado señales de vida, pero es que he estado liada y...

—No te preocupes —dijo él con las manos en alto para parar mi retahíla—. Lo cierto es que vengo a comprar un par de cosas para mis padres antes de poner rumbo a St. Paul.

—Oh. —Miré en derredor—. Pues espero que busques elfos de porcelana o casitas de madera, porque es básicamente lo que nos queda ahora mismo.

—Entonces estoy de suerte porque eso es exactamente lo que busco —sonrió.

Comencé a envolver su compra en un papel de regalo rojo con una pegajosa purpurina que se quedaba adherida a mis dedos con demasiada facilidad. Me concentré tanto en la tarea que olvidé que Mark estaba allí, con las manos en los bolsillos, pasando el peso de una pierna a otra de forma incómoda. Como vio que no le hablaba, carraspeó para llamar mi atención.

—¿Ya no trabajas en el bar? —preguntó con voz nerviosa.

—Jimmy me ha dado unos días para que me centre en la tienda —contesté mientras colocaba cuidadosamente un lazo plateado sobre el papel—. ¿Quieres una bolsa?

—Eh, sí, supongo. —Le di la espalda para buscar en el cajón una lo suficientemente grande como para meter su compra—. Veo que el negocio va bien.

—¡Va genial! —exclamé, aún sin mirarle—. No esperaba recibir tantos clientes, pero al parecer se ha corrido la voz y... Ah, joder, ¡aquí están! —Saqué una bolsa de papel de color blanco con el logo de la tienda en el centro, metí sus cosas en ella y se la tendí—. Aquí tienes.

Mark tomó el asa entre sus dedos al tiempo que, con la otra mano, me tendía un billete de cien. Estaba dispuesta a darle el cambio, pero él me retuvo la muñeca con suavidad.

—Guarda el resto para el bote.

—Esto no es el bar. No tenemos bote de propinas.

—Oh. Pues... —Miró a los lados una y otra vez hasta que, en uno de los estantes, encontró una lata llena de galletas de jengibre—. ¡Ajá! ¡Bingo!

Me pidió una bolsa pequeña, donde vertió todas las galletas. Acto seguido, colocó la lata sobre el mostrador, justo al lado de un Papá Noel al que se le iluminaba la punta de la nariz.

—Ahora tienes bote —sonrió y luego dio un bocado a una de las galletas—. Oh, joder, qué buenas están.

El oírle decir un taco me pilló por sorpresa. Comencé a reír a carcajadas y él, tras observarme unos segundos, se contagié.

—Oye... —comencé a decir cuando me hube calmado—. Siento no haberte llamado, pero lo cierto es que...

—Te he visto con Wesley —me cortó él, sin perder la sonrisa—. Lo entiendo, no te preocupes.

—Quiero que sepas que, cuando salí contigo, yo no tenía ni idea de que lo mío con Wes iba a pasar. Fue algo... inesperado. Totalmente imprevisto.

—¿En serio? Pues yo no dudaba ni por un segundo de que ibais a acabar juntos.

Casi me atraganto con la galleta que acababa de empezar a comerme.

—¿A qué te refieres? —pregunté entre toses, perpleja.

—He visto cómo le miras, y cómo te mira él a ti. Puedo parecer inocente, pero te aseguro que no lo soy. —Me tendió otra galleta, y yo negué con la cabeza para rechazarla—. Sabía que no tenía ninguna oportunidad, pero me gustas —se sonrojó—, y no quería rendirme sin antes intentarlo siquiera.

—Mark... —suspiré—. Lo siento, de veras que lo siento. Si Wes no hubiera aparecido, seguramente tú y yo...

—Pero apareció —volvió a cortarme—. Y te hace feliz, así que me alegro.

Cogió su bolsa de galletas y la metió dentro de la de los regalos. Acto seguido, se inclinó hacia el mostrador y me dio un beso dulce en la mejilla.

—Espero que al menos podamos ser amigos.

—Por supuesto —dije e, instintivamente, me llevé la mano al lugar donde había posado sus labios, incrédula—. Amigos, pues.

Mark sonrió y alzó los dedos hacia mi cara. Me quedé de piedra mientras rozaba sus yemas contra mi pómulo.

—Purpurina —aclaró, y me eché a reír, avergonzada—. Feliz Navidad, Emily.

—Feliz Navidad, Mark.

Desde la tienda, oí el rugir del Cadillac cuando cobró vida, y el derrape de sus ruedas al marcharse calle arriba.

Llegué a casa completamente agotada. Por suerte, Pam se había pasado para dejarme la cena preparada y, al verlo, tuve que refrenar el impulso de cruzar la calle y plantarle un beso en agradecimiento.

Me acomodé en el salón, con los pies en alto y un sándwich de pollo mientras veía un capítulo de *Teen Wolf*, ya que Wes no paraba de decirme que tenía que ver la primera temporada para poder seguirla juntos. Cuando iba por la mitad del capítulo, mi móvil sonó y una foto de su cara apareció en la pantalla.

—Justo estaba pensando en ti —dije a modo de saludo.

—¿Y el pensamiento es apto para todos los públicos o hay que ser mayor de edad para oírlo? Joder. ¿Cómo era posible que el simple sonido de su voz me pusiera tan nerviosa?

—Estoy viendo *Teen Wolf* —aclaré con una risita—. Si me hubieras dicho que sale tanto tío bueno en la serie, la habría visto mucho antes.

—¿A quién te refieres?

—Hay varios, pero ¿tú has visto los abdominales del tal Derek? —Solté un sonido parecido al aullido de un lobo—. Yo dejaría que me mordiese.

—Eh, oye, corta el rollo —dijo él con un fingido enfado—. Vas a conseguir que me ponga

celoso.

—Tú estás más bueno, y lo sabes —repliqué y él soltó una carcajada—. ¿Qué tal la entrevista?

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. Miré la pantalla para comprobar que no se había cortado la llamada. Tras unos segundos, oí su respiración.

—¿Wes? ¿Qué pasa?

—He conseguido el trabajo.

Nunca había entendido tanto la definición de «agridulce». Mi primera reacción fue dar un grito de alegría, pero en la base del estómago podía sentir la pesadumbre que me provocaba la tristeza.

Decidí tragarme esta última. Por él.

—¡Eso es genial! —exclamé—. ¡Enhorabuena, cariño!

Wes volvió a quedarse en silencio.

—¿No estás contento? —pregunté.

—Debería, ¿no? —resopló—. Pues no lo estoy. Te echo de menos. No puedo soportarlo más.

—Yo también te echo de menos, pero ¿estás en Esquire! ¡Lo has conseguido! ¿Podrías alegrarte un poco al menos?

—¿Es que no lo entiendes o qué? —me espetó en un tono demasiado desagradable—. ¡No voy a volver a Taylors Falls! Si seguimos con nuestra relación, solo podré verte en las vacaciones, y eso si tengo suerte.

—No pienses así...

—¿Y cómo cojones quieres que piense? —Su tono estaba comenzando a hacerme sentir pequeña—. ¡Es lo que hay, Emily! Si acepto ese trabajo, más vale que nos hagamos a la idea de que lo nuestro se terminó.

Sabía que la rabia que tintaba sus palabras se debía al temor de decir adiós a lo que sentíamos. Yo me sentía igual, aunque en aquellos momentos él parecía no darse cuenta. Estaba cegado por el miedo y no veía más allá de sus narices.

Por eso precisamente tenía que ser yo quien tomara la decisión. Era drástica, sí, pero necesaria. No podíamos alargar más la situación, y menos ahora, cuando lo que considerábamos como una posibilidad se había convertido en una realidad.

Tomé una bocanada de aire en un intento de aplacar los nervios.

—Tenemos que romper, Wes.

El silencio sepulcral se instaló de nuevo en su lado de la conversación.

—No es justo que te hayan dado el puesto de trabajo que siempre has querido y seas incapaz de disfrutarlo por mi culpa —proseguí—. Así que es mejor que lo dejemos.

—No digas eso —me pidió con voz rota—. Emily, ni se te ocurra repetirlo, ¿me oyes?

—Debemos hacerlo.

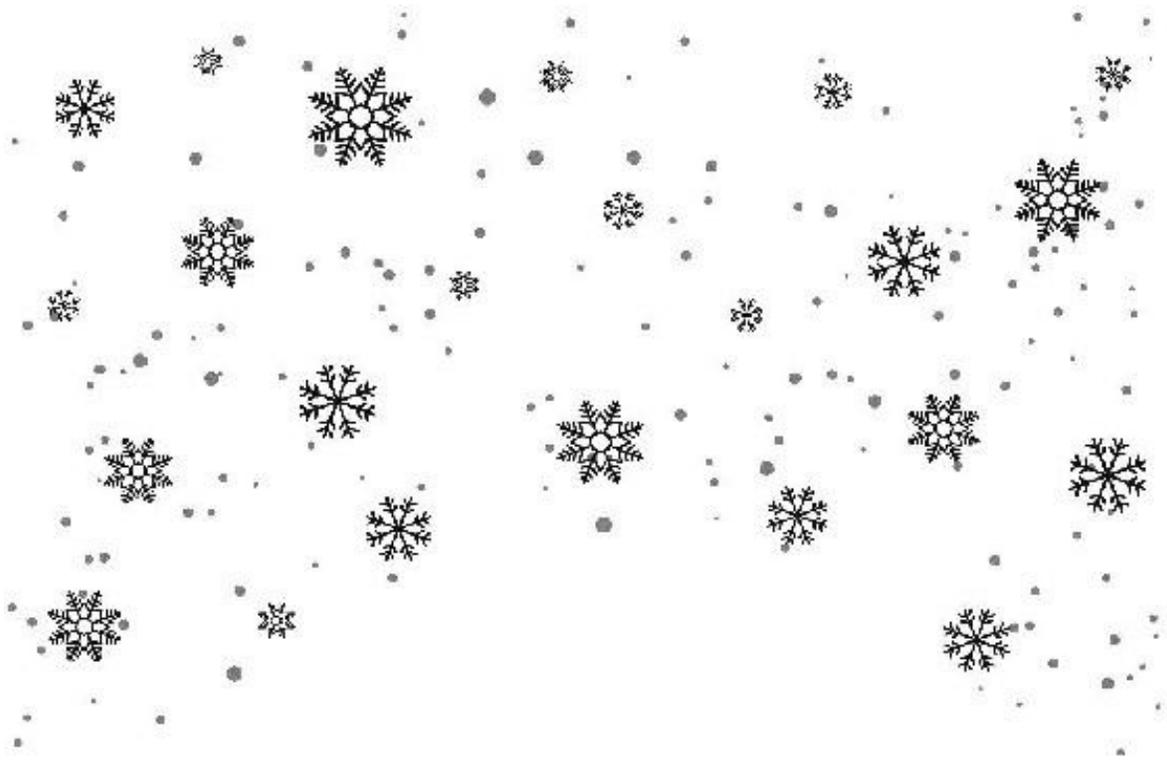
—NO. —Su respuesta fue tan rotunda que hizo aflorar mis lágrimas.

—Wes, por favor... —sollocé—. Quiero verte feliz. Quiero que seas capaz de cumplir tus sueños, y me odiaría cada día si lo único que te impidiera hacerlo fuera yo.

—Sé que no voy a poder ser feliz sin ti. —Él también estaba llorando—. Me he pasado veintisiete años de mi vida intentándolo, créeme.

—Pues tienes que intentarlo un poco más, ¿vale? —Me sorbí la nariz—. Hazlo por mí.

Ambos comenzamos a sollozar más fuerte, sin decir palabra. Pasaron los minutos, uno tras otro, y lo único que hicimos fue oír cómo sufría el otro, y notar cómo se nos rompía el corazón en mil partes iguales.



Capítulo 51

Wes

A pesar de que hacía una semana de mi conversación con Emily, seguía reviviéndola. Lo hacía cada noche, sin falta. Recordaba sus palabras, la cadencia de su voz y cómo sonaban sus sollozos cuando antepuso mis sueños a su propia felicidad.

Cada noche, me arrepentía de no haberle dicho que la quería. Tal vez, si lo hubiera hecho, las cosas habrían sido diferentes y yo no estaría sumido en una tristeza absoluta que paralizaba cuerpo y mente.

La adaptación al trabajo estaba siendo extremadamente difícil. Hugh me había dicho que estaría en periodo de prueba durante los primeros veinte días, y que, tras ellos, decidirían mi futuro en la revista. En ese tiempo, tenía que escribir un artículo y presentárselo en su oficina al acabar el plazo. En base a eso, junto con mi actitud, tomarían la decisión.

Renegaba del Wes del pasado, pero él se habría dejado el alma en escribir ese artículo. El Wes del presente, sin embargo, no podía concentrarse en nada que no fuera su dolor y, sobre todo, en el de ella. ¿Cómo lo estaría pasando? Se me encogía el alma solo de imaginarla llorando en su habitación.

El plazo para entregar mi artículo cumplía un día antes de Nochevieja y apenas tenía nada escrito. Había cambiado mil veces de idea y de planteamiento, pero ninguna me satisfacía. Estaba harto de crear y borrar documentos en el ordenador una y otra vez, en bucle.

Me senté en el escritorio de mi habitación de hotel. Respiré hondo e intenté concentrarme única y exclusivamente en el tema que Hugh había elegido para mi artículo: «Diez cosas que me hacen feliz». Cuando lo oí, pensé que era una cruel broma del destino y que, en realidad, Hugh sabía por lo que yo estaba pasando y quería reírse un poco a mi costa; pero tras ver la seriedad con la que me comunicó el tema, agaché la cabeza y lo acepté.

El documento en blanco aguardaba a que comenzara a teclear de una vez, pero no pude. Me quedé mirándolo fijamente durante demasiado tiempo, hasta que una llamada de teléfono me sacó del trance.

—Hola, mamá —dije cuando descolgué—. ¿Cómo estáis?

—¿Cómo estás tú, cariño? —preguntó ella con preocupación.

—Estoy bien —mentí—. ¿Qué tal está papá de lo tuyo?

Mi padre se había tropezado con una piedra en una de sus caminatas matutinas y se había hecho un esguince en el tobillo. Ahora se pasaba el día en la planta de abajo, viendo documentales y leyendo revistas de ciencia.

—Pues ahí sigue, cojo perdido. —La delicadeza de mi madre siempre brillaba por su ausencia—. Pero no me cambies de tema. ¿Con quién vas a cenar esta noche?

—¿Esta noche? —pregunte sin saber a qué se refería.

—¡No me lo puedo creer! ¿Es que acaso no te acuerdas de que es Nochebuena o qué?

—¡Oh, joder! —Me froté la cara—. Se me había olvidado por completo.

—¿Cómo es posible? —chilló mi madre—. ¡No me digas que vas a comer solo!

—Eh... No, no. Voy a comer con... —Rebusqué en mi mente algún nombre—. Con Eddie. Sí, con Eddie. Me ha invitado a su casa con su familia, pero no me acordaba de que era hoy.

Al parecer, el único nombre en el que podía pensar cuando mentía era en ese.

—¿Me estás diciendo la verdad, Wesley? —receló ella—. Porque ya sabes que no me gusta que mientas.

—No te miento, mamá. Oye, ando un poco liado con el trabajo...

—Está bien, cuélgame si quieres —se resignó—. Cuídate, ¿me oyes? Te quiero.

—Y yo a ti. —Oí que estaba a punto de colgar—. ¡Oye, mamá! ¡Mamá!

Grité cada vez más fuerte hasta que finalmente oyó mi voz y se colocó de nuevo el teléfono en la oreja.

—¿Qué tal está ella?

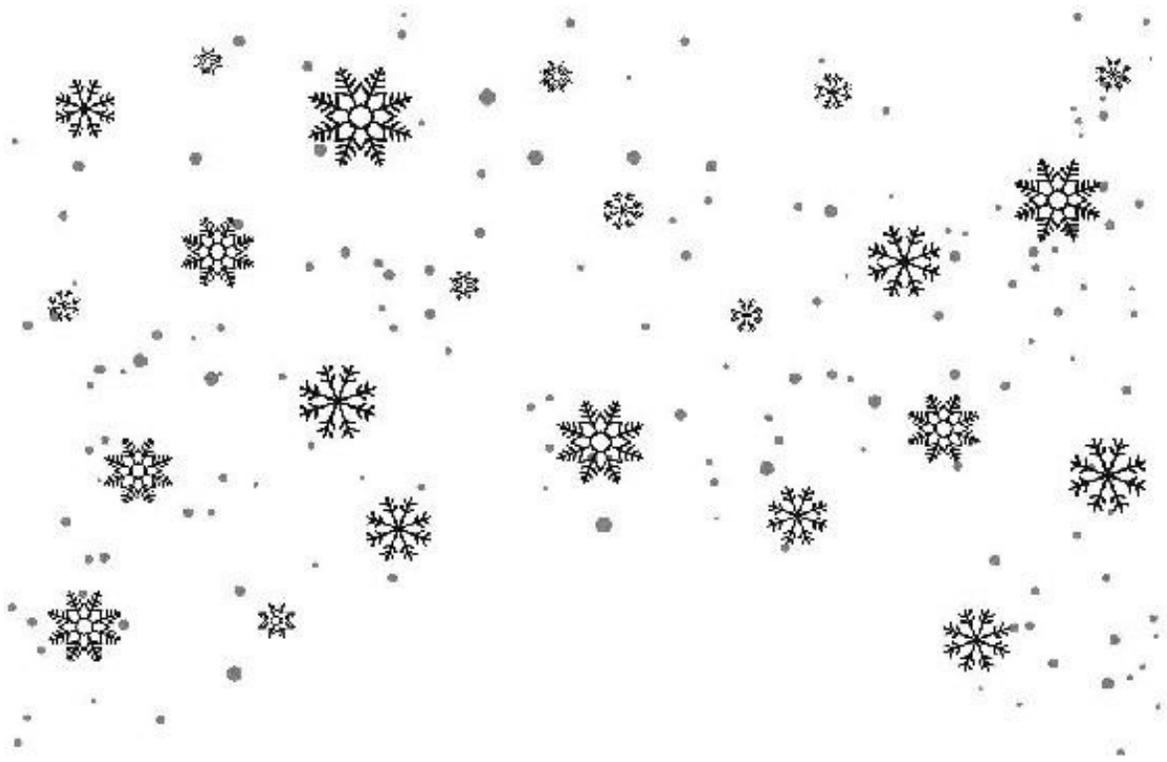
La pregunta me salió en un susurro. Intenté controlar el temblor de mi voz, pero no pude hacerlo del todo. Mi madre suspiró sonoramente, y lo desagradable del sonido hizo que tuviera que retirarme el auricular un poco.

—Ella está... Bueno, ha tenido tiempos mejores, Wesley. La chica está triste. Te echa mucho de menos, ¿sabes? Creo que está enamorada de ti.

Hice una mueca de dolor.

—Cuídala, ¿vale? —le pedí con voz quebradiza—. Por favor.

—¿Y quién te cuida a ti, hijo? —preguntó mi madre desde la distancia, justo antes de que yo finalizara la llamada.



Capítulo 52

Emily

El aniversario de la muerte de mis padres fue justo el día después de romper con Wes.

El año anterior decidí que les haríamos un homenaje de alguna forma y acudí a misa con los chicos, cosa que hicieron a regañadientes. Este año, sin embargo, se habían negado en rotundo a asistir, ya que aún seguían lidiando con la noticia de la infidelidad de nuestro padre y todavía no sabían cómo sentirse al respecto. En otras circunstancias, habría insistido hasta que accedieran, pero estaba muy triste y terminé por pasar el día llorando metida en la cama, incapaz de recobrar las fuerzas necesarias para salir de debajo de las mantas.

Hunter y Logan intentaron animarme en varias ocasiones, pero siempre se encontraban con un muro de llanto y mocos que les arruinaba el plan. Fue Abel, como siempre, quien supo lo que hacer. Vino a verme por la noche, después del turno del bar. Al darse cuenta de mi estado, se quitó los zapatos y la chaqueta y, sin mediar palabra, se deslizó bajo el edredón a mi lado. Me abrazó con fuerza, enterró su nariz en mi pelo y dejó que me extenuara con tanto llanto. Finalmente, ambos nos quedamos dormidos.

Poco después llegó la Nochebuena y yo no tenía ánimos para afrontarla. Quise quedarme en casa, pero los gemelos se plantaron con firmeza y, después de un arduo debate, consiguieron que claudicara y accediera ir a casa de los Parker para cenar.

Se me hizo rarísimo estar allí sin Wes. Aquella había sido la tónica habitual durante los casi dos años que pasaron desde que volví al pueblo hasta que él apareció en aquella cocina por primera vez; ahora, sin embargo, era imposible para mí imaginarme una casa donde él no llenara cada estancia con su luz.

Pam y Harrison no me presionaron en ningún momento para que hablara sobre cómo me sentía. Se limitaron a acercarse a mí de vez en cuando para darme un abrazo o un beso que esperaban que me reconfortara. Yo intentaba responderles con una sonrisa, pero el temblor de la emoción que sentía los arruinaba todas.

Mientras Pam y los chicos recogían la mesa después de cenar, me senté al lado de Harrison en el sofá. Aún tenía esguince para rato, y el verle tan parado me resultaba extraño.

—¿Qué tal va ese tobillo? —pregunté. Él miraba absorto un documental sobre un tipo extraño de pájaro y tardó un poco en desviar la vista de la pantalla.

—No muy bien, si te soy sincero. Aunque estas cositas de aquí —agitó un bote de pastillas— hacen que sea mucho más llevadero.

—Ten cuidado, no te vayas a enganchar.

—¿Me guardas un secreto? —susurró. Yo asentí—. Cuando me cure, pienso guardar las que me sobren para tomarme una cuando Pam empiece a contarme sus batallitas del club de lectura. —Fingió un ronquido—. ¡Caeré frito!

—Me parece que no hacen falta pastillas para dormirse con esas historias —dije yo y Harrison rompió a reír mientras asentía con la cabeza.

Al verle así, me di cuenta de lo mucho que se parecía Wes a su padre. La forma en que los ojos quedaban semienterrados cuando se reía, la sonrisa, incluso el ángulo de su mandíbula.

Recordarle dolía demasiado. Cerré los ojos instintivamente, como hacía cada vez que quería

deshacerme de un pensamiento doloroso, pero Wes no se fue. De hecho, comenzaba a sospechar que nunca se iría; que siempre estaría ahí, tras mis párpados, como un recordatorio de lo que pudo ser y no fue.

No me di cuenta de que las lágrimas resbalaban por mis mejillas hasta que noté el roce de los ásperos dedos de Harrison en el dorso de mi mano.

—Siento que estéis sufriendo tanto —dijo, y en el brillo de sus ojos verdes pude ver que era sincero—. Daría lo que fuera por veros felices a los dos. Wesley es mi hijo, le quiero como a nadie. Y tú... —Apretó sus dedos alrededor de mi mano—. Te considero una hija, Emily. En estos años he llegado a quererte como tal, y me parte el alma verte así.

—Lo siento, perdóname... —dije, secándome las lágrimas e intentando recomponerme—. Es que se parece tanto a ti...

Harrison esbozó una sonrisa triste que me era demasiado familiar.

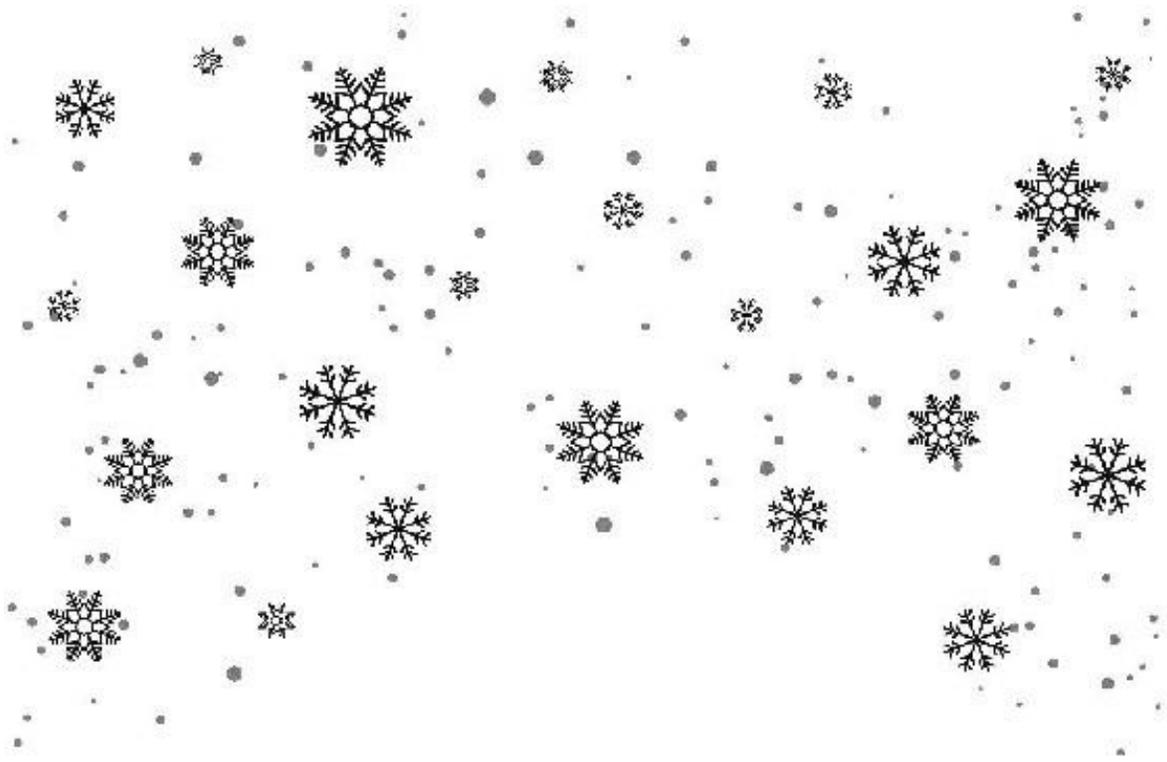
—¿Cuánto hace que no duermes bien? —me preguntó de repente.

—Desde que se fue, solo duermo a ratos —admití.

—Eso no es suficiente. —Tiró de mí con suavidad hasta que me tuvo recostada sobre su hombro—. Cierra los ojos y relájate.

El suave aroma tan familiar de la loción para después del afeitado de Harrison se coló por mi nariz. Le hice caso y cerré los ojos, obligándome a no pensar en nada más. Sentí cómo un peso se apoderaba de mi cuerpo lentamente y me dejaba inmóvil.

—Descansa —oí que me susurraba él antes de rendirme a la oscuridad de la inconsciencia.



Capítulo 53

Wes

Día veintiséis de diciembre y mi artículo aún no estaba listo.

Tenía un par de borradores que eran pasables, pero no lo suficientemente buenos como para conseguirme ese puesto de trabajo, y lo sabía. Tenía que esforzarme un poco más si deseaba trabajar en aquella revista. El problema era que no tenía claro si era eso lo que quería.

Decidí tomarme un descanso para ver si así aclaraba mis ideas. Sin saber bien cómo, acabé en Central Park, viendo pasar a la gente desde el banco en el que estaba sentado. A mi lado se sentó un señor bastante mayor, quien me saludó con amabilidad antes de ponerse a leer su libro. Le observé por el rabillo del ojo y me di cuenta de que se parecía un poco al abuelo de mi amigo Frank. Pensar en él hizo que sacara el móvil y buscara su número en la agenda.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dije en cuanto descolgó el teléfono.

—De acuerdo —dijo Frank con voz ronca—, pero solo una porque estoy a punto de irme a trabajar.

—¿Qué te hace feliz?

Era consciente de la profundidad de la pregunta. Aquel no era un tema trivial, sino algo trascendente que el ser humano llevaba años preguntándose, y sin embargo allí estaba yo, intentando averiguarlo de la manera más fácil posible. Aunque, para ser justos, Frank era el tipo más listo que conocía, por lo que, si alguien podía darme esa respuesta, era él.

Frank se tomó su tiempo en contestar. Primero soltó una carcajada ahogada y luego un suspiro largo.

—Presiento que tu pregunta tiene un trasfondo más complejo así que partamos de la base de que la felicidad es lo más subjetivo que podemos encontrar en la vida. En mi caso, la felicidad es estar con mi mujer y con Abbi en casa un sábado por la noche, comienzo pizza o viendo algo en la tele, pero lo que a mí me hace feliz puede no ser lo que te lo hace a ti. Eso es algo que solemos hacer mucho, ¿sabes? Intentar encontrar una teoría aplicable a todas y cada una de las personas del planeta. ¿No te parece una soberana estupidez? —Cabeceé como si pudiera verme a través del teléfono—. Lo que yo digo es que, si sabes que algo te hace feliz, no debes malgastar ni un segundo en plantearte si has dado con el secreto universal. ¿Lo es para ti en ese momento? Pues eso es lo que importa.

—¿Y cómo puedes estar seguro de que es eso, y no otra cosa, lo que dará felicidad también a largo plazo?

Ante esto, Frank echó a reír a carcajadas mientras me preguntaba qué tipo de droga había tomado para preguntarle este tipo de cosas. Esperé pacientemente a que terminara de reír y volviera al tema en cuestión.

—Ah, Wes —dijo con un suspiro—. Yo soy de los que cree fervientemente que, cuando lo encuentras, lo sabes.

—Pero ¿cómo puedo estar seguro, Frank? —insistí.

Frank se quedó en silencio. Oí un gritito y supe enseguida que era Abbi, reclamando la atención de su padre. Imaginé la sonrisa que se le dibujaba a mi amigo cada vez que su hija hacía aquello.

—¿Esto es por esa chica de la que me hablaste? —preguntó finalmente.

—Sí —contesté sin más elaboración.

Frank tomó una bocanada de aire y lo expulsó entre dientes.

—Pues te diré que yo sé que soy feliz con Haley porque cada vez que estoy lejos de ella, solo quiero que pasen las horas para poder verla otra vez. Lo mismo me pasa con Abbi. Así que la única forma de estar seguro es esa. Simplemente lo notas, lo sientes... Lo sabes. En el fondo, siempre lo sabes, Wes. Solo tienes que mirar dentro.

Tras decir aquello, Frank me recordó que tenía que irse a trabajar y se despidió. Quise agradecerle sus palabras, pero para cuando recobré la noción del tiempo y bajé de mi nube de pensamientos, ya hacía rato que había colgado.

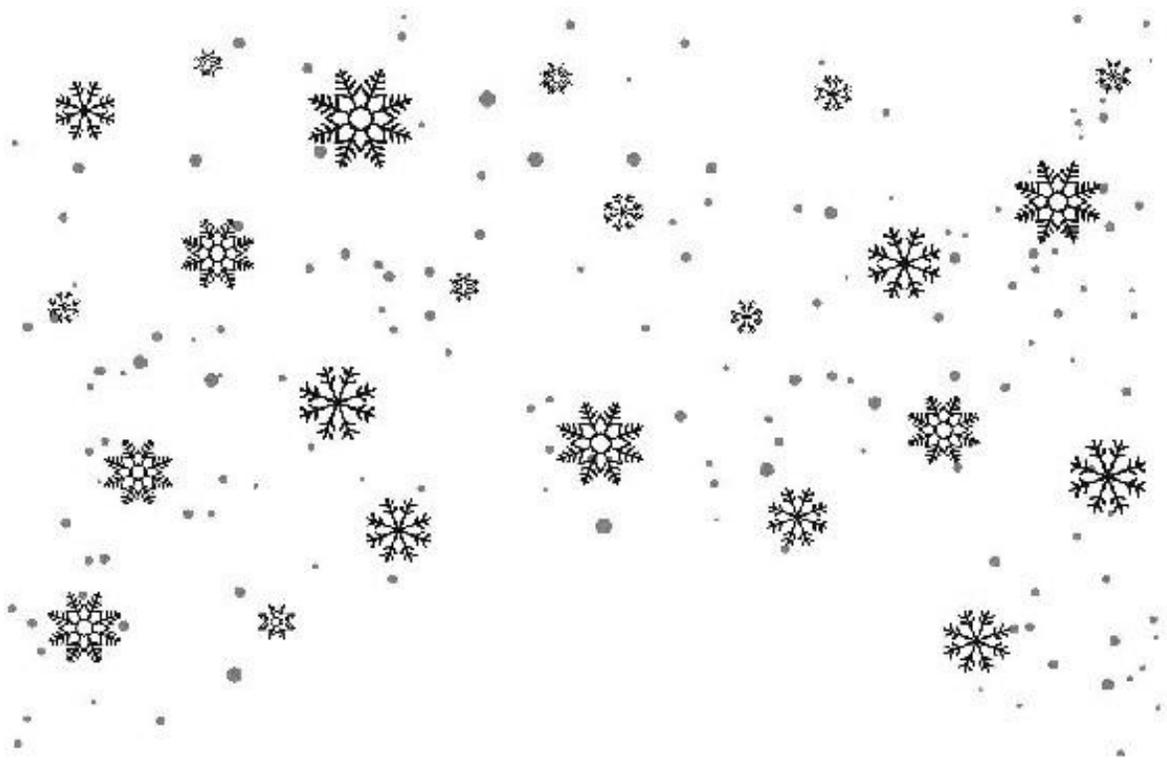
Volví al hotel y me di una larga ducha antes de sentarme frente al ordenador de nuevo. Abrí el documento que contenía mi artículo a medio terminar, borré todo lo que había escrito en él, coloqué las manos sobre las teclas, respiré hondo, pensé en ella...

Y las palabras fluyeron solas, desparramándose por la pantalla.

DIEZ COSAS QUE ME HACEN FELIZ

Wesley Parker

1. Las tardes de viernes y las mañanas de domingo a su lado, y el roce de sus dedos cuando me tiende la taza de café que ha preparado para mí.
2. El soplo de brisa que le revuelve el cabello, las gotas de lluvia que mojan su piel, los copos de nieve que se enredan en sus pestañas.
3. Su nariz moteada de pecas y el azul intenso de sus ojos.
4. Las cosquillas, los guiños, los abrazos.
5. La suave piel de su estómago y la cicatriz de su tobillo.
6. La manera en que me golpea el brazo y sacude la cabeza cuando digo alguna tontería.
7. Cómo se remete el pelo tras la oreja mientras desvía la mirada hacia un lado, y cómo se relame los labios sin darse cuenta.
8. Su voz desafinada mientras canta a todo pulmón en el coche.
9. Su habilidad para decirme que me quiere de mil formas distintas y sin ni siquiera usar palabras.
10. La forma en la que me hace querer desarmarme, tirar el escudo y amarla con todo mi ser durante el resto de mi vida.



Capítulo 54

Emily

—Bésame a medianoche, por favor —le supliqué a Abel mientras me ayudaba a colocar todas las botellas en la mesa auxiliar.

No sabía cómo, pero me había convencido para celebrar una fiesta de Fin de Año en casa. No habría muchos invitados; solo los chicos y varios de sus amigos, Pam y Harrison, un par de compañeros del bar y un tal Kyle, el nuevo ligue de mi amigo.

—No sé, Em... Tal vez me bese Kyle —dijo mientras colocaba los vasos rojos de plástico para que formaran una torre.

—Genial. Otra Nochevieja sin beso a medianoche —me quejé con amargura.

—Vamos, no seas supersticiosa. Sabes que eso es una tradición absurda, nada más.

—¿Y si no lo es? ¿Y si mi vida da tanto asco porque hace siglos que nadie me besa para empezar el año?

—No digas tonterías, Emily —me riñó él al tiempo que iba de acá para allá, organizándolo todo. Cuando pasó por mi lado, me remetió el pelo tras la oreja—. Pero si tanto interés tienes, podrías pedirselo a Nathan.

—¿Quién es Nathan?

—Ya sabes, Nathaniel.

—Nathan... —Fruncí el ceño—. ¿Te refieres al amigo de Hunter? ¡Abel! —me escandalicé—. ¡Tiene dieciocho años!

—Pero el chico promete —apostilló—. ¿Acaso vas a decirme que no piensas como yo?

—Si lo que piensas es que eres un pervertido, entonces sí, pienso lo mismo que tú.

Al cabo de un rato, todo estaba listo. La decoración nos había quedado bastante bien, considerando que todos los adornos eran reciclados de cuando la hermana de Abel dio su fiesta de Navidad un par de años atrás. Solo quedaba terminar de repartir las bolsas de cotillón por los asientos, pero Abel me dijo que él se encargaba y me obligó a subir a mi habitación para arreglarme.

No tenía ninguna gana de pasar por todo el ritual de maquillaje y peluquería, pero me negaba a empezar el año siendo la misma Emily. Necesitaba hacer borrón y cuenta nueva, y nada mejor que la última noche del año para dejar atrás todo lo que me hacía sufrir.

Al ponerme el vestido negro de encaje, me percaté de que tenía un descosido en el costado. Se notaba un poco, pero no me apetecía cambiar de ropa a esas alturas, así que busqué una americana negra en el armario con la que intentar cubrir ese pequeño detalle y, tras colocarme los zapatos de tacón de aguja que más daño me hacían y pintarme los labios de rojo, bajé para recibir a los primeros invitados.

La velada transcurrió de forma agradable. Logan trajo a su ya inseparable Trent y a una chica excesivamente tímida que, con voz muy pequeña, me dijo que se llamaba Hannah. La saludé con un breve abrazo, lo que consiguió sorprenderla y hacerla sonreír. Era nueva en el pueblo, y Logan y ella habían congeniado a las mil maravillas, de modo que quería hacerla sentir bienvenida en nuestra casa. Hunter, por su parte, había acudido a la fiesta con una chica rubia bastante mona que no le quitaba las manos de encima.

—¿Qué ha pasado con Ashley? —pregunté mientras me servía una copa.

—Hemos roto —dijo sin más, encogiéndose de hombros.

—¿Cuándo? ¿Por qué?

—Hace dos días. Y el motivo... —Me miró y enseguida bajó la vista al suelo—. No quiero decírtelo.

—Vamos, Hunter, puedes contármelo.

—Te vas a enfadar.

—Te prometo que no —dije, aunque no estaba del todo convencida de que fuera verdad.

—Vale, pero antes júrame que no vas a castigarme.

—Oh, no. —Puse las manos en jarra—. Hunter Axel Evans, ¿qué has hecho esta vez?

—Está bien —claudicó y puso las manos en alto—. Puede, solo puede... Que haya golpeado a su hermano un pelín.

—¿HAS PEGADO A TOM BRADFORD? —grité y, con un gesto de la mano, me pidió que bajara la voz—. ¿Cómo se te ocurre?

—¡Todo tiene su explicación! Verás, Ashley y yo estábamos en su casa haciendo... —Puse una mueca que expresaba que estaba a punto de darme demasiada información—. Bueno, ya sabes. El caso es que ninguno sabíamos que Tom estaba en casa, y cuando bajé a la cocina a por un poco de agua, le oí hablando por el móvil con alguien. No le di más importancia y me dispuse a volver escaleras arriba... Hasta que dijo tu nombre.

—¿Qué dijo ese cabrón de mí?

—Cuida ese lenguaje, Emily —se burló. Le lancé una mirada asesina que hizo que siguiera hablando—. Digamos que estaba hablando de ti en términos no muy galantes para un caballero... Así que me aproximé a él y, sin mediar palabra, le asesté un mandoble.

—Hablar de esa forma tan rebuscada no hace que sea menos grave, ¿sabes? —Solté un bufido y le di un buen sorbo a la copa de whisky—. Vas a buscarme la ruina, Hunter.

—En mi defensa, diré que, si no quería que le diera su merecido, no debería ir por ahí diciendo lo que quiere hacerte o que le hagas. Estaba defendiendo tu honor, ¿sabes? —Me quitó la copa de whisky con un movimiento rápido y le dio un trago antes de que pudiera evitarlo. Le di una colleja—. ¡Ay! ¡Desagradecida!

Se alejó antes de que pudiera contestarle. Segundos después, Abel apareció a mi lado para coger una copa y, cuando se percató de mi expresión, rellenó la mía de nuevo.

—Parece que Hunter le ha pegado un puñetazo a Tom Bradford —expliqué antes de que me preguntara qué me pasaba. Abel casi escupe el trago de whisky que aún tenía en la boca.

—¿¡En serio!?! —Se echó a reír a carcajadas—. ¡Bien por Hunter!

—¡Abel! —le reñí.

—Oh, vamos, Em —me cogió por los hombros—. Tom no ha dicho ni pío sobre el incidente, así que probablemente se lo merecía.

—Aun así, no puede ir pegando a la gente por ahí.

—Vale, número uno: Tom Bradford no es gente, es escoria. Y número dos: el chico tiene mal carácter, pero buen corazón. Le irá bien en la vida.

—Eso es lo que Wes solía decir —recordé con una sonrisa ausente—. Se veía reflejado en él.

—¿Y acaso a Wes no le ha ido bien? —Enlazó mi brazo en el suyo y me arrastró hacia el meollo de la fiesta—. Vamos a bailar un rato, anda.

Tan solo bailé dos canciones. Cuando sonó la tercera, los primeros acordes enseguida indicaron que se trataba de una balada y las parejas se apresuraron a acercar sus cuerpos para mecerse lentamente al ritmo de la música. Yo aproveché para escabullirme hacia la cocina, ahora

desierta. Saqué el móvil y lo coloqué sobre la encimera, entre mis manos. Quería llamar a Wes; oír el sonido de su voz era lo único que anhelaba en aquellos instantes. Pero si lo hacía, sabía que superarle iba a convertirse en una tarea imposible, y no estaba dispuesta a comenzar un nuevo año sufriendo más que en el que dejaba atrás. Desesperada, lancé el móvil con tanta fuerza que fue a parar al fregadero. Pensé en dejarlo allí, pero podía estropearse con el agua y no tenía dinero para comprar uno nuevo, así que lo saqué rápidamente y lo sequé con un paño. Le di al botón de desbloquear para ver si funcionaba, y me sorprendió comprobar que quedaban quince minutos para que dieran las doce.

De pronto, la cara de Wes sustituyó al reloj en la pantalla, y casi tiro el móvil de nuevo.

—Hola, Ohio —saludé al descolgar. Tenía la boca seca y el corazón en la boca del estómago.

—Hola, Minnesota.

Su voz sonaba tranquila, relajada. No parecía sentir los mismos nervios que yo estaba experimentando en esos instantes. ¿Sería que él ya lo había superado? Una parte de mí se mostró dolida ante aquella idea, pero otra se alegró terriblemente de que al menos uno de los dos hubiera dejado de sufrir.

—Mi madre me dijo que dabas una fiesta de Nochevieja. ¿Interrumpo?

—No, no, qué va. —Tragué saliva—. Ah, feliz año, supongo. En Nueva York ya estáis un año por delante de nosotros, ¿no?

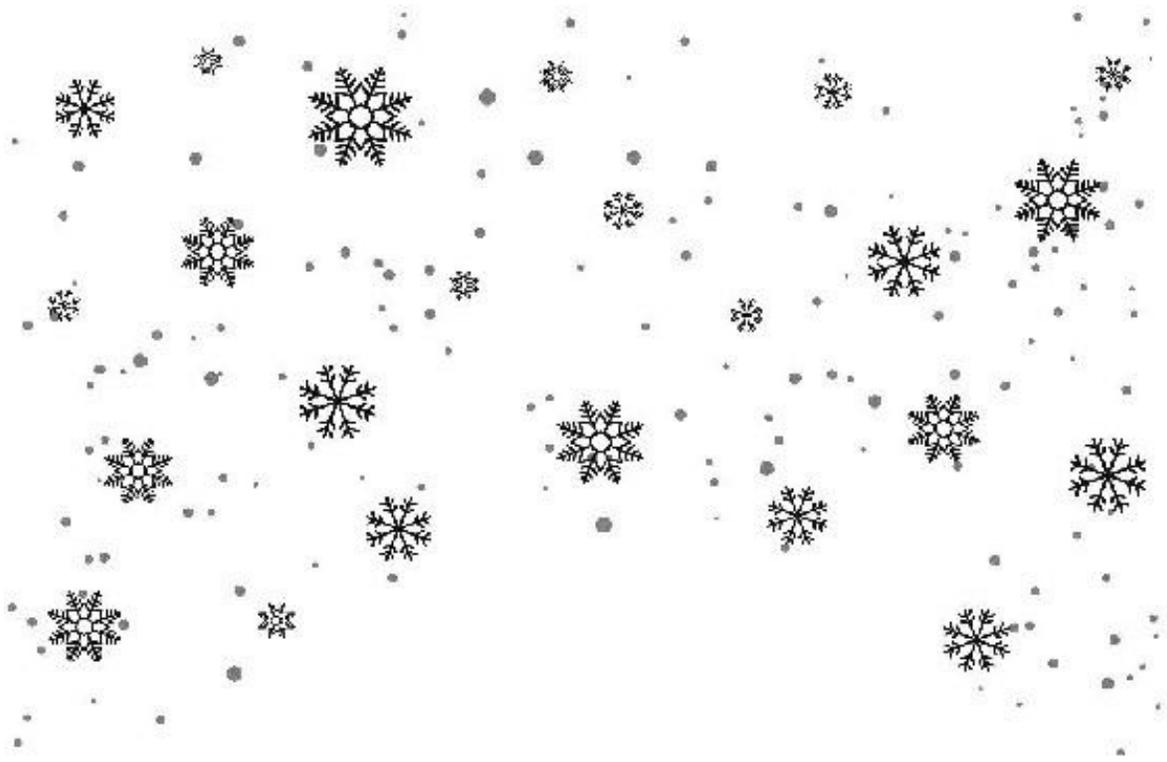
—Bueno, Nueva York lo está... —Pude notar la sonrisa en su voz—. Pero yo todavía no.

—¿Por qué? —pregunté con confusión—. ¿Dónde estás?

El móvil se resbaló de mis manos y cayó al suelo con estrépito cuando noté una mano en mi hombro y me giré.

Wes estaba de pie, frente a mí, con el móvil colgado de la oreja y una sonrisa amplia y reluciente curvando sus labios.

—Estoy en casa —respondió finalmente, mirándome a los ojos—. Donde debo estar.



Capítulo 55

Wes

Emily se quedó petrificada con la boca abierta y las manos formando un puño. Mi sonrisa comenzaba a tambalearse ante su inactividad, pero la mantuve a toda costa. Oí pasos a mi espalda y un grito de sorpresa, aunque no supe de quién provenía hasta que Abel me atrajo hacia él y me dio un abrazo. Giré la cabeza hacia atrás y vi cómo los gemelos, Trent y mis padres se apiñaban en la puerta de la cocina, todos con la misma expresión de sorpresa en la cara.

—¡Hijo! —gritó mi madre y se apresuró a acercarse para enterrarme entre sus rechonchos brazos.

Mi padre, ayudándose de su muleta, se acercó para darme un beso en la mejilla y luego se sentó rápidamente en un taburete junto a la isleta. Logan se puso al lado de su hermana, con el móvil en la mano, pero ella ni siquiera le miró. Seguía con la vista fija en mi cara, como si tuviera miedo de que, si la desviaba un segundo, yo pudiera desvanecerme.

—¿Qué haces aquí? —dijo finalmente en voz baja—. ¿Por qué no estás en Nueva York?

—Porque no es mi sitio y ahora lo sé. Todo eso de ser periodista... Me gusta, sí, pero no es mi sueño. Siempre quise ser escritor por encima de todas las cosas. Y, sobre todo, mi sueño siempre fue ser feliz. No voy a poder cumplirlo si no estoy a tu lado, Em.

Volvió a quedarse callada. Mis nervios comenzaban a afilarse y se iban clavando en mi estómago como agujas. Abel intentó que todo el mundo abandonara la cocina para dejarnos solos, pero no lo consiguió. Logan me miró con media sonrisa y colocó su móvil delante de las narices de su hermana.

—Antes de que digas nada, lee esto —le pidió, y rápidamente volvió al lado de Trent.

Emily miró la pantalla del móvil, cada vez con más y más interés. Los ojos se le llenaron de lágrimas y comenzó a derramarlas antes de lanzar el móvil de vuelta hacia su hermano.

—¿Es eso cierto? —preguntó, sollozando.

No tenía ni idea de lo que me estaba hablando. El miedo se apoderó de mí, y por un momento me encontré repasando mentalmente cualquier cosa estúpida que pudiera haber dicho o hecho para enturbiar nuestra relación.

—¿A qué te refieres?

—A tu artículo—explicó, y el nudo de mi pecho se deshizo de una vez.

—Sí, lo es.

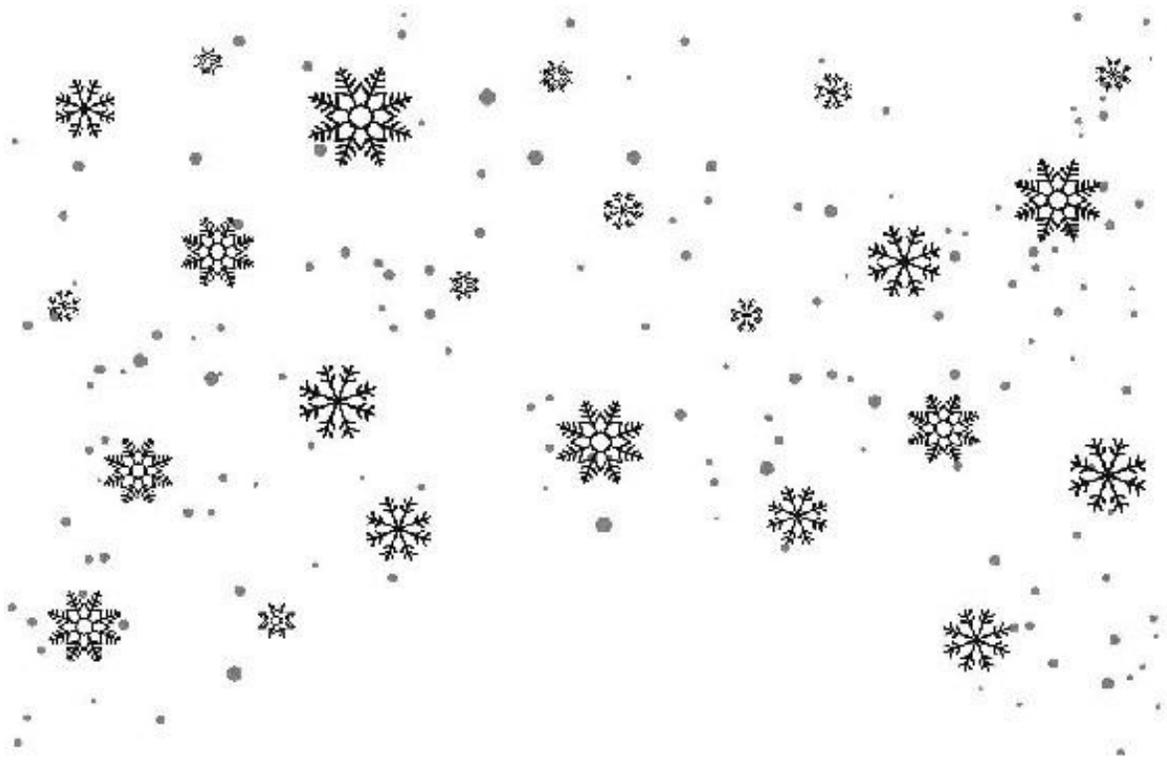
Giró la cara y comenzó a llorar más fuerte. Por las exhalaciones y los comentarios en voz baja provenientes de mi espalda, supe que los demás también habían leído el texto que escribí antes de decidir que no quería estar lejos de aquel lugar ni de ella. Tiré la bolsa de viaje a un lado y di un paso tras otro hasta llegar a escasos centímetros de su cara.

—Antes de conocerte, cuando Sophie me dejó, me deseó que algún día fuera capaz de encontrar a una persona que me hiciera entender que amar y necesitar no es lo mismo. En mi estúpida ignorancia, pensaba realmente que eran sinónimos. Creía que si necesitabas a alguien era porque querías a esa persona... Pero no es así, y desde luego no es así contigo. No te necesito, Emily.

Ella me miró como si acabara de abofetearla sin manos.

Alcé las palmas de las manos para pedirle que esperara, que me dejara explicar lo que quería decir. Se mordió el labio y asintió.

—No te necesito —repetí—, ni tú me necesitas a mí. Pero de eso se trata el amor: de elegir a la misma persona cada día de tu vida y, aunque probablemente podrías vivir sin ella, la sola idea de averiguarlo te aterra. Eso es lo que me pasa contigo. Por supuesto que podría volver a Nueva York y rehacer mi vida allí, pero no quiero, porque el pensar que no voy a volver a verte ni a besarte me mata. —Enmarqué su cara con mis manos y acaricié su labio inferior con el dedo pulgar un par de veces—. No nos necesitamos. Pero, si tú quieres, podemos pasar el resto de nuestras vidas experimentando esa maravillosa sensación de elegir a alguien y que te elijan, cada mañana, día tras día, no por necesidad sino por puro y verdadero amor. Nada más que eso. —Rocé la punta de su nariz con la mía—. Porque te quiero como nunca he querido a nadie.



Capítulo 56

Emily

Ni en mis mejores fantasías podría haber imaginado algo así.

Las palabras de Wes inundaron mi corazón de ganas de decir que sí; a él, a lo que viniera, a lo que la vida me quisiera ofrecer.

Tenía que decir algo, lo que fuera. Abrí la boca para hacerlo, pero las palabras murieron en mi garganta, porque me di cuenta de que no estaban a la altura de las suyas. Ninguna palabra o frase lo estaría jamás.

Hunter carraspeó desde la entrada de la cocina para captar mi atención. Lo miré por el rabillo del ojo y vi cómo me hacía gestos para que reaccionara. Abel se unió a él y comenzó a hacer aspavientos con las manos.

—¿Es que no vas a decir nada? —preguntó Wes en un susurro ligeramente tembloroso a escasos centímetros de mi boca.

Asentí y tragué saliva. Alguien desde el salón gritó «¡queda un minuto!» y la gente comenzó a jalear. Yo alcé la vista hacia los ojos de Wes, dispuesta a darle una respuesta de una vez por todas.

—Te quiero. Te quiero desde que te vi por primera vez, con tu camiseta de Batman y tu sonrisa de idiota. —Él soltó una risa suave—. Y te seguiré queriendo siempre.

Él debió ver en mis ojos que la emoción me sobrepasaba porque, con una sonrisa, pegó mis labios contra los suyos y borró todo lo que nos rodeaba.

Entre el caos ordenado y la rutina de mi vida, Wes trajo la magia.

Lo hizo cuando llegó, meses atrás, y me miró desde el otro lado de la cocina de Pam con esos ojos oscuros y brillantes.

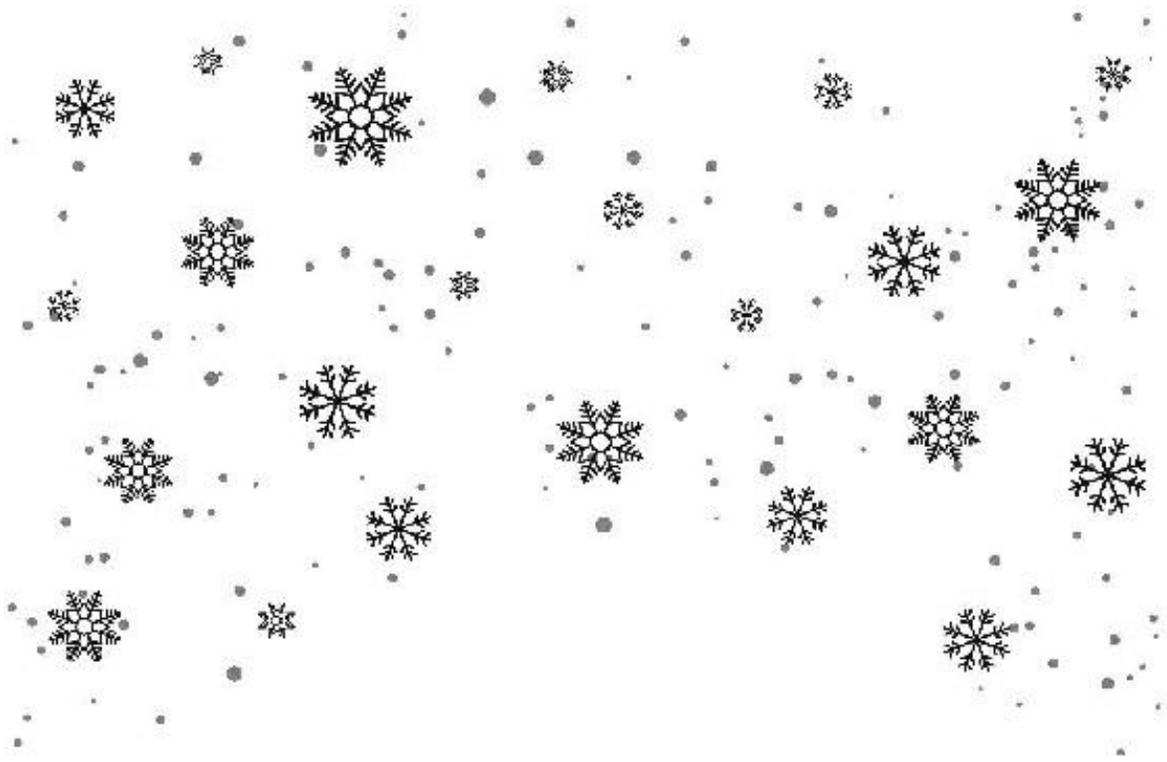
Lo hizo la primera vez que me rozó con sus dedos, y la primera vez que sonrió solo para mí.

Aquella noche había vuelto a hacerlo. Había vuelto a traerla con más intensidad que nunca, esta vez colgando de sus labios.

Y así fue como mi vida cambió para siempre.

Con un beso suyo.

A un minuto de medianoche.



Capítulo 57

Wes

—¡Un poco más, que ya casi lo tienes!

Emily estaba encaramada a un árbol del jardín trasero de su casa como si fuera un koala. Hunter, Logan y yo la mirábamos desde abajo, intentando no reírnos mientras ella luchaba por no caerse.

—Esto es muy difícil —gruñó—. ¡No puedo escalarlo!

—Ya no te queda nada, Em —la alentó Logan—. ¡Pon el pie en la rama de tu derecha!

Lo intentó, pero se raspó la mano con la corteza y soltó un grito agudo.

—¡Te juro que cuando me baje voy a talar este árbol! —se quejó y Hunter soltó una risita.

—Pobre árbol, él no tiene la culpa de que seas una torpe.

—Necesita que la motivemos —le recordé en voz baja para que ella no me oyera—, no que la hundamos más.

—Está bien... —Hunter se puso ambas manos alrededor de la boca y comenzó vociferar—. ¡VAMOS ARRIBA, CULO GORDO!

Oí cómo Emily soltaba un improperio y, para nuestra sorpresa, comenzaba a escalar un poco más. Al final, con un gruñido de esfuerzo, logró sentarse en una de las ramas más gruesas. Alzó los brazos en señal de triunfo y comenzamos a aplaudir.

—¡El mundo se ve genial desde aquí arriba! —gritó y, con la emoción, comenzó a tambalearse. Los tres aguantamos la respiración hasta que ella logró recobrar el equilibrio—. ¡Uy, casi me mato! —rio.

—¿Qué te queda de tu estúpida lista? —preguntó Hunter con sus buenas formas de siempre, y yo saqué el papel del bolsillo trasero de mi pantalón.

—Un viaje por carretera —leí—, cantar en público... Ah, y el concierto de Ed Sheeran.

Emily soltó un chillido de entusiasmo y los chicos negaron con la cabeza.

—Qué obsesión tiene con el pelirrojo, joder —murmuró Hunter—. No lo entiendo.

—¿No te gusta? —pregunté. Él negó fervientemente con la cabeza—. Pues lo siento mucho, pero nuestra próxima parada es el karaoke, y te ha tocado el privilegio de cantar sus grandes éxitos.

Hunter me dedicó todo un despliegue de gestos obscenos mientras Logan lloraba de la risa.

Los gemelos estaban cantando a dúo una canción de Taylor Swift que Hunter juró y perjuró que no se sabía antes de subir al escenario, algo que había resultado ser categóricamente falso. Emily, por su parte, tenía la cabeza recostada en mi hombro y grababa con todo detalle la actuación de sus hermanos.

—Esto ha sido una gran idea —dijo, y soltó una carcajada cuando Logan intentó llegar a una nota demasiado alta para él y terminó desafinando.

—Oh, desde luego que sí. Voy a recordarles esto mientras viva —bromeé, y le lancé un beso a Hunter—. Ya solo te quedan dos cosas de la lista.

—Las más improbables —añadió ella.

—¿Por qué dices eso?

—¿Un viaje por carretera y el concierto? Venga, Wes, despierta. No va a pasar.

—Me gusta que digas eso porque precisamente tengo por aquí tu regalo de Navidad...

Saqué un sobre del bolsillo y se lo tendí justo cuando los chicos se acercaron a nosotros. Emily lo cogió, extrañada, y miró en su interior.

—Oh, joder. ¡OH, JODER! —gritó emocionada mientras enseñaba a los chicos las dos entradas para el concierto de Ed Sheeran—. ¿Esto es de verdad?

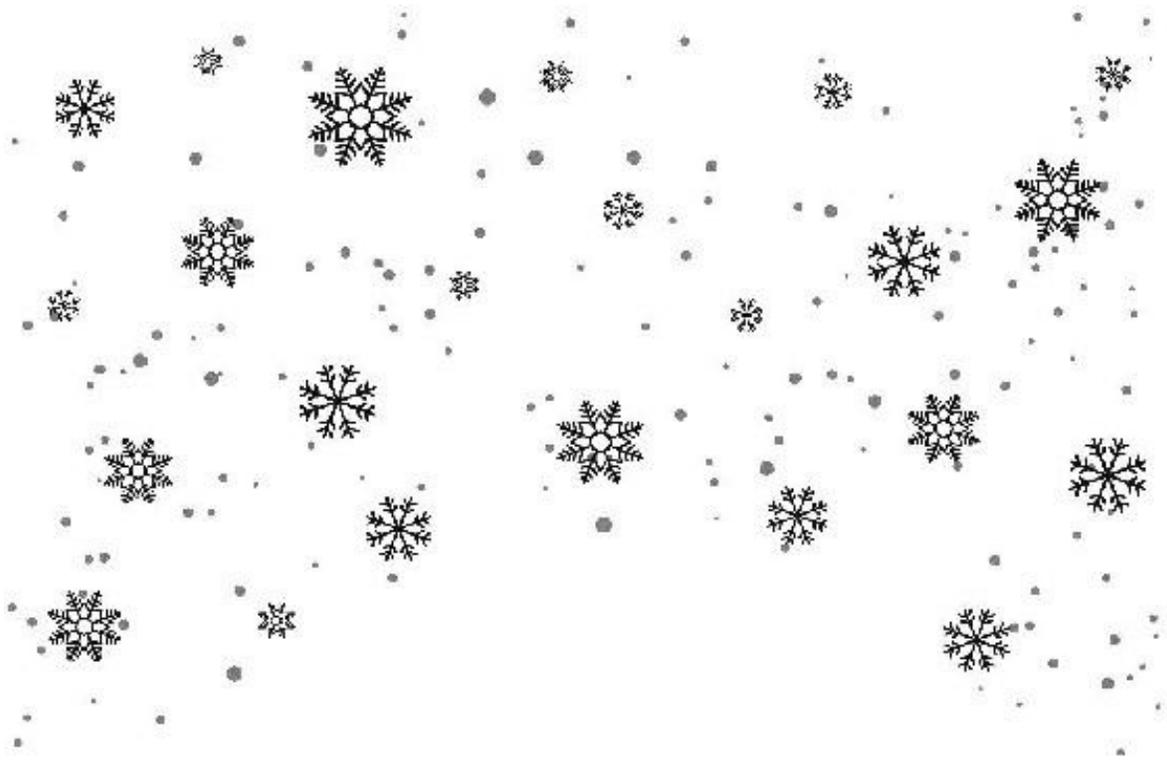
—Ajá —asentí, sonriendo—. Así que no hagas planes para ese día, porque en septiembre tú y yo nos vamos a Cleveland a verle. En coche, claro, para cumplir lo que nos queda de la lista.

—¡Nos vamos a Ohio, *baby*! —canturreó. Yo me eché a reír.

Emily se abalanzó sobre mí con demasiada fuerza y acabamos tumbados en el sofá del karaoke. Alternaba los besos con los gritos y los abrazos, y yo me limité a dejarme hacer y a mirarla.

No podía creer que estar con esa chica tan preciosa fuera ahora mi realidad. ¿Cuándo había cambiado mi suerte de aquella forma? Sea como fuere, estaba dispuesto a exprimir cada segundo a su lado y no soltar su mano jamás.

Un día, no hacía mucho, mientras corríamos desnudos por la nieve, me prometí a mí mismo que la amaría como nunca lo había hecho antes. Ahora, al notar cómo su suave risa inundaba mi cabeza, estaba convencido de que lo haría durante toda la vida.



Epílogo

Emily Abril

El calor de Texas no era un mito.

El vestido de dama de honor, aunque era bastante fino, se pegaba a mi cuerpo debido al sudor, y empezaba a tener náuseas. Intenté abanicarme con la mano, pero no corría ni pizca de aire, por lo que fue inútil. Tras asegurarme de que nadie me miraba, separé de mi cuerpo la tela de la parte del escote y soplé con fuerza para intentar refrescarme.

—No te servirá de nada, créeme —dijo una voz melódica a mi espalda.

Skylar estaba andando hacia mí, con su melena castaña ondeando al viento. Llevaba un vestido color esmeralda que hacía que el moreno natural de su piel resaltara aún más. Eché a correr hacia ella, con cuidado de no pisar el bajo de mi vestido, y nos sumimos en un cálido abrazo.

—¡Cómo te he echado de menos! —exclamó ella mientras se despegaba de mí para observarme con detenimiento—. ¡Chica, estás reluciente! Se nota que vuelves a tener sexo con regularidad... ¡Mira qué cutis te gastas!

Me eché a reír y la estreché de nuevo entre mis brazos. Hacía años que no veía a mi prima pequeña, y no pude evitar emocionarme un poco. Ella se percató del brillo de mis ojos y adoptó una expresión severa.

—Si se te ocurre llorar y estropear ese maquillaje tan bonito, voy a patearte el culo, ¿me oyes?

—Me alegra comprobar que no has cambiado el absoluto.

—¿Para qué iba a hacerlo? —Giró sobre sí misma—. ¡Soy genial!

Ambas oímos el repiqueteo de unos tacones y, en cuestión de segundos, una rubia despampanante con un pinganillo en la oreja y las manos llenas de carpetas clasificadoras se materializó a nuestro lado.

—¿Os parece bonito reuniros sin mí? —dijo Harper, y tanto Skylar como yo la atrapamos en un abrazo de oso que consiguió que se le cayeran todas las carpetas al suelo.

—¡Las chicas Sorensen juntas de nuevo! —exclamó Sky—. ¡Ya era hora!

Desvié la mirada hacia el fondo del pasillo donde estábamos. A pesar de la distancia a la que se encontraba, le reconocí enseguida. Estaba espectacular con su traje de chaqueta gris marengo y su camisa blanca. Hice un gesto para que se acercara y, acto seguido, tomé la mano a cada una de mis primas.

—Chicas —dije cuando él estuvo lo suficientemente cerca—, os presento a Wes. Cariño, estas son Sky y Harper, mis primas.

—¡Por fin! —exclamó él, dedicándole una sonrisa encantadora a cada una—. Emily me ha hablado mucho de vosotras.

—A nosotras también nos habló de ti, pero veo que no te hizo justicia —repuso Sky, mirando a Wes de arriba abajo. Le di un golpe en el hombro.

—Eh, para el carro o voy a terminar lo que empecé a los diez años, cuando te tiré al barro en el cumpleaños de Ricky Nelson.

Sky hizo una mueca de horror que enseguida sustituyó por una sonrisa.

—Así que Lauren nos ha ganado a todas —observó Harper mientras analizaba con interés

cómo Wes se colocaba a mi lado, me atraía hacia él y posaba un beso en mi coronilla—. ¡Y por partida doble!

—Esposa y mamá... —Sky fingió estremecerse—. Qué horror.

—No hables muy alto —le advertí, señalándola con el dedo—, no vaya a ser que te enamores en breve y tengas que comerte tus palabras.

Sky soltó una especie de graznido.

—Estoy harta de repetir lo mismo. ¿Acaso se os ha olvidado? El día que Skylar Sorensen se enamoró...

—... será el fin del mundo —completamos Harper y yo al unísono, ambas con los ojos en blanco. Sky levantó el pulgar.

—Pero te lo repito —insistí—, no te confíes. Yo tampoco esperaba encontrar al amor de mi vida, y mírame. —Di un beso fugaz en los labios a Wes—. Nunca se sabe.

Echamos a andar hacia los jardines del hotel, donde iba a celebrarse la ceremonia. Skylar y Wes enseguida entablaron conversación, pero yo no podía ser partícipe de ella porque tenía mi atención puesta en Harper. Me había percatado de su expresión al verme interactuar con Wes y eso, junto con la llamada de teléfono de hacía unos meses, me dio a entender que tenía más problemas de los que dejaba entrever. Me quedé rezagada y colgué mi brazo del suyo.

—¿Dónde está Gavin? —pregunté, atenta a su reacción. Un destello en sus ojos, aunque breve, delató que era él el origen de su tristeza.

—Se ha quedado en Los Ángeles. —Evité mirarme a la cara—. Tenía que trabajar.

Asentí en silencio y seguí andando de su brazo. Cuando llegó el momento de separarme de ellos para reunirme con el resto de damas de honor, le di un beso en la mejilla y tiré suavemente de su barbilla para conseguir que al fin me mirara.

—Sé que te pasa algo. No sé qué es, pero sea lo que sea, quiero que recuerdes que tú, Harper Holland, te mereces todo lo bueno de este mundo. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Si no eres feliz, vete y no mires atrás. Cambia lo que te entristece y empieza de nuevo. —Limpié una de sus lágrimas furtivas con mis dedos—. Sky y yo siempre estaremos a tu lado para apoyarte. Siempre.

Harper se abrazó a mí con fuerza. Permanecimos así unos minutos, hasta que ella se retiró y se sorbió la nariz.

—Voy a hacerlo —anunció, con una decisión en su mirada que nunca le había visto—. Y voy a hacerlo ahora.

—¿Cómo que ahora? —parpadeé, confusa.

Harper no contestó; en vez de eso, usó el pinganillo por el que se comunicaba con el resto del personal para anunciar que se iba. Acto seguido, se lo quitó de la oreja de un tirón y tiró las carpetas al suelo.

Me quedé mirándola con la boca abierta porque aquello no era nada propio de ella. Harper siempre había sido la responsable, la cuerda, la que nunca se salía de la línea y seguía las normas a rajatabla. Sin embargo, la chica que tenía ahora ante mí estaba dispuesta a dejarlo todo y salir corriendo de una vida que no le daba la felicidad que se merecía.

—¿A dónde vas a irte? ¿Y el trabajo?

—¡Odio este trabajo! —exclamó—. Y no sé a dónde voy a ir. Lo decidiré sobre la marcha, supongo. Dile a Lauren que lo siento, pero que tenía que hacerlo. Es ahora o nunca, Emily.

Esbozo una amplia sonrisa y yo no pude evitar corresponderla al ver el brillo renovado de sus ojos.

Se acercó a Sky, quien seguía hablando con Wes a un metro de nosotras, y le plantó un beso en

la mejilla que la dejó descolocada. Luego se giró hacia él y, para su sorpresa, se colgó de su cuello y le dio un abrazo.

—Gracias por hacer tan feliz a Emily —le dijo, con las lágrimas dejando manchas de rímel en sus pómulos a su paso.

Giró sobre sus taconazos y, sin más, salió corriendo. Yo me quedé mirando su esbelta figura mientras ella huía de su vida de tristeza y afrontaba un futuro tan incierto como excitante.

—¿Se puede saber a dónde va? —dijo Skylar a mi lado, perpleja.

—A buscar su final feliz —sonreí, y agarré la mano de Wes.

La música comenzó a sonar, las damas de honor y los padrinos se pusieron en formación, y supe que había llegado el momento. Me despedí de Wes y de Sky, quienes acudieron a sentarse con Abel, Kyle, Trent y los gemelos. Ryan esperaba en el altar, dando saltitos de lo nervioso que estaba. Me miró y yo levanté ambos pulgares para hacerle ver que todo iba a salir bien, cosa que él pareció agradecer. Uno de los padrinos, un chico extremadamente alto y moreno, se acercó y me tendió su brazo con una graciosa reverencia que me hizo sonreír.

—¿Lista? —preguntó.

Las náuseas volvieron a aparecer de repente. Cerré los ojos y respiré hondo una y otra vez para ahuyentarlas. Cuando los abrí, miré a Wes de soslayo unos instantes y luego posé la mano sobre mi tripa.

—Eso espero.

AGRADECIMIENTOS

Este proyecto lleva casi dos años metido en un cajón, esperando a ver la luz algún día. Comenzó siendo una idea pequeñita; una chispa que terminó por dar luz a dos personajes que siempre tendrán un sitio especial en mi corazón por diversos motivos; principalmente por haberme recordado lo bonito que es sentir ese cosquilleo en las yemas de los dedos que te hace querer teclear sin parar durante horas y olvidarte de lo que te rodea.

Pero ahora que esta historia ha dejado de ser mía y solo mía y Emily y Wes han salido a ver mundo, hay varias personas a las que tengo que agradecerles muchas cosas.

Primero, como siempre, quiero dar las gracias a mis padres. Ellos son, probablemente, los mejores del mundo (lo siento por los demás, pero me han tocado a mí) y una vida no me basta para agradecerles todo lo que han hecho y hacen por mí, día tras día. Entre las cosas que me gustaría agradecerles, supongo que está el que hayan procreado a tres personas maravillosas con las que comparto apellidos y genética, y por las que haría cualquier cosa. Y, por supuesto, también quiero agradecerles a mis hermanos el que me hayan dado a cuatro personitas especiales que llenan mis días de felicidad y orgullo.

También quiero dar las gracias al resto de mi familia, por no dudar ni un segundo en acompañarme en esta aventura y hacerme ver que siempre estarán ahí, apoyándome y apostando por mí. Aquí incluyo una mención especial a mi tía, porque pretendo convertir en tradición el incluirla en todos los agradecimientos de todas las novelas que escriba. Porque se lo merece. Porque la quiero.

A mis amigos, en especial a Fernando, por lo que él ya sabe y por lo que siempre le digo. Por no dudar en apoyarme en esto de escribir y por ofrecerse a prestarme su ayuda siempre.

A aquellos que compraron mi anterior libro o que dedicaron aunque fuera un segundo de su tiempo a darme la enhorabuena; a todos los que, tal vez sin ellos saberlo, me alentaron a seguir cumpliendo ese sueño que siempre ha vivido dentro de mi cabeza y que nunca me había permitido sacar (hasta ahora). Por suerte para mí, sois muchos como para nombraros uno por uno, pero sabed que, si le habéis dado una oportunidad a mis historias, si me lo habéis hecho saber con un mensaje, o si simplemente os acordáis de que escribo y os alegráis por mí, podéis incluirs en este apartado.

Yo soy una firme defensora de que los abuelos deberían ser eternos y me reconforta saber que, en cierto modo, mi abuela lo es. Porque ella vive en mí, en la forma en la que afronto cada día, en los recuerdos bonitos, en mis manías heredadas y en el color de mis ojos. Jamás dejaré de echarla de menos ni de celebrar con ella mis logros, porque, aunque ya no se encuentre físicamente conmigo, estoy convencida de que siempre está. Así que este, como todos, es también suyo.

Y por último, aunque por supuesto no menos importante, quiero darle las gracias a él.

Trece años, una vida, y un apoyo incondicional que solo crece cada día. Su fe en mí me hace sentir invencible y la manera en la que me recoge cuando caigo me recuerda que puedo permitirme el ser vulnerable de vez en cuando porque él siempre estará ahí para ayudar a recomponerme.

Gracias por estar. Por ser. Por quedarte. Por seguir.

Te quiero.

LA AUTORA



Ros Marval es el seudónimo bajo el que escribe esta autora nacida en 1989 y natural de San Fernando (Cádiz), ciudad donde aún hoy reside.

A pesar de haber estudiado una carrera y un máster sobre algo muy distinto a la literatura, escribir siempre ha sido su gran pasión. Desde muy pequeña, ya disfrutaba creando relatos cortos y poemas para regalar a sus familiares, y por suerte esa pasión ha perdurado a lo largo de los años. Además de poner por escrito las locas e innumerables ideas que se le vienen a la cabeza, también se encuentran entre sus aficiones la lectura, la música, los animales, sumergirse en una buena serie o aprender nuevos idiomas.

Puedes encontrarla en twitter bajo el usuario [@RosMarvalWrites](#), o en Instagram con el nombre [@inkwanderlust](#).